

EDICION ILUSTRADA

CALIDOSCOPIO

por

STEFAN ZWEIG

Viajero infatigable, traductor, poeta, novelista, biógrafo y ensayista, la obra de Stefan Zweig tiene las más diversas facetas y revela un gran conocimiento del corazón humano. Bajo el título de *Calidoscopio* reunió Stefan Zweig una serie de narraciones cortas, algunas de las cuales se han editado en volúmenes separados. En las novelas y cuentos recogidos en *Calidoscopio*, el interés galopante de la narración impide al lector dejar de leer hasta el final de la narración. Zweig es un narrador insuperable por la intensidad con que marca las situaciones y por la perfección con que labra, cual un escultor, a sus personajes.



Stefan Zweig

Calidoscopio

ePub r1.0
Titivillus 15.10.2018

Título original: *Kaleidoskop*
Stefan Zweig, 1945
Traducción: José Fernández
Ilustraciones: Lorenzo Goñi & José Narro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0







CONOCIMIENTO CASUAL DE UN OFICIO

¡QUÉ tiempo espléndido el de aquella mañana de abril de 1931! —fecha memorable por cierto—. El aire, como un caramelo, tenía un sabor dulce, refrescante; era húmedo y luciente: primavera filtrada, ozono sin falsificación. En medio del Boulevard de Strasbourg se aspiraba con sorpresa un aroma de praderas y mar removidos. Esta bendición era obra de uno de esos chaparrones caprichosos de abril con que la primavera suele anunciarse, en la forma más inicial. Por el camino, nuestro tren anduvo ya hacia un horizonte oscuro que cubría los campos de crespones. Hasta llegar a Meaux —entre aquellas casitas de suburbio esparcidas como dados por el paisaje, las primeras placas anunciadoras enarbolándose llamativas entre el verde ofendido, y cuando ya la jamona inglesa desplegaba ante mí en el cupé sus catorce saquitos, frascos y estuches de viaje— no reventó aquel nubarrón hinchado y esponjoso qué desde Epernay corría plomizo y huraño en competencia con nuestra locomotora. Una centella pálida dio la señal, y en seguida se precipitaron con estridor de trompetería las masas guerreras del agua sobre nuestro tren en marcha, como un fuego graneado. Azotados, los vidrios de las ventanillas gemían bajo el chasquido de granizo, y la

locomotora capitulaba, humillando hasta el suelo su bandera gris de humo. No se veía ni se oía más que ese irritante chasquear contra el acero y el vidrio, y el tren corría como una bestia acosada sobre los rieles bruñidos para huir del chaparrón. Pero apenas habíamos llegado felizmente al salidizo de la *Gare de l'Est* y esperábamos los faquines, cuando detrás de la red gris de la lluvia apareció, lúcida, la perspectiva del Boulevard; un agudo rayo de sol hincaba su tridente en el nublado en disolución, y las fachadas brillaron inmediatamente, como latón bruñido, y lució el cielo con su azul de océano. En una desnudez dorada, como Afrodita Anadiomena de las ondas, surgía la ciudad, visión divina, por encima del manto abatido de la lluvia. Súbitamente, a derecha e izquierda, las gentes se esparcían por la calle, emergiendo, saliendo de cien escondrijos; sacudíanse, reían y marchaban a sus asuntos; la circulación entorpecida volvía a rodar, rechinar y resoplar con sus cien vehículos cruzándose en torbellino, y todo respiraba y se alegraba en el goce de la luz recobrada. Los mismos árboles héticos del Boulevard, sofocados por el duro asfaltado, húmedos y goteando, agarrábanse con los dedos diminutos y afilados de sus capullos al cielo saturado de azul e intentaban, no sin éxito, dar un poco de aroma. Durante un par de minutos —prodigio sobre prodigio— fue perceptible el sutil y sofocado aliento de la flor de los castaños en el corazón de París, en pleno Boulevard de Strasbourg.

Y —segunda magnificencia de este bendito día de abril— yo, recién llegado, no tenía compromiso alguno hasta muy entrada la tarde. De los ciudadanos de París, más de cuatro millones, ninguno me esperaba ni sabía mi llegada, de modo que me encontraba divinamente libre para hacer lo que quisiera. A mi sabor podía divagar sin cuidado, o leer los periódicos; podía sentarme en un café, o comer, o ir a un museo, curiosear los escaparates o los libros del muelle; podía llamar por teléfono a un amigo o clavar simplemente la mirada en el aire tibio y dulce. Afortunadamente, el sabio instinto me inclinó a lo más razonable, o sea a nada. No hice ningún plan, nada me impuse, dejé a un lado cualquier objetivo y confié mis pasos a la fortuna: quiero significar que me dejé arrastrar por la corriente, descuidado, a las orillas de los brillantes comercios, y más rápido en los cruces, hasta que la ola humana me dejó en los grandes *boulevards*; tomé tierra, extenuado, en la terraza de un café, en el cruce del Boulevard Haussmann y la Rue Drouot.

Heme aquí una vez más, pensé, acomodándome en el blando silloncete de mimbre, mientras encendía un cigarro; ¡y ahí estás tú, París! Dos años enteros sin vemos, viejos amigos como somos; pero ahora vamos a miramos en el blanco de los ojos. Anda, París, expón, muestra lo que has aprendido desde entonces. ¡Adelante! Empieza a desarrollar tu insuperable film sonoro: *Les boulevards de París*, esta obra maestra de luz y color y movimiento, con sus millares y millares de no contados ni contables personajes, acompañada de tu inimitable música callejera, que retiñe, redobla y brama. No titubees, marca el compás, muestra lo que puedes, lo que eres, irrumpe con tu «orquestrión» gigante en la música callejera atonal, pantonal; deja correr tus autos, rugir tus *camelots*, estridir tus carteles, retumbar tus vítores, centellear tus negocios, correr tus gentes. Aquí me tienes sentado, receptivo como nunca y con tiempo y ánimo sobrados para verte y escucharte hasta saciar mis ojos y mi corazón. Adelante, adelante, no rehúyas, prodígate, da más y más cada vez y con más furia tus gritos y tus alertas siempre renovados, tus vítores y tus enjambres de sonidos, que yo no he de cansarme, pues todos mis sentidos se abren hacia ti; adelante y adelante, date a mí sin secretos, ya que yo me dispongo a darme todo a ti, ¡oh ciudad inescrutable y siempre nueva en tus hechizos! Porque —y tal fue la tercera magnificencia de la extraordinaria mañana— yo sentía ya, en un cosquilleo especial de los nervios, que tenía una vez más mi día de curiosidad, como sucede generalmente después de un viaje o de una noche en vela. En tales días de curiosidad, me siento a mí mismo doble y aun múltiple: no me basta mi propia vida limitada; algo interior me empuja, me pone en tensión, como si hubiera de salir de mi misma piel, como la mariposa de la crisálida. Cada poro se ensancha, cada nervio clava su garfio con más ahínco; una fanática sutilidad del oído, una clarividencia súbita me sobrecogen, una casi siniestra lucidez, que ponen en más aguda tensión mi pupila y mi tímpano. Todo lo que toco con la mirada se me convierte en místico. Puedo contemplar horas enteras cómo un trabajador de la calle ataca el asfalto con su taladro eléctrico, y, por esta simple contemplación, penetrar de tal modo en su ocupación que cada movimiento de su hombro trepidante pasa al mío involuntariamente. Puedo detenerme un rato incalculable ante una ventana cualquiera y fantasear sobre el destino del desconocido que tal vez vive allí o podría vivir, y escudriñar o seguir a

cualquier transeúnte, atraído por un magnetismo de curiosidad y convencido de que este proceder parecería incomprensible y cómico a quien casualmente me observara. Sin embargo, esta fantasía, esta pasión de juego, me resultan más embriagadoras que el gusto que pudiera hallar en una obra teatral previamente combinada, o en un libro de aventuras. Quizás esta sobreexcitación, esta lucidez nerviosa, pueda atribuirse, por razones muy naturales, al súbito cambio de lugar, y no sea más que una consecuencia de la diferente presión atmosférica, con la consiguiente alteración química de la sangre. Jamás me he propuesto dilucidar esta mi excitación. De todos modos, cada vez que la experimento, mi vida anterior se me antoja un pálido crepúsculo, y el resto de mis días ordinarios, insípido y vacío. Únicamente en tales momentos me siento a mi mismo y me doy cuenta cabal de la fantástica multiplicidad de la vida.

En esta disposición: asomado fuera de mí mismo, codicioso de nuevas impresiones, arrebatado, hallábame en aquel bendito día de abril, sentado en mi silloncito de mimbre, a la orilla de la humana corriente, y esperaba sin saber qué. Pero esperaba, con el ligero escalofrío del pescador, aquella sacudida característica, seguro de que había de encontrarme con algo o con alguien, tal era mi anhelo de trueque, mi afán de sacar algo para satisfacción de mi curiosidad. Pero al principio la calle no me daba nada, y al cabo de inedia hora tenía los ojos cansados del torbellino de las multitudes. Ya no podía precisar con claridad la gente que el Boulevard chorreaba; empezaron a perder su fisonomía, convertidos en un hato de gorras, sombreros y quepis, de óvalos vacíos y maquillados de cualquier modo: fatídico raudal turbio de agua humana que circulaba cada vez más descolorida y gris cuanto más mis ojos se cansaban.

Y estaba a punto de levantarme y pasar más allá, cansado de aquel film inestable, borroso y mal impresionado, cuando, por fin, le descubrí.

De momento me llamó la atención este singular hombre por él simple hecho de que una y otra vez volvía a encontrarle en mi campo visual. Todos los demás miles y miles de personas que fluctuaron delante de mí aquella media hora se desvanecían pronto, como si unas cintas invisibles los arrebatara; dejaban ver fugazmente un perfil, una sombra, una silueta, y ya la corriente se los había tragado para siempre. Pero este hombre singular volvía

y volvía siempre al misino punto: por eso me fijé en él. Como la rompiente que, con resistencia inaudita, echa a la playa un alga sucia, siempre la misma, la lame para dentro con su lengua húmeda y luego la vuelve a la playa y la engulle de nuevo, del mismo modo fluctuaba aquella figura, siempre de vuelta entre el vértigo y cada vez con intervalos de tiempo casi exactos; siempre en el mismo sitio y siempre con la misma mirada sombría y singularmente escondida. Fuera de lo dicho, este «Levántate, Roque» no se distinguía por ningún carácter de atracción; un cuerpo seco de hambriento, mal cubierto por un abriguito de verano, de un amarillo canario, que seguramente no fue cortado para su cuerpo, pues las manos desaparecían completamente bajo las mangas flotantes; era sobradamente anchuroso, superdimensional, este abriguito ridículo de color canario y muy pasado de moda, para su cara afilada, ratonil, con unos labios casi borrados, sobre los cuales parecía temblar de miedo un cepillito rubio. Todo en este pobre diablo colgaba como un disfraz baldío. Hombros metidos, piernecitas raquíticas de *clown*, escabullíase con su cara de congoja, ahora a la derecha, ahora a la izquierda del grueso de la muchedumbre; se quedaba parado, como indeciso; levantaba los ojos, como un lebratillo entre la avena; se avivaba, disimulábase y desaparecía de nuevo en la aglomeración. Además —y eso fue lo segundo que me chocó—, este hombre raído, que me recordaba no sé por qué un funcionario de una novela de Gogol, parecía muy corto de vista, o de una torpeza singular, ya que dos, tres, cuatro veces, me di cuenta de cómo los transeúntes más ágiles, más seguros de su norte, impelían y casi derribaban aquel pedazo de miseria callejera. Pero a él parecía tenerle sin cuidado; apartábase dócilmente a un lado, encogíase y volvía a escabullirse y a asomar en el mismo sitio, siempre el mismo, quizá por décima o duodécima vez en media hora.



Sí, el caso me interesaba. O, más bien, al principio me indigné contra mí mismo por no poder descifrar en seguida, con la curiosidad que sentía, lo que aquel hombre se proponía allí. Y cuanto más vano el afán, más se exacerbaba mi curiosidad. ¡Mal rayo! ¿Qué estás buscando, muchacho? ¿Qué esperas, o a quién? No eres un mendigo, pues no son ellos tan majaderos para ponerse en medio de una espesa muchedumbre, en la cual nadie tiene tiempo de echar mano al bolsillo. Tampoco eres un trabajador, que no es hora las once del día para que uno de ellos se entretenga tan sin cuidado. Y no será que esperes una novia, buen hombre, ya que un mísero mango de escoba como tú no aspira ni a la más vieja y descompuesta. ¡Pronto! ¿Qué buscas en este sitio? ¿Eres tan vez uno de esos equívocos guías del forastero que se filtran y muestran rápidamente debajo de la manga fotografías obscenas, prometiendo al provinciano, por una friolera, toda la esplendidez de Sodoma y Gomorra? No, eso tampoco, tú no hablas con nadie, antes bien, con tu mirada baja y solapada evitas a cualquiera. ¿Qué diablos eres, hipocritón? ¿Qué asuntos te traen a mi distrito? No le quitaba el ojo de encima, cada vez con más empeño;

en cinco minutos se me había convertido en pasión, en juego interesante, el llegar a saber lo que aquel «Levántate, Roque» de color amarillo canario pretendía en medio del *boulevard*. Y de repente lo supe: era un detective.

Un detective, un policía secreto; lo conocí instintivamente por un detalle insignificante: mirada oblicua con que inspeccionaba rápidamente a cada transeúnte, esa mirada que un policía ha de haber aprendido en el primer año de su formación. Una mirada no por cierto sencilla, puesto que, por una parte, debe ser diligente como cuchillo que, siguiendo la costura, va de abajo arriba del cuerpo hasta llegar al rostro, y, por otra, con esa inspección centelleante captar a la vez la fisonomía y cotejarla interiormente con la ficha de los delincuentes conocidos y buscados. Además, y esto es quizá más difícil, esa mirada observadora tiene que parecer del todo casual, pues el que acecha no ha de descubrir nunca delante de nadie su cometido. Y mi hombre había aprobado su curso con brillantez; a la manera de un soñador, se escurría y rozaba la muchedumbre; indiferente en apariencia, dejábase empujar y apartar a un lado, pero de improviso levantaba los párpados relajados —era el relámpago de un obturador fotográfico— y atacaba como con un arpón.

Pero, por encima de todo, aquel policía secreto debía de ser un maestro en su especialidad. ¡Con qué refinado arte de la simulación había logrado el comportamiento, el andar, la indumentaria o, más bien, los harapos de un trotacalles auténtico, para cazar sus pájaros! Generalmente reconocemos a cien pasos de distancia a los policías en traje civil, por cuanto estos señores no pueden resolverse, a pesar de los disfraces que se echan encima, a deponer el último resto de su dignidad oficial; no aprenderán nunca, con la perfección que engaña, ese abajarse acongojado y receloso inherente a todos los hombres que, por decenios, han sentido el peso de la pobreza sobre sus hombros. El nuestro —descubrámonos— había imitado con perfección su tipo y elaborado hasta el más ínfimo detalle la máscara del vagabundo. ¡Qué precisión psicológica en el mero hecho de que el sobretodo amarillo canario y el sombrero pardo un poco torcido pretendieran cierta elegancia, mientras por debajo el pantalón, raído en los bordes, y por arriba la mísera americana, dejaban entrever la penuria sin atenuantes! Como buen cazador de hombres, debía de haber notado que la pobreza era alimaña roedora que empieza a atacar las prendas por sus bordes. Corría parejas con tan lastimoso indumento

la fisonomía hambrienta, la barbilla rala —probablemente postiza—, el afeitado infame, el cabello expresamente estrujado y en desorden, que hubieran hecho jurar a cualquier desprevenido que el pobre diablo había pasado la última noche echado en un banco o en el camastro de un cuartelillo de policía. Añádase a esto una tosecita de enfermo, acercando la mano a la boca; el arrebujase en el abriguito ligero, como quien siente frío; el andar precavido, como si tuviera plomo en los miembros. ¡Por Júpiter! En esta figura clínica perfecta de la tisis de último grado se adivina la mano de un artista del transformismo.

No me avergüenzo de confesar que me entusiasmaba la ocasión magnífica que se me ofrecía de observar yo mismo al observador policíaco, por más que, simultáneamente, en otra capa de mi sentimiento juzgará una ruindad el hecho de que en un bendito día azul, bajo el sol de abril, un hombre disfrazado, a sueldo del Estado, corriera tras de un pobre diablo cualquiera para llevárselo de aquella luz trepidante de primavera a la oscuridad de un calabozo. Como sea, resultaba excitante el seguir sus pasos y observar, cada vez con mayor tensión, cada uno de sus movimientos, y satisfactorio el ir descubriendo detalles. De pronto, mi goce de descubridor se deshizo como el hielo al sol. Había algo en mi diagnóstico que vacilaba. Volví a la duda. ¿Era efectivamente un ^detective? Cuanto más me fijaba en el singular paseante, más se robustecía en mí la sospecha de que la miseria que exhibía era demasiado pura, demasiado real para ser meramente un ardid policíaco. Primer motivo de sospecha: el cuello de la camisa. No, un pingajo infecto como aquél nadie lo recoge de la basura, en contacto directo con los dedos, para ponérselo; una cosa semejante no la lleva encima sino el que vive realmente en un estado de desesperado descuido. Y luego —segunda contradicción— los zapatos, si así pueden llamarse unos desgarrones de cuero en plena descomposición. El del pie derecho iba atado con un basto cordel, en lugar del cordón negro, y en el izquierdo la suela, deshecha, abríase a cada paso como el gaznate de una rana. No, tampoco un calzado así se imagina y se adapta para andar disfrazado. La sospecha de que aquel espantajo bamboleante y furtivo fuera un policía quedaba, pues, excluida. Mi diagnóstico fracasaba. Pero ¿si no era un policía, qué, entonces? ¿Para qué el incesante ir y venir, la vuelta a un mismo punto y la mirada de abajo arriba,

rápida y vigilante, escrutadora? Me acometió la cólera de no poder conocer el interior de aquel hombre, y mi satisfacción hubiera sido ponerle la mano en el hombro y decirle: «Ea, muchacho, ¿qué quieres? ¿Qué ocupación tienes aquí?»

De pronto chispeó en mis nervios una idea. La seguridad entraba en mí por asalto y, de momento, lo supe todo y con toda justeza, sin refutación posible. No, no era un detective —¿cómo podría haberme engañado a mí mismo de tal modo?—. Era, si así puedo expresarme, lo contrario de un policía: era un ratero, un profesional hecho y derecho, pasando por la escuela; un ratero que allí, en el *boulevard*, iba detrás de las carteras, los relojes, los bolsos de señora y otras piezas del repertorio habitual. Precisé esta filiación profesional al notar que donde el gentío era más espeso, allí se acercaba, y vi a la vez el porqué de su aparente torpeza, de sus choques y aproximaciones con los desconocidos. La situación se presentaba cada vez más clara y demostrativa. El haber elegido aquel punto, delante del café y muy cerca de un cruce, tenía su explicación por la idea de un tendero listo que había imaginado para su escaparate un truco singular. Los artículos de esa tienda consistían en elementos poco interesantes o atractivos: cocos, caramelos abigarrados, dulcería turca, y el patrón había dado con una idea luminosa: decorar el aparador no sólo con palmeras y tropicales perspectivas, a lo oriental, sino también poner en medio de esa imitación de lujuriante terreno del Sur tres pequeños monos que iban de un lado a otro y evolucionaban detrás del cristal en las más chocantes contorsiones, rechinaban los dientes, espulgábanse unos a otros, fisgaban y hacían mil comedias, portándose sin ningún cumplido, como verdaderos monos. No se equivocó el experto comerciante, pues los transeúntes se paraban en apretados racimos ante el escaparate y, especialmente las señoras, daban a comprender por sus gritos y exclamaciones la satisfacción que les daba el espectáculo. Cada vez que un regular grupo de transeúntes curiosos se apretujaba ante el aparador, mi amigo ocupaba su puesto, rápido y escurriéndose. Contribuía a los apretones con suavidad y falsa modestia. Una cosa sabía yo sobre este arte del ratero, poco explorado y, a mi entender, no bien descrito, y es que, para hacer una buena presa, los rateros necesitan buena aglomeración ante todo, pues entre aprietos y empellones la víctima no se da cuenta de la mano peligrosa que le

está pescando la cartera o el reloj. Es preciso, para dar el golpe —y esto lo aprendía yo ahora— algo que distraiga, que cloroformice por unos instantes esa intuitiva vigilancia con que cada cual ampara lo suyo. Esa distracción favoreceríansela en el caso actual, a pedir de boca, los tres monos con la comicidad de sus gestos. Eran propiamente ellos, los hombrecillos desnudos, bullangueros y fisgones, quienes sin intentarlo convertíanse, con su actividad constante, en encubridores y cómplices de aquel mi nuevo amigo el ratero.

El descubrimiento me tenía arrobado —pido mil excusas—. No había visto en mi vida un ratero. O, hablando honradamente, una vez, siendo estudiante en Londres, cuando, para perfeccionar mi inglés educando el oído, asistía a menudo a los Juicios, llegué un día en el preciso momento en que un muchacho pelirrojo era llevado ante el juez por dos policías. Había sobre la mesa una bolsa —*corpus delicti*—. Hablaron un par de testigos, y juraron; luego el juez murmuró no sé qué galimatías en inglés, y el muchacho pelirrojo desapareció, si no lo entendí mal, por seis meses. Era el primer ratero que veía, pero con la única diferencia de que, en el caso de aquél, no hubiera podido asegurar si era un ratero: sólo los testimonios sostenían su culpabilidad y yo había asistido únicamente a la reconstrucción jurídica del hecho, pero no había visto el hecho. No había visto más que un acusado, uno a quien llevaban ante el juez, pero no el ladrón. Porque un ladrón es ladrón solamente en el acto de robar, y no dos meses más tarde, cuando comparece ante el juez, del mismo modo que el poeta sólo es esencialmente poeta cuando está creando y no dos años más tarde, por ejemplo, cuando lee su poesía ante el micrófono; en pura realidad, sólo existe el actor en el momento del acto. Pero esta vez se me ofrecía la oportunidad excepcional de acechar a un ratero en su momento característico, en la íntima verdad de su ser, en aquel segundo, tan raro de captar, de mayor concentración que supera cualquier forma de arte. *Vive la réalité!*

No digamos si estaba resuelto a no pasar por alto semejante oportunidad y a no perder detalle del acto y de sus preliminares. Abandoné en seguida mi asiento en la terraza, pues el campo de visión no era desde allí el que me convenía. Necesitaba ahora un sitio de condiciones panorámicas, un puesto, por decirlo así, ambulante, desde donde poder acechar sin obstáculos; al cabo de algunos tanteos elegí uno de esos quioscos donde están pegados los

abigarrados carteles de todos los teatros de París. Allí, sin llamar la atención, podía pasar por un individuo enfrascado en la lectura de los anuncios, mientras que, en realidad, al amparo de la redondeada columna, seguiría minuciosamente cada uno de sus movimientos. Y así, con una tenacidad que hoy puedo apenas concebir, vi cómo el pobre diablo se dedicaba a su difícil y peligroso negocio, y lo vi con una tensión como no recuerdo haber experimentado ante ningún artista, en la escena o en el *film*. Y es que la realidad, en su momento de mayor concentración, supera cualquier forma de arte. *Vive la réalité!*

Así, una hora entera, de once a doce del día, en pleno *boulevard* parisiense, transcurrió para mí como un momento, porque estaba tan henchida de continuas emociones, de innumerables pequeñas determinaciones e incidentes, que me llenaban de agitación. Horas enteras pondría en la descripción de una sola hora, tan pletórica fue de energía nerviosa, tan excitante por lo arriesgado. Hasta aquel día yo no conocía ni remotamente qué profesión en extremo difícil, qué arte terrible, absorbente, es el del ratero en la vía pública, a pleno sol. Hasta entonces, la imagen del ratero no me sugería otra asociación que el vago concepto de osadía y destreza, cuestión de dedos, como la habilidad del prestidigitador o del malabarista. Dickens, en su *Oliverio Twist*, ha descrito un maestro de ladrones aleccionando a muchachos para quitar un pañuelo del bolsillo de una americana sin llamar la atención; en la parte superior de la americana hay fijada una campanilla, y si tintinea en el momento en que el novato saca el pañuelo, es que el golpe fracasó por torpeza. Pero Dickens —ahora me daba cuenta— no había atendido sino a la burda técnica de la cuestión, de la destreza digital, porque no tuvo ocasión, probablemente, de observar —como entonces se me ofrecía a mí por pura casualidad— que al ratero que trabaja a plena luz no le basta tener buena mano, sino que debe tener también fuerzas espirituales: disposición, dominio de sí mismo, una psicología ejercitada, fría y a la vez rápida como una centella, y, ante todo, un ánimo temerario hasta el arrebato. Porque un ratero —comprendíalo yo al cabo de sesenta minutos de lección— debe poseer la rapidez, la decisión de un cirujano —un segundo de vacilación resulta mortal— que emprende ciertas operaciones cardíacas, con la diferencia de que en éstas el paciente yace cloroformizado, sin movimiento

de defensa, mientras que el ratero ejerce su agilidad decidida sobre un cuerpo humano en plena conciencia, y precisamente alrededor de la cartera, que es donde los humanos tienen más desarrollada la sensibilidad. Pero hay más. Al tiempo que da el golpe, que ejecuta un pase de mano fugaz como un relámpago; en este momento activo de agitación suma, tiene que dominar en absoluto todos los músculos y nervios de su rostro y hacerse el indiferente, casi el aburrido. Guárdese de delatar su excitación y de reflejar en su pupila el furor, como el violento, el asesino, cuando ataca con un cuchillo. El ratero ha de poner en su víctima una mirada clara y amable mientras su mano explora y pedir humilde disculpa de los apretones con su «*Pardon, monsieur!*», cuidando de que su voz sea lo más espontánea posible. Pero no basta con que sea prudente, despierto y diestro en la presa: es preciso que anteriormente ponga a prueba su inteligencia, su mundología, tanteando la idoneidad de la víctima, como buen psicólogo y fisiólogo. Los únicos que valen la pena son los desprevenidos, los no maliciosos, y, de éstos, los que no han cuidado de abrocharse la parte superior y los que no andan demasiado aprisa, por lo cual el abordarlos no resulta chocante; de cien, de quinientas personas que van por la calle —pude calcularlo en aquella hora—, sólo una o dos se ponen al alcance. Bien pocas serán las víctimas que un ratero razonable crea dignas de su trabajo, y entre estas pocas el éxito es inseguro a causa de los innúmeros incidentes que al mismo han de cooperar, sobre todo en el último minuto. Se necesita para este oficio —puedo dar fe de ello— una enorme cantidad de experiencia, de vigilancia y de dominio de sí mismo, porque no es menos digno de ser tenido en cuenta que el ladrón, al mismo tiempo que ha de escoger y sorprender a su víctima concentrando los sentidos, debe cuidar con otro sentido de que nadie le observe a él en su labor. Que un policía o un detective no le esté ojeando desde una esquina, o uno de los curiosos que abundan asquerosamente por esas calles. Nada de esto puede perder de vista; y más todavía: si, por acaso, un rápido atisbo al escaparate en cuyo cristal se espeja su mano puede delatarle, o si alguien está espiando sus acciones desde el interior de una tienda o asomado a una ventana. Inmenso es, pues, el esfuerzo, y no proporcionado al riesgo, por cierto, ya que un movimiento en falso, un error, puede costar tres años, cuatro años de «*boulevard de Paris*», y un insignificante temblor de los dedos, o los

nervios demasiado prontos en una presa, la libertad. Vaciar los bolsillos en pleno día en un *boulevard,* bien lo sé ahora, requiere un ánimo de primera categoría; cuando veo en los periódicos esta clase de ladrones englobados bajo la misma rúbrica de los malhechores, en tres líneas, sin darles importancia, me parece una injusticia. Porque, de todos los oficios del mundo, los permitidos y los que no lo son, éste es uno de los más difíciles y arriesgados: uno que, en sus mejores realizaciones, puede ponerse casi al nivel de un arte. Me atrevo a hablar así y dar fe de ello, puesto que una vez, aquel día de abril, viví y conviví su realidad. No exagero cuando hablo de convivir, porque solamente al principio, en los primeros minutos, logré observar a aquel hombre en su profesión con fría objetividad; pero todo espectáculo seguido con vehemencia acarrea el sentimiento, el sentimiento nos hace suyos, y he aquí cómo empecé a identificarme, quieras o no, con aquel ladrón, a entrar en su piel, por decirlo así, a identificarme con sus manos, de, tal modo que pasé de puro espectador a ser su cómplice en espíritu. Este proceso de trueque empezó al cabo de un cuarto de hora de expectación; sorprendido yo mismo, me di cuenta de que clasificaba los transeúntes en aptos o no aptos para ser robados: si llevaban la americana abrochada o abierta, si parecían distraídos o vigilantes, si ofrecían probabilidades de una cartera repleta; en resumen: si eran dignos de la labor de mi reciente amigo o no lo eran. Y bien pronto hube de confesarme a mí mismo que, desde hacía un buen rato, ya no mantenía la neutralidad en la lucha que se iniciaba, antes bien deseaba en absoluto verle acertar el golpe, y, más aún, tenía que violentarme para sofocar el deseo de ayudarle en su faena. Como el fullero que siente la violenta tentación de dar disimuladamente con el codo al jugador para indicarle el buen naipe, picábame a mí el prurito, cuando mi amigo dejaba escapar una oportunidad, de guiñarle el ojo: «¡Aquél! ¡Arremete! El gordo, el que lleva el gran ramo de flores al brazo». Y una vez que le vi sumergirse de nuevo en la baraúnda, al punto en que un policía asomaba a la esquina, juzgaba de mi deber prevenirle, pues el pavor bajó a mis rodillas, ¡pobre amigo!, como si fueran a echarme mano a mí mismo, y presentí sobre mis hombros —sobre los míos— la garra pesada del policía. Pero… ¡libres! El hombrecito delgado se escurría con arte, sencillo e inocente; salía de entre el gentío y pasaba precisamente por delante del

personaje peligroso. Apasionante era todo esto, pero no me bastaba, porque cuanto más me identificaba con el hombre y mejor iba comprendiendo su oficio por sus vanos intentos de asalto, que ya llegaban a veinte, tanto más me impacientaba por verle en un golpe certero y que terminaran tantas pruebas y tanteos. Empezaban a incomodarme sus tontas vacilaciones, su eterno retroceder. «¡Diablo! ¡Mete la mano de una vez, hipocritón! ¡Sé valiente! ¡Mira: aquél, aquél! ¡Pero sin vacilar!»

Afortunadamente, mi amigo, que nada sabía ni sospechaba de mi espontáneo interés, no se dejaba descarriar por mi impaciencia. En esto precisamente radica la diferencia entre el artista verdadero y el novicio, el *amateur*, el *dilettante*. El artista, al cabo de muchas experiencias y pasos en vano, sabe que es ley del destino que preceda a cada verdadero éxito la paciencia que sabe esperar la posibilidad definitiva. Del mismo modo que el creador, en el orden poético, pasa indiferente delante de mil ideas en apariencia atractivas y aptas —es el *dilettante* quien las coge en seguida con mano audaz—, a fin de aguantar todo su vigor para la última puesta, asimismo el hombrecillo endeble pasaba por delante de las mil suertes que yo, simple *dilettante* en el oficio, ya veía como infalibles. Ejecutaba sus tientos, sus pruebas, mezclábase de nuevo con el gentío, y seguramente sintió cien veces la presa rozar su mano. Pero se abstenía, volvía sin impaciencia a andar y desandar los treinta pasos entre el escaparate y el paseo, no dejando nunca de medir con una oblicua mirada vigilante todas las posibilidades y no sé qué peligros que las rodeaban, pues a mí, principiante, me eran invisibles. En esta tranquila e inaudita perseverancia había algo que me arrebataba por encima de mi impaciencia, y me prometía un éxito final, pues nada como su misma tenacidad hacía creer que no cedería hasta haber dado el golpe de la victoria. Y yo, con no menor ahínco, decidí no moverme de allí hasta verle victorioso, aunque eso fuera a las doce de la noche.

Llegó el mediodía, la hora de mayor animación, cuando calles y callejas, escaleras y patios, engruesan el amplio lecho del *boulevard* de pequeños torrentes dispersos. De los talleres, los despachos, las escuelas, las oficinas, precipítense de un golpe al aire libre los trabajadores, las modistillas y los dependientes de innumerables sitios de actividad apiñados en segundos, terceros y cuartos pisos; como un oscuro vapor hecho jirones, fluye la suelta

muchedumbre por la calle: trabajadores con blusas blancas o capotes de faena, parejas o grupos de *midinettes* reconfortándose en la charla, con ramitos de violetas prendidos en el vestido, y pequeños empleados con sus flamantes trajes y la obligada cartera de cuero bajo el brazo, faquines, soldados en uniforme *bleu d'horizon*: todas las figuras innumerables, indefinibles, de la invisible y subterránea actividad de la metrópoli. Todos ellos han permanecido demasiado tiempo sentados en salas ahogadas y ahora se cruzan, estirando las piernas, corriendo y gorjeando, aspirando el aire, llenándolo del humo de los cigarros; durante una hora anima la calle una ráfaga de alegre vitalidad. Porque es sólo una hora; luego han de volver a subir las escaleras, encerrarse detrás de aquellas ventanas, y tornear, coser, martillear en la máquina de escribir y sumar columnas de cifras, o imprimir, o cortar, o darle al cuero. Bien lo saben los músculos y los nervios; por eso se distienden con tanta fuerza, con tanto deseo, y el alma lo sabe: por eso goza con tanta afición de la hora rigurosamente tasada; alarga sus tentáculos, curiosa, y se aferra a la luz, a la serenidad; cualquier nonada la invita a la agudeza, al bromazo espontáneo. No es de extrañar que el escaparate de los monos saque buen provecho de este anhelo de diversión gratuita. En masa se agolpaba la gente detrás del cristal, a la vanguardia las *midinettes*; oíanse sus gorjeos agudos y claros como salidos de una pajarera en competencia, mientras trabajadores o vagos se arrimaban a ellas con chistes salaces y manos prontas; cuanto más crecía y se apretaba la masa de curiosos, tanto más animoso y ágil nadaba y buceaba entre ella mi pececito dorado, vestido con un sobretodo color canario, ora aquí, ora allá. Ya no me aguantaba en mi puesto de observador pasivo; era preciso fijar la atención en él, mirarle los dedos de cerca, para conocer el momento de gracia de su oficio. Pero esto me fue bastante difícil, porque el ejercitado galgo usaba una técnica especial para hacerse escurridizo y atravesar como una anguila los más insignificantes vacíos por entre la aglomeración. Súbitamente, con tiempo apenas para salir de mi lado, donde había permanecido esperando tranquilamente una oportunidad, le vi desaparecer como por arte de magia, y, en seguida, aparecer en la delantera, junto al cristal del escaparate. De una vez debió abrirse paso a través de tres o cuatro hileras.

Puede suponerse que intenté acercármele, temiendo que desapareciera de nuevo, buceando a su modo. Pero no; allí esperaba, quieto, muy quieto. ¡Al acecho! Esto significaba algo —pensé en mis adentros—, y me fijé en su vecino. A su lado había una mujer extraordinariamente gruesa, una persona visiblemente pobre. Tenía cogida con ternura de la mano una muchacha pálida, como de once años, y embarazaba el otro brazo un bolso abierto de compras, de piel barata, del cual asomaban al descuido un par de aquellos larguiruchos panes franceses; sin rebozo, acumulábase en este bolso la comida para el marido. Esta buena mujer del pueblo, sin sombrero, con un chal llamativo y un vestido de basto algodón cortado en el hogar, estaba embobada en el espectáculo de los monos como no es descriptible; todo su ancho cuerpo, algo fofo, se sacudía de tal manera al reír, que los panes iban de un lado a otro, y tan a gusto estallaban sus risotadas, que no tardó en proporcionar a los vecinos una distracción comparable con la del mismo espectáculo de los monos. Con el placer sencillo de una naturaleza elemental, con el agradecimiento magnífico de todos aquellos con los cuales la vida no ha sido muy generosa, disfrutaba del singular espectáculo, pues sólo los pobres pueden ser tan de veras agradecidos, ellos que tienen por placer de los placeres el bajado del cielo, el que no cuesta dinero. Aquel buen corazón se inclinaba a menudo hacia la chiquilla, por si no veía bien y que no le escapara ninguna de las tretas: «*Rrregarrde doonc*, *Maarguerite*», animaba a la chiquilla con su expansivo acento meridional; pero la niña era demasiado vergonzosa para alegrarse en voz alta ante aquel hato de desconocidos. Tronco originario de la tierra, verdadera hija de Gea, era una visión espléndida la de esta mujer, esta madre sana, fruta jugosa del pueblo francés, y hubiéramos querido abrazarla, mujer excelente, por su alegría, que retemblaba serena y sin cuidado. Pero de pronto una impresión siniestra me asaltó. Había visto cómo la manga del abriguito color canario se mecía cada vez más próxima sobre el bolso de compras descuidadamente abierto; sólo los pobres son tan confiados.



¡No, por Dios! ¡No pesques el bolsillo escurrido de esta buena mujer, contenta hasta lo indecible! De pronto, algo se sublevaba dentro de mí. Hasta entonces había observado a aquel ratero con un placer deportivo, había hasta deseado, pensando y sintiendo por él, que, al fin, por su enorme dispendio de afán, de temeridad, por el peligro en que se ponía, le saliera bien un pequeño golpe. Pero ahora que veía por primera vez no solamente el intento de robo, sino también la perdona que iba a ser robada, corpórea delante de mí; ahora

que veía a esta mujer de una sencillez conmovedora, beatíficamente despreocupada, que probablemente barría habitaciones y fregaba escaleras por un par de *sous*, me acometió la cólera. «¡Aparta, muchacho! —le hubiera increpado—. ¡Busca otra persona, y no esta pobre mujer!» Y ya me abría camino para llegar a ella y amparar su bolso amenazado. Pero no bien daba el primer paso, el hombre abandonaba el grupo, y dijo al pasar a mi lado rozándome: «*Pardon, monsieur*», con voz delgada y humilde, que yo oía por primera vez; y se colaba, con su abriguito amarillo, más allá del hato de curiosos. En seguida, no sé por qué, tuve esta impresión: «Ya ha pescado algo. ¡Ahora, a no perderlo de vista!» «¡Bruto!», imprecaba un señor detrás de mí. Le había pisado duramente. Me abrí paso y llegué todavía a tiempo para ver cómo el abrigo amarillo canario tremolaba por una calle lateral que partía del *boulevard*. «¡Detrás de él! ¡A no perder sus huellas!» Tuve que avivar el paso, pues —no creía a mis ojos— aquel hombrecillo a quien había observado durante una hora, de pronto parecía otro. Antes, apocado, andando como un sonámbulo; ahora, ágil como una comadreja, con el típico andar ansioso de un escribiente esmirriado que ha llegado tarde para el ómnibus y corre, a fin de llegar a tiempo a la oficina. Ya no me cabía duda; éste era el paso de después del hecho, el tipo número dos de los andares del ratero, lo más ágil posible y sin llamar la atención, para huir del lugar del hecho. No, no cabía duda: el bribón había pescado el monedero del fondo de la bolsa de aquella persona pobre como un ratón.

En el calor de mi cólera estuve a punto de dar la señal de alarma: «*Au voleur!*» Pero en seguida decayó mi ánimo. No habiendo visto el acto del robo, ¿cómo podía culparle? Y luego, se necesita una cierta disposición para echar la mano sobre un hombre y hacer justicia en representación de Dios; esta disposición para denunciar y acusar a un hombre no la he tenido nunca. Sé cuán frágil es toda justicia y cuán presuntuoso el querer, en nuestro embrollado mundo, hacer cuestión de Derecho un caso aislado. Reflexionando así, al tiempo que proseguía mi persecución, esperábame todavía otra sorpresa, ya que, un par de calles más adentro, aquel ser estupendo se puso a una tercera marcha; dejó de pronto su recio andar, cobró elasticidad en su persona y anduvo como un particular que va de paseo. Era evidente que se sabía fuera de la zona peligrosa, donde nadie le perseguiría ni

le echaría mano. Me hacía cargo; ya libre de la enorme tensión, quería respirar desahogadamente: era, en cierto modo, un ratero fuera de servicio, un rentista, uno de entre los muchos miles de sujetos parisienses que pisan el empedrado sosegados, sin prisa, aspirando el cigarrillo recién encendido; con su inocencia inconmovible, andaba el hombrecillo delgado paso a paso, indolente, cómodo y tranquilo, por la Chaussée d'Antin, y barrunté que empezaba a fijarse, en el tipo o en la asequibilidad de las mujeres y las muchachas que pasaban por su lado.

Bien, y ahora ¿hacia dónde, hombre de la eterna sorpresa? Mírale, hacia la plazoleta, de la Trinité, tupida de arbustos, con los retoños de un verde reciente… ¿A qué? ¡Ah, bien lo supongo! Quieres descansar un par de minutos en un banco. ¿Y cómo no? Ese incesante ir y venir detrás de una presa le tiene agotado, es claro. Pero no; el hombre de la constante sorpresa no se sentó en un banco, sino que, seguro de su rumbo, directamente —y ahora mil perdones— se metió en una caseta destinada a las más íntimas necesidades del público, cuya ancha puerta cerró cuidadosamente tras de sí. En el primer momento no pude contener la risa. «¿En ese común reducto acaban los primores de un arte? —me decía—. O ¿tan adentro se te ha metido el susto?» Pero pronto vi cómo la eternamente chusca realidad halla siempre a mano los más divertidos arabescos, con más arrestos que ningún escritor en su inventiva. Sin titubear, pone, osada, lo extraordinario al lado de lo ridículo, y, maliciosa, lo inevitablemente humano cerca de lo pasmoso. Mientras, sentado en un banco, esperaba —¿había otro remedio?— que saliera de la caseta verde, vi claramente que aquel hombre, experimentado y sabio maestro de su oficio, no hacía más que obrar con la lógica esencial a su ocupación al rodearse de cuatro paredes para contar sus ganancias, pues —¿cómo no lo había pensado antes?— constituía para un ladrón profesional otra más de las dificultades que los profanos no sabemos ponderar, el cuidar a su debido tiempo de desembarazarse del cuerpo del delito. Y nada tan difícil de encontrar en una ciudad que vela constantemente, que tiene millones de ojos al acecho, como esas cuatro paredes escondidas que ofrezcan seguridad. Al mismo lector casual de un juicio le sorprende cada vez de nuevo el número de testigos que comparecen en el más insignificante suceso, armados de una memoria, de una precisión diabólica. Prueba a rasgar una carta y echarla al

arroyo: docenas de ojos te miran sin que lo sospeches, y a los cinco minutos un muchacho desocupado cualquiera se dará tal vez el gusto de recomponer sus pedazos. Examina tu cartera en el vestíbulo de una casa de vecindad, mañana, si alguien denuncia un robo en la ciudad; una mujer que tú nunca viste correrá a la Policía y dará de tu persona una descripción tan completa como el mismo Balzac. Entra en una fonda, y el camarero, que te pasa inadvertido, está detallando tu traje, tu calzado,' el color del pelo, o si tienes las uñas de forma plana o redondeada. Detrás de cada ventana, de cada escaparate, de cada cortina, de cada jarrón con flores, un par de ojos te están siguiendo, y cien veces que divagues beatíficamente solo, sin ser observado, a tu parecer, por esas calles, cada vez y en todos los sitios hay apostados espontáneos testigos, y una red de miles de ojos, cada día renovada, rodea nuestra existencia. Excelente idea, pues, artista experto, la de comprarte por un real cuatro paredes opacas, donde guarecerte durante un par de minutos. Nadie puede espiarte mientras rasgas el bolsillo cobrado y haces desaparecer la acusadora envoltura; ni yo mismo, tu segundo «yo», tu inseparable, que espera en este banco, a la vez satisfecho y decepcionado, te ha de pedir cuenta de tu botín.

Tales eran, al menos, mis reflexiones, porque la realidad fue otra. Así que hubo abierto la férrea puerta con sus delgados dedos conocí su fracaso, como si hubiera contado con él las piezas del portamonedas. ¡Triste ganancia! Por su modo decepcionado de dar los primeros pasos, caído, extenuado, lacios y húmedos los párpados sobre la mirada baja, me dije en seguida: «¡Suerte perra! De poco te ha valido merodear todo un mediodía. ¿Qué podía contener aquel bolsillo? En el mejor caso —ya entonces te lo auguré—, dos o tres pringosos billetes de diez francos». Poco, demasiado poco para el gasto enorme de destreza profesional y el riesgo corrido, y demasiado, desgraciadamente, si pensamos en aquella mujer de faenas que probablemente está llorando en Belleville y contando por séptima vez su mala suerte a las vecinas que han acudido, echando pestes contra esos canallas de ladrones y mostrando y volviendo a mostrar desesperadamente, con mano temblorosa, el bolso fatídico. Para el ladrón —¡pobre ladrón!—, a su vez, una porquería. No tardé en ver confirmada mi sospecha. Aquel insignificante montón de miseria, con el cual, cansado en cuerpo y alma, me

había identificado, se paró delante de una tiendecita de zapatos, melancólico, mirando mucho rato el par más barato del escaparate. Zapatos, zapatos nuevos: bien los necesitaba, en lugar de aquellos pingajos agujereados que mal cubrían sus pies; los necesitaba más premiosamente que los otros cien mil que hoy pisaban el pavimento de París con buenas suelas enteras de cuero o de goma; necesitábalos, ante todo, para su turbia profesión. Pero la mirada, a la vez hambrienta e ilusionada, delataba este cálculo: para un par así, reluciente, el marcado con 54 francos, no bastaba el dinero de su último golpe. Con las espaldas pesadas como plomo, se apartó del escaparate, encorvado, y siguió su camino.

¿Hacia dónde? ¿Volvería a la caza peligrosísima? ¿Al riesgo de perder la libertad a trueque de un resultado tan lastimoso, que no le alcanzaba para nada? «¡No, pobre; descansa un rato!» Como si magnéticamente le hubiera llegado mi anhelo, dobló una calleja lateral y acabó parándose en el umbral de una fonda humilde. Ya no vacilé. Entré detrás de él, pues de este hombre con quien vivía hacía dos horas con un latido en las venas, con un interés trepidante, quería saberlo todo. Precavidamente, compré al vuelo un diario, detrás del cual me atrincheraría; entré, con el sombrero intencionadamente muy metido sobre la frente, y me senté a una mesa, detrás de él. Previsión inútil: ya no le quedaba energía ni para la curiosidad. Extenuado, vacío, tenía la mirada torpe, fija en el mantel blanco, y cuando el camarero le puso el pan delante, sus manos flacas y huesudas despertaron y cogiéronlo ansiosas. En la prisa que se daba a mascar vi todo el cuadro: el pobre hombre tenía hambre, un hambre de veras, sincera, que le duraría desde la madrugada, o quién sabe si desde el día anterior; y mi súbita compasión creció en fervor cuando el camarero le presentó la bebida que había pedido: una botella de leche. ¡Un ladrón que bebe leche! Son siempre pequeños detalles los que, como la luz de un fósforo, iluminan de pronto toda la profundidad espaciosa del alma, y en este momento que le vi a él, el ratero, beber la más inofensiva y pueril de las bebidas, blanca leche sin malicia, dejó de ser ladrón para mí. Era desde ahora uno de los innumerables pobres y acosados, enfermos y lastimados de este mundo mal compuesto, y, así, me sentía ahora más unido con él, por un motivo más profundo que la curiosidad. En todas las formas de la común condición humana, la desnudez, el frío, el sueño, el cansancio, en cada una de

las necesidades del cuerpo que sufre, húndese lo que separa a los hombres, extínguense las categorías ficticias que dividen a la Humanidad en justos e injustos, en honrados y delincuentes, y sólo queda el pobre animal eterno, la criatura terrenal que siente el hambre, la sed, la necesidad de dormir y la fatiga, como tú y yo y todos. Le miraba como a un desterrado, mientras a pequeños sorbos cautelosos pero ávidos bebía la leche espesa y, finalmente, recogía las migajas, y me avergoncé de mi carácter de espectador, me avergoncé de las dos horas empleadas en dejar que ese hombre, acosado como un caballo de carreras, siguiera su oscura pista para satisfacer mi curiosidad, sin que yo intentara detenerle o ayudarle. Me entró un anhelo inconmensurable de acercarme, de hablarle, de ofrecerle algo. Pero ¿cómo empezar? ¿Cómo entrar en conversación? Exploré, busqué hasta el sufrimiento unas palabras, un pretexto, y no los hallé. ¡Así somos! Discretos hasta causar lástima ante un caso decisivo, osados en el designio, pero lamentablemente faltos de ánimo para romper la delgada capa de aire que separa un hombre de otro, aun sabiendo que necesita de nosotros. Todos conocemos el obstáculo: una de las cosas más difíciles es auxiliar a un hombre si no es él quien pide nuestro auxilio, porque en esta reserva se encierra una última posesión: su propio orgullo, el cual no nos atrevemos a herir con nuestro celo. Solamente los mendigos nos facilitan la tarea, y debiéramos agradecérselo; no nos obstruyen el camino para llegar a ellos. Pero mi hombre era uno de los tercos que arriesgarán su libertad en la forma más peligrosa antes que pedir nada, prefiriendo robar a aceptar una limosna. ¿No le daría un golpe fatal en el alma si con cualquier pretexto me acercara a él sin la maña que el caso requería? Y, además, estaba sentado en su sitio, hasta tal punto cansado, que el solo hecho de sacarle de su descanso hubiera sido una grosería. Había arrimado la silla a la pared de manera que al mismo tiempo apoyaba el cuerpo en el respaldo y la cabeza en el muro, cerrados un momento los párpados, de un gris plomizo; comprendí, sentí que no pedía otra cosa que poder dormir, aunque sólo fueran diez, cinco minutos. Su cansancio, su agotamiento los sentía yo corporalmente, como míos. Aquel color pálido de la cara, ¿no era la sombra blanca del encalado de una celda de cárcel? Y ese agujero de la manga que reaparecía a cada gesto, ¿no delataba que su existencia carecía del cuidado y la ternura de una mujer? Intenté

representarme su vida: quién sabe dónde, en una buhardilla, ocupando una cama de hierro sucia, el cuarto sin calentar, una palangana rota, un baúl pequeño por toda posesión, y, en este cuarto estrecho, el miedo continuo a la policía que sube los escalones crujientes con paso recio; todo lo imaginé en aquellos dos o tres minutos, mientras él, agotado, apoyaba contra la pared su cuerpo delgado y huesudo y su cabeza envejecida. Pero el camarero, a quien molestaban los huéspedes retardados, recogía ostensiblemente los cubiertos. Pagué y salí con prisa, a fin de evitar su mirada; cuando asomó a la calle pocos minutos después, le fui a la zaga. No permitiría de ningún modo que este pobre hombre quedara abandonado a sí mismo.



Ahora ya no era curiosidad retozona y nerviosa como la del mediodía lo que me unía a él; no ya el goce estéril de enterarme de una profesión desconocida, antes bien, un miedo sordo, un sentimiento terriblemente opresor, y la opresión se hizo más intensa cuando observé que iba una vez más hacia el Boulevard. «¡No, por Dios! ¡No vuelvas ahora al escaparate de

los monos! ¡No hagas locuras! Medítalo bien. Aquella mujer debe de haber avisado a la Policía hace rato, y seguramente te esperan y van a cogerte por una punta de tu abrigo. Y, sobre todo, ¡basta ya de trabajo por hoy! No intentes nuevos golpes; no estás en forma. Ya no te quedan energías, ningún impulso; estás cansado, y lo que emprendas en este estado fracasará, por bueno que sea tu arte. ¡Descansa, acuéstate, pobrecito; nada más por hoy, nada más!» No podría dilucidar cómo, asaltábame el pensamiento angustioso, la seguridad casi alucinadora de que hoy Aprenderían sin escapatoria, a la primera intentona.

Mi cuidado se hacía cada vez más violento a medida que nos acercábamos al Boulevard, del cual oíamos el eterno rugido de catarata. «¡No; por nada del mundo vuelvas ante el escaparate; no lo toleraré, majadero!» Ya le daba alcance y aprestaba la mano para cogerle por un brazo y obligarle a retroceder. Pero, como si hubiera oído mi último mandato, el hombre dio un rodeo imprevisto. En la calle Drouot, una antes de llegar al Boulevard, atravesó el burladero y, con una súbita actitud de firmeza, como si allí tuviera su domicilio, dirigióse a una casa. Me era conocida: el Hôtel Drouot, el célebre centro de subastas de París.

Quedéme perplejo, como lo estuve tantas veces aquel día a causa del hombrecillo sorprendente. Mientras yo me afanaba en descifrar su vida, una fuerza debía partir de él al encuentro de mis íntimos deseos. Por la mañana, de las cien mil casas de la ciudad extranjera, me había propuesto ir precisamente a aquélla, porque siempre me ha proporcionado las horas más estimulantes y más aleccionadoras, al par que divertidas. Más vital que un museo y, algunas veces, igualmente rico en tesoros, siempre cambiante y siempre el mismo, me gusta ese Hôtel Drouot, tan insignificante en su exterior, como una de las más bellas curiosidades, y que es la síntesis del mundo parisiense. Lo que entre las cuatro paredes de una habitación se combina en un todo orgánico, aquí yace desperdigado en un sinnúmero de objetos singulares, difuso, como en una carnicería el cuerpo despedazado de un animal enorme; lo más raro y contradictorio, lo más sagrado y lo cotidiano, se asocian aquí en la comunidad por excelencia; todo lo expuesto pide convertirse en dinero: la cama y el crucifijo, el sombrero y la alfombra, el reloj y la palangana, estatuas de mármol de Houdon y aderezos de similor,

miniaturas persas y pitilleras con un baño de plata, bicicletas sucias al lado de primeras ediciones de Paul Valéry, gramófonos al lado de Madonas góticas, telas de Van Dick junto a pringosas oleografías, sonatas de Beethoven cerca de una estufa rota, lo más necesario y lo más superfluo, el mal gusto y el gusto más apreciado, lo grande y lo pequeño, lo falso y lo de ley, y lo viejo y lo nuevo; todo lo que pueda haber salido de las manos del espíritu humano, lo más sublime como lo más estúpido, fluye en esta retorta de la subasta que engulle con cruel indiferencia todos los valores de la ciudad gigante y los arroja luego. En este desalmado centro de transformación de todos los valores en moneda y cifra, en esta feria colosal de humanas vanidades y necesidades, en este sitio fantástico, se percibe con más violencia que dondequiera la embrollada multiplicidad de nuestro mundo material. Aquí, la estrechez puede llevar al mercado a toda clase de cosas, y quien tiene el dinero adquirirlas; pero no son solamente objetos lo que se adquiere, sino también conocimientos y puntos de vista. El atento puede, por los ojos y por los oídos, mejorar su comprensión en cada materia, y los conocimientos de Historia del Arte, Arqueología, Bibliofilia, valor de los sellos de colección, Numismática, y no menos el conocimiento de los hombres. Porque tan varias como los objetos que piden salir de estas salas y pasar a otras manos, y que sólo por un corto tiempo pueden descansar del vasallaje de la posesión, son las humanas razas y clases que se agolpan, curiosas y ávidas de adquirir, alrededor de la mesa del subastador, inquietos los ojos por la pasión del negocio o la furia del coleccionista. Allí vemos a los grandes comerciantes con sus abrigos de pieles y el hongo del *bric-à-brac* de la Hive Gauche, ansiosos de llenar sus tiendecitas sin gastar demasiado, y entre unos y otros, charlando, voceando, los agentes, los pequeños traficantes, los postores, los *racoleurs*, inevitables hienas del campamento, dispuestos a zarpear el objeto antes de que caiga al suelo de puro barato, o para azuzar con sus miradas significativas al coleccionista que ha mordido en una pieza de valor, a fin de que suba el precio. Hasta el apergaminado bibliotecario se escurre por allí con aire somnoliento de tapir armado de sus lentes, y luego refluye el susurro de abigarradas aves del paraíso, damas elegantes adornadas de perlas, que han mandado los lacayos a que les guarden un sitio de primera fila, cerca de la mesa del subastador. Y en un ángulo, apostados de pie, quietos como grullas,

retraídos los ojos, hay esos verdaderos inteligentes, que son como la francmasonería de los coleccionistas. Entre todos estos tipos atraídos por el negocio, la curiosidad o el amor al arte pulula una masa casual de puros curiosos que sólo van a beneficiarse de la calefacción gratuita o a distraerse con el chisporroteo de las fuentes luminosas de las cifras lanzadas al aire. Pero ninguno que no lleve su intención: sea el coleccionismo, el juego, la ganancia, la posesión, o siquiera el calor ajeno. Este caos humano se divide y se ordena en una abundancia inverosímil de fisonomías. Una sola especie no había visto ni imaginado nunca representada allí: la cofradía de los rateros. Pero ahora que veía a mi amigo colarse allí con firme instinto, bien lo comprendía. Era el coto ideal, el sitio tal vez más propicio de París para su alta escuela. Porque en él se reúnen de modo prodigioso todos los elementos indispensables: la horrible aglomeración casi insoportable, la imprescindible distracción que opera sobre los retiñidos el afán de ver, la expectación, la licitación. Y, en tercer lugar: un centro de subastas es, si exceptuamos el hipódromo, el único reducto de nuestro mundo actual en donde se paga al contado, sobre la mesa, circunstancia que hace suponer que debajo de cada americana se redondea la blanca hinchazón de una cartera llena. Allí, o nunca, un rata diestro encuentra una oportunidad magnífica. Probablemente, el golpecito del mediodía —ahora caía en ello— había sido para mi amigo un puro ejercicio de digitación. Ahora se preparaba para la obra maestra.

No obstante, mientras subía indolente al primer piso, más bien me inclinaba a tirarle de la manga: «¡Por Dios! ¿No ves allá el cartel en tres idiomas: “*Beware of pick-pockets, Attention aux pick-pockets, Achtung vor Taschendieben*”? ¿No lo ves, inocente? Es sabido que aquí rodean a los de tu oficio docenas de disimulados detectives, y una vez más te lo advierto: ¡hoy no estás en forma, créeme!». Pero él, rozando el aviso, que, al parecer, le era bien conocido y le dejaba frío, sabedor de la situación, hombre bregado, subía tranquilamente, táctica que me pareció acertada. Porque en las salas inferiores se vende solamente el ajuar doméstico más basto, habitaciones, cajas y armarios, y afluye a ellas la poco grata y pródiga masa de negociantes de cosas viejas, los cuales, siguiendo tal vez la buena usanza campesina, átanse precavidamente la bolsa alrededor de la barriga, y con ellos no sería fructífero operar, ni prudente aconsejarlo. Es en las salas del primer piso, destinadas a

la subasta de los objetos más sutiles: cuadros, adornos, libros, autógrafos, joyas, donde se hallan sin duda los bolsillos más repletos y los compradores más confiados.

Me costaba no perder la pista de mi amigo, pues iba y venía de la puerta central a todas las salas y en todas direcciones, para calcular en cada una de ellas las probabilidades, y en medio de sus correrías, atento y perseverante, leía los carteles, como un catador consumado la minuta de un banquete. Finalmente se decidió por la sala siete, en la cual se subastaba «La *célèbre collection de porcelaine chinoise et japonaise de Madame la Comtesse lves de G…*» No cabía duda de que se verían objetos sensacionalmente costosos, pues el público era tan denso que desde la entrada se hacía invisible la mesa detrás de los abrigos y los sombreros. Una muralla humana cerrada, tal vez de veinte o treinta hileras de personas, impedía el ver aquella larga mesa, verde, y los que estábamos a la puerta de entrada alcanzábamos tan sólo los divertidos ademanes del subastador, el Commissaire-priseur, quien, desde su elevado sitio, blandiendo el blanco martillo, dirigía todo el juego de la subasta como un director de orquesta, y después de las pausas, angustiosamente largas, volvía al *prestissimo*. Probablemente, como otros humildes empleados, con domicilio en Ménilmontant o en cualquier otro suburbio: dos cuartos, un fogoncito de gas, un gramófono como máximo lujo y un par de pelargonias en la ventana, gozaba ahora de ver un público ilustre, con sus bien cortados cutaway, el cabello con pomada cuidadosamente partido, visiblemente feliz de poder tener el gusto indecible, durante tres horas diarias, de convertir en monedas, al golpear de su martillo, los más apreciados valores de París. Con la presteza adquirida de un acróbata, recogía las varias ofertas que salían de la derecha o de la izquierda, de junto a la mesa y del extremo de la sala: *«Six-cents, six-cents cinq, six-cents dix…»*, como quien coge graciosamente una pelota al vuelo, y devolvía las mismas cifras sublimadas, redondeadas las vocales, separando las consonantes. En los paréntesis remedaba al ama que sabe animar a sus convidados, y cuando una oferta no conseguía mejor postor y el torbellino de cifras se estancaba, requería con una sonrisa seductora: «*Personne* à droite…? *Personne à gauche…?*», o amenazaba, frunciendo dramáticamente el entrecejo y levantando el inapelable martillo de marfil con la mano derecha: «*J'adjuge*».

O comentaba irónicamente: «*Voyons, Messieurs, c’est pas du tout cher*». En medio de eso, saludaba a algún conocido o guiñaba el ojo con picardía a tal o cual postor para que se decidiera, y si al anunciar una nueva pieza lo hacía con cierta sequedad categórica, a medida que el precio subía, su tenor, cada vez más firme, se elevaba a lo dramático. Se le veía satisfecho de poder regir durante tres horas a aquellas trescientas o cuatrocientas personas que, conteniendo el aliento, ávidas, tenían los ojos fijos en sus labios o en el martillito mágico. El mismo hecho ilusorio de ser él quien decidía, cuando no era sino el instrumento de las casuales ofertas, le infundía una embriagadora presunción; como un pavo real desplegaba sus ruedas de vocales, circunstancia que me afirmaba en la convicción de que, con sus gestos exagerados, estaba prestando a mi amigo el mismo indispensable servicio, agente de distracción, que al mediodía le prestaron los monos jocosos.

Por de pronto, parece que mi amigo no podía sacar partido de esa complicidad, pues permanecíamos los dos en última fila, y toda pretensión de llegar a la mesa, metiéndose a modo de cuña entre aquélla masa humana compacta, cálida y tenaz, me parecía desatinada. Otro error mío, pobre aficionado de un día a la interesante profesión. Mi camarada, él experimentado maestro, el técnico, sabía desde mucho tiempo que, invariablemente, en el momento que el martillo cae definitivo —72,60 francos— jubilaba el tenor: en este corto segundo de distensión, la muralla se resquebraja. Las cabezas excitadas se inclinaban, los tratantes tomaban nota de los precios en su catálogo, alejábase algún que otro curioso y, por un momento, llegaba una ráfaga de aire al apiñado concurso. Y este momento fue el que aprovechó con genial presteza para lanzarse adelante, agachando la cabeza, como un torpedo. Se había colocado de un tirón cuatro, cinco hileras humanas por delante, mientras yo, que me juré no dejar al incauto obrar por sí mismo, me encontraba de repente separado de él. Intenté abrirme paso igualmente, pero la subasta se reanudaba y el muro volvía a cerrarse ante mí, desamparado en medio de la apretada masa, como una carreta en el cenagal. Detrás, delante de mí, a la izquierda, a la derecha, era atroz aquella presión caliente y pegajosa: cuerpos y trajes de desconocidos, tan cerca que la tos del vecino resonaba dentro de mí. Insoportable, además, el aire, que olía a polvo, a agrio y a húmedo y, más que nada, a sudor, como en todos los sitios donde

se trata de dinero. Humeando de calor, intenté sacar el pañuelo; fue en vano, tan estrechamente me hallaba prensado. Pero no cedí; con pausa y constancia, conseguí avanzar primero una hilera y luego otra. ¡Demasiado tarde! El abriguito amarillo había desaparecido. Disimulado quién sabe dónde en medio de aquel concurso, nadie más que yo estaba enterado de su peligrosa presencia; palpitando en todos los nervios de un temor místico, estaba seguro de que algún horror caería sobre el pobre diablo aquella misma tarde. Esperaba oír a cada segundo alguien que gritaría: «Au *voleur!*», y se produciría un tumulto, un escándalo de voces cruzadas, y luego le arrastrarían fuera, cogido por ambas mangas de su abrigo. No sabría explicar cómo llegó a poseerme esa seguridad pavorosa de que hoy mismo, hoy precisamente, le saldría mal el negocio.

Pero nada sucedió, ni se *oyó* una exclamación ni un grito; al contrario: de momento cesaron los diálogos, cuchicheos y murmullos, como si las doscientas o trescientas personas se hubieran concertado para contener la respiración. Con redoblada expectación estaban pendientes del Commissaire-priseur, que dio un paso atrás bajo la lámpara, de modo que su trente se puso a relucir como nunca. Le había llegado el turno a la pieza principal de la subasta: un jarrón enorme, obsequio personal que el emperador de China, hacía trescientos años, había hedió al rey de Francia, por medio de una embajada, y el cual había salido de Versalles durante la Revolución, como muchos otros. Cuatro criados con librea levantaron el preciado jarrón blanco resplandeciente con venas azules y, cuidadosos, dejáronlo sobre la mesa. Después de un solemne carraspeo, el subastador anunció el precio inicial: «¡Ciento treinta mil francos! ¡Ciento treinta mil francos!» Un silencio respetuoso sucedió a esta cifra, sagrada por sus cuatro ceros. De pronto, nadie se atrevió a la oferta, y no se oía palabra, ni un pie se movía de su posición; la masa humana, calurosamente apiñada, formaba un solo bloque inconmovible de respeto. Por fin, un señor pequeño, cano, que estaba al extremo izquierdo de la mesa, levantó la cabeza y dijo, rápido, con voz discreta, casi turbada: «¡Ciento treinta y cinco mil!», a lo cual el Commissaire-priseur replicó, resuelto: «Ciento cuarenta mil».

Y aquí empezó el juego excitante: el delegado de una gran casa americana de subastas se limitaba a levantar cada vez el dedo, movimiento que tenía el

poder, como un reloj eléctrico, de hacer subir inmediatamente en cinco mil la cifra de oferta, y del otro lado de la mesa, el secretario particular de un célebre coleccionista, cuyo nombre se susurraba, lanzaba su proposición. La subasta se convirtió en un diálogo entre los do9 licitantes, sentados a ambos extremos de la mesa, ariscos, evitando cada uno la mirada del rival; ambos comunicaban sus ofertas únicamente al *Commissaire-priseur*, quien las recibía con evidente satisfacción. Por fin, el americano, al llegar a los doscientos sesenta mil, dejó por primera vez de levantar el dedo; como una voz congelada, quedó suspendida en el aire la cantidad. Crecía la excitación; el Commissaire-priseur repitió cuatro veces: «Doscientos sesenta mil…, doscientos sesenta mil…» Como un halcón lanzado a la presa, daba la cifra al espacio. Luego esperó, miró a ambos lados, nervioso y un poco decepcionado. Por él, podía continuar el juego: «¿Nadie da más?» Sonaba casi a desesperación. El silencio empezó a vibrar como una cuerda disonante. El martillo se elevó lentamente. Trescientos corazones esperaban en silencio: «Doscientos sesenta mil francos, a la una… A las dos… A las…»

Como bloque de una pieza, el silencio pesaba sobre la sala en expectación, donde nadie respiraba. Con solemnidad casi religiosa, el *Commissaire-priseur* levantó el martillo de marfil sobre la muda multitud. Una vez más increpó: «*J'adjuge*». ¡Nada! Sin respuesta. Y luego: «¡A las tres!» Cayó el martillo con un golpe seco y malhumorado. A este golpe, la muralla humana vaciló y se convirtió en rostros vivos, individuales, que sonreían; todos se movían, respiraban, gritaban, gemían, carraspeaban. Como un solo cuerpo, la apretada masa humana movíase y distendíase en una ola alborotada, en un solo embate que se transmitía.

También llegó a mí, y precisamente por el codo de un desconocido apoyado en mi pecho. Y alguien dijo: «Pardon, monsieur». Me estremecí. ¡Aquella voz! ¡Oh, amable prodigio, era aquel a quien echaba de menos: la ola revuelta lo había traído precisamente a mi lado! Feliz casualidad. Ahora, Dios sea loado, estaba junto a mí y podía observarle y darle amparo. Naturalmente, me guardé de mirarle; le atisbaba de reojo, y no a la cara, sino a las manos, su instrumento profesional; era curioso: habían desaparecido; tenía los dos brazos apretados contra el cuerpo, y, como quien siente frío, escondía los dedos debajo de la bocamanga del abrigo, para ocultarlos. Si

ahora dirigía sus tientos a una víctima, ésta no percibiría más que el contacto casual de una materia blanda e inofensiva, pues la mano dispuesta al ataque se recataba en la manga como la garra del gato bajo la pata aterciopelada. «Excelente solución —admirábame yo—. Pero ¿contra quién dirige su ataque?» Atisbé con precaución a su derecha, donde había un señor macilento, muy abrochado, y, delante de éste, otro de ancha espalda adusta; no se me ocurrió al principio cómo abordaría con éxito a cualquiera de los dos. Súbitamente, al darme cuenta de una leve presión sobre mi misma rodilla, me vino este pensamiento, que recorrió todo mi cuerpo como un escalofrío: «A la postre, esa preparación ¿va para mí? ¿Conque quieres abordar al único que te conoce en toda la salsa, majadero? ¿Habré de experimentar en mí mismo tu destreza?» Última y desconcertante lección.

Y la verdad es que iba para mí. ¡Pájaro de mal agüero, incurable como era, me había elegido a mí, el compañero de sus pensamientos, el único que le conocía hasta lo más hondo de su profesión!

Sí, no cabía duda: se trataba de mí; sin confusión posible, sentía cómo el codo apretaba mi costado; cómo, pulgada a pulgada, la manga encubridora de la mano avanzaba, a fin de aprovechar el primer movimiento excitado del público para pasarla rápidamente entre la americana y el chaleco. Cierto que yo hubiera podido ponerme todavía a salvo con un contramovimiento insignificante: bastaba que me ladeara un poco, que me abrochara la americana, pero ya no me quedaban ánimos para ello, pues todo mi cuerpo estaba hipnotizado de pura excitación y expectación. Como helado, mis músculos, mis nervios, se entorpecían, y mientras esperaba con insensata excitación, calculaba con rapidez el contenido de mi cartera y experimentaba en su sitio —cada parte del cuerpo cobra sensibilidad en cuanto pensamos en ella, cada diente, cada dedo, cada nervio— el contacto, todavía caliente y plácido, de la cartera contra el pecho. Estaba, pues, en su lugar. Así preparado, podía arrostrar un ataque sin temor. Parece raro, pero no sabía si mi voluntad se avenía o no a ese ataque. Mi sensibilidad estaba confusa, como partida en dos ya que si por el bien de aquel infeliz deseaba que me dejara tranquilo, esperaba asimismo, con la terrible tensión nerviosa que esperamos en la silla del dentista cuando el taladro se acerca al punto doloroso, que diera el golpe decisivo, testimonio de su arte. Pero él, como un

castigo a mi curiosidad, no se apresuraba. Reteníase, sin apartarse demasiado. Pulgada a pulgada, se fue acercando con precaución, y si bien mis sentidos estaban sujetos a este apretado contacto, oía al mismo tiempo claramente, con otro sentido, las ofertas de la subasta, que iban subiendo: «Tres mil setecientos cincuenta. ¿Nadie ofrece más? Tres mil setecientos sesenta…, setecientos setenta…, setecientos ochenta… ¿Nadie ofrece más? ¿Nadie ofrece más?» Luego cayó el martillo. Una vez más se produjo aquella ligera sacudida que resquebrajaba la masa al hacerse la adjudicación, y sentí una ola de esta masa acercarse a mí. Más que una embestida, era algo como el correr de una serpiente, un hálito de humanidad escurridizo, tan leve que ni lo sintiera si mi curiosidad no hubiese estado concentrada sobre el sitio amenazado; encrespóse ligeramente mi solapa como al paso de un vientecillo, sentí algo como el rozar de un pájaro, y…



Y de pronto aconteció lo que nunca hubiera esperado: mi propia mano se movió de abajo arriba y apresó la del extraño por debajo de la americana. No había planeado esta réplica brutal. Fue un movimiento reflejo de los músculos que me sorprendió a mí mismo. Por un puro instinto físico de rechazo, mi mano había subido automáticamente. Y ahora tenía la suya en el puño, cogida por la articulación. ¡Horror! Una mano extraña, una mano fría que temblaba. ¡No, no lo había premeditado!

Este segundo de tiempo no es descriptible. El pavor me inmovilizaba al darme cuenta de que empuñaba violentamente aquel pedazo vivo de carne fría de un hombre extraño. Y la misma paralización de miedo experimentaba él. Así como yo me quedé sin ánimos ni presencia de espíritu para soltar su mano, él no los tenía para apartarla. «Cuatrocientos cincuenta… Cuatrocientos cincuenta… Cuatrocientos sesenta… Cuatrocientos setenta…», anunciaba patéticamente el Commissaire-priseur desde su altura. Yo tenía cogida todavía la fría mano del ladrón. «Cuatrocientos ochenta… Cuatrocientos noventa…» Nadie se había dado cuenta de lo que sucedía entre nosotros, del destino que se ponía en juego entre dos hombres. Era un íntimo combate entre los dos. Sólo nuestros nervios terriblemente castigados lo conocían. «Quinientos… Quinientos diez… Quinientos veinte…» Las cifras fluían cada vez con más precipitación: «Quinientos treinta… Quinientos cuarenta… Quinientos cincuenta…» Por fin —todo esto no había durado más que diez segundos— me acordé de que respiraba. Solté la mano extraña, que se retiró inmediatamente y desapareció bajo la manga del abriguito amarillo.

«Quinientos sesenta… Quinientos setenta… Quinientos ochenta… Seiscientos… Seiscientos diez…» Este rechinar de las cifras no cesaba allá arriba, y estábamos todavía el uno al lado del otro, cómplices de la secreta fechoría, baldados entrambos por su violencia. Todavía experimentaba el calor de su cuerpo apretado al mío, y ahora, al deshacerse mi excitación en un temblor de las rodillas, hasta entonces petrificadas, me pareció percibir como este ligero temblor se comunicaba a las suyas. «Seiscientos veinte…, treinta…, cuarenta…, cincuenta…, sesenta…, setenta…» Brotaban las cifras, subiendo cada vez con más prisa, y nosotros estábamos todavía atados el uno al otro con la férrea argolla del miedo. Por fin tuve fuerza bastante para volver la cabeza y mirarle. En el mismo instante, él levantó los ojos hacia mí. «¡Misericordia…! ¡Misericordia! ¡No me delate!», parecían implorar los ojillos húmedos, y el miedo de su alma oprimida, el miedo originario de toda criatura, fluía de aquellas pupilas redondas, y la barbilla temblaba en la tempestad de su horror. Solamente pude precisar la visión de aquellos ojos muy abiertos; el rostro se había como disuelto en una tan indecible expresión de terror, que ni antes ni después la he visto igual en ningún otro ser humano. No puedo expresar cuánto me avergoncé de que alguien levantara hacia mí

aquella mirada de esclavo, de perro, como si yo tuviera poder sobre la vida y la muerte. Esta su angustia me rebajaba. Desconcertado, aparté los ojos de él. Pero el hombre había comprendido. Sabía que no le delataría nunca, y esto le devolvió sus energías. Con una leve sacudida arqueó el busto, apartándolo del mío, y conocí que se iba a separar para siempre. Primero fue la rodilla, que se distanció de la mía; luego, mi brazo sintió desaparecer la cálida presión del suyo, y de repente —fue como si algo de mí mismo me abandonase— vi a mi lado un sitio vacío. Con el arranque de un buzo, mi compañero de fatigas había dejado el campo libre. Volví a respirar como si el aire que me faltaba tomase a rodearme. Pero inmediatamente tuve un sobresalto: «Ahora ¿qué va a hacer el pobre? Necesitará dinero, y yo le he de estar agradecido por estas horas de emoción; voy a ayudarle, ya que involuntariamente he sido su “cómplice”». Me di prisa a alcanzarle. Pero ¡fatalidad! El desgraciado interpretó mal mi buen celo y tuvo miedo de mí. Me estaba acechando a lo lejos del corredor. Antes de poderle hacer un signo de paz, el abriguito amarillo canario ondeaba en los últimos escalones y se perdía luego en el inaccesible torrente humano que fluía en la calle, y así, casualmente, como había empezado, se acabó la lección.

ARDIENTE SECRETO

La pareja

io un grito velado la locomotora. Había llegado al Semmering; sus coches negros descansaron un minuto en la luz plateada de las cumbres, echaron un par de personas, se tragaron otras, cruzáronse voces regañonas y luego volvió a gritar a la cabeza del convoy la ronca máquina y arrastró la negra cadena, que rechinaba dentro de la boca del túnel. Dilatado y limpio, con sus fondos claros barridos por el viento húmedo, volvía a aparecer el paisaje.

Uno de los llegados, un joven que despertaba simpatía por lo correcto del traje y una natural elasticidad en el andar, se adelantó para tomar un coche que le llevase al hotel. Las herraduras de los caballos golpeaban, lentas, la cuesta. Había primavera en el aire. Se mecían en el cielo esas nubes blancas e inquietas que solamente tienen mayo y junio, esas cándidas compañeras, jóvenes y ligeras aún, que recorren en sus juegos la pista azul, para esconderse de pronto tras las cumbres; nubes que se abrazan y huyen, ora estrujándose como un pañuelo, ora deshilándose a tiras y, finalmente, poniendo, burlonas, unos gorros blancos sobre las montañas. Inquietud en las alturas, donde el viento sacudía tan desenfrenadamente los árboles esmirriados, todavía húmedos de la lluvia, que crujían y derramaban mil gotas chispeantes. Parecía, a momentos, que llegaba un olor de nieve de las frías alturas, y se percibía, al respirar, algo a la vez dulce y áspero. Todo era movimiento y fermentadora inquietud en el aire y en la tierra. Los caballos, algo jadeantes, recorrían más ligeros el camino, ahora cuesta abajo, al son de

los cascabeles. Una vez en el hotel, lo primero que hizo el joven fue recorrer la lista de los huéspedes, que pronto abandonó con desengaño. «¿Para qué estoy aquí? —empezó a preguntarse inquieto—. Estar solo en la montaña, sin sociedad, es peor que la oficina. Está visto que llego demasiado temprano o demasiado tarde. Nunca tengo suerte en mis vacaciones. Ni un solo nombre que me suene entre toda esta gente. ¡Si hubiera al menos un par de señoras, cualquier coqueteo, aunque fuera inofensivo, para no pasar esta semana tan desoladamente!»

El joven, un barón de la pequeña nobleza austríaca, no muy reputado, que tenía un empleo en Gobernación, se había tomado unas cortas vacaciones, sin precisión ninguna, sólo porque todos los colegas habían conseguido su semanita de primavera y él no se conformaba con regalar la suya al empleo. Era, aunque no falto de capacidad de vida interior, una naturaleza por esencia sociable, bien considerado en todas las esferas y plenamente convencido de su incapacidad para estar solo. No había en él inclinación a enfrentarse consigo mismo, y evitaba en lo posible semejantes encuentros, pues le tenía sin cuidado un conocimiento más profundo de sí mismo. Sabía que le era indispensable el roce con los demás para que todos sus talentos y el calor y la arrogancia de su ánimo cobraran vida; en cambio, a solas se hallaba frío e inútil como una cerilla metida en la caja. Paseábase descorazonado por el vestíbulo vacío, parándose allí para hojear los periódicos, acercándose al piano para afinar un vals cuyo ritmo no respondía a los dedos. Por fin se sentó de mal humor, miró afuera cómo descendía poco a poco la oscuridad y se rasgaba la neblina en los abetos, convertida en un vapor gris. Así se pasó una hora nerviosamente y sin utilidad. Se refugió en el comedor. De momento no vio más que dos mesas ocupadas, que recorrió con mirada rápida. ¡Inútil! Desconocidos; sólo allá —correspondió, indolente, al saludo— un *trainer*, y, más lejos, una cara conocida de la Ringstrasse, y pare usted de contar. Ni una señora: nada que le anticipase una aventura, ni aun la más breve. Su mal humor convirtióse en impaciencia. Era uno de esos jóvenes cuya bonita cara les ha servido de mucho y que están siempre dispuestos a un nuevo encuentro, siempre en tensión para acometer lo desconocido de una aventura; a los que nada sorprende porque lo han atisbado todo calculadamente, y que, familiarizados con el erotismo, a la primera mirada

consideran ya a cualquier mujer en lo sensual, sin distinción de si es la esposa de un amigo o la camarera que se introduce en el cuarto de aquélla. Cuando a esos hombres se les llama «cazadores de mujeres», con una cierta prontitud despreciativa, se ignora cuán justo es el vocablo, pues, en efecto, todos los apasionados instintos de la caza: el oteo, la excitación y la crueldad del ánimo, arden en la incansable vigilancia de semejantes sujetos. Están constantemente a lo que salga, siempre preparados, dispuestos a seguir el rastro de una aventura hasta el abismo. Siempre cargados de pasión, no la del enamorado, antes bien la del jugador frío, calculador y peligroso. Hay entre ellos los perseverantes, a quienes la vida, más allá de la juventud, se les convierte todo en aventura por gracia de esa expectación, y cuyo día se descompone en un centenar de menudas experiencias sensuales: una mirada al paso, una sonrisa hurtada, el roce de una rodilla, y cuyo año se descompone, a su vez, en una serie de días del mismo carácter; hombres para los cuales la aventura sensual constituye como la fuente o la chispa que nutre la vida toda.

El buscador se convenció pronto de que allí no había un segundo para aquel juego. Y no hay susceptibilidad más enconada que la del jugador que, con los naipes en la mano, convencido de su capacidad, está sentado junto al tapete verde y espera en vano un contrincante. El Barón pidió un periódico. Desabrido, recorrió el texto por encima, pero sus pensamientos estaban entorpecidos y tropezaban, como ebrios, con las palabras.

Oyó, en esto, el crujir de unas ropas tras de él, y una voz levemente reprensiva que decía con afectado acento:

— *Mais, tais-toi donc, Edgar!*

Unas faldas de seda rozaron su mesa al pasar y se destacó una figura alta y bien puesta en carnes, y detrás de ella, con un traje de terciopelo, un niño pálido que fijó en él una mirada de curiosidad. Sentáronse, el uno frente al otro, a la mesa reservada; el muchacho, visiblemente preocupado por una corrección en contraste con la negra inquietud de sus ojos. La dama —y sólo de ella hacía caso el Barón— parecía muy cuidada y vestía con visible elegancia, siendo, además, por el tipo, muy acorde con sus gustos; una de esas judías ligeramente llenas, casi en la edad madura, al parecer también apasionada, pero lo suficientemente trabajada por la experiencia para saber

ocultar su temperamento bajo una melancolía distinguida. Al principio no se atrevió a mirarla francamente y se contentaba con admirar la elevada línea de las cejas arqueando su piara belleza junto a la fina nariz, que, si bien no desmentía su raza, prestaba al perfil, con su noble forma, un carácter acentuado e interesante. Los cabellos eran, como todo lo femenino de aquel cuerpo en la plenitud, de una exuberancia impresionante, y su belleza parecía gloriarse del íntimo convencimiento de haber sido muy admirada. Encargaba en voz baja, corregía al niño, que hacía ruido jugando con el tenedor, y todo en medio de una aparente indiferencia hacia la mirada furtiva del Barón, a la cual parecía ajena cuando, en realidad, era su misma activa vigilancia lo que le daba una actitud ceñida.

Lo sombrío del semblante del Barón se había iluminado y una íntima vitalidad nerviosa subía ahora y distendía el ceño, aceraba de tal manera los músculos, que su talla parecía más alta, y unas luces más vivas recorrían sus ojos. Era parecido él mismo a las mujeres que necesitan la presencia de un hombre para sacar de sí toda la energía. Necesitaba de un estímulo sensual. El cazador que había en él rastreó una presa. Buscaba, exigente, su mirada, que, con temblorosa indecisión, se cruzaba algún momento con la suya, pero sin brindarle una clara respuesta. También le parecía notar, a ráfagas, alrededor de su boca algo que era el principio de una sonrisa; pero todo esto incierto, y la misma incertidumbre aumentaba su interés. Lo único que le pareció halagüeño era aquel repetido mirar a otra parte, y luego el modo cuidadoso de hablar al niño, evidentemente con vistas a un espectador. La misma obligada contención que se desprendía de su amabilidad denotaba, a su juicio, un principio de intranquilidad. También a él le poseía la excitación: el juego estaba empezando. Dilataba la comida; estuvo casi media hora con la mirada puesta en ella, hasta que tuvo impreso cada rasgo de su semblante y hubo tentado invisiblemente cada porción de su cuerpo en sazón. Afuera caía la noche, los bosques suspiraban con un miedo infantil al sentir los tirones de las manos grises que salían de los nubarrones cargados de lluvia, y el comedor se hacía cada vez más oscuro y la gente parecía más oprimida por el mutuo silencio. La conversación de la madre con el niño —así lo notó el Barón— parecía forzada y artificial bajo la amenaza de aquel silencio, y acabaría pronto. Intentó una prueba. Levantóse antes que nadie, pasó por

delante de ella, mientras paseaba una larga mirada por el paisaje, y luego, muy cerca de la puerta, volvió la cabeza en rápido sobresalto, como si se le olvidara algo. Y la sorprendió siguiéndole con una vehemencia en los ojos.

Fue un acicate. Esperó en el vestíbulo. No tardó ella en aparecer, llevando al niño de la mano; hojeó de paso unos diarios y enseñó un par de grabados al niño. Mas en cuanto el Barón, como casualmente, se acercó a la mesa, al parecer para escoger un periódico, pero en realidad para penetrar más adentro del húmedo resplandor de sus ojos y tal vez entablar conversación, se dispuso a salir, dando un golpecito en el hombro a su pequeño.

— *Viens, Edgar! Au lit.*

Y le rozó con la ráfaga fría de su falda. Un poco decepcionado, el Barón la siguió con los ojos. Había confiado iniciar su relación aquella misma noche y la aspereza le descorazonaba. Pero, al fin, esta resistencia tenía su atractivo, y precisamente la inseguridad atizaba su deseo. Sea como sea, había encontrado su contrincante y el juego podía empezar.

PRONTA AMISTAD

Cuando a la mañana siguiente entraba el Barón en el vestíbulo, vio al hijo de la bella desconocida en acalorada conversación con les dos muchachos del ascensor, a los cuales mostraba unas estampas de un libro de Karl May. No estala allí su mamá, seguramente ocupada todavía en el tocado. Esta vez el Barón se fijó en el niño. Era un rapaz tímido, nervioso, con desarrollo deficiente, de unos doce años; brusco en los movimientos y con unos ojos oscuros que no cesaban de mirar alrededor. Como es corriente en niños de su edad, daba la impresión de sobresalto, como si acabaran de arrancarle del sueño para ponerle de repente entre desconocidos. Su cara no dejaba de ser bonita, pero indecisas las facciones; la lucha del adolescente con el niño parecía querer entablarse, y todo semejaba allí amasado, pero no formado todavía, no expresado en líneas netas; mezclado, pero no fijado. Estaba en la edad desventajosa, cuando el niño y sus ropas no se avienen, mangas y perneras se bambolean alrededor de las delgadas articulaciones, y aún no existe la vanidad que le invite a cuidar de su apariencia.

El pobre, indeciso, errando de acá para allá, hacía en aquel sitio una lamentable impresión. Propiamente, era un estorbo para todos. Tan pronto era el portero quien le apartaba, cansado de sus interrogaciones, como estorbaba a los que entraban; era evidente que le faltaba una atmósfera de amistad, y, en su infantil necesidad de charla, buscaba la compañía de los mejor dispuestos de la casa, los cuales le respondían si el tiempo les sobraba, pero interrumpiéndose en cuanto veían asomar orna persona mayor o se presentaba algo más razonable en que ocuparse. El Barón miró sonriente y con interés al desgraciado niño que con tal curiosidad se fijaba en todo y a quien todo parecía evitar con hostilidad. Pudo cazar una de sus miradas; pero, al verse observados, aquellos ojos negros se ocultaron miedosos bajo los párpados caídos. Al Barón le divirtió el caso. Empezaba a interesarle, y se preguntó si aquel niño, cuya timidez tenía por única razón el miedo, no podría servirle como el más rápido intermediario para una aproximación. No perdería nada con probarlo. Sin llamar la atención, siguió al niño, que, al salir, en su infantil necesidad de ternura, se puso a acariciar el hocico rosado de un caballo blanco, hasta que —rara suerte la suya— el cochero, otro más, le mandó a paseo con bastante aspereza. Molestado y aburrido, divagaba de nuevo, se paraba y volvía a andar, con su mirada vacía, un poco triste. El Barón se puso a hablar con él:

—¡Hola, joven! ¿Te gusta estar aquí? —Se esmeraba en mantener cierta jovialidad.

El niño se puso encamado como él fuego y levantó los ojos, temeroso. Apartó la mano hacia él, como con recelo, y se balanceaba, turbado. Era la primera vez que un señor desconocido le daba conversación.

—Sí, señor —pudo balbucir, como si se atragantara.

—Me extraña —dijo el Barón riendo—. El sitio es de los más aburridos, sobre todo para un joven como tú. ¿Qué haces durante todo el día?

La confusión no le permitía responder tan pronto. ¿Era posible que aquel señor forastero, tan elegante, le buscara conversación, a él, de quien nadie hacía caso? Esta idea, a la par que le intimidó, remozaba su orgullo. Hizo un esfuerzo:

—Leo, y luego salimos mucho a paseo. Algunas veces también en coche, mamá y yo. Estoy aquí para reponerme; estuve enfermo. Por eso he de estar

mucho al sol; lo ha dicho el médico.

Dijo las últimas palabras ya un poco más firme. Los niños se sienten siempre orgullosos de una enfermedad, porque saben que él peligro dobla la importancia de quienes lo pasan.

—Sí, el sol es bueno para los pollos como tú, y espero verte muy tostado. Pero no debes estar por aquí todo el día. Un muchacho como tu debe correr, ser atrevido y hasta cometer alguna travesura. Me parece que eres demasiado quieto, y muy casero, con ese gran libro bajo el brazo. Yo era un bribón a tus años, y volvía a casa todas las noches con desgarrones en el pantalón. No conviene ser demasiado juicioso.

A pesar suyo, el niño tuvo que reírse, y esto le quitó el miedo. Hubiera contestado algo de buena gana, pero le parecía muy atrevido, muy presuntuoso, ante el señor forastero que le hablaba con tanta amabilidad. Él no había sido nunca impertinente, sino más bien un poco corto, y ahora, entre la dicha y la vergüenza, llegaba al colmo de la confusión. Hubiera proseguido de buena gana el diálogo y no se le ocurría nada. Por suerte se acercaba el gran perro amarillento, el perro de San Bernardo del hotel, que arrimó el hocico a los dos y se dejó acariciar.



—¿Te gustan los perros? —peguntó el Barón.

—¡Oh, mucho! Mi abuelita tiene uno en su villa de Baden, y cuando estamos allá todo el día viene conmigo. Pero es sólo en el verano, cuando pasamos unos días allá.

—En casa, en nuestra heredad, creo que tenemos lo menos dos docenas. Si te portas bien, tendrás uno que yo te regalaré. Uno pardo con las orejas blancas, muy joven. ¿Lo quieres?

—¡Oh, sí!

Le invadía un grato calor mezclado con el ansia, pero inmediatamente se le opuso, asustada, la reflexión:

—Pero mamá no va a permitirlo… Dice que no aguanta un perro en casa. Dan muchas molestias.

El Barón sonrió. Ahora la conversación iba a la mamá.

—¿Es tan severa tu mamá?

El muchacho reflexionó, le miró un segundo como preguntando si podía confiar ya en el señor desconocido. La respuesta se limitó en lo discreto:

—No, mamá, no es severa. Ahora, como estuve enfermo, me lo permite todo. Quién sabe si me permitirá también tener un perro.

—¿Y si yo se lo pidiera?

—¡Oh, sí, hágame usted ese favor! —exultó el rapaz—. Así, seguramente mamá me lo permitirá… ¿Y cómo es? Las orejas blancas, ¿verdad? ¿Y trae la presa a la mano?

—Sí, es capaz de todo.

El Barón no podía evitar el sonreír viendo las chispas que había encendido en los ojos del niño. La confusión de los primeros momentos había desaparecido, y la pasión, contenida por el miedo, borboteaba. En una transformación instantánea, el niño tímido y asustadizo de antes era un rapaz alegre. «¡Si la madre fuera también así! —pensó con ligereza el Barón—. Tan vehemente tras de su miedo». Pero el niño le arrollaba con veinte preguntas.

—¿Cómo se llama el perro?

—*Karo*.

—*¡Karo!* —se alegró el niño.

Cada palabra le era motivo de risa, de júbilo, embriagado por el inesperado acontecimiento de que alguien le hubiera acogido con cariño. El

mismo Barón se pasmaba de su rápido éxito, y resolvió forjar el hierro candente todavía. Invitó al niño a dar un paseo con él, y el pobre, que tenía hambre de compañerismo desde hacía semanas, aceptó embelesado. Sin vacilar, cantó de plano todo lo que a su nuevo amigo se le ocurrió sacarle por medio de cortas preguntas, al parecer casuales. Pronto se enteró el Barón de las circunstancias familiares, sobre todo de que Edgar era hijo único de un abogado vienés, evidentemente de la burguesía vienesa acaudalada. Y, con hábiles rodeos, llegó a saber pronto que a la madre no le complacía la estancia en el Semmering. Y llegó a deducir, por la manera evasiva como Edgar contestó a la pregunta de si mamá quería mucho a papá, que, en este punto, las cosas no iban del todo bien. Casi se avergonzaba de lo fácil que le había sido sacar de la cándida criatura todos aquellos secretos familiares, pues Edgar, muy ufano de que una persona mayor se interesase por algo de lo que él contaba, entregóse con toda confianza al nuevo amigo. Su corazón de niño saltaba de orgullo. El Barón, al emprender el paseo, le había puesto el brazo alrededor del cuello. El orgullo de que le vieran en tal intimidad con una persona mayor le hizo olvidarse poco a poco de su niñez y charlar holgadamente con el Barón como con uno de su edad. Edgar era muy juicioso, y así lo demostraba mi su conversación; algo precoz, cosa propia de niños enfermizos que han alternado mucho con los adultos; era extremadamente apasionado, tanto en la inclinación como en la hostilidad. No parecía estar en relación tranquila con nada, y, así, hablaba de cada persona o cosa con embeleso o con un odio tan vehemente que, descomponiéndosele el semblante, lo afeaba y hacíalo casi maligno. Algo de bravío, de arrebatado, determinado tal vez aún por lo reciente de la enfermedad, se notaba en el apasionamiento fanático de su conversación. Parecía como si su brusquedad fuera un miedo de la propia pasión que no conseguía dominar.

Captóse el Barón fácilmente su confianza. A la media hora ya tenía en su mano aquel corazón cálido, palpitante de inquietud. ¡Es tan indeciblemente sencillo engañar a los niños, esos seres sin malicia, por el amor de los cuales nos afanamos tan raras veces! No tuvo más que sumirse en su pasado, y la conversación infantil le resultó tan natural y airosa que el muchacho le veía como su igual, y, a los pocos minutos, perdía toda sensación de distancia. Era

venturoso el haber encontrado, de pronto, un amigo en la soledad. ¡Y qué amigo! Olvidados, como barridos, quedaban allá los amiguitos vieneses con sus voces delgadas, su charla inexperta; había sonado una nueva hora y su pasión entusiasta se situaba en el nuevo amigo, su gran amigo, y se le ensanchaba de orgullo el corazón cuando éste, al despedirse, insistió en que volviera a la mañana siguiente, y, ya un poco lejos, le hizo seña lo mismo que un hermano. Un minuto, tal vez el más hermoso de su vida. ¡Es tan fácil engañar a los niños! El Barón sonreía, al niño, que se iba corriendo. Ya tenía el intermediario. Sabía que ahora el pequeño acosara a su madre hasta la saciedad con lo que le iba a contar, reproduciendo cada palabra, y se complacía en recordar con qué destreza se había cuidado él de entrelazar la conversación con los cumplimientos a ella dirigidos, y cómo había hablado siempre de la «guapa mamá» de Edgar. Le parecía descontado que el comunicativo muchacho no descansaría hasta ponerle frente a la mamá. No necesitaba mover ni un dedo para acortar la distancia que le separaba de la bella desconocida, y, entre tanto, podía soñar a su gusto y contemplar el paisaje, porque sabía que dos manos fervorosas de niño le construían el puente para llegar a su corazón.

Terceto

El plan, como se vio una hora más tarde, era excelente, perfecto basta los últimos detalles. Cuando el joven Barón entró en el comedor, un poco tardío con toda intención, Edgar dio un brinco y saludó, solícito, con el ademán y una sonrisa de felicidad. En seguida, tiró de la manga a su madre y le habló pronto y excitado del Barón, con gestos chocantes. Ella, incomodada, ruborizada, le reprobó sus modales, su excesiva vivacidad; pero no pudo evitar el dirigir la vista donde el niño deseaba, oportunidad que el Barón aprovechó para inclinarse en un saludo respetuoso. La presentación era un hecho. Ella tuvo que corresponder al saludo; pero, desde aquel momento, inclinó más la cabeza hacia el plato y evitó cuidadosamente durante toda la comida el levantar los ojos a cierto nivel. No así Edgar, que atisbaba continuamente, y una de las veces intentó dirigir la palabra desde su sitio al

Barón, falta que mereció la reprimenda de su madre. Después de la comida, se le indicó que fuera a la cama y se inició entre él y mamá un laborioso cuchicheo, cuyo resultado final fue acceder a su ruego ardiente de permitirle acercarse a la otra mesa y saludar a su amigo. El Barón le dijo palabras cariñosas, que volvieron a prender llamas en los ojos del niño, y estuvo platicando con él unos minutos. Pero de pronto, dando un giro oportuno a la conversación, ya en pie, se dirigió a la otra mesa, dio la enhorabuena a la vecina, algo confusa, por tener un hijo tan juicioso y tan despierto, celebrando la mañana que tan bien había pasado en su compañía —Edgar estaba sofocado de gozo y orgullo—, y se interesó por su salud circunstancialmente, con detalle de preguntas que la madre se vio obligada a responder. Y por este camino se prolongó la charla, que el niño escuchaba feliz y con una especie de veneración. Al ofrecerse y nombrarse, le pareció al Barón notar que lo retumbante del apellido hacía cierta impresión en la vanidad de su interlocutora. En extremo comedida, despidióse pronto por razón del niño, según hizo constar excusándose.

El niño hizo vehementes protestas de no estar cansado y de que estaría levantado toda la noche. Pero ya su madre había tendido la mano al Barón, quien la besó con respeto.

Mal durmió Edgar aquella noche. Se hacía en su interior un embrollo de bienandanza y de desesperación infantil. Porque había sucedido algo nunca visto en su vida. Por primera vez había penetrado en los destinos de las personas mayores. Medio en sueños, llegaba a olvidar su propia niñez y se imaginaba ya crecido. Hasta entonces, educado en particular y a menudo enfermizo, había tenido pocos amigos.

Para satisfacer su necesidad de ternura, sólo había contado con sus padres, que bien poco se ocupaban de él, y con los criados. El poder de un amor resulta siempre mal medido si lo valoramos únicamente según su propio impulso y no según la expectación que le precede: ese vano y oscuro espacio de desengaño y de soledad que hay en el umbral de todos los grandes acontecimientos del corazón. Un imponderable sentimiento no empleado, que había estado hasta entonces en expectación, se precipitaba con los brazos abiertos hacia el primero que parecía merecerlo. Edgar yacía en la oscuridad lleno de dicha y de confusión, quería reír y necesitaba llorar. Porque amaba a

aquella persona como nunca a un amigo, ni a su padre, ni a su madre, ni a Dios. Toda la pasión, no bien madura, de sus primeros años estaba asida a la figura de aquel ser cuyo nombre conocía hacía dos horas solamente.

Pero era lo bastante juicioso para no dejarse apurar por lo inesperado y lo especial de la nueva amistad. Lo que tanto le aturrullaba era la idea de su propia insignificancia. «¿Puedo yo ser digno de él, un muñeco de doce años que todavía va a la escuela y que le mandan acostar antes que nadie?» Éste era su tormento. «¿Qué puedo ser para él? ¿Qué puedo ofrecerle?» Y era esta impotencia torturadora para demostrar de algún modo lo que sentía, la causa de su desdicha. Anteriormente, lo primero que hacía cuando se había aficionado a un camarada, era partir con él el par de objetos favoritos que guardaba en su pupitre: sellos y piedras, los bienes de la infancia; pero estas cosas que todavía ayer tenían importancia y atractivo, ahora le parecían fruslerías. ¿Cómo ofrecer cosas así a su nuevo amigo, si no podía responderle tuteándole, como él le tuteaba? ¿En qué forma darle a conocer sus sentimientos? Le dolía cada vez más el ser pequeño, una cosa a medias, fuera de sazón, un niño de doce años, y nunca como ahora había maldecido furiosamente el ser niño, ni deseado amanecer alto, fuerte, un hombre, una persona mayor como las demás.

Pronto se entrelazaron con estos pensamientos de inquietud los primeros sueños arrebolados del nuevo mundo de los adultos. Edgar se durmió, al fin, con una sonrisa; pero todavía el recuerdo de lo que habían concertado para el día siguiente minaba su sueño. A las siete ya le sobresaltó un temor de llegar tarde, vistióse a toda prisa, se despidió de la sorprendida madre, a la que tanto trabajo costaba habitualmente sacarle de la cama, y antes de que ella hubiera podido preguntarle nada más, ya salía de su cuarto y bajaba al vestíbulo. Hasta las nueve se agitó, impaciente, y olvidó el desayuno con la única idea de no hacer esperar a su compañero de paseo.

El Barón compareció a las nueve y media, descuidado, andando despacio. Naturalmente, no se acordaba ya de la cita; pero en cuanto vio al niño acercársele con vehemencia, no pudo contener la sonrisa ante tanto fervor y se mostró dispuesto a mantener su promesa: cogió del brazo al niño radiante y dio con él unas vueltas, si bien, tan suave como enérgico, optó por aplazar el paseo hasta más tarde. Parecía esperar algo; así lo denotaban sus miradas

nerviosas hacia las puertas. De pronto, se irguió. Acababa de entrar la mamá de Edgar y, acercándose a los dos afablemente, correspondió al saludo. Aprobó con una sonrisa el proyecto de paseo que Edgar le había ocultado como un secreto precioso, y, al invitarla el Barón a que participara también de él, se dejó convencer en seguida.

Le fastidiaba que día fuera también de la partida. Aquel paseo le pertenecía a él solo, pues aunque presentó su amigo a mamá, había sido una fineza, pero no con intención de darle parte de su paseo. Algo parecido a los celos empezó a agitarse en él cuando notó la amabilidad del Barón con su madre.

Emprendieron los tres el paseo, y el peligroso sentimiento de su improvisada importancia creció todavía más en el niño al calor del chocante interés que le dedicaban entrambos. £1 fue casi el único tema de conversación, y a los temores que la madre, un poco afectadamente, expresaba a propósito de su palidez y nervosidad, respondía el Barón rechazándolos con una sonrisa, envaneciéndose del aspecto impecable de «su amigo», que así le llamaba. Era la hora más feliz de Edgar. Tenía derechos que en todo el curso de su niñez no le habían sido reconocidos. Podía alternar sin que le impusieran silencio inmediatamente, expresar a su placer los deseos que hasta entonces le tomaban muy a mal. No era de extrañar que ganara terreno en él la engañosa sensación de ser un adulto. En su soñar despierto, la infancia quedaba detrás de él como un traje desechado.

Al mediodía, el Barón, aceptada la invitación de la madre de Edgar, cada vez más amable, ocupaba un sitio en su mesa. Del *vis-à-vis* habían pasado el uno al lado del otro, y de conocidos, a amigos. El terceto estaba en marcha, y las tres voces, la de la señora, la del hombre y la del niño, se acordaban entre sí.

Ataque

El cazador se impacientaba por atraer la presa. No le cuadraba en aquella ocasión lo familiar, la triple consonancia. Ya era agradable charlar así los tres, pero, al fin, su intención no era charlar. Y sabía que lo social, con sus

máscaras, retarda siempre lo erótico entre hombre y mujer y quita a las palabras el ardor, y a la acometida, el empuje. Era preciso que ella no perdiera de vista, a través de la conversación, su deseo, el cual estaba seguro de que lo había comprendido.

Tenía muchas probabilidades para creer que sus afanes no serían en vano.

Ella se encontraba en esos años decisivos en que una mujer empieza a arrepentirse de haber mantenido la fidelidad a un marido a quien propiamente no ha amado nunca, cuando el crepúsculo purpúreo de su belleza le concede todavía una última elección apremiante entre su ser de madre y de hembra. La vida, a la cual ya parecían dadas todas las respuestas, se convierte una vez más en pregunta cuando llega ese minuto y vibra por última vez la aguja magnética de la voluntad entre la esperanza de la aventura erótica y la resignación final. Una mujer ha de decidir entonces entre su propio destino o el de sus hijos, entre ser mujer o madre. Y el Barón, perspicaz en tales asuntos, creía ver precisamente la oscilación peligrosa entre el fuego vital y el sacrificio. Olvidaba siempre en sus conversaciones hacer mención del marido, el cual era evidente que sólo debía de satisfacer sus necesidades externas, pero no el esnobismo excitado por sus frecuentaciones; y de su hijo, bien poca cosa sabía, lo que se llama saber con el corazón. Una sombra de aburrimiento que ponía en sus ojos oscuros un velo de melancolía se proyectaba sobre su vida y enlutaba su sensualidad. El Barón estaba decidido a apresurarse, pero a evitar al mismo tiempo toda apariencia de prisa. Al contrario, quería, como el pescador que retira intencionadamente el anzuelo, oponer a la nueva amistad una indiferencia exterior, para hacer que le solicitaran cuando, en realidad, era él quien solicitaba. Se propuso exagerar en el sentido de una cierta arrogancia, exteriorizar la diferencia de su categoría social, y le halagaba la idea de poder ganar aquel cuerpo, de una belleza voluptuosa, solamente con su arrogancia, su superficie, un nombre de sonido aristocrático y la frialdad en los modales.

El ardiente juego empezaba a exaltarle, y se propuso ser precavido. Permaneció toda la tarde en su cuarto, halagado por la idea de ser buscado y echado de menos. Pero esta ausencia no fue tan notada de aquella a quien iba dirigida, como torturadora para el pobre niño. Edgar se sintió infinitamente desamparado y sin saber qué hacer toda la tarde; con esa fidelidad porfiada,

propia de los muchachos, esperó a su amigo de continuo, haciéndosele largas las horas. Le hubiera parecido un delito contra la amistad el salir o emprender nada él solo. Holgando, recorría los pasillos y, a medida que la tarde caía, su corazón se iba colmando de infelicidad. En la desazón de su fantasía ya soñaba con desgracias, o con ofensas que sin querer le hubiera hecho, y estuvo a punto de llorar de miedo e inquietud.

¡Qué brillante acogida cuando, por la noche, se acercó a la mesa! Edgar corrió hacia él sin atender a la llamada reprensiva de su madre, ni a la sorpresa de los demás, y rodeó furiosamente su pecho con los brazos endebles.

—¿Dónde estaba usted? ¿Dónde ha ido? —gritaba impaciente—. Le hemos buscado por todas partes.

La madre se puso encamada, a estas palabras comprometedoras, y dijo con cierta dureza:

—*Sois sage, Edgar. Assieds-toi.* —(Le hablaba siempre en francés, aunque esta lengua no le era muy familiar y se perdía en continuas aclaraciones). Edgar obedeció, pero sin renunciar a las preguntas—. No olvides que el señor Barón puede hacer lo que quiera. Tal vez nuestra compañía le aburre. —Se refería a ella misma, y el Barón comprendió, satisfecho, que aquella suposición estaba pidiendo una galantería.

El cazador estaba alerta. Embriagado, excitado por haber hallado tan pronto la pista segura y la pieza a tiro, le brillaban los ojos, y la sangre corría apacible por sus venas y el discurso salía de sus labios chispeante, con rara facilidad. Como toda persona fuertemente solicitada por lo erótico, era dos veces mejor, dos veces él mismo, cuando sabía que gustaba a una mujer, como tantos actores que necesitan, para inflamarse, sentir la multitud anhelante, atenta, pendiente de su actuación. Era un narrador bien dotado, de imágenes vivaces; pero entonces, después de haber bebido un par de copas de champaña que pidió en honor de la amistad reciente, se superó a sí mismo. Relató unas cacerías en la India, como invitado de un amigo inglés de la alta aristocracia, tema que escogió tanto por ser indiferente como porque conocía que todo lo exótico, y para ella inasequible, emocionaba a su interlocutora. Pero el sortilegio se reflejaba todavía más en Edgar, cuyos ojos llameaban de exaltación. Olvidaba comida y bebida, y estaba pendiente de los labios del

narrador. Nunca esperó ver una persona que hubiera vivido las mismas cosas extraordinarias que se leen en los libros, la caza del tigre, los hombres de color, los hindúes, y el *Dschaggernat*, la terrible rueda que enterraba mil hombres bajo sus rayos. Hasta entonces no había imaginado que existieran de veras tales hombres, como tampoco las tierras que descubrían los cuentos, y en aquel instante brotaba en él, por primera vez, el sentimiento de grandeza. No podía apartar la mirada de su amigo, oprimido el aliento, fascinado ante aquellas manos que habían matado un tigre. Se atrevía apenas a preguntar, y en su voz había excitación de calentura. Evocando la figura para la narración, veía a su amigo sobre un elefante, con el manto purpúreo, hombres oscuros a derecha e izquierda con turbantes preciosos, y, de repente, el tigre que sale de la selva, de un salto, regañando y atacando al elefante en los colmillos. Y, luego, contaba algo más interesante: con qué astucia eran cazados los elefantes, atrayendo al atajadizo a esos animales jóvenes, salvajes y temerarios por medio de otras bestias viejas, domesticadas. Los ojos del niño chispeaban. De pronto, la mamá le dijo, echando una mirada al reloj:

—*Neuf heures! Au lit!* —Le hizo el efecto del fulgor de un cuchillo que hubieran lanzado a sus pies.

Edgar palideció del susto. Para todos los niños es terrible la orden de ir a la cama, porque constituye la más patente humillación ante los mayores, el estigma de la infancia, del ser pequeño que necesita dormir más. ¡Pero aún era mucho más ignominioso el tener que alejarse en aquel momento, el más interesante, que le iba a revelar cosas inauditas!

—¡Un poco más, mamá, que pueda oír lo del elefante!

Iba a porfiar, pero se acordó de pronto de su nueva dignidad como persona mayor, y sólo insistió una vez más. Aquella noche su madre era inflexible.

—No, ya es tarde. ¡Arriba! *Sois sage, Edgar*. Yo misma te contaré luego todas las historias del señor Barón.

Edgar titubeaba. Habitualmente, le acompañaban a la cama. No se avenía ahora a mendigar ante su amigo. Su orgullo infantil quería disimular la salida lamentable con una apariencia de espontaneidad.

—¿De veras, mamá, me lo contarás todo, todo? ¿Lo del elefante y todo lo demás?

—Sí, hijo mío.

—¡Pero pronto, hoy mismo!

—Sí, sí, pero ve a acostarte. ¡Anda!

Edgar se sorprendió a sí mismo por lograr tender la mano al Barón y a su mamá sin ruborizarse, siendo así que ya tenía los sollozos subidos a la garganta. El Barón le atusó cariñosamente el mechón del pelo, forzándole todavía a sonreír, pero salió inmediatamente para que no vieran las gruesas lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas.

Los elefantes

La madre se quedó un rato más de sobremesa con el Barón. No se habló más de cacerías ni de elefantes. Una atmósfera ligeramente bochornosa, una súbita turbación en las palabras de la madre, sucedieron a la salida del niño. Fueron luego al vestíbulo y se sentaron en un ángulo. El Barón, deslumbrante como nunca, y ella ligeramente inflamada por el par de copas de champaña, la conversación adquirió pronto un carácter peligroso. No era el Barón lo que se llama un hombre guapo, pero era joven, muy varonil en la expresión de su cara morena, enérgica, picara, con el pelo corto, y la encantaba con sus movimientos espontáneos, casi incorrectos. Mirábale complacida, ahora que lo tenía cerca y ya no temía su mirada. Pero, progresivamente, se infiltró una osadía en sus palabras que la perturbó un poco: era algo así como si le pusiera las manos encima, un tentar y, luego, abandonar, un no sé qué codiciable, sin forma, que empujaba la sangre a sus mejillas. Y, luego, volvía a la risita, despreocupado como un muchacho, lo cual prestaba a todas las pequeñas codicias la apariencia inofensiva de chanzas infantiles. A ratos se creía obligada a replicarle con una palabra áspera, pero, coqueta por naturaleza, esas pequeñas concupiscencias la movían a esperar más. Arrebatada en el juego temerario, intentó al fin imitarle. Respondió a las miradas con leves promesas, se entregó casi en palabras y movimientos, llegó a tolerar su acercamiento, la proximidad de aquella voz cuyo aliento cálido y anhelante percibía a momentos en sus hombros. Olvidáronse del tiempo, como todos los jugadores, y se perdieron tan enteramente en el inflamado diálogo que

tuvieron un sobresalto, cuando, a las doce, el vestíbulo quedó medio a oscuras.

Obedeciendo al primer impulso, se levantó ella, y entonces se dio cuenta de que había ido muy adelante. No le era desconocido el acaloramiento en el juego, pero su exaltado instinto comprendía esta vez que había llegado muy cerca de lo formal. Descubrió con estupor que su firmeza vacilaba, que algo en ella empezaba a resbalar y rodaba hacia el torbellino. En su cerebro se revolvía una confusión de miedo, de vino y de palabras ardientes; la sobrecogía un miedo tonto, insensato, aquel miedo que ya conocía de otras veces en semejantes minutos críticos, pero nunca tan vertiginoso y dominador.

— Buenas noches, buenas noches. Hasta mañana —dijo presurosa, disponiéndose a huir. Huir no tanto de él como del peligro de aquellos minutos y de una inseguridad en ella misma, desconocida hasta entonces. Pero el Barón cogió con blanda autoridad la mano tendida, la besó, y no solamente una vez por corrección, sino cuatro o cinco veces, desde las puntas afiladas de los dedos a la muñeca, palpitante él, y sintiendo ella, con un ligero escalofrío, el cosquilleo del rudo bigote en el revés de la mano. Una sensación cálida y dominadora corrió desde la mano, por sus venas, a todo el cuerpo; circulaba el miedo, martilleaba en las sienes, su cabeza ardía: el miedo, un miedo desatinado, recorría todo su cuerpo, y retiró la mano bruscamente.

— Quédese usted aún —susurró el Barón. Pero ella se iba, con una prisa que no podía ser ágil y delataba su temor y su turbación. La poseía la excitación que él deseaba: sentía como todo en ella estaba revuelto. Aquel terrible miedo candente la empujaba y el joven hubiera podido alcanzarla, asirla, y en seguida le supo mal que no fuera así. Hubiera podido suceder aquella noche lo que inconscientemente había deseado desde años, la aventura cuyo aliento próximo la seducía y que hasta entonces había evitado en sus últimas consecuencias, lo grande y peligroso, no el excitante coqueteo pasajero. Pero el Barón era demasiado orgulloso para-correr tras del segundo afortunado. Estaba demasiado seguro de la victoria para tomar aquella mujer como haría un pirata, en un minuto de semiembriaguez; por el contrario: pretendía jugar limpio, y sólo en plena conciencia le atraía la donación, como

le atraía la lucha. No podría huirle. Conocía que el ardiente veneno ya trabajaba en sus venas.

Detúvose ella en el rellano de la escalera, con la mano apretada sobre el corazón. Le era indispensable descansar un segundo. Sus nervios no soportaban más. Rompió en un suspiro de semisosiego por haber escapado de un peligro, y de semidisgusto por lo mismo; pero todo esto era confuso y bullía en su sangre una sombra de vértigo. Con los ojos medio cerrados como una borracha, siguió a tientas hasta la puerta y respiró al ir a abrirla. Se encontraba a salvo.

Un segundo después de haber cerrado la puerta, tuvo un sobresalto. Algo se había movido en el cuarto, al extremo, en la oscuridad. Sus nervios excitados se estremecieron, y ya iba a pedir socorro cuando le llegó de aquel extremo la voz cargada de sueño:

—¿Eres tú, mamá?

—¡Dios santo! ¿Qué haces ahí? —Precipitóse al diván en el cual Edgar estaba agazapado, recién despierto. Su primer pensamiento fue que estaría enfermo o necesitado de socorro.

Pero Edgar, soñoliento aún, dijo con un tonillo de reproche:

—Te he esperado mucho y, por fin, me he dormido.

—¿Por qué me esperabas?

—Por lo de los elefantes.

—¿Qué elefantes?

Lo comprendió luego. Había prometido al niño que, sin esperar a mañana, se lo contaría todo: lo de la caza y las aventuras. Y el muchacho, en su candidez, se había escurrido a la habitación de la madre y, esperando con toda confianza su entrada, se quedó dormido. La extravagancia la sublevó. Cólera hacia sí misma o el gusano del remordimiento y la vergüenza, sentía algo que hubo de sacar a voces:

—¡Anda en seguida a la cama, monigote mal educado! —Edgar se le acercaba, perplejo. ¿Por qué aquella cólera contra él, si nada malo había hecho? Pero su mirada atónita exasperó todavía más la excitación anterior—: ¡Anda en seguida a tu cuarto! —gritaba enfurecida, precisamente porque comprendía que estaba tratándole injustamente.

Edgar salió sin chistar. Estaba tan terriblemente cansado, que sólo percibía borrosamente, a través de la pesada niebla del sueño, que su madre le había prometido algo que no cumplía, y que se estaban conduciendo mal con él. Pero no se sublevó. Estaba bajo el peso del cansancio, y, además, le sabía muy mal el haberse dormido allí, en el cuarto, en vez de esperar despierto.

— ¡Lo mismo que un niño! —exclamó, indignado en sus adentros, antes de dormirse de nuevo.

Y era que odiaba su propia niñez desde el día anterior.

Escaramuza

Mala noche pasó el Barón. Es siempre un peligro acostarse después de una aventura truncada. Una noche intranquila, pesada, erizada de sueños, le hizo arrepentirse pronto de no haberse echado sobre el minuto con garra dura. Cuando por la mañana, rodeado aún de los vapores del sueño y del mal humor, fue a la planta baja, el niño, saliendo del escondite donde esperaba, se le puso delante, le cogió los brazos y empezó a acosarle con preguntas. Era dichoso de poder tener a su gran amigo un minuto más para él solo, y no alternando con mamá. Tenía que contarle a él solo y no a mamá, ya que ella no había cumplido su promesa, todas las historias maravillosas de anoche. Sobrecargó el mal humor del Barón con den infantiles impertinencias, mezclando a las preguntas los ardientes testimonios de su cariño, feliz una vez más de estar a solas con aquel a quien había esperado desde las primeras horas de la mañana.

El Barón le respondió ásperamente. Empezaban a fastidiarle aquel eterno atisbar, lo soso de las preguntas y aquel fervor no apetecido. Se cansaba al fin de zarandearse a todas horas al lado de un chico de doce años, hablando de tonterías. Lo que le preocupaba era forjar el hierro todavía caliente, coger sola a la madre, lo cual se le hacía un problema por culpa de la indeseable presencia del niño. Ya se arrepentía de haber despertado su ternura tan sin previsión, y, de momento, no se le ocurría cómo deshacerse del amigo demasiado apegado a él.

Lo intentaría. Hasta las diez, la hora concertada con la madre para salir a paseo, no hizo ningún caso de la locuacidad del niño; que charlara. Le echaba alguna que otra vez unas migajas de palabras para no ofenderle, pero sin levantar los ojos del periódico. Por fin, cuando la aguja del reloj estuvo casi vertical, pidió a Edgar, como si se le ocurriera de pronto, que se llegara en un momento al otro hotel a preguntar de su parte si el conde Grundheim, su primo, había llegado ya. Sin malicia, dichoso de prestar un servicio a su amigo, orgulloso de sus méritos de mensajero, salió corriendo de tal modo que los que pasaban por su camino le miraban sorprendidos. Él tenía empeño en demostrar lo diligente que era cuando le confiaban un mensaje. Allí le respondieron que el Conde no había llegado, ni anunciado siquiera su llegada. Precipitóse con la contestación, pero ni en el vestíbulo ni en la habitación del Barón, donde llamó a la puerta, aparéela su amigo. Recorrió sin sosiego el hotel: el salón de música, el café. Excitado, corrió a su mamá para saber algo; también ella estaba fuera. El portero, al cual acudió, ya desesperado, le dijo, dejándole absorto, que su mamá y el Barón habían salido unos minutos antes.

Edgar tuvo paciencia. En su simplicidad no cabían sospechas maliciosas. Seguramente estarían poco tiempo fuera, porque el Barón necesitaba la respuesta. Pero el tiempo se le hacía largo y se apoderaba de él la intranquilidad. Lo cierto era que desde el día que se había introducido en el candor de su vida infantil aquel hombre seductor, el niño estaba todo el día en tensión, acuciado y turbulento. En un organismo tan fino como el de los niños, cualquiera pasión deja sus huellas como en la cera blanda. Volvían el parpadeo nervioso y la palidez. Edgar esperó, al principio sin perder la paciencia, luego muy excitado y, finalmente, a punto de llorar. Pero no receloso todavía. Su confianza ciega en aquel amigo prodigioso le hizo sospechar un error y sintió la secreta angustia de que tal vez no había comprendido bien el encargo.



Lo más raro de todo fue que, al fin, cuando volvieron los dos, platicaban despreocupados, sin demostrar extrañeza. Parecía como si no le hubieran echado de menos.

—Hemos ido a tu encuentro porque esperábamos encontrarte en el camino, Edi —dijo el Barón, sin informarse de la respuesta. Y cuando el niño, en medio de su sobresalto, empezaba a encarecerles cuán en vano le hubieran buscado, toda vez que había llegado por el otro camino, y quiso enterarse del que ellos habían seguido, la mamá cortó la conversación:

—¡Bien, bien! Los niños no han de hablar demasiado.

Edgar se puso rojo de despecho. Era la segunda vez que le rebajaba con tal ruindad delante de su amigo. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué intentaba siempre presentarle como niño, cuando estaba seguro de que ya no lo era? Seguramente le tenía envidia y había formado el plan de quitarle el amigo. Sí, y con seguridad era también ella la que había llevado al Barón, intencionadamente, por otro camino. Pero ya vería como no estaba dispuesto a dejarse vejar. Le plantaría cara. Y Edgar decidió no decirle nada durante la comida, y hablar únicamente con su amigo.

Pero no tuvo éxito. Sucedió lo que menos esperaba: su actitud pasó inadvertida. Como si no le vieran. ¡A él que era el centro de sus conversaciones el día anterior! Hablaban ajenos a él, bromeaban y reían juntos como si él estuviera debajo de la mesa. La sangre le subió a la cara y sintió un nudo en la garganta que no le dejaba respirar. Veía con espanto que no podía nada. ¡No le quedaba más que estar sentado dócilmente para ver cómo su madre le quitaba el amigo, la única persona a quien quería, y sin que le quedara otro remedio que el silencio! Le pareció que debía levantarse y golpear la mesa con los puños, para que hicieran caso de él. Pero se reprimió, limitándose a dejar en su sitio tenedor y cuchillo y no probar bocado. Tampoco hicieron caso de este obstinado ayuno, pues no lo vieron hasta después de mucho rato. Su madre le preguntó, al servirle el último plato, si no se encontraba bien. «¡Qué fastidio! —reflexionó él—. No piensa más que en eso: si estoy enfermo; por lo demás, poco le importa de mí». Respondió lacónicamente que no tenía apetito, y la madre se contentó con esto. No hallaba atención por ningún lado. También el Barón parecía haberle olvidado o, al menos, no le dirigió ni una vez la palabra. Un humor cálido iba

empañando sus ojos y tuvo que recurrir a la pueril astucia de levantar rápidamente la servilleta antes que nadie pudiera ver las lágrimas que rodaban hasta mojarle los labios con un sabor salado. Respiró desahogadamente cuando se levantaron de la mesa.

Durante la comida, su madre había propuesto una visita en coche a la Virgen del Amparo. Edgar lo escuchó mordiéndose el labio. No quería dejarle solo con su amigo ni un minuto. Pero su odio creció hasta la furia cuando, al salir del comedor, insistió su madre:

—Edgar, temo que vas a olvidar los «deberes» de la escuela; tendrías que quedarte para estudiar un poco.

Una vez más se cerró el puño infantil. ¡Aquel prurito de humillarle delante de su amigo, de dar a entender en público que era todavía un niño obligado a ir a la escuela, y que le hacían favor tolerándole entre las personas mayores! Esta vez la intención era demasiado directa. Sin responder, volvió la espalda.

—¡Ah, otra vez ofendido! —dijo la madre, sonriendo; y, luego, al Barón —: ¿Tan difícil sería que trabajara una hora?

Y el Barón, entonces:

—Claro, una hora o dos no le pueden dañar.

Edgar sintió un frío y una rigidez en el pecho al oír estas palabras a quien le había reprobado el estar siempre metido en el cuarto.

¿Era cosa convenida? ¿Se habían unido contra él? La ira echaba llamas por sus ojos.

—Mi papá ha prohibido que aprenda mientras estoy aquí, mi papá quiere que me cure —les arrojó a la cara, con todo el orgullo de su enfermedad, asiéndose desesperadamente a la palabra, a la autoridad de su padre. Lo dijo en tono desafiador. Y, cosa más extraordinaria, estas palabras parecieron despertar en ambos un desagrado. La madre miró a otro lado, mientras tecleaba nerviosamente en la mesa con los dedos. Un silencio incómodo se extendió entre ellos.

—Como quieras, Edi —dijo finalmente el Barón, con una sonrisa forzada —. No he de proceder a ningún examen, hace tiempo que me he estrellado en todos.

Pero Edgar no sonrió al chiste; no hizo más que clavar en sus ojos una mirada interrogativa, de una nostalgia penetrante, como si quisiera llegarle al alma. ¿Qué sucedía? Algo había cambiado entre ellos, y el niño ignoraba la razón. Inquieto, dejó vagar sus ojos. Sentía en el corazón los golpes acelerados de un diminuto martillo: la primera sospecha.

Ardiente secreto

«¿Qué es lo que así les ha cambiado? —reflexionaba el niño, sentado en el carruaje frente a los dos—. ¿Por qué no me tratan corno antes? ¿Por qué mamá aparta los ojos cuando la miro? Y él, ¿por qué bromea siempre delante de mí y hace el payaso? No me hablan como lo hacían ayer y anteayer, y casi diría que sus caras no son las mismas. Mamá tiene hoy los labios tan encamados que creo que se ha puesto colorete. Ella no acostumbraba hacerlo. Y él arruga la frente como si estuviera ofendido. Yo no les he hecho nada, no be dicho ninguna palabra que pudiera disgustarles. No, el motivo no puedo ser yo; son ellos, el uno para el otro, que no parecen los mismos de antes. Es como si hubieran dispuesto algo y no se atrevieran a decírselo. No platican como ayer, tampoco ríen, están cortados, esconden algo. Hay un secreto entre los dos que no me quieren revelar. Y yo lo descubriré a toda costa. Ya lo sé, es el mismo por el cual me cierran siempre la puerta y del que hablan los libros y sale en las óperas cuando el hombre y la mujer cantan el uno frente al otro, con los brazos abiertos, se abrazan y se rechazan. Algo así será, como lo que sucedió con mi profesora de francés, que se portó tan mal con papá y, luego, la despidieron. Todas estas cosas se juntan, lo conozco, pero no sé de qué manera. ¡Oh, saberlo, saber por fin el secreto, tenerlo en las manos como la llave que abre todas las puertas, y no ser ya un niño a quien todo se le oculta y disimula, y no dejarse retener ni engañar nunca más! ¡Ahora o nunca! Les arrebataré el secreto terrible». Abríase un surco en su frente que casi daba apariencia de viejo al desgraciado niño de doce años. Cavilaba con la mirada fija, sin dirigirla una sola vez al paisaje. A su alrededor todo eran colores brillantes: el monte en el azul baldeado de sus bosques de coníferas; los valles con el esplendor, más tierno todavía, de una primavera retardada.

Sólo veía a los dos sentados frente a él en la parte posterior del carruaje, como si con sus miradas ardientes intentara arrebatar, cual con un anzuelo, el secreto escandido en las profundidades centelleantes de sus ojos. No hay nada que agudice más la inteligencia que una apasionada sospecha, ni nada desarrolla mejor las posibilidades de un intelecto todavía no en sazón como una pista en la oscuridad. A veces no es más que una puerta muy delgada lo que separa a los niños del mundo que llamamos real, y un poco de viento puede abrirla.

Edgar se sentía de pronto tan cerca, tan al alcance del gran secreto como nunca; lo sentía allí mismo, cerrado todavía, sin descifrar, pero cerca, muy cerca. Esto le conmovía y le infundía aquella solemne gravedad improvisada. Adivinaba que había llegado al borde extremo de la infancia.

Los sentados frente a él se daban cuenta de alguna resistencia, sin adivinar que procedía del niño. Hallábanse estrechos y cohibidos los tres en el mismo coche. Los ojos que tenían delante, con su fulgor oscuro y retenido, eran para ellos un obstáculo. Apenas se atrevían a hablar ni a mirar. No sabían cómo volver a aquella conversación ágil y entretenida de antes, ya demasiado enlazados en el tono de las ardientes confidencias, de las palabras peligrosas en las cuales la lascivia palpita en constantes secretos. Su plática hallaba a cada punto vacíos y tropezones. Se estancaba, intentaba reanimarse, pero una y otra vez se estrellaba contra el silencio obstinado del niño. Era un pesar, especialmente para la madre. Le miraba de soslayo y se estremecía al ver en el medo como el niño se mordía los labios una semejanza con su esposo en los momentos de excitación o de enojo. Y le era muy molesta la idea de que le recordara el marido precisamente ahora que pretendía jugar al escondite con la aventura. Fantasma, centinela de la conciencia, más insoportable en la estrechez del carruaje, le parecía el hijo, a diez pulgadas de ella, con sus negros ojos tan altivos y aquella frente pálida al acecho. Edgar había levantado los ojos un segundo. Ambos hurtaron la mirada, dándose cuenta en el acto de que por primera vez en la vida se espiaban mutuamente. Se profesaron hasta entonces una confianza ciega. Ya no era así: había algo nuevo entre madre e hijo. Por primera vez empezaban a observarse, a separar sus destinos, cada uno con un odio secreto al otro, demasiado reciente para que osaran confesárselo.

Los tres estaban sumidos en el mismo ambiente cuando los caballos se detuvieron de regreso al hotel. Todos tenían la impresión de que había sido un paso lamentable y ninguno se atrevía a decirlo. Edgar se apeó primero. Su madre, pretextando una jaqueca, se excusó y se fue rápidamente a la habitación. Su fatiga requería soledad. Edgar y el Barón se quedaron abajo. El Barón pagó al cochero, miró el reloj y entró en el vestíbulo sin hacer caso del niño. Le pasó cerca, con su espalda fina y esbelta, aquel andar balanceado, rítmico y ligero que tanto encantaba al niño y-que el día antes intentaba imitar. Le pasó muy cerca. Era evidente que le había olvidado: le dejaba allá con el cochero y los caballos, como si ya no fuera cosa suya.

Algo se partió por la mitad en el alma de Edgar cuando vio andar así a aquel que amaba tan idolátricamente, a pesar de todo. Estalló su desesperación al verle desaparecer sin rozarle siquiera con la orla de la capa ni decirle una palabra, no sabiendo qué culpa tenía para merecerlo. La presencia de espíritu, tan penosamente mantenida, se rasgó; el lastre de la dignidad, artificiosamente elevada, resbaló de sus hombros demasiado estrechos y volvió a ser el pequeño, el humilde, como ayer y antes. Algo le empujaba contra su voluntad, y fue detrás del Barón con paso rápido y tembloroso, se le puso delante cuando iba a subir las escaleras y le dijo a boca de jarro, conteniendo difícilmente las lágrimas:

— ¿Qué le he hecho yo para que ya no quiera nada conmigo? ¿Por qué me trata de ese modo? Y mamá también. ¿Por qué me mandan siempre fuera? ¿Les molesto a ustedes o he hecho algún mal?

El Barón se estremeció. Había algo en la voz que le despertaba, a la vez, confusión y ternura. Le entró compasión hacia el sencillo muchacho.

—Edi, ¡eres un bobo! Hoy tenía mal humor, y nada más. Tú eres un niño bueno a quien quiero mucho.

Y le alborotó el pelo, pero con la cara vuelta, para no ver aquellos ojos de niño húmedos y suplicantes. La comedia que estaba representando empezaba a pesarle. Ya se avergonzaba de haber jugado tan descaradamente con el cariño de aquella criatura, y la voz conmovida de sollozos subterráneos le hacía daño.

—Ve ahora arriba, Edi; esta noche volveremos a hacer las paces, ya verás —dijo con benevolencia.

—Pero no permitirá usted que mamá me mande arriba tan temprano, ¿verdad?

—No, no, Edi, no lo permitiré —sonreía el Barón—. Vete arriba, que yo he de vestirme para la cena.

Edgar se fue, momentáneamente satisfecho; pero no tardó en moverse de nuevo el martillo contra el corazón. Tenía más edad desde el día antes; un huésped desconocido, la Desconfianza, había sentado sus reales en el pecho infantil.

Esperó. Era la prueba decisiva. Estaban sentados a la misma mesa. Al llegar las nueve, la madre no le mandó acostarse. ¿Por qué precisamente hoy le dejaba quedar tanto rato, cuando de costumbre era tan regular? Tal vez el Barón le había revelado su deseo y la conversación que habían tenido. Un remordimiento ardiente le sobrecogió de haberle corrido detrás a la llegada, con el corazón lleno de confianza. A las diez, la madre se puso en pie, sin preámbulos, y se despidió del Barón. Y, cosa singular, tampoco él parecía extrañarse de esta despedida ni procuró retenerla como las otras noches. El martillo golpeaba cada vez más recio en el corazón del niño.

Pruebas decisivas. Fingió no sospechar nada y siguió a su madre sin replicar. Pero, una vez en el umbral, hubo un sobresalto en sus ojos. Acababa de cazar una mirada sonriente que iba de ella al Barón por encima de su cabeza, una mirada de inteligencia que se refería a algún secreto. El Barón, pues, le había hecho traición. De aquí la despedida temprana: le arrullarían aquella noche para tenerlo seguro y que mañana no se les pusiera ya en el camino.

—¡Bribón! —murmuró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la madre.

—Nada —respondió entre dientes.

Ahora ya tenía su secreto. Se llamaba odio, un odio sin límites a los dos.

Silencio

La intranquilidad de Edgar ya no existía. Por fin gozaba de una emoción pura, diáfana: odio y declarada hostilidad. Ahora que tenía la seguridad de

estar sobre su pista, el encontrarse juntos se le convertía en una voluptuosidad cruelmente complicada. Se gozaba en el pensamiento de estorbarles, de oponérseles con toda la fuerza concentrada de su hostilidad. Para empezar, enseñó los dientes al Barón. Cuando bajó por la mañana y él le saludó al paso con un cordial «¡Hola, Edi!», el niño, sin moverse del sillón, sin levantar los ojos, murmuró un seco «¡Buenos días!»

—¿Ha bajado ya mamá?

Edgar, con los ojos en el periódico, respondió:

—No lo sé.

Al Barón le extrañó. ¿Qué sucedía?

—Has dormido mal, Edi, ¿eh?

La socorrida bromita de siempre. Pero Edgar le espetó un despreciativo:

—No —y se sumergió de nuevo en la lectura del periódico.

—¡Qué bobo eres! —murmuró él Barón para sí mismo, se encogió de hombros y pasó adelante. La hostilidad era declarada.

Con su mamá observó también Edgar una fría corrección. Perfectamente tranquilo, rehusó un intento extemporáneo de mandarle al campo de tenis. Su sonrisa, que no pasaba de los labios y era un poco encrespada de amargura, denotaba que ya no se dejaría engañar así como así.

—Prefiero salir de paseo con vosotros, mamá —dijo con falsa amabilidad, mientras la miraba a los ojos.

A la madre le resultó visiblemente inoportuna la respuesta. Titubeó, pareció coordinar.

—Espérame aquí mismo —decidió finalmente, y fue a desayunarse.

Edgar esperó. Pero actuaba en él la desconfianza. Un instinto inquieto le hacía deducir una secreta intención hostil de las palabras de entrambos. El recelo le prestaba ahora a menudo una notable serenidad en las resoluciones. Y en lugar de permanecer en el vestíbulo como le fue indicado, prefirió apostarse en la calle, desde donde dominaba no tan sólo la salida principal, sino todas las puertas.

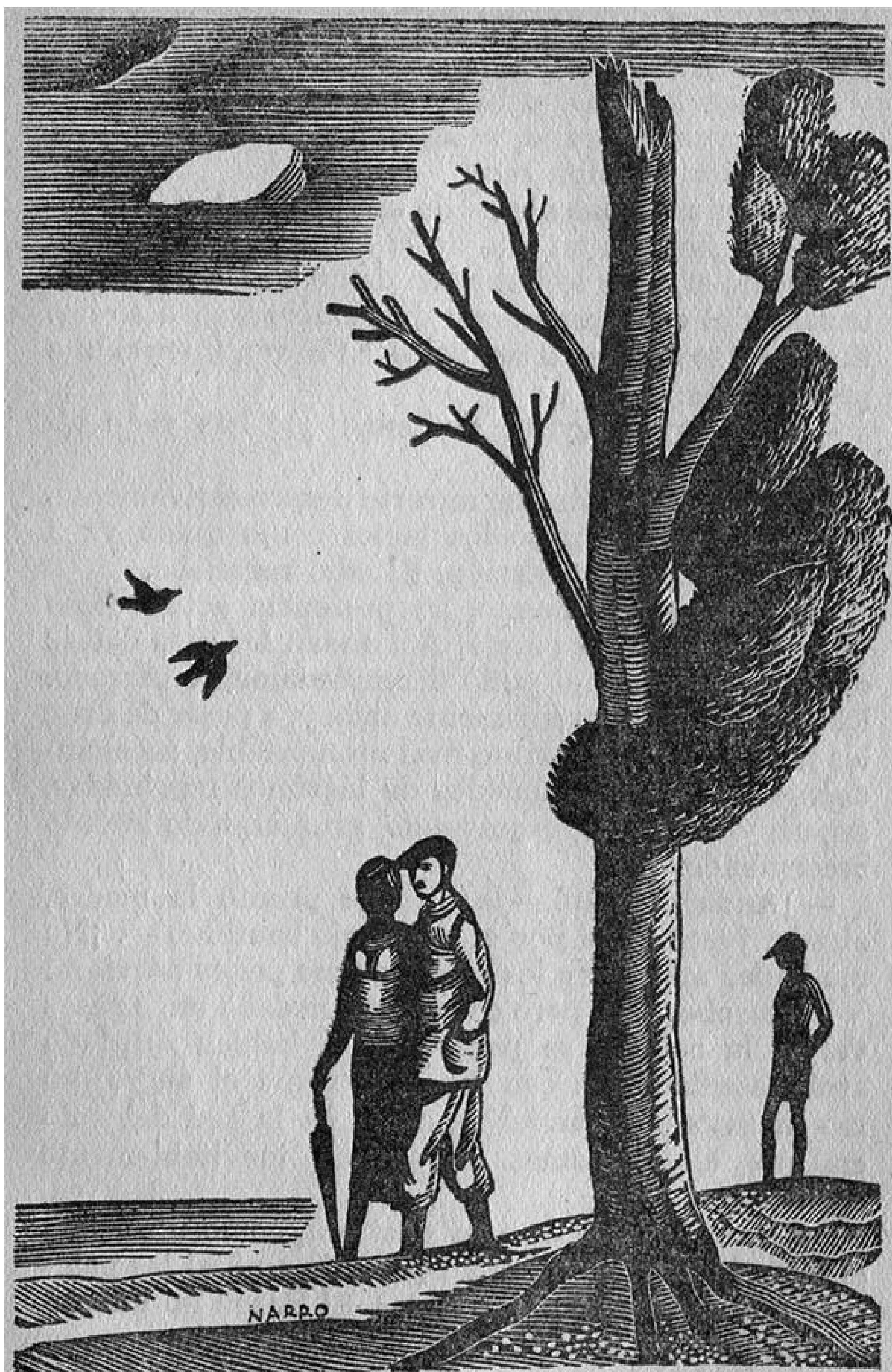
Algo en él percibía el rastro del engaño. Pero no se le escaparían ya. Una vez en el exterior, se guareció, como había aprendido en sus libros de las Indias, detrás de un montón de leña. Y se rió de buena gana cuando, al cabo

de media hora, vio salir efectivamente a su madre por la puerta lateral con un ramo de magníficas rosas en la mano, seguida del Barón, el traidor.

Ambos parecían muy pujantes. ¿Respiraban descansados de haberle rehuido, de hallarse a solas para su secreto? Conversaban y reían, dispuestos a bajar por el camino del bosque.

Era el momento. Salió con precaución del escondite y, tomándose tiempo, mucho tiempo, para disfrutar colmadamente de su sorpresa, se-dirigió hacia ellos. Ambos quedaron desconcertados y cambiaron una mirada de pasmo. Despacio, como si no pasara nada, el niño se les acercó, y no les quitaba de encima la mirada provocativa.

—¡Ah! ¿Eres tú, Edi? Te hemos buscado —dijo, por fin, la madre.


NARRO

«¡Qué insolente mentira!», pensó el chico. Pero sus labios eran de piedra. Tenían el secreto del odio entre los dientes.

Indecisos los tres, el uno espiaba al otro.

—Ea, vamos —dijo, resignándose, la despechada mujer, cortando una rosa.

Una vez más, las aletas de su nariz palpitaban levemente, síntoma en ella de la ira. Edgar no se movía, como si nada le hubieran dicho a él, y se quedó mirando el azul, esperando que empezaran a andar. Entonces se dispuso a seguirles. El Barón intentó una prueba más:

—Hoy hay concurso de tenis: ¿lo has visto alguna vez?

Edgar no hizo más que mirarle despreciativamente. Sin una palabra, puso los labios como quien va a silbar. Fue su contestación. El odio regañaba.

Desde aquel momento, su presencia actuó como una pesadilla en la pareja. Así andan los reos detrás del guardián, con el puño disimuladamente cerrado. El chico no hacía propiamente nada y, a pesar de esto, les parecía a cada minuto más insoportable, acechándoles con los ojos húmedos de lágrimas reprimidas, áspero y excitador, esquivando, gruñón, todo intento reconciliador.

—¡Anda delante! —le dijo de pronto la madre, airada, fuera de sí por el espionaje continuo—. ¡No me bailes más entre los pies, que me pones nerviosa!

Edgar obedeció, pero cada vez que daba unos pasos volvía la cabeza, se paraba si se habían quedado atrás, asediándolos con los ojos, como el negro perro mefistofélico, envolviéndolos en la red del odio en que ellos mismos se sentían inevitablemente cogidos.

Su silencio malicioso les destruía, como un ácido, el buen humor; su mirada convertía en hiel las palabras que asomaban a sus labios. El Barón no intentó ni una palabra más de galantería, y se daba cuenta, encolerizado, de que por miedo a aquel muchacho pesado y repugnante la mujer se le estaba escurriendo de las manos y enfriándose el apasionamiento que él con tantos afanes atizó. Una y otra vez intentaron volver a hablar, pero la conversación fracasaba, y acabaron triscando los tres en silencio, oyendo más que nunca el susurro de los árboles al mezclarse las ramas y su propio paso perezoso. El niño lograba sofocar su diálogo.

Había en los tres una excitación hostil. El niño burlado se complacía en ver cómo enderezaban vanamente la ira contra su existencia despreciada. Con mirada provocativa, atisbaba una y otra vez el semblante agriado del Barón. Veía cómo mascullaba insultos entre dientes, haciéndose violencia para no arrojarlos contra él, y notaba también, con placer diabólico, la ira creciente de su madre y cómo los dos no anhelaban más que un pretexto para echársele encima y apartarlo de su camino o hacerlo inofensivo. Bien se guardó él de ofrecerles esta ocasión. Su odio, calculado horas y horas, no se exponía tontamente.

—Volvamos atrás —dijo de repente la madre.

Conocía que iba a perder el dominio de sí misma, que necesitaba hacer algo, gritar al menos.

— ¡Qué lástima! —dijo Edgar tranquilamente—. ¡Es esto tan bonito…!

Ambos comprendían que les desafiaba. Pero nada se atrevían a decir. El tiranuelo había aprendido demasiado durante aquéllos dos días. Se dominaba. Ni la más mínima contracción del rostro delataba su aguda ironía. Mudos siguieron el largo camino de vuelta. En la madre ardía aún él rescoldo cuando entró con Edgar en la habitación. Echó a un lado, furiosa, la sombrilla y los guantes. El niño notó en seguida que su excitación nerviosa iba a descargar. Él lo deseaba así, y se quedó intencionadamente en el cuarto para excitarla más. Ella recorría la habitación; luego se sentaba, tamborileaba con los dedos sobró la mesa. Se levantó de un brinco.

—¡Qué desgreñado vas! Es una vergüenza que la gente te vea así. ¿No te da vergüenza, a tu edad?

Sin una palabra de réplica, el niño fue a peinarse. Aquel silencio, aquel frío y obstinado silencio, con los labios palpitantes de despecho, la ponía furiosa. Su primer impulso era golpearle.

—¡Anda a tu cuarto! —le gritó.

No podía soportar más tiempo su presencia. Edgar sonrió y se fue.

¡Cómo temblaban delante de él! ¡Qué miedo tenían ella y el Barón, cada vez que se encontraban juntos, del asalto duro y sin compasión de sus ojos! Cuanto más fuera de su centro se hallaban, más la mirada del niño parecía saturada de satisfacción y más provocativo su gozo. Edgar torturaba ahora a los indefensos con esa ferocidad tan entera, casi bestial, de los niños. El

Barón, con la esperanza de poder hacer todavía una jugarreta al niño, ponía un dique a su ira y sólo pensaba en su objetivo. Pero ella, la madre, perdía cada vez el dominio de si misma. Se desahogaba increpándole: «¡No juegues más con el tenedor!» O bien: «¡Eres un muñeco mal educado, no mereces estar entre personas mayores!» Edgar no hacía más que sonreír; sonreía con la cabeza baja y un poco ladeada. Sabía que los gritos denotaban la desesperación, y se enorgullecía de verlos delatarse. Tenía ahora la mirada tranquila, como la de un médico. Antes, para indignarla, tal vez se hubiera manifestado maligno; pero se aprende mucho y de prisa en el odio. Ahora se limitaba a callar, hasta que ella empezaba a chillar bajo la presión de su silencio.

Ella no podía soportar más. Al levantarse de la mesa, Edgar se dispuso a seguirles con aquella tan natural ansiedad, y la madre, olvidada de tocia consideración, estalló y echó la verdad por la boca. La presencia escurridiza del chico la atormentaba; se encabritó como un caballo picado por las moscas.

—¿Por qué vas continuamente detrás de mí como un nene de tres años? No quiero tenerte siempre cerca. Los niños no deben mezclarse con los mayores. ¡Tenlo entendido! Ocúpate de ti mismo durante una hora. Lee o haz algo, lo que quieras. ¡Déjame en paz! Me pones nerviosa con tus idas y venidas, con tu fastidiosa holgazanería.

¡Por fin le había arrancado la confesión! Mientras el Barón y ella estaban desconcertados, Edgar sonreía. La madre le volvió la espalda y se dispuso a seguir su camino, furiosa contra ella misma por haber confesado al niño su malestar.

Pero él se limitó a decir fríamente:

—Papá no quiere que ande solo por ahí. Papá me hizo prometer que no sería imprudente y que estaría siempre a tu lado.

Acentuó la palabra «papá», porque ya había notado que tenía sobre ambos un cierto efecto desmoralizador. También su padre, de un modo u otro, estaría metido en aquel secreto ardiente. Papá debía tener algún poder oculto sobre los dos, que él mismo ignoraba; su solo nombre parecía causarles miedo y desazón. Tampoco esta vez le replicaron. Se reservaban. La madre iba delante, y el Barón, a su lado. Detrás iba Edgar, no con la

humildad de un siervo, sino duro, severo e inexorable como un centinela. Jugaba con la cadena invisible que arrastraban y que no se rompería. El odio había acerado su vigor infantil; ignorante como era, tenía más fuerza él que los dos a quienes el secreto ataba las manos.

Los mentirosos

Pero el tiempo apremiaba. Quedábanle pocos días al Barón y exigían ser aprovechados. Oponerse a la porfía del niño hubiera sido inútil, lo sabían, y, por lo mismo, se acogieron al último recurso, al más ignominioso: la huida por una o dos horas, que les librara de su tiranía.

—Lleva estas cartas certificadas a Correos. —Esto era en el vestíbulo, mientras el Barón, afuera, hablaba con un cochero.

Edgar tomó las dos cartas, receloso. Había notado que mensajes así su madre solía confiarlos a un criado. ¿Se habían combinado contra él? Vaciló.

—¿Dónde me esperas?

—Aquí mismo.

—¿Seguro?

—Sí.

—¡No te vayas! ¿Esperas en el mismo vestíbulo hasta que yo vuelva?

Hablaba a su madre con un sentimiento de superioridad, como si la mandase. Había cambiado mucho desde hacía dos días.

Echó a andar con las dos cartas. A la puerta se encontró con el Barón. Le habló por primera vez al cabo de dos días:

—Voy a echar estas dos cartas. Mi madre espera mi vuelta. Hágame el favor, no salgan antes.

El Barón esquivó:

—Sí, sí esperamos.

Edgar llegó precipitadamente a Correos. Tuvo que aguardar. Un señor que había delante de él hizo una docena de fastidiosas preguntas. Pudo, por fin, cumplir el encargo y, con los talones, volvió a toda prisa al hotel, donde llegó a punto de ver cómo su madre y el Barón salían en un coche.

Quedóse rígido de rabia, pero se sentía capaz de arrojarles una piedra. Se le habían escapado, pues, pero ¡con qué mentira ordinaria y baja! Que su madre mentía lo supo el día anterior. Ahora le quitaba el último resto de confianza pensar que pudiera ser desvergonzada hasta faltar a una promesa. Ya no comprendía la vida desde el momento en que las palabras tras de las cuales creyó existía la verdad no eran más que burbujas de colar que se hinchaban y se deshacían. Pero ¿qué terrible secreto sería el que impulsaba a los mayores hasta a mentir a un niño y a huir para esconderse como malhechores? En los libros que había leído, los hombres mataban y engañaban por el dinero o para poder alcanzar poder o un reino. Aquí, ¿cuál era el motivo? ¿Qué querían los dos? ¿Para qué esconderse de él? ¿Qué trataban de ocultar bajo las cien mentiras? Se torturaba. Recelaba oscuramente que aquel secreto era la puerta cerrada por la que se salía de la infancia, y que el saberlo representaba ser mayor, un hombre, por fin. ¡Oh, saberlo! Pero ya no podía coordinar los pensamientos. La rabia de que le hubieran burlado le quemaba los ojos, le ponía delante un velo que le enturbiaba la clara visión. Corrió al bosque, donde, en la oscuridad, no sorprendido por nadie, rompió en un torrente de lágrimas: «¡Embusteros, perros impostores, bribones!» Tenía necesidad de vocear estas palabras para no ahogarse. La cólera, la impaciencia, el despecho, el desamparo y la traición de los últimos días, reprimidos en medio del combate del niño con la quimera de su crecimiento, reventaban ahora en su pecho convertidos en lágrimas. Era el último llanto de su infancia, a la vez que el más bravío, y se entregaba a la femenina voluptuosidad del llanto. Lloraba todo lo suyo en aquella hora de rabia desenfrenada: confianza, amor, credulidad, respeto — toda su niñez.

De vuelta al hotel, era otro. Frío, premeditado en la acción. Lo primero, subió a su cuarto, lavóse cuidadosamente la cara, los ojos, para no ceder a los dos el triunfo de conocerle que había llorado. Preparó su llamamiento a cuentas y esperó, paciente, sin la menor inquietud.

Cuando se detuvo el coche que llevaba a los dos fugitivos, el vestíbulo estaba concurrido. Unos señores jugando al ajedrez, otros que leían los periódicos, señoras conversando, y entre ellos, inmóvil, un poco pálido, alerta la mirada, el niño. Cuando entraron su madre y el Barón, un poco cortados de

verle así, de pronto, y dispuesto a echarles el discurso, se levantó, se les puso delante, pausado, y dando la cara dijo, desafiador:

—Señor Barón, quisiera decirle a usted algo.

El aludido se desazonó al sentirse cogido:

—Sí, sí, luego; ¡en seguida!

Pero Edgar subió el tono y dijo con voz clara y agresiva, que todos a su alrededor pudieron oír:

—Quiero hablar con usted ahora mismo. Se ha portado usted bajamente. Me ha mentido. Usted sabía que mi mamá me esperaba, y se han…

—¡Edgar! —gritó la madre al ver todas las miradas fijas en ella, y se precipitó hacia el niño.

Pero él, comprendiendo que iban a ofuscar a gritos sus razones, rompió de pronto con una voz aguda:

—¡Les digo una vez más, delante de todos, que eso es una infamia, una bajeza, una miseria!

El Barón permanecía de pie, pálido, y todos le miraban; algunos sonreían.

La madre agarró al niño, que temblaba de excitación.

—Sube en seguida a tu cuarto o te azotaré delante de todos —tartamudeó con la voz afectada.

Edgar había recobrado la calma. Le dolía su pasión. Estaba descontento de sí mismo, pues su propósito había sido provocar fríamente al Barón. El furor había desbordado su voluntad. Dirigióse a la escalera con el paso seguro.

—Dispense su descortesía, señor Barón. Ya sabe usted que es un niño nervioso —balbució la madre, confusa bajo las miradas algo maliciosas de los que la rodeaban.

Nada temía en el mundo como el escándalo, y sabía que su actitud en aquel momento podía ser decisiva. En vez de retirarse se dirigió al portero y le preguntó si había correspondencia para ella, y otras cosas indiferentes; luego se deslizó escalera arriba, como si no hubiera pasado nada. Lo cual no evitó que corriera a sus espaldas una estela de murmuraciones y de sofocadas risas.

Moderó todavía un poco más el paso por la escalera. Las situaciones serias la dejaban siempre sin saber qué hacer, y aquel llamamiento a cuentas

la había amedrentado. No podía negar que tenía culpa. Y luego aquella mirada del niño: ¡una mirada nueva, extraña, que no había podido soportar, que la paralizaba y le hacía perder la serenidad! Por miedo se prometió intentar procedimientos suaves. Porque, en el franco terreno de la lucha, el niño, bien lo sabía, era esta vez el más fuerte.

Abrió la puerta. Allí estaba el niño, tranquilo y frío. Los ojos que levantó hacia ella no recelaban pizca de miedo, ni siquiera curiosidad. Parecía muy firme.

—Edgar —empezó ella lo más maternalmente posible—. ¿Qué te ha dado, de pronto? Me he avergonzado por ti. ¡Qué enorme descortesía de un niño a un superior! Irás luego a disculparte con el señor Barón.

Edgar, vueltos los ojos hacia la ventana, dijo el «no» para los árboles.

Su firmeza empezó a asombrarla.

—Edgar, ¿qué te pasa? ¿Eres diferente de antes? No te entiendo ya. Tú fuiste siempre un buen muchacho, juicioso, con quien se podía hablar. Y de pronto te conduces como si tuvieras el diablo en el cuerpo. ¿Qué tienes que decir del Barón? Te era muy simpático. Y él te trataba con gran cariño.

—Sí, porque quería conocerte a ti.

Se sintió molestada.

—¡Qué insensatez! ¿Cómo puedes pensar tal cosa?

Pero el niño no cedió:

—Es un mentiroso, un hombre falso. Todo lo que hace es cálculo y vileza. Quiso conocerte a ti y por eso se hizo el amable conmigo y me prometió un perro. No sé qué te ha prometido a ti y por qué está amable contigo; pero también de ti quiere algo, mamá, te lo aseguro. De lo contrario no sería tan cortés y cariñoso. Es un mal hombre. Miente. Repara con qué falsedad mira. ¡Odio a ese miserable embustero, a ese bribón…!

—Pero, Edgar, ¿a quién se le ocurre…?

Estaba confusa y no sabía cómo responder. Surgía en ella un afecto que daba la razón al niño.

—Sí, un bribón he dicho, y tú misma te habrás de convencer. ¿Por qué me tiene miedo? ¿Por qué se esconde de mí? ¡Porque sabe que le Veo las intenciones, que conozco su bribonería…!

—¡A quién se le ocurre…! ¡A quién se le ocurre…!

Su cerebro estaba agotado y eran los labios exangües los que por sí solos balbucían repetidamente la frase. Tenía un miedo terrible, y no sabía, propiamente, si al Barón o al niño.

Edgar veía que su amonestación había hecho mella. Y pensó en ganar a su madre, asociarla en el odio y la hostilidad hacia él. Todo ternura, se acercó a ella, la abrazó, y su voz se hizo halagadora de pura excitación.

—Mamá —le decía—, ya habrás notado tú misma que su intención no es buena. Te ha hecho volver diferente de lo que eras. Tú has cambiado, no yo. Te ha azuzado contra mí para que fueras sólo de él. Estoy seguro de que quiere engañarte. No sé lo que te habrá prometido. Lo que sí sé es que no lo cumplirá. Debieras guardarte de él. Cuando el tono miente, miente también el otro. Es un mal hombre en quien no se debe confiar.

Esta voz cariñosa bañada en lágrimas la oía la madre como si fuera la de su mismo corazón. Desde el día antes se había despertado en ella un malestar que le decía lo mismo, pero se avergonzaba de dar la razón a su hijo. Y, como tantos, huyendo del sentimiento tirano que nos turba, se escudó en la rudeza de expresión:

—Los niños no entienden de estas cosas. No te metas en ellas. Tienes que portarte correctamente, y basta.

El semblante de Edgar volvió a su estoicismo.

—Como quieras —asintió secamente—. Yo te he advertido.

—Entonces, ¿no quieres disculparte?

—No.

Se agredían entrambos con la actitud. La madre sentía tambalearse su autoridad.

—Entonces, comerás en el cuarto. Solo. Y no volverás a nuestra mesa hasta que te hayas excusado. Ya te enseñaré yo a tener modales. No te moverás del cuarto hasta que te lo permita. ¿Has comprendido?

Edgar sonreía. Aquella sonrisa taimada parecía identificada con sus labios. Por dentro se tenía rabia a sí mismo. ¡Qué mentecato, haber dejado hablar al corazón una vez más y pretender advertir a la embustera!

La madre se escabulló sin volver la mirada hacia él. Temía la de su hijo, tan penetrante. El hijo se le había hecho insoportable desde que vio que tenía los ojos abiertos y le decía precisamente lo que ella no deseaba saber ni oír.

Le causaba terror la voz íntima de su conciencia, que ahora, desprendida de ella misma, bajo forma de un niño que era su propio hijo, seguía sus pasos y la amonestaba e increpaba. Hasta entonces, aquel niño había sido en su vida como una joya, un juguete, algo tierno, y confidencial, algunas veces quizás una carga, pero, en todos los casos, algo idéntico a la corriente de su misma vida, latiendo al unísono. Ahora se encabritaba por primera vez, desafiando su voluntad, y algo parecido al odio se mezclaba en todos los recuerdos de su hijo.

Aun así, al bajar la escalera, un poco cansada, la voz infantil elevábase de su mismo pecho: «Debieras guardarte de él». La reconvención no se dejaba reducir al silencio. Un espejo lucía a su paso, y, al verse frente a él, interrogó sus profundidades, hasta que vio sus propios labios abrirse en una sonrisa y redondearse como para pronunciar una palabra arriesgada. El eco de la voz sonaba todavía en su interior, pero se encogió de hombros como para sacudirse todas aquellas recónditas reflexiones, dio al espejo una mirada serena, recogió su falda y acabó de bajar la escalera con el gesto resuelto de un jugador que deja rodar sobre el tapete su última moneda de oro.

Rastros al claro de luna

El criado que había subido la cena a Edgar a su cuarto cerró la puerta por fuera al salir. El niño se levantó furioso. No había duda: por orden de su madre le encerraban como a un animal dañino. Algo de tenebroso forcejeaba en su interior. «¿Qué sucede abajo mientras yo estoy aquí encerrado? ¿Qué tramarán los dos? ¿Está cumpliéndose el secreto a mis espaldas? ¡Oh, el secreto que sospecho siempre y en todas partes cuando estoy entre los mayores, por el cual cierran la puerta de noche y bajan las voces cuando entro sin que me esperen; ese gran secreto que hace días tengo tan cerca, al alcance de las manos, y no poderlo coger! ¡Qué de cosas he hecho para descubrirlo! Tiempo atrás, sacaba libros del escritorio de papá para leerlos a hurtadillas, y había en ellos todas esas cosas extrañas, pero yo no las entendía. Algo debe existir, tal vez en mí, tal vez en los demás, para comprender el secreto. Pedí a la camarera que me aclarase aquellos pasajes, se lo supliqué, pero se echó a

reír. Cosa terrible ser un niño lleno de curiosidad y no poder preguntar a nadie, y quedar siempre en ridículo ante los mayores, como si uno fuera bobo o un trasto inútil. Me da el corazón que me enteraré, que voy a saberlo pronto. Ya tengo una parte en mis manos y no me rendiré hasta poseerlo enteramente».

Escuchó si alguien se acercaba. Corría la brisa entre los árboles y rompía el espejo rígido, del claro de luna en cien pedazos prendidos del ramaje.

«No puede ser nada bueno lo que intentan, cuando han buscado esas miserables mentiras para escamoteármelo. Ahora, los malditos se estarán riendo de mi por habérseme quitado de delante, pero quien se reirá el último seré yo. ¡Qué tonto he sido de dejarme encerrar aquí y dejarles un rato de libertad, en vez de pegarme a ellos y espiar todos sus movimientos! Bien sé que los mayores están siempre desprevenidos y se dejan coger, al fin. Se figuran que somos aún pequeños y dormimos toda la noche; olvidan que puede uno fingirse dormido y estar escuchando, hacerse el tonto y ser muy cuerdo. Hace poco, cuando mi tía tuvo un nene, lo sabían ya mucho antes, pero fingieron sorpresa delante de mí, como si les viniera de nuevo. Yo lo sabía también por las conversaciones que semanas antes oí de noche, cuando me creían dormido. ¡Lo mismo les sorprenderé ahora, villanos! ¡Ah, si pudiera atravesar las puertas con los ojos, observarles ahora mismo sin ser visto, mientras se creen seguros! Bastaría con llamar: vendría la camarera para ver qué quiero, y tendría la puerta franca… O con ponerme a alborotar, a romper cosas; abrirían también… y aprovecharía aquel segundo para escabullirme y buscarlos. Nadie ha de saber lo villanamente que me tratan. Soy demasiado orgulloso. Pero les llamaré a cuentas mañana».

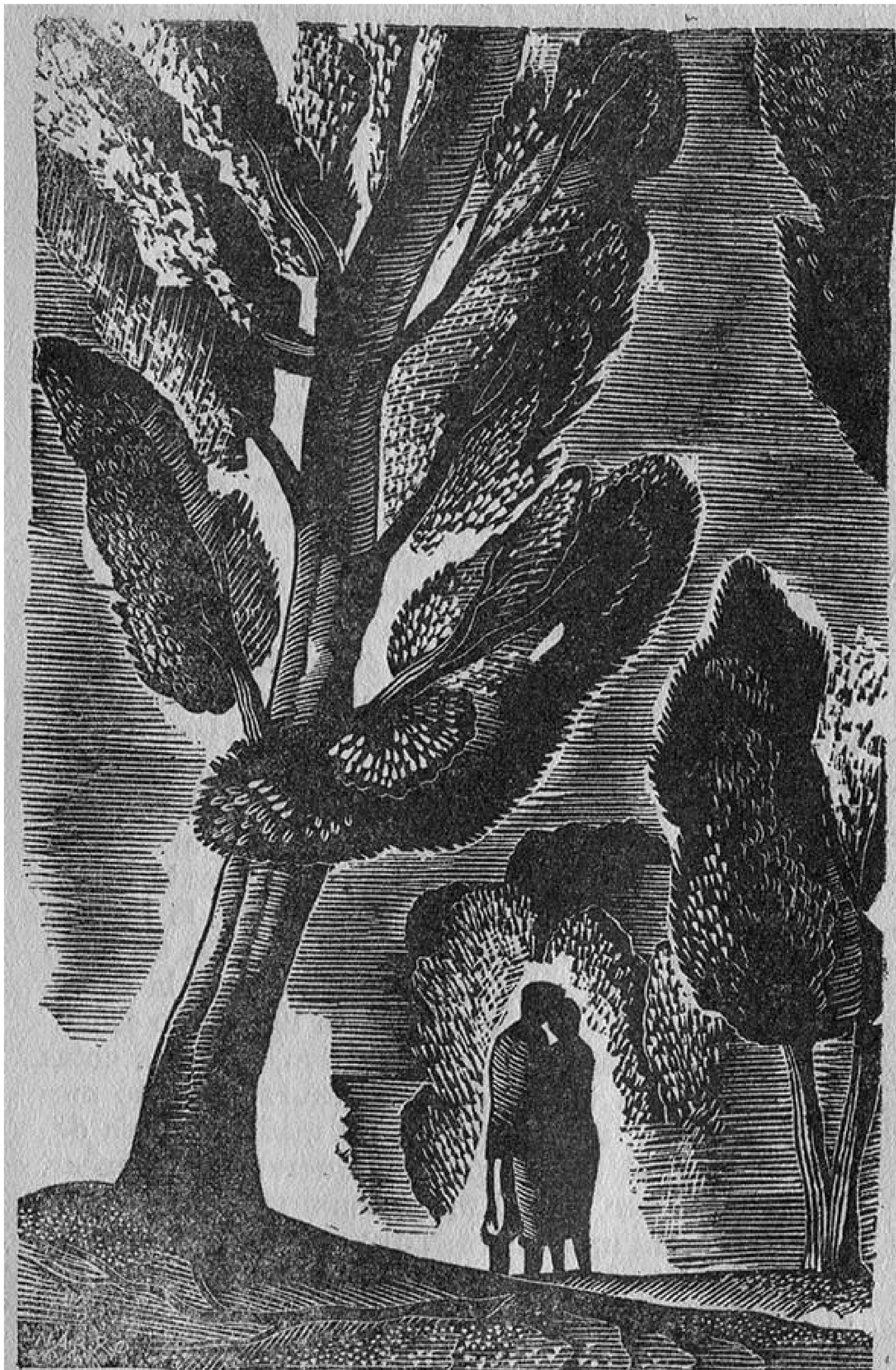
Oyóse abajo una risa femenina. Edgar se sobresaltó: podía ser su madre. Motivo tenía para reír, para provocarle a él, el desamparado a quien encerraban cuando les resultaba cargante, echándolo a un rincón como un cesto de ropa mojada. Se asomó con precaución. No, no era su madre. Unas muchachas desconocidas que estaban hostigando a un rapaz.

En aquel momento se dio cuenta de lo poco elevada que era su ventana, y lo mismo fue observarlo que venirle la idea de saltar y observarlos ahora que se creían seguros. Sentía un goce febril al decidirse. Ya le parecía tener en las manos el gran secreto centelleante de la niñez. «¡Saltar, saltar!» No había

peligro. No pasaba nadie, y dio el salto. Nadie oyó crujir la arena. En aquellos días se le había concretado el goce de vivir en el acto de sorprender y espiar. Ahora la voluptuosidad se mezclaba con un leve escalofrío de miedo mientras con pasos felinos daba la vuelta al edificio, evitando el reflejo de la iluminación. Primeramente, pegada la cara a los cristales, inspeccionó el comedor. Su sitio habitual se veía vacío. Luego, de ventana en ventana, prosiguió el acecho. No se arriesgó a entrar, por miedo de que pudieran pasarle por alto entre los diversos corredores. Iba a desesperar de encontrarlos, cuando vio dos sombras aparecer en la puerta. Dio un brinco atrás y se agazapó en la oscuridad. Reconoció a la madre, con su inseparable. Llegaba a tiempo. ¿Qué estaban hablando? No consiguió comprender. Hablaban quedo y el viento alborotaba en la arboleda. Pero conoció muy bien como de su madre una risa, una risa que no era habitual en ella, raramente aguda, excitada, como de un cosquilleo nervioso, la cual le resultaba rara y le intimidaba. Reía. Lo que le escondían no sería, pues, nada peligroso ni importante. Edgar se desilusionó un poco.

Pero ¿por qué se apartaban del hotel? Solos, de noche, ¿adónde iban? Allá arriba debían rozar los vientos con alas gigantes, pues se oscurecía él cielo en aquel momento, puro y bañado de luna. Unos cendales negros, que unas manos invisibles habían echado, envolvían a ratos la lima, y la noche se hacía tan impenetrable que el camino se distinguía apenas, pero volvía a clarear muy pronto al desempañarse la luna. Deslizábase la plata Ma sobre el paisaje. Misterioso juego entre la luz y las sombras, excitante como el contraste de una mujer medio desnuda, medio cubierta. Precisamente el paisaje volvía a desnudar su cuerpo bruñido. Edgar vio recortadas sobre él fondo del camino las siluetas, o, más bien una silueta, tan apretada andaba la pareja, como si un miedo interior les hiciera buscar refugio uno en otro. Pero ¿adónde iban? Gemían los pinos, y una siniestra actividad agitaba el bosque como alborotado por una empeñada cacería. «Les sigo —pensó Edgar—. En medio del bosque agitado no oirán mis pasos». Y se apresuró, mientras ellos bajaban, cruzaban la carretera ancha y clara y luego, en el bosque, andaban pausados, de sombra en sombra, al lado de los árboles. Tenaz, inexorable, les seguía, bendiciendo al viento que les impedía oír sus pasos y maldiciéndolo

porque le robaba las palabras de los que iban delante, seguro de que ahora, en su conversación, cogería el secreto.



Ellos, sin sospechar, sentíanse venturosos en la noche dilatada y revuelta, perdidos en su creciente exaltación, ajenos a la idea de que arriba, en la oscuridad del ramaje, cada uno de sus pasos era observado y dos ojos les tenían aprisionados con toda la fuerza del odio y de la curiosidad.

De pronto se detuvieron. Lo mismo hizo Edgar, y se arrimó estrechamente a un árbol. Le asaltaba un miedo violento. ¿Qué sería de él si deshacían el camino y llegaban al hotel antes que él tuviera tiempo de hacerlo y hallaba su madre el cuarto vacío? Todo perdido. Se enterarían de que les acechaba y perdería para siempre la esperanza de poder arrebatarles el secreto. Pero los dos, en una evidente divergencia de opinión, vacilaban. Por suerte, la luna le permitía ver muy claro. El Barón señalaba un atajo oscuro cuesta abajo en el bosque, no como la carretera bañada del ancho raudal de la luna, sino esmaltado aquí y allá de un rayo furtivo, de unas gotas que filtraban a través de la espesura. ¿A qué meterse por allí?, tembló Edgar. Su madre parecía decir «no», y el Barón parecía quererla convencer. Edgar pudo ver, por el modo como gesticulaba, que su palabra era imperativa. Tuvo miedo. ¿Qué quería aquel hombre de su madre? ¿Por qué se empeñaba el bribón en llevarla a lo más oscuro? Sus lecturas, que para él eran el mundo, le sugirieron en aquéllos momentos vivas imágenes de homicidio, rapto, siniestros delitos. ¿Querría asesinarla, y por eso había procurado que le quitaran a él de delante, a fin de atraerla a la soledad? Iba a pedir socorro. ¡Asesino! Ya tenía la palabra en la gargantea, pero los labios secos no correspondían a la voz. Sus nervios excitados le impedían aguantar en pie y, bajo el terror, al buscar apoyo, una rama cedió.

Ambos volvieron la cabeza, clavados los ojos en la oscuridad. Edgar permaneció mudo, apoyado en el árbol, con los brazos pegados al cuerpo, agazapado todo él en la sombra. Un silencio de muerte. Se habían llevado un susto. «Vámonos», oyó que decía su madre. Y su voz sonaba a angustia. El Barón, igualmente intranquilo, asentía. Y emprendieron ambos la vuelta, despacio, muy pegados el uno al otro. Su confusión hacía las delicias de Edgar. Al mismo borde del bosque anduvo a gatas, hiriéndose las manos, y, una vez en el recodo, echó a correr, cortada la respiración, hasta llegar al hotel. Subió en dos saltos la escalera; vio todavía la llave, bajo la cual había estado encerrado, en la parte exterior: abrió, precipitóse dentro y se echó en la

cama. Necesitaba unos minutos de descanso, pues su corazón latía bajo el pecho con el ímpetu de un badajo en la pared sonora de la campana.

Luego se arriesgó a asomarse a la ventana y esperarles. Tardaron. Debían de andar muy despacio. Detrás del marco de la ventana, en la sombra, atisbo con precaución. Se acercaban lentamente, con los vestidos blancos de luna, espectrales en medio de la luz verde. Le repitió el dulce escalofrío de si tal vez se preparaba un homicidio que él había impedido por el momento. Veía detalladamente las caras lívidas como el yeso. En la de su madre había una expresión de éxtasis que él desconocía, mientras la del Barón denotaba dureza y disgusto. Seguramente porque su intención había fracasado.

Ya estaban muy cerca. Al llegar al pie del hotel, las dos figuras se separaron. ¿Tal vez levantarían los ojos? Nada de eso. «Me han olvidado —pensó el niño con rencor, con una secreta emoción de triunfo—. Pero yo no os olvido. Creéis que duermo o que no soy de este mundo, y os convenceréis de vuestro error. Vigilaré cada uno de vuestros pasos hasta que haya arrancado a ese bribón el terrible secreto que me quita el sueño. Yo he de romper vuestra unión. No duermo».

Lentos, se dirigieron hada la puerta, vino tras otro; durante un segundo dibujáronse las dos siluetas fundidas en urna, sombra negra que desapareció bajo la puerta iluminada. Detrás de ellos quedó sola la plaza en el claro de luna brillante, tendida al pie del edificio como una ancha pradera de nieve.

El ataque

Edgar se apartó de la ventana respirando con miedo, estremecido. Nunca había tenido tan cerca lo misterioso. El mundo de las emociones, de la aventura, aquel mundo de homicidio y engaño de sus libros, estuvo siempre situado, a su modo de ver, donde estaban los cuentos, detrás de los sueños, en lo irreal y lo inaccesible. Ahora le parecía haber entrado de veras en aquel mundo espeluznante, y todo su ser sentía la conmoción febril de un hecho tan inesperado. ¿Quién era aquel hombre misterioso que había aparecido de pronto en su vida? ¿Era, en realidad, un asesino, para buscar siempre los sitios apartados y atraer a su madre hacia lo más oscuro? Allí iba a suceder

algo terrible. No sabía qué hacer. Al día siguiente, sin vacilar, pondría un telegrama a su padre o le escribiría. ¿Por qué no entonces? Su madre, entretenida con aquel forastero odioso, no estaba todavía en la habitación.

Había entre la puerta interior y la antepuerta endeble, fácilmente movible, un espacio estrecho, no más grande que el interior de un armario. Allí, en aquel pedazo oscuro de un palmo, se apretujó a fin de espiar sus pasos en el corredor. Porque ni un solo momento —tal era su decisión— les dejaría solos. Entonces, a medianoche, el corredor estaba vacío, desolado, iluminado por una sola llama.

Por fin —los minutos se dilataban terriblemente— oyó unos pasos cautos en la escalera. Esforzó la atención. No era el paso decidido de quien va a entrar en su habitación, sino un paso escurridizo, indeciso, muy lento, como de quien sube por un largo camino abrupto. Y unos cuchicheos y más detenciones. Edgar vibraba de expectación. ¿Eran, por fin, los dos? ¿La acompañaba él aún? No oía las palabras, pero los pasos, aún vacilantes, se acercaban más y más. Y en este punto oyó la voz odiada del Barón, baja y afectada, las palabras del cual no entendió, pero sí la negativa de su madre:

—¡No, hoy no! ¡No!

Edgar temblaba. Se acercaron más, y hubo de oírlo todo. Cada paso cauto hacia él le dolía en el pecho. ¡Y qué abominable le parecía la voz, aquella voz repulsiva de codicia, de seducción, del hombre odiado!

—No sea usted cruel. ¡La he visto tan hermosa esta noche!

Y ella, una vez más:

—No, no me atrevería, no puedo; déjeme usted.

Tal miedo había en la voz de su madre, que el niño se puso ansioso. «¿Qué exige de ella? Y ella ¿por qué teme?» Han llegado tan cerca, que deben de estar ya ante la puerta que le esconde. Está temblando. Sólo les separa un palmo, amparados apenas por el grueso de la tapicería. Las voces están allí, casi percibe la respiración.

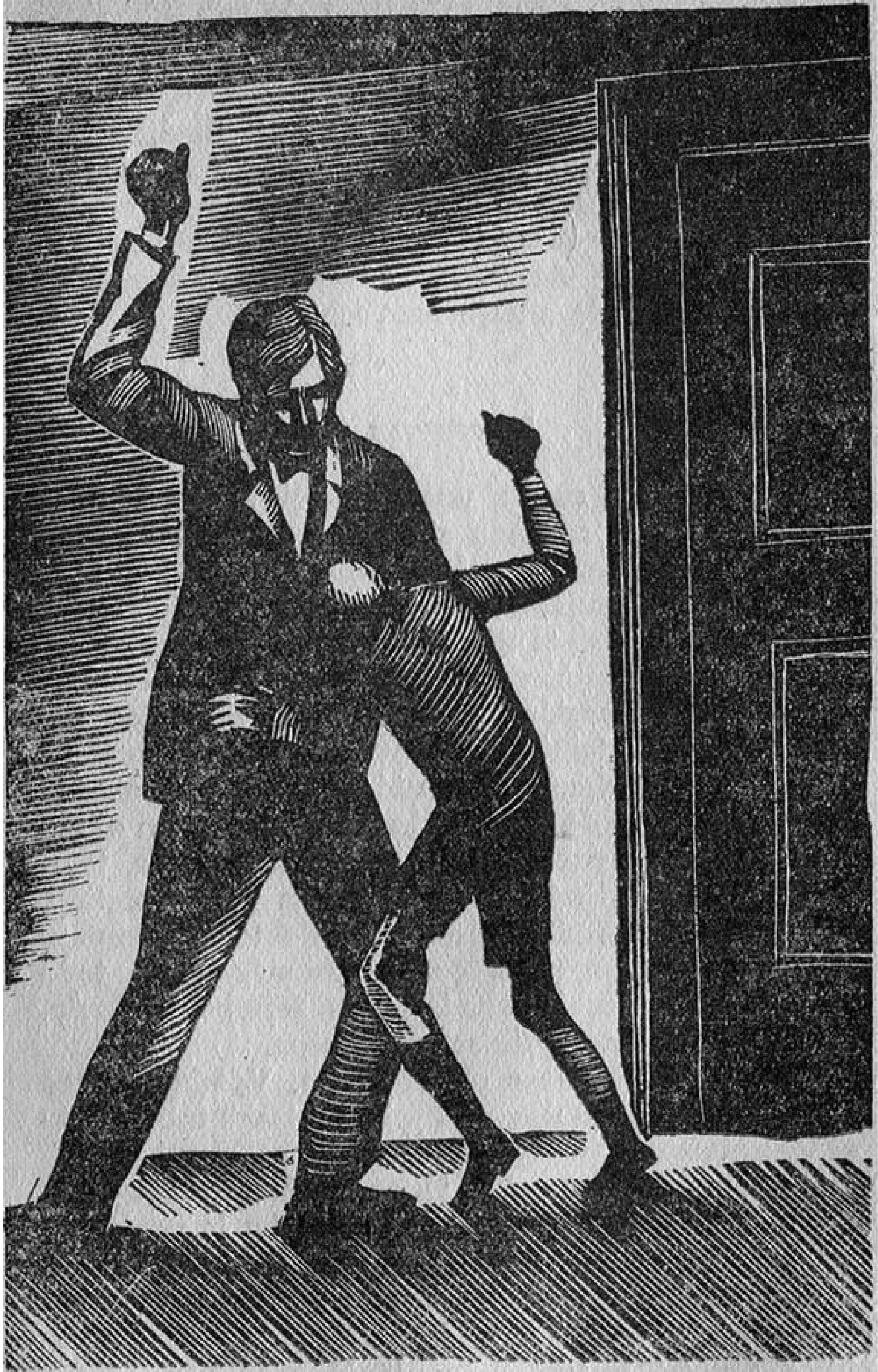
—¡Venga usted, Matilde, venga usted!

Y de nuevo el gemir de su madre, más débil, resistiendo apenas.

Pero ¿qué será? Han andado más lejos, en la oscuridad. ¡La madre ha pasado de largo por delante de su cuarto! ¿Adónde la lleva? ¿Por qué no dice nada? ¿Le habrá puesto una mordaza? ¿Le aprieta la garganta?

Estas ideas le enfurecen. Empuja la antepuerta con la mano temblorosa, hasta poder ver a los dos en el corredor oscuro. El Barón ha enlazado el talle de su madre, se la lleva suavemente, vencida, al parecer, su resistencia, y se detiene ante el cuarto. «¡Ahora va a agredirla! —se horroriza el niño—. ¡Ahora va a cometer lo más terrible!» Se abre paso de un empellón, cierra la puerta y se precipita detrás de los dos. Al sentir algo que se le acerca en la oscuridad, su madre da un grito y parece desfallecer en un desmayo, sostenida con esfuerzo por el Barón. Pero el niño siente en aquel segundo un puño pequeño y débil en su cara, que le hace apretar el labio contra los dientes; algo que recorre todo su cuerpo como si fueran las uñas de un gato al ataque. No se cuida de la despavorida que desaparece, y golpea ciegamente a puñetazos, sin saber aún contra quién.

Es el más débil, pero no cede. Por fin, por fin ha llegado el momento que tanto deseaba y se descarga de todo el amor burlado, de todo el odio acumulado. Con sus débiles puños golpea a ciegas, mordiéndose los labios, en una insensata exaltación febril. El Barón le ha conocido y descarga también su odio en el espía que le ha amargado aquellos últimos días y le ha estropeado la partida; replica ásperamente a los golpes, caiga donde caiga. Gime Edgar, pero no se rinde ni pide auxilio. Luchan durante un minuto mudos y concentrados, en el corredor, bajo la penumbra de medianoche. Poco a poco se desvela en el Barón la conciencia de lo ridículo de la lucha con un niño, y le agarra fuerte para echarlo a un lado. Pero el niño, al sentir que sus músculos ceden y pensar que dentro de un segundo será vencido y recibirá todos los golpes, ataca con los dientes, en un arranque de cólera, a aquella mano vigorosa que intenta cogerle por la nuca. El mordido lanza instintivamente un grito velado y le deja libre. El niño aprovecha el momento para refugiarse en su cuarto y cerrar por dentro.



Un minuto ha durado el pugilato de medianoche. No se ha enterado nadie. Todo calla, todo parece anegado en el sueño. El Barón se restaña con el pañuelo la mano ensangrentada, explora inquieto la oscuridad. Nadie. Arriba parpadea un último albor inquieto que se le antoja provocativo.

Tempestad

«¿Fue un mal sueño, una pesadilla?», se preguntaba Edgar a la mañana siguiente, despertando del caos pavoroso con el pelo desmadejado. Un ruido sordo torturaba su cabeza y una sensación de rigidez sus articulaciones; al fijarse en su cuerpo, se asombró de verse vestido. Dio un brinco, se acercó al espejo dando traspiés y retrocedió al verse tan pálido, con una distorsión en el rostro, con un cardenal en la frente hinchada. Resumió las ideas y se acordó angustiosamente de todo; la lucha nocturna en el corredor, cómo se precipitó en el cuarto y cómo, temblando, calenturiento, se echó en la cama vestido, dispuesto a una posible fuga. Y así debió de dormirse en un sueño torpe, en cuyas visiones había todo aquello, pero transformado, más terrible todavía, con un olor húmedo de sangre fresca.

Abajo se oían pasos en la arena. Volaban voces como pájaros invisibles, y el sol penetraba muy adentro del cuarto. Debía de ser una hora avanzada de la mañana, pero el reloj, al cual, en su excitación, había olvidado de dar cuerda, señalaba la medianoche. La inseguridad de vivir en una porción de tiempo desconocido le quitaba el sosiego, como también el no saber de cierto lo que había sucedido. Se arregló, diligente, y fue a la planta baja nada tranquilo y con un leve sentimiento de culpa en el corazón.

En la sala del desayuno, su mamá estaba sola a la mesa de costumbre. Edgar respiró al no encontrar a su enemigo, al no tener que ver su cara odiada, en la cual se había cebado la ira de sus puños. Y perdió la sangre fría al acercarse a la mesa.

— Buenos días.

Su madre no respondió. Ni siquiera levantó los ojos, limitándose a contemplar el paisaje con las pupilas extremadamente fijas. Muy pálida, con una sombra de ojeras y aquel palpitar nervioso en las aletas de la nariz, que

no le permitía esconder su agitación. Edgar se mordió los labios. Le desazonaba el silencio. No sabía de cierto si anoche había lastimado mucho al Barón y si ella sabía algo de la pelea. Y esta inseguridad le torturaba. Pero tan impasible era la cara de la madre, que renunció a dirigirle la mirada, temiendo que los ojos, entonces más bien bajos, salieran bruscamente de su expresión velada y le saltaran encima. Se quedó muy quieto, procurando no hacer ruido al levantar la taza y dejarla en el plato, y escudriñando los dedos de su madre, que jugaban nerviosamente con la cuchara y, en su encorvada rigidez, parecían denotar la cólera. En este bochornoso estado de ánimo, esperando lo que no llegaba, permaneció un cuarto de hora, sin que viniera a aliviarle ni una sola palabra. Y cuando su madre, que parecía no haber notado su presencia, se levantó, no sabía por qué decidirse: si quedarse o seguirla. Por fin optó por levantarse y, humilde, fue tras ella, que intencionadamente hizo como si no le viera en su ridícula persecución. Acortaba cada vez más el paso para guardar distancia. Sin atenderle, ella entró en su cuarto. Cuando Edgar llegó, encontróse ante la dura puerta cerrada.

¿Qué había sucedido? No se conocía a sí mismo. La lucidez de conciencia del día anterior le había abandonado. Al fin, con la agresión de anoche, tal vez había estado fuera de lo razonable, y no sería raro que le prepararan un castigo o una nueva humillación. No dudaba de que pronto sucedería algo tremendo. Cerníase entre ellos el bochorno de una tempestad próxima, la tensión eléctrica de dos polos cargados que necesitan resolverse en el rayo. Durante cuatro horas arrastró de un lado a otro la carga de este presentimiento, hasta que su estrecha cerviz de niño cedió a la carga invisible y, al mediodía, se presentó a la mesa totalmente humillado.

—Buenos días —dijo de nuevo.

Le era preciso romper aquel silencio terriblemente amenazador que pesaba sobre él como una nube negra.

La madre no respondió tampoco esta vez ni hizo caso de él. Edgar se sentía ahora frente a una cólera premeditada y puño en ristre, como no la había conocido en su vida. Hasta entonces, sus pendencias no pasaron de explosiones, más de los nervios que del sentimiento, las cuales se resolvían pronto en una sonrisa bondadosa. Esta vez se sentía poseído de un afecto salvaje y se asustaba ante la potencia que imprudentemente lo había

provocado. No logró comer casi nada. En su garganta había una sequedad que amenazaba ahogarle. Su madre parecía no notar nada. No le habló hasta el momento de levantarse de la mesa. Como de costumbre, volvió la cabeza y le dijo:

—Ven luego, Edgar; necesito hablar contigo.

No fue en tono de amenaza, pero sí tan glacial que Edgar, al oír las palabras, sintió como si le hubieran echado al cuello una cadena. Aplastada su resistencia, siguió a la madre callando, como un perro azotado, hasta el interior de su cuarto.

Prolongó su tormento por el hecho de callar unos minutos, durante los cuales oía el compás del reloj, un niño que reía fuera y el corazón que golpeaba contra su pecho. Pero ella también debía estar lejos de sentirse firme, puesto que, al empezar a hablarle, no sólo no le miró, sino que estaba vuelta de espaldas.

—No quiero hablar más de tu conducta de ayer. Fue inaudito, y me avergüenzo cuando vuelvo a pensarlo. Tú mismo puedes imaginar las consecuencias. Sólo una cosa voy a decirte: que fue la última vez que estuviste solo entre personas mayores. Acabo de escribir a papá que te daremos un preceptor o te mandaremos a un pensionado para que aprendas buenos modales. Se ha concluido el enojarme contigo.

Edgar estaba con la cabeza baja. Conocía que aquello era solamente una introducción, una amenaza, y esperaba algo más, intranquilo.

—Ahora vas a disculparte en seguida con el Barón.

Edgar hizo un movimiento convulsivo. Pero ella no toleraba interrupciones:

—El Barón ha salido hoy, y vas a escribir una carta que yo te dictaré.

Edgar se revolvió otra vez, pero su madre se mantenía firme.

—Sin réplica. El papel, la tinta; siéntate.

Edgar levantó los ojos y vio los de su madre endurecidos por una decisión quo no se dejaba torcer. Nunca la conoció tan severa y tan serena. Se atemorizó. Sentóse, tomó la pluma y bajó la cara de modo que casi tocaba a la mesa.

—Arriba, la fecha. ¿Estamos? Ahora, una línea en blanco. Así. «Muy distinguido señor Barón». Otra línea en blanco. «Acabo de enterarme con

disgusto de que ha abandonado ya el Semmering (Semmering con dos emes), y así me veo precisado a hacer por escrito lo que era mi intención hacer personalmente, o sea (un poco más ligero; no ha de parecer caligrafía) pedirle a usted me disculpe por mi conducta de ayer. Como le habrá dicho mamá, estoy todavía en la convalecencia de una grave dolencia y soy muy excitable. Y en ese estado veo las cosas exageradas, de manera que un momento después me arrepiento…»

La espalda encorvada se irguió. De nuevo se despertaba en Edgar su animosidad.

—¡Eso no lo escribo, no es cierto!

—¡Edgar!

El tono era amenazador.

—¡No es verdad! No he hecho nada de que haya de arrepentirme. No he hecho nada malo para dar ahora satisfacción. Fui en tu auxilio cuando gritaste pidiéndolo.

Los labios de la madre quedaron sin sangre y las aletas de la nariz se dilataban.

—¿Yo pedir auxilio? ¡Estás loco!

Edgar se encolerizó. Dio un brinco.

—Sí, pediste auxilio, ahí fuera, en el pasillo, ayer por la noche, cuando él te tenía cogida. «¡Suélteme usted, suélteme usted!», gritabas. Tan alto que lo oí desde mi cuarto.

—Mientes, nunca he estado con el Barón ahí, en el pasillo. Sólo me acompañó hasta la escalera…

A Edgar se le detuvo el corazón al oír esta mentira osada. Se le cortó la voz y se quedó mirando a su madre con las niñas de los ojos como de vidrio.

—¿No… estabas… en el corredor? ¿Y él… no te tenía cogida? ¿Con fuerza, rodeándote el cuerpo?

Soltó la risa. Una risa fría, seca.

—Has soñado.

Era excesivo para el niño. Sabía ya que los mayores mentían, que se arreglaban con excusas bajas y atrevidas, mentiras que se deslizaban por mallas estrechas y astutas ambigüedades. Pero este negar descarado, cara a cara, le ponía furioso.

—Y estos cardenales, ¿también los he soñado?

—Quién sabe con quién te has peleado. Yo no he de discutir contigo. Has de amoldarte, y basta. ¡Siéntate y escribe!

Estaba muy pálida. Intentaba mantenerse enhiesta, con su resto de energía. Pero en Edgar fracasaba la última chispa de credulidad. No cabía en él que la verdad pudiese ser pisada como una cerilla que se apaga. Se le helaba la sangre y todas sus palabras se teñían de mordacidad, de malicia y desconcierto.

—¿Conque lo he soñado? ¿Lo del pasillo y estos cardenales? ¿Y que vosotros dos os paseabais anoche al claro de luna, y que él quería llevarte más adentro del bosque, por la cuesta? ¡Crees que yo me dejo encerrar en mi cuarto como un niño pequeño! No, no soy tan tonto como creéis. Sé lo que sé.

La miraba sin pestañear, y esto quebrantó su fortaleza: la cara de su propio hijo junto a la suya, descoyuntada por el odio. Su ira estalló, impetuosa:

—¡Continúa! ¡A escribir inmediatamente! O…

—¿O qué…? —Esta vez el tono era agresivo.

—O te azotaré como a un niño pequeño.

Edgar se le acercó un paso más, desdeñoso, y se limitó a reír.

La mano de su madre le dio en la cara. Soltó un grito, y como quien se ahoga y manotea a su alrededor, zumbándole los oídos y velados de sangre los ojos, así daba golpes de ciego con los dos puños. Sintió que había dado en algo blando, vio la cara, oyó el grito. Y este grito le hizo volver en sí. Se vio a sí mismo y tuvo conciencia de la monstruosidad: estaba golpeando a su madre. El miedo, la vergüenza y el horror le dominaron y sintió la imperiosa necesidad de huir, de postrarse en la tierra, de estar lejos para no ver más aquellas miradas. Salió precipitadamente, bajó así la escalera, atravesó la casa y, una vez en la calle, corrió lejos, lejos, como si le persiguiera una jauría furiosa.

PRIMERA REFLEXIÓN

Lejos ya, al cabo de la cuesta, se detuvo por fin. Tuvo que apoyarse en un árbol: tal estaban sus miembros de temblorosos y excitados, resollando con pena su pecho. Seguíale el terror del acto cometido y le tenía cogido por la garganta, sacudiéndole de un lado a otro como en plena calentura. ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde huiría? Porque, no lejos todavía del hotel, a un cuarto de hora, en el bosque próximo, se sentía ya abandonado. Todo parecía diferente, más hostil, más odioso desde que estaba solo y sin asistencia. Los árboles qué susurraban ayer fraternalmente, ahora blandían sombríos como una amenaza. ¿Y cuánto más desconocido y extraño no sería todo lo que estaba más allá? Esta soledad del niño ante el mundo vasto y desconocido le daba vértigo. No, él solo no podía soportarlo. Pero ¿a quién acudir? A su padre le tenía miedo, porque fácilmente se alteraba, no era muy tratable y se lo quitaría pronto de delante. Volver atrás, de ningún modo; prefería ir hacia la peligrosa novedad de lo desconocido. Se le antojaba que nunca más podría ver la cara de su madre sin pensar en que la había golpeado.

Se acordó de su abuela, aquella señora anciana tan bondadosa y amable que tanto le había mimado de pequeño y le había protegido siempre que en su casa le amenazaba un castigo, una injusticia. Se escondería en su casa, en Baden, hasta que hubiera pasado el primer enojo, y entonces escribiría una carta a sus padres, disculpándose. En aquel cuarto de hora sentíase ya tan humillado a la sola idea de estar solo en el mundo, con sus manos inexpertas, que abominó de su orgullo, aquel orgullo tonto que un forastero le había metido en el cuerpo con un embuste. No quería ser más que el niño de antes, obediente, sufrido, sin la presunción cuyo ridículo extremo comprendía ahora.

Pero ¿cómo llegar a Baden? ¿Cuántas horas de andar tierras y más tierras? Diose prisa a registrar su portamonedas de cuero, que llevaba siempre encima. Dios fuera loado, todavía relucía en el fondo la moneda nueva de oro, veinte coronas, que le regalaron el día de su cumpleaños. Nunca llegaba a decidirse a gastarla, pero casi diariamente miraba si la había perdido, se gozaba en verla, se le antojaba ser rico y, con una ternura agradecida, frotábala con el pañuelo hasta dejarla reluciente como un sol diminuto. Pero este pensamiento súbito le atemorizó. ¿Sería suficiente? Había viajado mucho en tren, pero nunca se le ocurrió que costase dinero, ni cuánto: si una corona

o cien. Ahora aprendía por primera vez que había realidades en la vida como aquélla; que tantas cosas como le rodeaban, que había tenido entre los dedos y con las cuales había jugado, estaban llenas de un valor propio. Él, que una hora antes se figuraba saberlo todo, no había hecho más que pasar al lado de mil secretos e incógnitas —ahora lo advertía—, sin fijar la atención en ellos, y ya se avergonzaba de ver que su conocimiento tropezaba contra el primer escalón de la vida real. Cada vez más acobardado, y retardando sus pasos inseguros, bajó a la estación. ¡Cuántas veces había imaginado una huida! Ahora miraba con timidez la casita clara, y sólo pensaba en si le alcanzarían las veinte coronas para llegar a casa de su abuela. Los rieles lucían a lo lejos de la campiña; la estación estaba vacía, abandonada. Edgar, tímido, fue a la ventanilla y preguntó en voz discreta, a fin de que no le oyera nadie más, cuánto costaba un billete para Baden. Una cara sorprendida se destacó en la penumbra y dos ojos sonrieron, detrás de los anteojos, al niño cohibido.

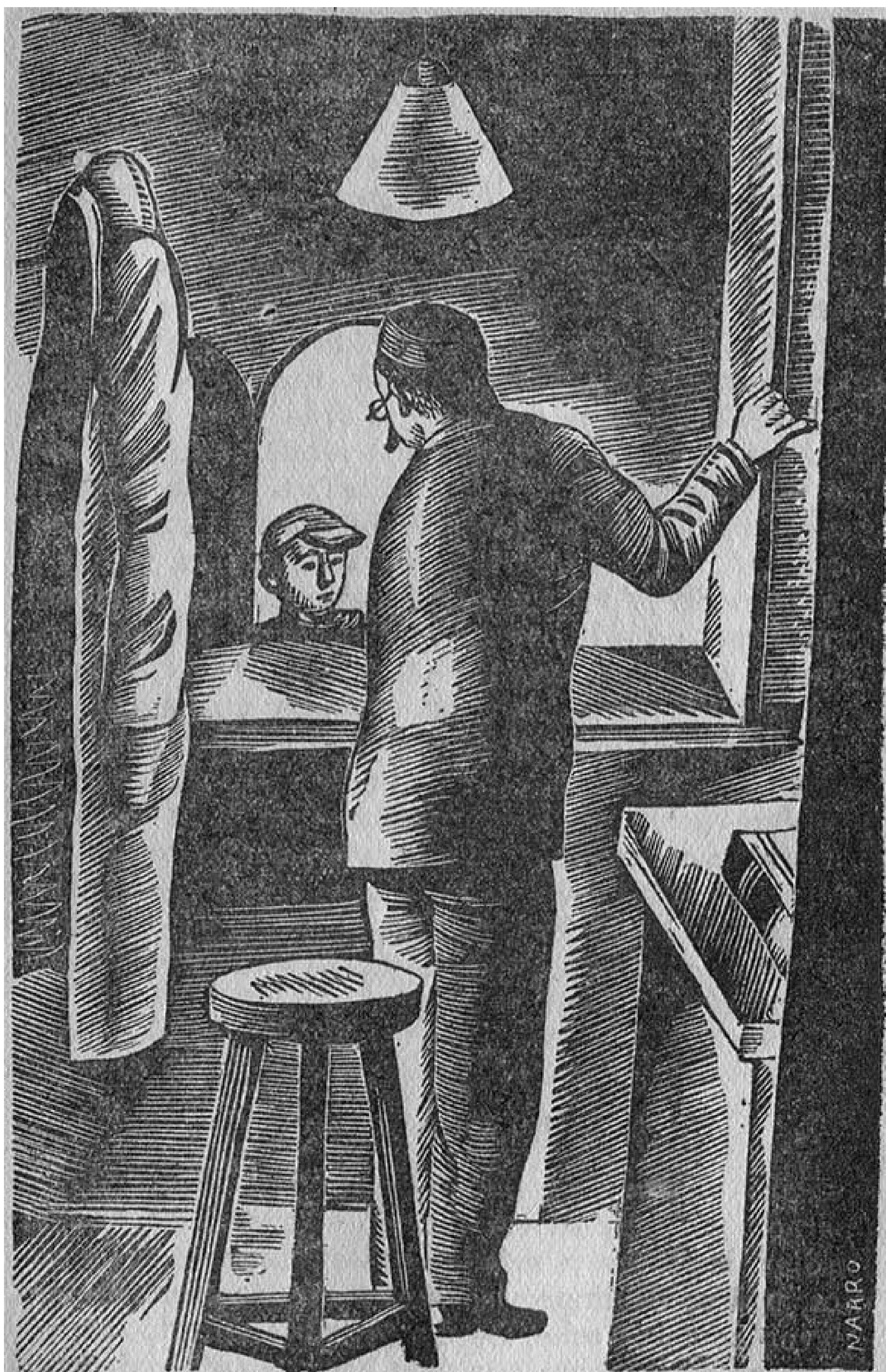
—¿Billete entero?

—Sí —balbució Edgar, pero sin pizca de orgullo, sino más bien temeroso de que costase demasiado.

—Seis coronas.

—¡Muy bien!

Aliviado, sacó la pieza brillante tan acariciada, tintineó el cambio sobre el mármol, y Edgar se sintió una vez más indeciblemente rico, con el cartoncito en la mano que afianzaba su libertad y en el bolsillo la música velada de las monedas de plata.


NARRO

El horario le enteró de que él tren llegaba dentro de veinte minutos. Se quedó, en un rincón. Un par de personas estaban en el andén, inactivas y sin pensar nada. Pero al inquieto le parecía que le miraban a él, sorprendidos de que un niño viajara solo, como si llevara escritos en la frente la escapatoria y el delito. Respiró al oír el primer alarido un poco lejano del tren, que luego se acercó zumbando. El tren se lo llevaba por esos mundos. No se dio cuenta, hasta el momento de subir, de que su billete era de tercera. Había viajado siempre en primera, y sintió otra vez más que algo había cambiado, que existían diferencias no observadas hasta hoy. Los compañeros de viaje eran distintos. Dos obreros italianos con las manos callosas y las voces ásperas, con palas y azadas en las manos, estaban sentados frente a él y miraban ante sí con ojos sombríos y desconsolados. Debían de haber trabajado de firme, pues algunos se dormían de cansancio al arrullo del tren, con la madera dura y mugrienta por almohada, abierta la boca. «Han trabajado para ganar dinero», pensó Edgar, pero no podía imaginar cuánto sería; así y todo, le volvía la idea de que el dinero era algo que no siempre se tiene y es preciso conseguirlo de algún modo. Amanecía en su conciencia este hecho: que él estaba acostumbrado, como cosa natural, a una atmósfera de bienestar, mientras a derecha e izquierda de su vida había unos abismos en la oscuridad a los cuales su mirada no había llegado nunca. De pronto se hacía una idea de las profesiones y de los destinos, de que alrededor de su vida había una cúmulo de secretos al alcance y, así y todo, desatendidos. Mucho aprendió en una hora desde que estaba solo; empezó a ver muchos aspectos desde aquel compartimiento estrecho, con las ventanillas al libre espacio. Y del fondo de su negra angustia empezó a echar flor algo que, si no era la dicha, era al menos el pasmo de descubrir la variedad de la vida. A cada momento se le hacía patente que había huido por miedo, pero también de que era la primera vez que obraba con independencia y que vivía algo verdadero, no conocido hasta entonces. Quién sabe si, por primera vez también, se convertía eh un secreto él mismo a los ojos de la madre y del padre, como lo fue para él basta hoy el mundo. Veía con otros ojos detrás de la ventanilla. Le hacía el efecto de que conocía de nuevo toda la realidad, como si hubiera caído un velo que disimulaba las cosas, revelándosele ahora todo, lo profundo de su significado, el nervio secreto de su actividad. Volaban las casas a su lado como

arrebatadas por el viento, y le venían a la razón los hombres que vivían dentro de ellas, si eran neos o pobres, dichosos o infelices, si también sentían aquel anhelo de saberlo todo, como él, y si tal vez había también unos niños en ellas que sólo jugaban con las cosas, como el hasta entonces. Los guardaagujas, firmes a un lado de la vía, con la banderola que el viento ponía tensa, no le parecían ya muñecos vacíos o juguetes sin alma, objetos puestos allí por el acaso indiferente; antes bien, comprendía que aquél era su destino,' su lucha por la vida. Las ruedas aumentaban su celeridad; el tren llegaba al valle por un camino ondulante, las montañas eran cada vez más suaves, cada vez más lejanas, y ya corría por la llanura. El niño miró atrás: veíanse los montes azules y velados, lejos, inasequibles, y le pareció como si su propia niñez yaciera allí, donde se disolvían perezosamente en el cielo calinoso.

ERRANDO EN LA OSCURIDAD

Pero una vez en Baden, cuando el tren se hubo parado y Edgar se vio solo en el andén, en el cual ardían las luces y, más lejos, los discos verdes y rojos, unióse de improviso a este matizado cuadro un pavor ante la noche. De día se había sentido seguro, a pesar de todo, porque veía gente a su alrededor y podía sentarse en un banco o curiosear los escaparates de las tiendas. Pero ¿cómo soportarlo cuando los hombres están en sus casas y cada uno tiene su cama, su conversación y, al fin, una noche sosegada, en cuanto que él vagaría con su culpa en una soledad desconocida? Su único anhelo era verse pronto cobijado, no estar un minuto más al aire bajo un cielo extraño.

Se apresuró para llegar al camino conocido y lo siguió sin mirar a los lados, hasta la villa que habitaba su abuela. Levantábase en la ancha calle, bien situada, pero no muy visible, disimulada por las enredaderas y la hiedra del bien cuidado jardín; casa ancestral, risueña, blanqueando una nube de verdor. Como un forastero, Edgar atisbo al pie de la verja. Ninguna señal de vida en el interior, cerradas las ventanas. Seguramente estaban en la otra parte del jardín, con visitas. Ya empuñaba el frío llamador, cuando sucedió una cosa rara: de pronto, lo que en aquellas dos horas le había parecido tan sencillo, tan natural, lo imaginó un absurdo. ¿Cómo debía entrar y saludarles,

soportar preguntas, responderlas…? ¿Cómo sostener aquella primera mirada y verse obligado a dar cuenta de su escapatoria, dejando sola a su madre? ¿Y cómo aclarar lo fantástico de su acto si él mismo acababa no comprendiéndolo? Se oyó una puerta en la casa. Sobresaltado por un miedo loco de que alguien se acercara, corrió más allá, sin dirección precisa. Se detuvo ante el parque del balneario, porque vio que estaba oscuro y no sospechó a nadie en él. Podría sentarse y, por fin, pensar, pensar sosegadamente, reparar su cansancio y hacer planes para el mañana. Entró tímidamente. Ardían dos faroles a la entrada, que daban a las hojas, aún tiernas, un reflejo espectral, un verde transparente; más adentro, allí donde tuvo que bajar la colina en la masa oscura y complicada de una noche primaveral, Edgar pasó escurridizo al lado de las pocas personas que, sentadas bajo el círculo luminoso de los faroles, conversaban o leían. Quería estar solo. Pero tampoco allí, en el umbroso retiro de las alamedas, sin una luz, tuvo sosiego. Lo llenaba todo un murmullo, un cuchicheo mezclado con el soplo del viento entre las ramas flexibles, el rozar de pasos que se alejan, el susurro de voces retenidas, con algún tono gemebundo de placer o de miedo que bien podía ser humano en parte y en parte salir del mundo animal y del sueño laborioso de la Naturaleza. Era una celada inquietud perniciosa, angustiosa y enigmática la que allí respiraba, como un hurgar subterráneo de la selva, que tal vez tenía que ver con la primavera, pero que al niño, perplejo, le producía un miedo raro.

Se sentó en un banco, haciéndose muy pequeño en aquella oscuridad de abismo, e intentó coordinar lo que explicaría en la casa. Pero los pensamientos se le escurrían, sin que pudiera cogerlos, y, contra su voluntad, sólo era capaz de escuchar y escuchar los sones velados, las místicas voces de la tiniebla. ¡Y qué pavorosa era! ¡Qué desconcertante y, así y todo, qué misteriosamente bella! ¿Eran las bestias o los hombres, o tal vez la mano espectral del viento, lo que entretejía todo aquel murmurar, todas aquellas llamadas y susurros? Escuchó. Era el viento deslizándose inquieto entre los árboles, pero también —ahora empezaba a verlos— seres humanos, parejas enlazadas que subían de la ciudad iluminada y animaban la oscuridad con su presencia enigmática. ¿Qué les llevaba? No podía comprenderlo. No se hablaban; ni una voz; sólo hacían crujir la arena a su paso, y aquí y allá se

destacaban como sombras sus siluetas fugaces, todos estrechamente enlazados, como aquella noche su madre y el Barón. El gran secreto candente y fatal estaba también allí. Oyó unos pasos que se acercaban y una risa ahogada. Tuvo miedo de qué le encontrasen, y se agazapó todavía más en la sombra. Pero los dos que ahora subían a tientas, a través de la oscuridad impenetrable, no lo vieron. Pasaron de largo. Ya respiraba Edgar cuando, de pronto, los pasos se detuvieron junto a su banco. Apretadas las caras, no podía verlos distintamente, y oyó un gemido de la mujer, mientras el hombre balbucía locas palabras ardientes. Edgar, con un escalofrío voluptuoso, sintió su miedo penetrado de no sabía qué presentimiento. Así estuvieron un minuto, y la arena volvió a crujir bajo sus pasos, que pronto no se oyeron en la tiniebla. Edgar se estremecía. La sangre regolfaba en sus venas más cálida que antes. El impulso originario se apoderó de él: necesidad de oír alguna voz amiga, de un abrazo, de una habitación iluminada, de las personas queridas. Era como si la negra confusión de aquella noche hubiera bajado a sus adentros y, le rompiera el pecho. Se levantó. ¡Estar en casa, donde fuera, pero en casa; la habitación clara, caliente, en sociedad! ¿Qué podía sucederle? Que le pegaran, que le insultaran: ya nada temía desde que había catado aquella noche y el miedo de la soledad.

Andaba como desprendido de sí mismo, y de pronto volvió a encontrarse al pie de la casa, sintiendo en la mano la frialdad del llamador. Vio ahora las ventanas iluminadas a través de las hojas verdes; vio en imaginación, detrás de los cristales lucientes, el espacio íntimo con las figuras familiares. Este hallarse cerca ya le hacía feliz; le producía una primera emoción de calma la proximidad de personas que le amaban. Y si todavía vacilaba, era para gozar mejor de aquella anticipación.

Una voz, que el miedo agudizaba, gritó detrás de él:

— ¡Edgar, ahí está!

La camarera de su abuelita le había visto, corría hacia él y le cogía la mano. Se oyó abrir la puerta de la casa, un perro saltó ladrando a su encuentro, mientras salían con luces y las voces de júbilo o de aprensión y los pasos se acercaban, y las figuras conocidas con ellos. Delante, su abuela con los brazos tendidos, y detrás de ella —creía soñar— su madre. Con ojos de haber llorado, tembloroso, amedrentado, permaneció en medio de aquel

cúmulo de cariño, arrebatado de emociones, sin saber qué decir ni a qué decidirse y sabiendo apenas si lo que experimentaba era el miedo o la dicha.

El último sueño

El caso era éste: hacía rato que le estaban buscando; su madre, a pesar de su indignación, aterrada por la huida del niño, le hizo buscar en el Semmering. Todos estaban en la más atroz conmoción y vaticinaban lo peor, cuando un viajero fue con la noticia de haber visto al niño en la taquilla de la estación alrededor de las tres. En la misma estación se enteraron pronto de que Edgar había sacado billete para Baden, y la madre salió sin vacilar a su encuentro en el primer tren. La precedían unos telegramas para Baden y Viena, que sembraron la excitación en la familia; de modo que todos estaban en actividad hacía dos horas para dar con el fugitivo.

Allí lo tenían, y sin violencia. En un triunfo opresor se lo llevaron dentro de la casa. ¡Qué raro le parecía que no le dolieran los duros reproches que le hicieron! ¡Tanto se gozaba de ver al mismo tiempo en los ojos la alegría y el cariño! Por otra parte, la afectada reprimenda no duró más que un momento. La abuela volvió a abrazarle llorando, y nadie decía ya una palabra de su culpa, antes bien veía a su alrededor una extraordinaria solicitud. La doncella le quitó el traje y le puso otro más confortable, la abuela le preguntaba si tenía apetito o deseaba algo, interrogábanle y acosábanle con tierno cuidado, y, al ver su confusión, cesaron de preguntarle. Sentía con placer la emoción tan desdeñada y, en el fondo, tan echada de menos, de volver a ser un niño, y le dolió su presunción de querer renunciar a la infancia a cambio del falso goce de la soledad consigo mismo.

En esto llamaron al teléfono. Oyó la voz de su madre, palabras sueltas:

—Edgar… de vuelta… aquí… en el último tren.

Y le sorprendió que su madre no le hubiera recibido furiosa y que le abrazase con una expresión tan contenida. El remordimiento iba creciendo y no tenía más deseo que desprenderse de abuela y tía, correr a pedirle perdón y decirle a ella sola, con entera humillación, que quería volver a ser niño y

obedecer. Pero la abuela, al ver que se levantaba cautamente, le dijo un poco alarmada:

— ¿Dónde vas ahora?

Se quedó avergonzado. Le bastaba hacer un movimiento para que recelaran de él. Les había asustado a todos; se figuraban que se disponía a huir de nuevo. ¿Cómo podían comprender que a quien le dolía más su primera fuga era a él mismo?

La mesa estaba puesta y le sirvieron una cena ligera, durante la cual la abuela estaba alerta a todos sus gestos. Ella, la tía y la camarera le encerraban en un círculo de silencio y se sentía muy apaciguado con aquel calor solícito. Pero le intranquilizaba que su madre no entrara en el comedor. ¡Bien entraría si sospechara su buena disposición!

Oyeron un coche detenerse frente a la casa. Tan sobresaltados vio a los demás, que le ganó a él también la inquietud. Salió la abuela, se *oyeron* voces que se cruzaban en la oscuridad, y conoció en seguida que allí estaba su padre. Entonces le dio recelo hallarse solo en el comedor, y esto bastó para aturrullarle. Su padre era severo; el único a quien en realidad temía. Edgar escuchó: parecía estar excitado, hablaba recio y con enojo. Las voces de la abuela y de la madre eran conciliadoras: trataban de apaciguarle. Pero la voz del padre no cedía; era severa, como los pasos que se oían cada vez más cerca, que llegaban ya al cuarto inmediato y luego detrás de la puerta, que se abrió de pronto.

Su padre era de buena talla, y Edgar se sintió indeciblemente pequeño al verle, nervioso y con toda la apariencia de la ira, frente a frente.

—¿Cómo se te ha ocurrido escaparte, muchacho? ¡Asustar así a tu madre…!

Su voz era iracunda, movía las manos con frenesí. Detrás de él había entrado su madre con paso cauto y semblante ensombrecido.

Edgar no respondió. Sentíase inclinado a sincerarse, pero ¿cómo iba a contarle que le habían engañado y golpeado? ¿Lo entendería?

—Ea, ¿no hablarás? ¿Qué ha sucedido? Puedes decirlo sin miedo. ¿Había algo que te incomodaba? ¡Algún motivo habría para que te escaparas…! ¿Te ha perjudicado alguien, en cualquier sentido?

Edgar titubeaba. Los recuerdos renovaban su ira. Iba a acusar. Pero vio —y su corazón cesó de latir por un instante— como su madre le hacía una seña a espaldas del padre. Una seña que primero no comprendió. La miró a los ojos y vio en ella entonces un ruego suplicante. Lenta, muy lenta, levantaba el índice a los labios imponiéndole silencio. El niño sintió irrumpir de pronto en todo su cuerpo una cálida satisfacción inefable. Entendió que le daba a guardar el secreto; que en sus labios de niño se encerraba el destino de su vida… Y un orgullo resuelto, exultante, le invadió al ver que depositaban la confianza en él; su voluntad se irguió, sintióse capaz del sacrificio y se propuso abultar su propia culpa para demostrar que ya era un hombre. Concentróse:

—No, no… No había motivo. Mamá ha sido muy buena para mí; he sido yo el desconsiderado, me he conducido mal… y por eso he huido, por eso: porque he tenido miedo.

El padre le miraba, aturdido. Lo hubiera esperado todo menos aquella confesión. Su cólera quedó desarmada.

—Bien, si te arrepientes, entendido. Por hoy no hablemos más del asunto. Espero que otra vez tendrás más reflexión. Que no se repita.

Permanecía en pie y le miraba. Su voz se hizo más cariñosa:

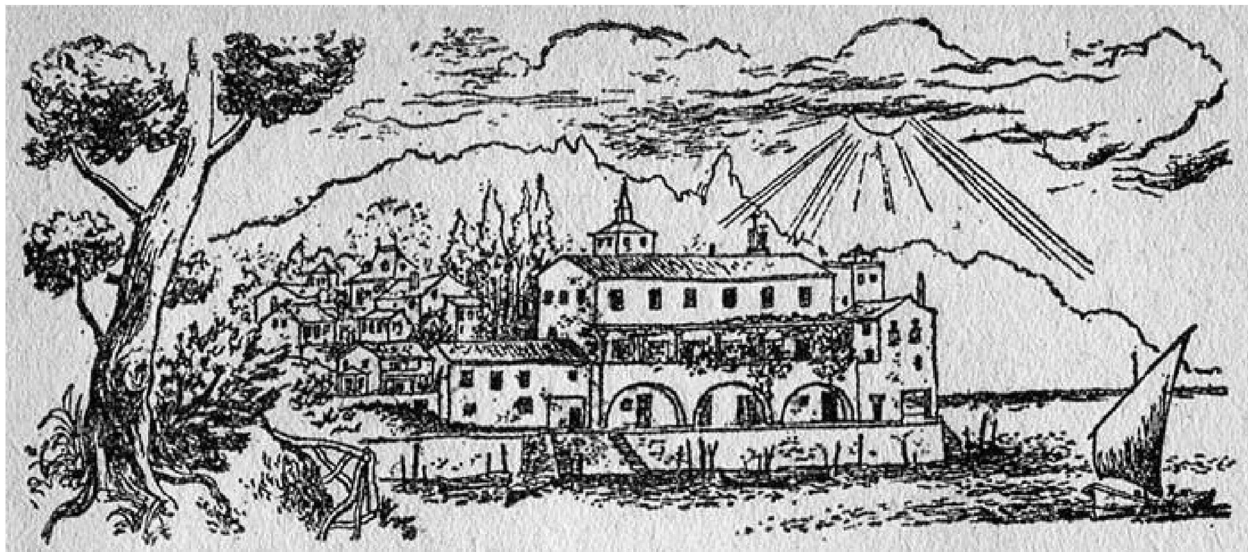
— ¡Qué pálido estás! Pero has crecido. ¡Espero que no volverás a esas niñerías; ya eres mayor y debes tener más juicio!

Edgar no hacía más que mirar a su madre. Le parecía que algo centelleaba en sus ojos. ¿Era di reflejo de la llama? No, era un brillar húmedo y sereno, y volaba alrededor de su boca una sonrisa de agradecimiento. Mandáronle a la cama y no le entristeció que le dejaran solo. Toda la angustia de los últimos días quedó inundada en la poderosa emoción de la primera experiencia; se sentía feliz en el misterioso presentimiento de acontecimientos venideros. Afuera, en la oscuridad de la noche, murmuraban los árboles; pero el temor ya no le hacía mella. Había huido de él aquélla impaciencia ante la vida desde que conocía sus tesoros. Era como si hoy la viera por primera vez desnuda, sin los velos de las mil mentiras de la infancia, en toda su gozosa y arriesgada belleza. No había imaginado nunca que los días pudieran ser tan henchidos de las diversas alternativas de la aflicción y del goce, y le complació la idea de los muchos que le quedaban por delante: toda una existencia para desvelarle

el misterio. Una primera noción de la diversidad de la vida le iniciaba en la esencia del mundo: que los humanos necesitan unos de otros aun cuando se creen enemigos, y que es muy dulce ser amado de ellos. Ahora era incapaz de pensar con odio en nada ni en nadie, nada le remordía, y para el mismo Barón, el seductor, su acérrimo enemigo, hallaba un nuevo afecto de agradecimiento, pues le había abierto la puerta de aquel mundo de las primeras emociones.

Era muy dulce y halagüeño el pensar todo esto en la oscuridad, ya un poco mezclado con figuras de sueño; era casi dormir. Le pareció que se abría la puerta y algo muy leve se le acercaba. Lo atribuyó a una perturbación y, por otra parte, estaba demasiado soñoliento para abrir los ojos. Y era cierto: respiraba junto a él una cara blanda, caliente y suave; rozaba la suya, y él comprendía que era su madre quien le besaba y le acariciaba el cabello. Percibió los besos y las lágrimas, y, correspondiendo a aquel cariño, lo tomó como acto de reconciliación, como agradecimiento a su silencio. Hasta años más tarde no reconoció que las lágrimas mudas eran un voto de la mujer que, no lejos del declive de la vida, quiere pertenecer sólo a su hijo; una renuncia a la aventura, un adiós a todos los anhelos egoístas. Ignoraba entonces que era asimismo agradecimiento porque la había librado de una estéril aventura, y que con aquel abrazo le transmitía, a modo de una herencia, la carga agridulce del amor pasa hacer camino en la vida. Esto no lo comprendió aún el niño, pero sintió cuán venturoso es ser amado y cómo este amor se enlazaba con el gran secreto del mundo.

Cuando la mano se hubo apartado de él y los labios dejaron de besarle y la leve figura hubo desaparecido, le quedó todavía un calor, un hálito en los labios. Le rozaba un dulce anhelo de que aquellos mismos labios suaves se le acercaran a menudo, y de sentirse abrazado con igual ternura; pero este presentimiento del tan anhelado secreto ya iba envuelto en las sombras del sueño. Una vez más veía desfilar las imágenes coloreadas de las últimas horas, y el libro de su juventud se abría, seductor. Luego el niño se durmió y comenzó el sueño más profundo de su vida.



NOVELA VERANIEGA

PASÉ el agosto de este año en Cadenabbia, uno de esos lugares del lago de Como tan deliciosamente escondidos entre las villas blancas y el bosque de tono oscuro. Sedante y pacífica aun en los días más bulliciosos de la primavera, cuando los viajeros de Bellagio y Menaggio se agitan en la estrecha playa, la diminuta ciudad era en aquellas cálidas semanas una soledad llena de aroma y de sol. Casi nadie en el hotel: un par de huéspedes desperdigados, cada uno de los cuales, se admiraba de que el otro hubiera elegido para veranear un rincón tan solitario y se sorprendía cada mañana de que el otro estuviera todavía firme en su sitio, A mí, en quien me pareció más extraordinario el hecho fue en un señor anciano muy distinguido y cultivado —por el aspecto, un tipo medio entre el correcto político inglés y el coureur parisiense—, el cual, sin refugiarse en ningún deporte de mar, se pasaba el día viendo disolverse en el aire el humo del cigarrillo, reflexivo o dando vueltas a las hojas de un libro. El confinamiento opresor de dos días de lluvia y el modo abierto con que se me acercó dieron pronto a nuestra relación un cordialidad casi impropia de la diferencia de edades. Nativo de Livonia, educado en Francia y más tarde en Inglaterra, sin profesión desde aquel entonces, sin residencia fija desde años, era un sin patria en el sentido que dan al vocablo esos vikingos y piratas de la belleza que han reunido dentro de

sí, a uña de caballo, las preciosidades de todas las metrópolis. Familiar de todas las artes, más fuerte todavía que su diletantismo era el desprecio con que rehusaba servirlas: les debía mil horas magníficas, sin que les hubiera dedicado el más mínimo afán. Una de esas vidas que parecen superfluas porque no van eslabonadas a ninguna comunidad, porque toda la riqueza que han almacenado con las mil experiencias particulares se pierde con su último aliento sin que nadie la herede.

En este sentido le hablaba yo una noche después de la cena, sentados ambos frente al hotel, mirando cómo el claro lago iba oscureciendo. Él sonreía.

— Tal vez no se equivoca usted. No creo en los recuerdos: lo vivido, vivido está, y luego nos abandona. Y la ficción ¿no decae también, veinte, cincuenta, cien años más tarde o más temprano? Hoy, a pesar de lo que digo, voy a contarle algo que se prestaría a una bonita novela. Vamos. Estas cosas se tratan mejor andando.

Y nos pusimos a andar por el prodigioso paseo marítimo, bajo los cipreses eternos y los complicados castaños, entre cuyas ramas relucía el mar inquieto. Arriba, como una nube blanca, Bellagio, suavemente coloreado por el sol ya en su ocaso, y sobre la colina oscura que sus rayos circundaban de diamantes, las almenas relucientes de la Villa Serbelloni. Aunque ligeramente bochornosa, la atmósfera no llegaba a molestar, y la neblina, como un brazo femenino, se apoyaba con ternura en las sombras impregnadas del aroma de flores invisibles.

El narrador comenzó:

—Ante todo, una confesión. Le he callado a usted que el año pasado ya estuve aquí, en Cadenabbia, también por el verano y en el mismo hotel. Acaso le extrañe, habiéndole dicho que solía evitar la repetición en mi modo de vivir. Pero oiga usted… No hay que decir que la desanimación era la misma de ahora. El mismo señor de Milán pescando todo el día para dejar de nuevo los peces en su elemento por la noche y volverlos a pescar al día siguiente; dos inglesas viejas cuya velada existencia vegetativa apenas era notada; un muchacho bien parecido con una jovencita pálida, la cual aún no he podido convencerme de que fuera su esposa, pues se querían demasiado. Y, por fin, una familia alemana, alemanes del Norte, del tipo más castizo.

Una señora entrada en años, huesuda, de un rubio claro, brusca en sus movimientos, ingratos ojos de acero, punzantes, y una boca áspera y agresiva como cortada a cuchillo. Con ella, una hermana cuyas facciones eran las mismas, pero marchitas, con más arrugas y como más blandas, inseparables las dos, mas sin que nunca conversaran, invariablemente inclinadas sobre su bordado, en el cual parecían entretejer toda su ausencia de pensamiento, parcas implacables de un mundo de aburrimiento y de pobres recursos. Y con ellas una joven de unos dieciséis años, hija de una de las dos, no sé de cuál, pues lo inacabado de sus trazos se mezclaba ya con un leve redondeamiento de mujer. No era propiamente bonita, demasiado alta, no del todo formada y además vestida sin gracia; así y todo, algo había de conmovedor en su desesperada nostalgia. Grandes eran sus ojos, llenos de una luz grave, pero esquivos, continuamente azorados, quebrando su brillo en luces temblorosas. También ella comparecía con una labor en las manos, manos que, a lo mejor, se hacían lentas, los dedos se dormían, y se quedaba quieta con la inmóvil mirada soñadora en el lago. No sé por qué me obsesionaba su aspecto. ¿Era la idea trivial, pero que nos asalta inevitablemente, a la vista de una madre marchita al lado de la hija en la flor de su vida? ¿Era ese verla sombra detrás de la figura, ese pensamiento de que en cada mejilla espera oculta la arruga, en cada risa la fatiga, en cada sueño la desilusión? O acaso me obsesionaba por sí misma la nostalgia naciente, tan espontánea como sin objeto, que se delataba en toda ella, momento único en la vida de las jóvenes, en el cual proyectan la mirada ansiosa en el todo porque no tienen aún el único, al cual más tarde se asirán para ir luego colgando de él perezosamente, como las algas adheridas al pedazo de madera flotante. Me resultaba en extremo absorbente el hecho de observarla. La húmeda mirada de ensueño, la manera impulsiva como acariciaba perros y gatos, y aquella inquietud que le hacía empezar tantas cosas sin acabar nada… Y luego, el fervoroso empeño con que por la noche recorría los míseros volúmenes de la biblioteca del hotel o bien hojeaba los dos tomos de poesía muy usados que se había traído: su Goethe y su Baumbach. Ah, es cómico, desde luego. Pero no tanto, pensándolo bien. Créame usted: a las muchachas de esa edad les es lo mismo la poesía buena o mala, verdadera o falsa. Los versos son como vasos para su sed y no dan importancia a la calidad del vino, porque la embriaguez ya está

en ellas aun antes de que beban. Así estaba la joven llena de nostalgia como un cáliz, hasta tal punto que le brillaba en los ojos, hacía estremecer las puntas de sus dedos sobre la mesa y prestaba a su paso una personalidad a la vez desmañada y oscilante, entre la huida y el temor. Se la veía deseosa de conversar con alguien, de comunicar algo de su plenitud, pero no había nadie: la soledad, el roce de las agujas a derecha e izquierda, las miradas frías y circunspectas de las dos señoras. Me sentí embargado de una infinita compasión. Acercarme a ella no podía, lo primero porque un anciano no la dice nada a una joven en esos momentos, y luego porque soy refractario a las nuevas relaciones, particularmente con viejas señoras burguesas. Esto lo aguaba todo. Pero tuve una idea. «Es una muchacha —pensé— salida del nido, inexperta, que ve por primera vez Italia, la cual, gracias al inglés Shakespeare, que no estuvo nunca en este país, es presentada a los alemanes como la tierra del amor romántico, de los Romeos, de las aventuras misteriosas, de los abanicos caídos en el pavés, los puñales fulgurantes, los antifaces, las dueñas y las cartas tiernas. Seguramente está soñando en aventuras, y quien conoce los sueños de las adolescentes (nubes blancas que flotan al azar por el azul, se arrebolan como ellas, en el crepúsculo, con tonos más cálidos, rosa y luego rojo de fuego) sabe muy bien que nada puede parecerles inverosímil ni imposible». Decidíme, pues, a inventar, para ella un enamorado misterioso.



»Escribí una carta aquella misma noche, una carta extensa a la vez que tierna, rendida y respetuosa, llena de insinuaciones intrigantes, y sin rúbrica. Una carta que nada pedía ni prometía, excesiva y a la vez prudente: en resumen, una carta de amor como entresacada de un libro romántico. Y, constándome que cada mañana, haciéndosele difícil el descanso, era la primera a la mesa del desayuno, escondí la carta en los pliegues de su servilleta. Llegó la mañana. La observaba desde el jardín y vi su increíble sorpresa, su sobresalto, la llamarada que subió a sus mejillas y se esparció hasta la garganta. Vi la mirada de desesperación, el movimiento nervioso, el gesto de ladrón con que escondió la carta, y luego cómo, sentada frente al desayuno, lo probó apenas, agitada, hasta que pudo levantarse, y cómo se precipitó afuera para descifrar la carta secreta en algún rincón sombrío y solitario de los pasillos… ¿Iba usted a decir algo?

Yo había hecho un movimiento involuntario y me fue preciso darle una explicación:

—Se me antoja muy temerario. ¿No pensó usted que ella podía investigar, preguntar sencillamente al camarero cómo había llegado la carta a su servilleta, o enseñarla a su madre?

— Claro que pensé en eso. Pero si usted hubiera visto a la joven, aquel ser asustadizo que miraba continuamente alrededor, angustiada por si había dicho alguna palabra en voz más alta que la acostumbrada, se le hubiera ido a paseo toda reflexión. Hay muchachas cuya vergüenza llega a tanto que preferirían soportar lo más osado antes que confiarse a un tercero; tan desvalidas son. Fui observando sus pasos con una sonrisa, satisfecho del éxito de mi estratagema. Después se acercó donde yo estaba y sentí de pronto mi sangre en las sienes: era otra, andaba de otro modo. Avanzaba intranquila y confusa, velado el semblante por una oleada ardiente, desmañada bajo el dulce atolondramiento que la embargaba. Y así todo aquel día. Su mirada volaba hacia las ventanas como si fuera a encontrar el misterio, y envolvía en ella a todos los que le pasaban cerca, cayendo también un momento sobre mí, que la evité para no delatarme; no obstante, en aquel segundo experimenté la impresión de una pregunta candente que casi me sobresaltó y que me ha llevado a pensar más tarde como no hay voluptuosidad tan seductora y perniciosa como la de prender aquellos primeros fulgores en los ojos de una muchacha. La vi después sentada entre las dos viejas, con los dedos perezosos, y vi cómo algunas veces asía con movimiento rápido un lugar de su vestido, bajo el cual estaba seguro de que escondía la carta. El juego me seducía y aquella misma noche le escribí una segunda misiva, y así en días sucesivos: me resultaba de un atractivo particular el dar cuerpo en mis cartas a las emociones de un joven enamorado, desplegando en ellas las gradaciones de una pasión que era ficción pura. Se me convirtió en una diversión absorbente, con la cual experimentaba algo parecido a lo que deben de sentir los cazadores cuando tienden lazos o atraen la pieza al alcance de su escopeta. Y tan indescriptible, casi terrible, era para mí el propio éxito, que tuve el pensamiento de no pasar más adelante. Pero la tentación me tenía apasionadamente atado a lo que ya llevaba hecho. Una agilidad, una turbulencia, como en el calor de una danza, gobernaba su paso; una febril belleza muy característica iba moldeando sus facciones; su sueño debía de ser como un esperar, un velar la carta de la mañana siguiente, pues en aquellas

primeras horas notaba en sus ojos una gravedad sombría, una inseguridad en las luces que de ellos irradiaban. Empezaba a preocuparse de sí misma, prendíase flores en el pelo, una prodigiosa ternura hacia todas las cosas apaciguaba sus manos, una continua interrogación flotaba en sus ojos, pues creía, por mil pequeñeces que yo dejaba entrever en las cartas, que quien las escribía estaba cerca, Ariel que llena de música el espacio, que flota allí mismo vigilando a los afectos más secretos, pero haciéndose invisible a voluntad. Ni a las dos adustas señoras pudo pasar inadvertida su animación. Benévola y curiosamente, íbanse sus miradas tras la figura ágil y las mejillas en que el capullo rompía en colores, y luego se miraban con una sonrisa furtiva. Su voz había adquirido un timbre, se elevaba, se hacía más clara y más audaz, y en su garganta palpitaba a veces un estremecimiento, una onda de plenitud, como si de pronto fuera a convertirse en un trinar de júbilo, en un cántico; como si fuera… Pero vuelve usted a sonreír…

—No, no; haga el favor de continuar. Opino, sí, que narra usted muy bien; tiene usted, dispénseme, un talento natural, y contaría usted, de seguro, el caso tan bien como uno de nuestros novelistas.

— Quiere usted indicarme, con gran cortesía, que cuento como sus novelistas alemanes, o sea con elevación lírica, extensamente, en tono sentimental y fastidioso. Seré más breve. El títere bailaba, y yo, gobernando la mano, tiraba de los cordeles. Y para apartar de mí cualquier sospecha (pues había notado que su mirada intentaba a veces escrutar la mía con persistencia) le había dado a entender en las cartas la posibilidad de que su autor residiera en una de las estaciones de aguas vecinas y diariamente, bien en un bote o en el vapor, frecuentaba la nuestra. Apenas oía la campana del vapor, escurríase con cualquier pretexto del lado de su madre, y la veía apresurarse y, conteniendo el aliento, pasar revista a los pasajeros desde un rincón del desembarcadero.

»Y un mediodía, con tiempo cubierto, en que yo no tenía mejor ocupación que observarla, sucedió un hecho memorable. Entre los pasajeros llegó un joven de buena presencia, vestido con la elegancia extravagante de los jóvenes italianos, y como inspeccionara el sitio en busca de algo, dio con la mirada interrogativa de la joven, que también buscaba algo desesperadamente. Al mismo tiempo, el rostro de la joven se cubrió con la

ola encarnada de la vergüenza, inundando la leve sonrisa que nacía en ella. El joven, sorprendido y halagado, se puso alerta, como es de suponer, ante la fervorosa mirada llena de mil cosas no dichas, sonrió y se dispuso a seguirla. Ella, segura de que era el tan deseado, adoptó un paso ligero, pero se volvía a ratos, en el juego eterno entre el deseo y el temor, el anhelo y el rubor, en el cual la parte débil es la más imperiosa. Él, aunque sorprendido, visiblemente animado, había llegado casi a darle alcance, y era de prever la proximidad de un embrollo caótico, cuando comparecieron las dos señoras. Como un pájaro asustado, la joven se refugió en ellas y el perseguidor tuvo la prudencia de retirarse, no sin que, a punto de desandar lo andado, se encontraran las miradas, fundiéndose febrilmente una en otra. Este suceso me instaba a poner punto final al juego, pero la tentación pudo más y, resuelto a aprovecharme del azar como de un oportuno auxiliar, aquella misma noche le escribí una carta excepcionalmente larga que le confirmara su presunción. Me atraía el hecho de poder actuar ahora sobre dos personas.

»A la mañana siguiente me atemorizó la palpitante confusión de sus rasgos. A la inquietud que la embellecía había sucedido una nervosidad para mí incomprensible; sus ojos estaban empañados, enrojecidos como de haber llorado, y su aflicción debía de ser muy honda. Todo su silencio parecía concentrarse para lanzar un grito salvaje, su frente era sombría y flotaba en sus miradas una áspera desolación, cuando yo preveía precisamente una serena alegría. Tuve miedo. Por primera vez algo extraño se me interponía; el títere no obedecía, danzaba en contra de mi voluntad. En vano cavilé para encontrar la solución. Empezaba a preocuparme mi propia farsa, y no volví al hotel hasta la noche, a fin de evitar la acusación de sus miradas. Entonces lo comprendí todo. Vi su mesa vacía; se habían marchado. Sin poder decir una palabra al joven ni descubrir a los suyos que su corazón estaba pendiente de un solo día, de una hora. La habían arrancado de un sueño feliz para confinarla en cualquier ciudad raquítica y lamentable. Yo no había previsto el caso, y aun hoy siento como una acusación aquella última mirada, y me duele la cólera, la pena, la desesperación que sembré en su vida quién sabe hasta cuándo.

No dijo más. La noche había andado con nosotros, y la luna, ahora velada de nubes, daba una luz rara. Entre los árboles parecían colgar rescoldos y

astros y la superficie pálida del lago. Andábamos callados. Por fin mi acompañante rompió el silencio:

—Tal fue la historia. ¿Podría ser una novela?

—No sé. De todos modos, la guardaré entre las otras que debo agradecerle. Pero ¿una novela? Un buen material, un punto de partida, no diré que no. Porque esos seres flotan como sombras, no tienen él dominio de sí mismos: son un fondo para unos destinos, no un destino. Sería preciso redondearlos, llevar la ficción hasta el fin.

—Entiendo lo que quiere usted decir. El mañana de la muchacha, la vuelta a la mezquina dudad, la terrible tragedia de lo cotidiano…

—No, no precisamente eso. No me interesa ya la joven. Las muchachas, en general, son poco interesantes, por muy dignas de atención que se crean ellas mismas; todas sus experiencias son negativas y, por tanto, demasiado semejantes. En un caso tal, la joven se casa, cuando llega la hora, con el buen muchacho de su condición, allá en su ciudad, y este asunto es como la flor de sus recuerdos. La joven ya no me dice nada.

—Me choca. Porque el joven ¿qué puede decirle a usted? Todos hemos inspirado, siendo jóvenes, esas miradas, ese fuego, esas centellas a nuestro paso; pero o no nos dimos cuenta o no tardamos en olvidarlo. Es en la ancianidad precisamente cuando conocemos que aquello es lo más noble y profundo que se depositó en nosotros, el sagrado privilegio de la juventud.

—Tampoco es el joven quien me interesa.



—¿Entonces…?

—El personaje cuyo trazado acabaría es el señor anciano, el autor de las cartas. Creo que en ninguna edad se escriben cartas inflamadas ni se fingen las emociones de un amor verdadero impunemente. Intentaría exponer cómo de las burlas vienen las veras, cómo el hombre se figura ser árbitro de la ficción, cuando es la ficción lo que le domina. La belleza desvelada en la joven, que él pretende mirar como puro espectador, le encanta, se le hace

suya en lo más íntimo. Y cuando todo se le va de las manos, siente de pronto una terrible nostalgia del juego y… del juguete. Esa transformación me daría lugar a establecer un paralelismo entre la pasión de un anciano y la de un muchacho, porque ambos se encuentran no del todo seguros de sí mismos. Le haría inquieto y perseverante; le llevaría de un sitio a otro, corriendo para verla y, en el último momento, no atreviéndose a acercársele, y le haría volver a un mismo sitio con la esperanza de verla, conjurando la casualidad, que suele ser siempre cruel. Este trazado daría a la novela, y así sería…

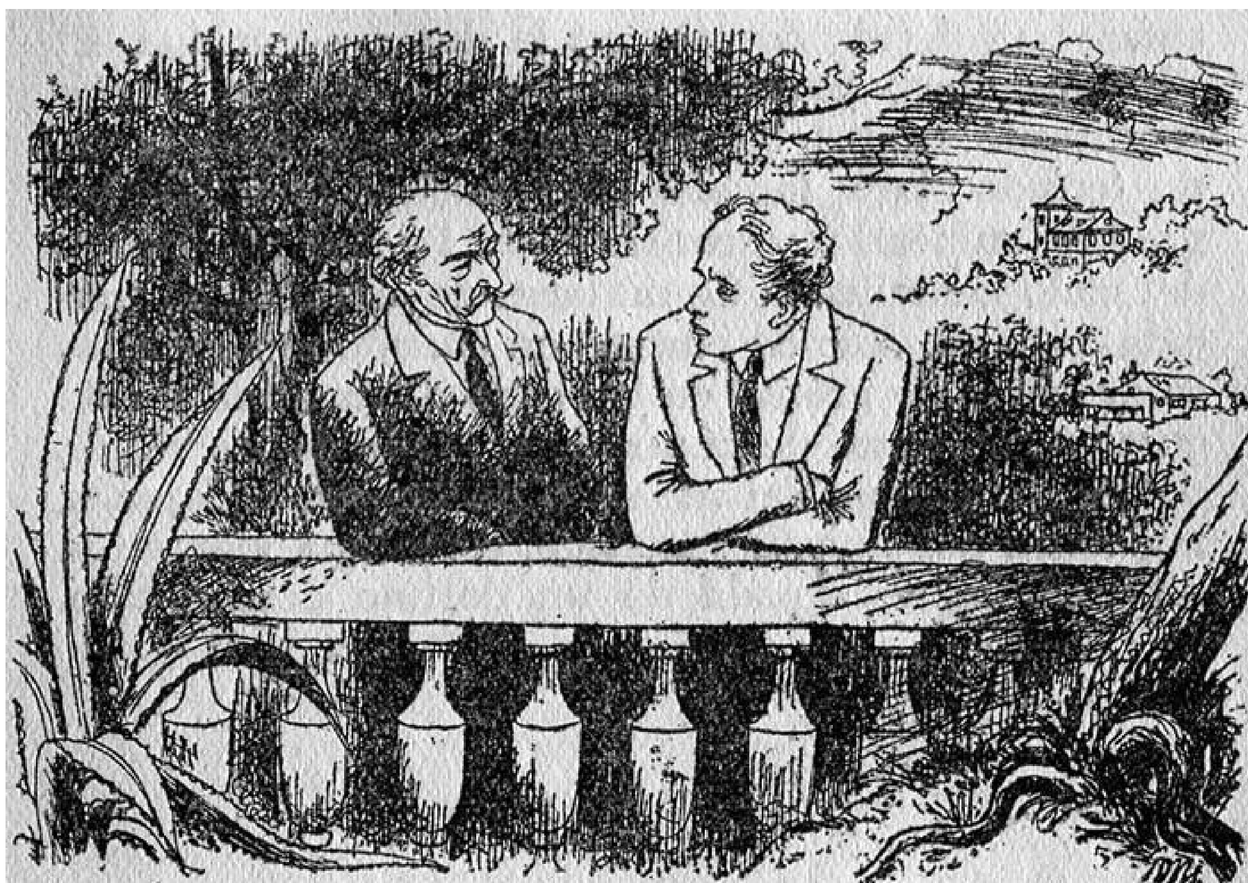
—¡Mentirosa, falsa, imposible!

Me sobresalté. La voz atacaba mis palabras, dura, ronca, palpitante y casi amenazadora. No le había visto nunca tan excitado. Conocí, como a la luz de un relámpago, que había tocado irreflexivamente un pinito sensible. Y al detenerse en seco me di cuenta, penosamente impresionado, del fulgor de sus canas.

Quise desviar, dar un giro nuevo al tema. Pero ya se disponía a hablar, y esta vez muy cordialmente, al par que con una sombría ternura en su voz grave y sosegada, a la cual la melancolía daba un óptimo tono.

—Tal vez tenga usted razón —dijo—. Es mucho más interesante. *L'amour coûte cher aux vieillards* tituló, creo que Balzac, una de sus más emocionantes historias, y muchas otras podrían escribirse bajo el mismo título. Lo que sucede es que los ancianos, los que más a fondo conocen el caso, sólo gustan de contar sus éxitos y no nos dicen nada de sus flaquezas. Temen el ridículo en cosas que son como el ritmo de lo eterno. ¿Cree usted casual que de las Memorias de Casanova «se perdieran», precisamente aquellos capítulos en que le hallaríamos viejo, pobre gallo sin plumas, convertido de burlador en burlado? Temo que el motivo fue que la mano se le había hecho torpe y el corazón se le oprimía.

Me tendió la mano. Su voz volvía a la frialdad, apacible, inconmovible.



—Buenas noches. Veo que es peligroso contar historias a los jóvenes en las noches de verano. Es una ocasión de pensamientos locos y de toda especie de sueños estériles. ¡Buenas noches!

Y avanzó en la oscuridad con sus pasos elásticos pero ya retenidos por la edad. Era tarde. El cansancio, que habitualmente me asaltaba pronto en las noches tibias, disipábase hoy en la excitación que canta en la sangre cuando nos acontece algo no acostumbrado o cuando vivimos un rato cosas ajenas como si fueran propias. Iba siguiendo la avenida oscura y callada de la Villa Carlota, que muere al pie de la escalinata de mármol en el lago. Una vez allí me senté en una de las gradas. ¡Noche espléndida! Las luces de Bellagio, que hacía poco brillaban cercanas, como gusanos de luz entre los árboles, ahora parecían infinitamente lejos y, poco a poco, caían, una detrás de otra en la densa oscuridad. El silencioso lago parecía una piedra preciosa negra, fulgurante en los bordes. Como manos blancas en un teclado claro, las olas chapoteaban, lamiendo las gradas, subiendo y retirándose. La lejanía pálida del cielo centelleaba de millares de estrellas en plácida quietud; sólo de

cuando en cuando una de ellas se deshacía de pronto de la ronda diamantina y caía en el seno oscuro de la noche, al fondo de los valles, de las gargantas, del monte o de las aguas lejanas, impelidas por una fuerza ciega, como una vida en la profundidad escarpada de un destino desconocido.



BUCHMENDEL

UNA vez más en Viena, al volver de una visita en los barrios extremos, me alcanzó un chaparrón que, con sus húmedos latigazos, recluyó en unos momentos a la gente en portales y otros cobijos. No menos diligente busqué yo mismo un techo que me amparara. Afortunadamente, en Viena os espera un café en cada esquina, y, ya con el sombrero goteando y la espalda calada, me refugié en el más próximo. Su interior revelaba el café de suburbio, de estilo casi esquemático, sin los lazos de los cafés con musiquillas del centro de la ciudad, imitados en Alemania. Era un café burgués, de vieja cepa vienesa, henchido de gente media que consume más periódicos que pastelería. En aquel momento, a la caída de la tarde, la atmósfera, ya de siempre cargada, se veía densamente jaspeada por los azules arabescos del humo, y, aun así, daba el local una impresión de limpieza, con sus divanes de terciopelo visiblemente nuevos y su caja de claro aluminio. Con la prisa no me había preocupado de leer al exterior él nombre del café, ni me hacía falta. Sentado cómodamente al grato calor, no tenía más ocupación que la de mirar detrás de los cristales azulados cuándo le daría la gana a la inoportuna lluvia de alejarse un par de kilómetros.

Desocupado, pues, leía medio despierto, medio soñando, los carteles de las paredes, que me tenían muy sin cuidado, y esta especie de modorra era casi un placer. Pero de pronto fui sacado por modo singular de mi somnolencia; en mi interior se iniciaba un impulso incierto e inquieto, como empieza un leve dolor de muelas, cuyo punto de partida no precisamos aún si es a la derecha o a la izquierda, en la mandíbula inferior o en la superior. Era un impulso velado, una inquietud del espíritu al darme cuenta —sin saber por qué detalle— de que años pasados debía de haber estado alguna vez en aquel mismo café, de que allí, escondido como el clavo en la madera, había quedado algo de mi propio «yo», tiempo ha superado. Puse toda la fuerza de mis sentidos en el local y en mi propio interior, y ni aun así pude conseguir dar con el borrado recuerdo, enterrado dentro de mí.

Me incomodé, como siempre que una renuncia cualquiera viene a damos la medida de la limitación de las fuerzas espirituales. Y de tal modo me exasperé contra el obtuso aparato de la memoria colocado entre mis sienes, que me sentía capaz de golpearme la frente, como lo haríamos con un autómata que no respondiera a nuestra voluntad.

No, ya no podía permanecer quieto, de tal modo me excitaba la idea de aquella íntima contrariedad, y me levanté de puro enojo, para desahogarme. Caso singular: un primer albor empezó a lucir dentro de mí apenas hube dado los primeros pasos por el local. Me acordé de que, a la derecha de la caja, debía de haber acceso a un interior sin ventanas, con la única iluminación artificial. Y, efectivamente: el tapizado no era el mismo de otro tiempo, pero sí las proporciones; idénticos contornos, la misma sala interior rectangular, la sala de juego. Los dos billares, holgando, dormidas ciénagas de color verde; las mesitas de juego, en las esquinas, en una de las cuales hacían su partida de ajedrez dos consejeros áulicos o profesores. Y en el mismo rincón —allí donde se pasa a la cabina del teléfono— había una mesita cuadrilátera. Mi espíritu se iluminó. Instantáneamente, de una sola sacudida, una cálida felicidad me invadía: ¡Dios mío!, aquél era el sitio de Mendel, de Jacob Mendel, *Buchmendel*[1], y yo, al cabo de veinte años, había caído precisamente allí, en su campo de operaciones, el Café Gluck, en la Alserstrasse superior. ¡Jacob Mendel! ¿Cómo podía yo haber olvidado por tanto tiempo a aquel ser excepcional, hombre legendario, maravilla del

mundo, célebre en la Unívérsidad y en una pequeña esfera selecta? ¡Haber olvidado al mago de los libros que invariablemente se sentaba allí todos los días, de la mañana a la noche, símbolo del conocimiento, honra y prez del Café Gluck!

Me bastó cerrar los ojos y, en aquel breve instante, su plástica se levantó de mi sangre, calentada por la imaginación, tal como en un tiempo estaba allí, junto a la mesita cuadrangular con su losa de mármol de un gris sucio sosteniendo un cúmulo de libros y periódicos. Veíale allí sentado, constante, impertérrito,' hipnóticamente fija la mirada en el libro detrás de los anteojos, zumbando y susurrando en la lectura, mientras balanceaba su cuerpo, su calva mal pulida, costumbre ésta de mecerse que había traído del *Cheder*, la escuela infantil judía de Oriente. Junto a esa mesa y no en ninguna otra leía sus catálogos y sus libros, como le enseñaron en la escuela del Talmud, con un tenue sonsonete y meciéndose, cuna negra y oscilante. Porque así como al niño que cae en sueño le desaparece el mundo gracias a esa hipnosis rítmica de la cuna, también, según aquéllos piadosos varones, el espíritu adquiere más fácilmente la gracia de sumergirse por medio de aquel mecerse y oscilar del cuerpo ocioso. Y, en efecto, nada veía ni oía Mendel de lo que le rodeaba. Junto a él voceaban y hacían ruido los jugadores de billar, circulaban los marcadores, rechinaba el teléfono, fregaban el pavimento, cargaban la estufa, y él no se enteraba de nada. Mendel leía, leía como otros rezan, como los jugadores se identifican con el juego y los borradlos fijan los ojos pasmados en el vacío; leía con una tan conmovedora identificación, que el leer de todos los demás hombres me ha parecido desde entonces profano. En aquel hombrecito galitziano, el librero de lance Jacob Mendel, conocía por primera vez en mi juventud el secreto de la persistente concentración que forma al artista como al erudito, al verdadero sabio como al extravagante: la trágica dicha y desdicha de los posesos.

Me había llevado a él un colega de la Universidad, mayor que yo. En aquel entonces me ocupaba en investigaciones a propósito del médico y magnetizador paracélsico Mesmer, todavía hoy poco valorizado, y lo hacía no con muy buena suerte, pues las obras comunes pecaban de insuficientes. Mi compañero me dijo su nombre por primera vez. «Iré contigo a Mendel —me prometió—, que todo lo sabe y lo procura todo, y él te sacará el más

remoto libro de los estantes del más olvidado anticuario de Alemania. Es el hombre más capaz de Viena y además un original, un zahorí de los libros, de un linaje que va desapareciendo».

Fuimos los dos al Café Gluck, y allí estaba Buchmendel, con su cara hirsuta, vestido de negro, meciéndose mientras leía, como una mata oscura que mueve el viento. Nos acercamos y no nos vio. Estaba sentado, leyendo, y balanceaba el busto a estilo de pagoda, hacia delante y hacia atrás. A su espalda, en el colgador, estaba su paletó, roto y ensanchado por los periódicos y otros papeles que henchían sus bolsillos. Para anunciamos, mi amigo se puso a toser fuertemente. Pero Mendel, pegados al libro los gruesos lentes, nada notaba. Por fin mi amigo golpeó la mesa como quien llama a una puerta, y Mendel, colocándose mecánicamente los anteojos, orlados de acero, sobre la frente, clavó en nosotros sus ojillos negros y vivarachos, agudos y penetrantes como la lengua de una serpiente, bajo las cejas rebeldes color ceniza. Mi amigo me presentó, y le expuse mi apremio, no sin antes —astucia que me sugirió mi amigo— quejarme, con una cólera fingida, del bibliotecario que no había querido informarme. Mendel se echó un poco atrás, escupió con cuidado, y luego, riendo levemente, se expresó en el acentuado dialecto oriental:

— ¿Que no ha querido…? No. ¡Que no ha podido! ¡El mentecato ese! Es un asno con el pelo gris. Le conozco, por castigo de Dios, desde hace veinte años, que no le han servido para aprender nada. Lo único que saben hacer es cobrar el sueldo. Mejor tratarían con los ladrillos que con los libros, esos señores doctores.

Después de este violento desahogo, el hielo estaba roto y un afable gesto de la mano me invitó, señalando aquel mármol cuadrilátero embadurnado de apuntes, altar de las iniciaciones bibliófilas. Le declaré en seguida mis deseos: necesitaba los libros coetáneos de Mesmer sobre magnetismo, así como las polémicas posteriores a favor o en contra del mismo; cuando hube concluido, Mendel cerró a medias el ojo izquierdo, como un tirador antes del disparo. Un segundo solamente duró ese guiño de atención concentrada, y en seguida, como si los leyera en un catálogo invisible, me recitó fluidamente una lista de dos o tres docenas de libros, cada uno con el lugar de la edición, el año y el precio aproximado. Yo estaba aturdido ante aquel fenómeno

bibliográfico metido en la pobre corteza, y aun un poco grasienta, del humilde librero de lance galitziano. Él, después de haberme rechinado vinos ochenta nombres, poco más o menos, en apariencia indiferente, pero satisfecho en sus adentros del as que había echado sobre la mesa, sacó un pañuelo, que tal vez algún día fue blanco, y se puso a limpiar los lentes. Para encubrir un poco mi asombro, pregunté tímidamente cuáles de aquellos libros podría procurarme.

—Ya veremos lo que se pueda hacer —refunfuñó—. Dése usted una vuelta por aquí mañana, que Mendel ya le habrá hallado algo, y lo que no, en algún sitio lo descubriremos. Cuestión de suerte.

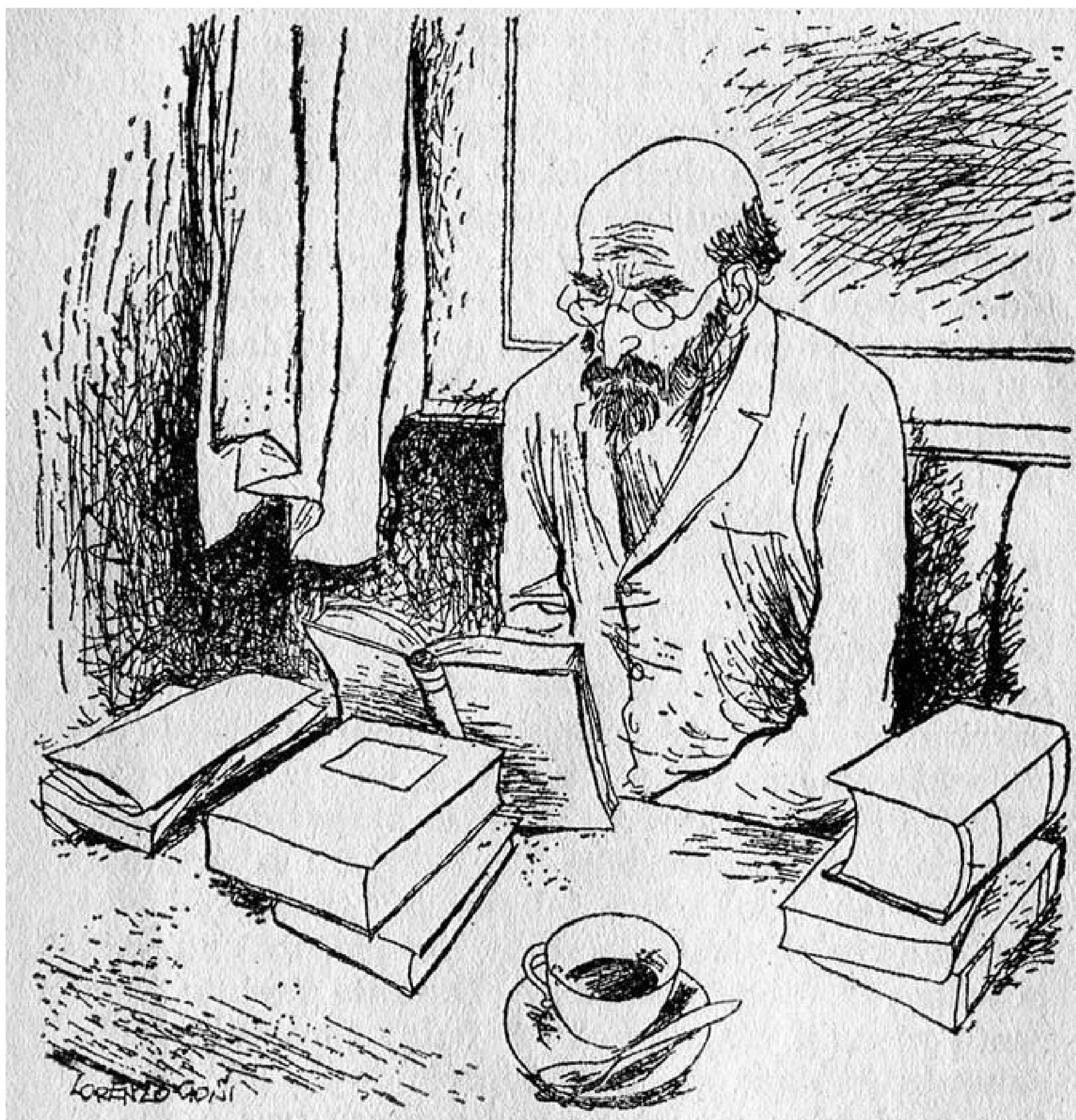
Le di las gracias y, por pura cortesía, inmediatamente después, caí en la tontería más burda al pretender anotar en un papel los títulos deseados. Sentí un ligero codazo de mi amigo, ¡pero ya era tarde! Mendel me había lanzado una mirada —¡qué mirada!— triunfante y ofendida a la vez, provocativa y amonestadora; una mirada de rey, la del Macbeth shakesperiano cuando Macduff sugiere al héroe invencible que se rinda sin lucha. Porque sólo de un forastero, de un no iniciado, podía salir la sugestión ofensiva de que él, Jacob Mendel, tomara nota de un libro como cualquier aprendiz librero o ayudante de biblioteca, cuando su incomparable cerebro, su diamantino cerebro de hombre de libros no había necesitado nunca de esos burdos auxilios. Nunca Jacob Mendel olvidó un título, una cifra; conocía cada planta, cada infusorio, cada estrella en el cosmos eternamente vibrante y movido del universo de los libros. Sabía en cada especialidad más que los especializados, dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios, conocía de memoria las existencias de la mayoría de las firmas mejor que los poseedores, con todo y tener ellos las papeletas y las cartotecas, y él únicamente el prodigio de recordar: aquella memoria incomparable, de la cual se dan casos contados en el mundo. En verdad, una memoria semejante no había podido adiestrarse y llegar a tan diabólica infalibilidad sino por el secreto eterno de todo resultado perfecto: la concentración. Nada sabía fuera de los libros aquel hombre extraordinario; todos los fenómenos de la existencia empezaban a tener realidad para él una vez esterilizados, fundidos en letras, recogidos en un libro. Pero ni aun esos libros le decían nada por su sentido, por su contenido espiritual o narrativo: sólo atraían su pasión el nombre, el precio, su forma, su portada.

Improductivo, infecundo, simple archivo de cien mil títulos y nombres situado en la mollera de un mamífero en vez de constar en un catálogo cualquiera, aquella específica memoria anticuaría de Jacob Mendel no dejaba de ser, por su perfección, un fenómeno equivalente a la memoria fisonómica de Napoleón, la de Mezzofanti para los idiomas, la de un Lasker para el planteamiento de jugadas de ajedrez o la de un Bussard para la música. Instalado en un seminario de estudios, puesto en un cargo público, aquel cerebro hubiera sido ilustración y pasmo de millares de estudiantes y eruditos, de gran provecho para las ciencias y una adquisición sin igual en esos públicos arsenales llamados bibliotecas. En sentido profesional, para los ignorantes, Jacob Mendel era el modesto traficante de libros. En las hojas domingueras de la *Neuen Freien Presse* y del *Neuen Wiener Tagblatt* salían los anuncios estereotipados: «Compro libros viejos, pago los mejores precios. Acudid a Mendel, Obere Alserstrasse». Y a continuación un número de teléfono que, en realidad, era el del Café Gluck. Allí trasteaba en medio de sus existencias, acarreaba nuevo botín cada semana a su cuartel general, asistido de un viejo mozo de cuerda, y de allí lo sacaba a su tiempo, pues le faltaba la concesión para ejercer el negocio de librería. Limitábase al pequeño tráfico, a una actividad poco lucrativa. Los estudiantes le vendían los libros de texto del curso transcurrido, y él los revendía a los que entraban en aquel curso; y era, además, el intermediario que procuraba cualquier obra requerida, por una mínima comisión. Nada ambicioso, el dinero no tenía categoría en su mundo; nadie le vio nunca bajo otro aspecto: mañana, tarde y noche, con las mismas ropas raídas, bebiendo la leche con sus dos panecillos, comiendo al mediodía un piscolabis que le subían de la fonda. No fumaba, no jugaba, y casi diríamos que no vivía; sólo vivían sus dos ojos tras los lentes, nutriendo a aquel ser enigmático de palabras, títulos, nombres, que el maleable cerebro, agradecido, asimilaba codiciosamente, tal como una pradera las mil y mil gotas de una lluvia. Sólo el libro, nunca el dinero, ejercía poder sobre él. Era en vano que algunos coleccionistas famosos, entre ellos el fundador de la Universidad de Princetown, trataran de ganarle como asesor en sus bibliotecas. Jacob Mendel rehusaba. No se le podía concebir fuera del Café Gluck. Salido de Levante, había llegado a Viena hacía treinta y tres años, jovencito inexperto, con el blando bozo negro orlando la cara y

unos rizos sobre la frente, dispuesto a estudiar para rabino; pero pronto abandonó al dios Jehová para entregarse al deslumbrante politeísmo de los libros. Empezó entonces a frecuentar el Café Gluck, y allí había establecido su taller, su campo de operaciones, su central de Correos, todo su mundo.

Como el astrónomo solitario en lo alto de su observatorio, que cada noche, tras la hendidura redonda del telescopio, contempla las miríadas de estrellas, su órbita misteriosa, sus alternativas, su apagarse y encenderse, así Jacob Mendel, a través de sus lentes y tras la mesa cuadrilátera del Café Gluck, se asomaba al otro mundo de los libros, que también está en constante evolución por encima del nuestro. A través de los dos agujeros redondos de los anteojos, de aquellos lentes brillantes y captadores, se filtraban en su cerebro los millares de infusorios negros de las letras; cualquier otro acontecimiento se deslizaba a sil lado como un vano murmullo. Propiamente, se había pasado más de treinta años, la mejor parte de su vida, junto al cuadrilátero de mármol, leyendo, cotejando, calculando, en un sueño perdurable, sólo interrumpido por las horas que pasaba durmiendo.

Por eso me asaltó una especie de terror cuando vi alborear en aquel cuarto la mesa de mármol de Jacob Mendel, dispensadora de oráculos, ahora vacía como una lápida mortuoria. Esta vez, ya más viejo, podía yo apreciar mejor lo que desaparece con cada uno de esos hombres; primero, porque todo lo que en un tiempo fue va haciéndose precioso en nuestro mundo, cada vez más irremisiblemente monótono, y después, porque ya en mi juventud había sentido por él una estimación que era un profundo sentimiento. Él me había iniciado en el gran secreto de que todo lo extraordinario lo conseguimos únicamente a fuerza de concentración, por una monomanía parienta de la locura. Que una pura vida espiritual, la plena abstracción en una sola idea, podemos conseguirla también en nuestros días, sumersión no inferior a la de un *yogi* indio o un monje de la Edad Media, y que podemos conseguirla aun en el café alumbrado por la electricidad, al lado de una cabina de teléfono. He aquí un conocimiento que me había infundido de joven, mejor que cualquier poeta coetáneo, aquel humilde corredor de libros viejos completamente anónimo. ¡Y había podido olvidarle! Ahora, ante la mesa vacía, me asaltaba una especie de vergüenza y, al mismo tiempo, una renovada curiosidad.



¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de él? Llamé al mozo y le interrogué. No, un señor Mendel, lo sentía mucho, pero no le conocía; ningún señor de ese nombre frecuentaba el café. Pero tal vez el mayordomo sabría algo. Éste se acercó trabajosamente, con su barriga; se concentró, reflexionó: tampoco. No le era conocido ningún señor Mendel. A no ser que yo me refiriera al señor Mandl, el señor Mandl de la quincallería de la Floriangasse. Me subió un sabor amargo a los labios, el sabor del pasado: ¿para qué vivimos cuando

el viento ya se ha llevado, tras nuestras pisadas, el último vestigio? Durante treinta, cuarenta años tal vez, un hombre había respirado, leído, pensado, hablado en aquel espacio de un par de metros cuadrados, y bastaba que pasaran tres o cuatro años y viniera un nuevo faraón para que no se supiera nada de José. ¡En el Café Gluck nacía sabían de Jacob Mendel, de Buchmendel! Casi enojado, pregunté al mayordomo si podría hablar con el señor Standhartner, o con otra persona que hubiera del personal antiguo. ¡Oh!, el señor Standhartner, ¡Dios mío!, había vendido el café hacía mucho tiempo, y había muerto, y el mayordomo de antes vivía en su pequeña hacienda, en Krems. No, ya no había nadie… Pero sí…, la señora Sporschil estaba todavía en su sitio, la señora de los lavabos (vulgo, «la señora del chocolate»). Pero ella no iba a recordar así como así a cada parroquiano. Yo pensé en seguida: «Un Jacob Mendel no se olvida tan fácilmente». Y pedí que la hicieran entrar.

Y allá venía la señora Sporschil, canosa, desgreñada, con el andar ligeramente hidrópico, de sus departamentos subterráneos, secándose las rojas manos con un paño: era evidente que acababa de fregar sus reales o de limpiar los vidrios. En su inseguridad, noté en seguida que le venía de nuevo el ser llamada tan de improviso a la parte más distinguida del café, bajo la luz de las lámparas incandescentes. En Viena, la gente recela al detective o al policía en todo aquel que le hace preguntas. Así, me inspeccionó primero, de arriba abajo, con una mirada muy precavida. ¿Qué querría yo de ella? Pero no bien pregunté por Jacob Mendel, fijó en mí efusivamente los ojos y sus hombros se estremecieron.

—¡Dios santo, el pobre señor Mendel, que haya quien se acuerde de él! ¡Sí, el pobre señor Mendel!

Lloraba casi, tal era su emoción, como sucede a los ancianos al recordarles la juventud o alguna relación familiar olvidada. Pregunté si vivía.

—¡Oh, Dios mío, el pobre señor Mendel! Cinco o seis años, no, siete años hará que murió. ¡Una persona tan amable, tan bondadosa! ¡Y cuánto tiempo ha que le conocía, más de veinticinco años…! Ya estaba aquí cuando yo entré… ¡Y qué ignominia, cómo le dejaron morir!

Su agitación aumentaba; me preguntó si yo era un pariente. Nadie más se había preocupado de él, nunca le había preguntado nadie su paradero. ¿Y yo

no sabía lo que le había pasado?

No, nada sabía y así se lo aseguré; la invité a que me lo contara todo. La buena mujer parecía cortada, confusa, y volvía a restregarse las mojadas manos. Comprendí que le daba pena presentarse con trazas de fregona, sucio el delantal, desgreñadas las canas, en medio del local; además, atisbaba a derecha e izquierda que algún criado no estuviera escuchando. Propásele entrar en el salón de billares, el antiguo sitio de Mendel, donde me lo contaría todo. Conmovida, hizo un gesto de asentimiento, agradecida de que hubiera comprendido; y precediéndome la buena anciana, ya un poco vacilante, entramos en el salón.

Sí, aun después que la guerra hubo empezado, llegaba todos los días a las siete y media de la mañana y hacía como siempre: estudiar todo el día, hasta el punto de que se llegó a sospechar, y lo comentaban a veces, que no se había enterado de la guerra. Tampoco se dio cuenta de la ausencia del marcador, que cayó en Gorlice, ni de que al hijo del señor Standhartner le habían hecho prisionero en Przemysl, ni había dicho esta boca es mía acerca de que el pan era cada vez más mísero, ni cuando se le sustituyó la leche por una poción de café de higos. Únicamente dio en extrañarse de que vinieran tan pocos estudiantes.

— ¡Dios santo, el pobre hombre no tenía más satisfacción ni más ocupación que la de sus libros!

Pero un día le cayó encima la desgracia. Una mañana, a las once, entró un gendarme con un policía secreto que había mostrado el botoncito en el ojal y preguntado si un tal Jacob Mendel frecuentaba el café. Acercáronse luego a la mesa de Mendel, quien, ausente de toda malicia, creyó que iban a venderle libros o consultarle algo. Lo que hicieron fue instarle a que les siguiera. Y se lo llevaron. Una ignominia para este café. Toda la gente se había apiñado alrededor del pobre señor Mendel, que, entre los dos que se lo llevaban, miraba ahora al uno, ahora al otro, sin entender lo que querían de él. Pero ella había advertido al gendarme de que seguramente se equivocaban, pues un hombre como el señor Mendel era incapaz de dañar a una mosca, a lo cual el policía secreto replicó a gritos que no se mezclara en asuntos oficiales. Se lo llevaron y durante dos años no compareció. No sabía, aun hoy, de qué le acusaban.

— Pero yo juro —dijo, alterada, la anciana— que el señor Mendel no puede haber cometido nada malo. Se equivocaron; pondría la mano al fuego. ¡Fue un crimen contra el pobre inocente, un crimen!

Y tenía razón la buena y sensible señora Sporschil. Nuestro amigo Jacob Mendel nada había hecho contra la ley, pero —luego conocí esos detalles— había cometido una enorme y conmovedora tontería, inverosímil hasta en medio de la perturbación de aquellos tiempos, y sólo comprensible por la completa abstracción en que vivía aquel habitante de otro planeta. El caso era éste: en la oficina de censura militar que tenía a su cargo la vigilancia de la correspondencia con los países neutrales detuvieron un día una tarjeta postal de puño y letra de un tal Jacob Mendel, conforme al franqueo que correspondía, pero, caso inaudito, dirigida al extranjero en guerra. Una postal a Jean Labourdaire, librero, París, Quai de Grenelle, en la cual un cierto Jacob Mendel se quejaba de no haber recibido los últimos ocho números del *Bulletin bibliographique de la France*, a pesar de tener satisfecha una anualidad por adelantado. El censor, profesor de un Gimnasium, con aficiones de romanista, a quien habían echado encima una librea azul, se quedó atónito ante aquel documento. «¡Qué bromazo!», pensó. Entre las dos mil cartas que cada semana sometía al ojeo y a la lámpara por noticias dudosas o giros sospechosos, ninguna pieza tan absurda como la que tenía entre los dedos: una postal dirigida de Austria a Francia sin rebozo, con toda ingenuidad; a un país extranjero beligerante, como si desde 1914 tales fronteras no estuvieran ceñidas de alambradas y no disminuyera en un par de miles cada día de Dios el censo masculino de Francia, Alemania, Austria, Rusia. Sin hacer otra mención del absurdo, se limitó a guardar aquella curiosidad en un cajón de su escritorio. Pero al cabo de pocas semanas entró otra postal del mismo Jacob Mendel dirigida a un librero de Londres, en Holbam Square, llamado John Aldridge, pidiéndole que le agenciara los últimos números del Antiquarian. Y ese Jacob Mendel, raro individuo, con una simplicidad conmovedora, ponía al pie su dirección detallada. Al profesor metido dentro del uniforme se le hizo éste un poco estrecho. ¿No se escondería algún doble sentido bajo aquella aparente bobada? Por lo que pudiera ser, se levantó, juntó los tacones ante la mesa del jefe y puso sobre ella las postales. El jefe se encogió de hombros.

—¡Qué extraño!

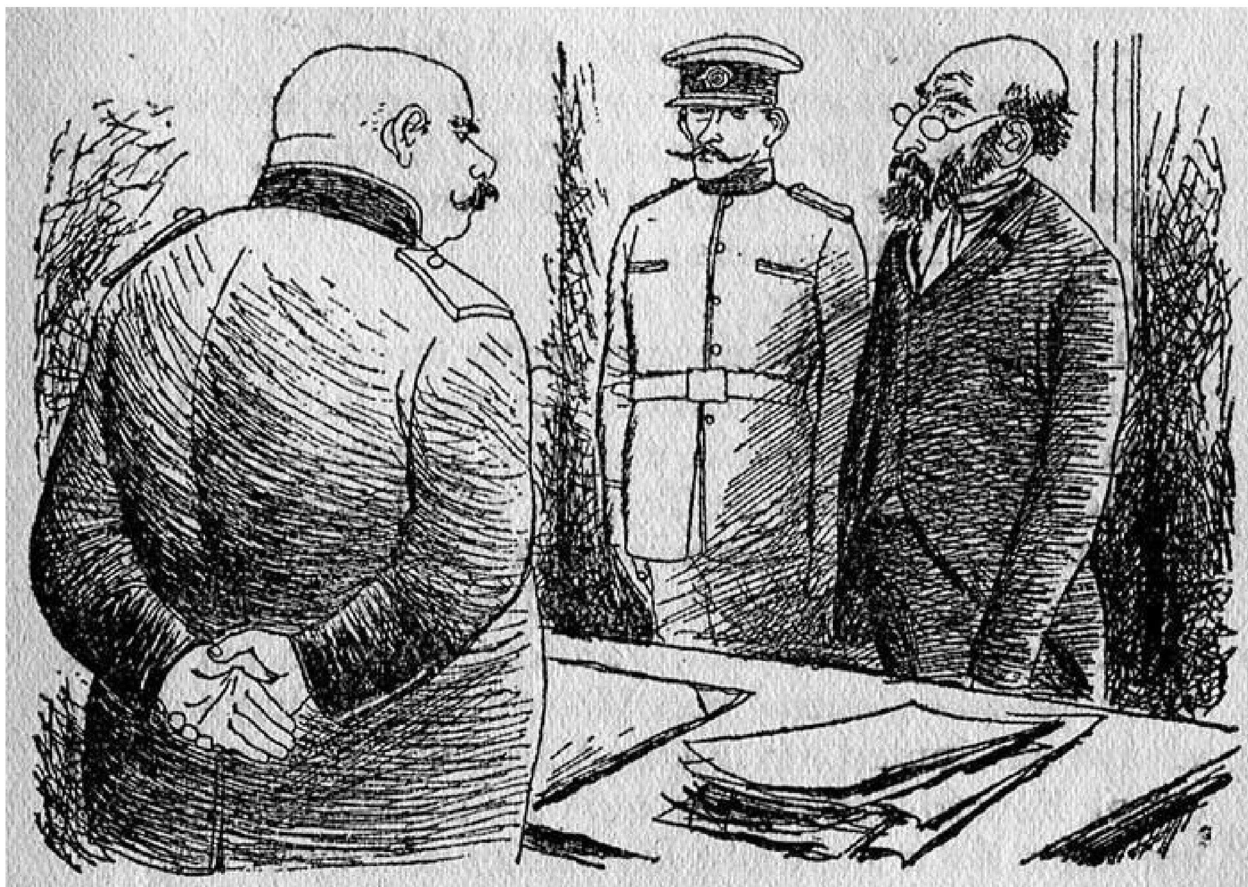
Avisó a la policía para que investigara si existía efectivamente un Jacob Mendel. Una hora más tarde quedaba éste arrestado y, todavía tambaleándose de la sorpresa, comparecía ante el jefe, quien le peso delante las dos postales por si reconocía ser el renitente. Excitado por el tono de severidad, y más que nada porque le habían aguado la lectura de un importante catálogo, refunfuñó Mendel casi brusco, afirmando que era él, naturalmente, quien había escrito las postales, puesto que existía el derecho de reclamar una suscripción cuando se ha pagado El jefe se rebulló en su asiento y se dirigió al teniente que ocupaba la mesa vecina. Los dos cambiaron miradas de inteligencia. ¡Qué chalado! Luego el jefe vaciló entre dirigir una filípica al majadero y dejarle en paz o tomarlo en serio y empezar las diligencias. En semejantes casos embarazosos suele optarse en todas las oficinas por el protocolo. Un protocolo siempre es bueno. Si no vale, tampoco daña, y se ha añadido un pliego más a los millones de pliegos.

Lástima que en este caso el perjudicado fuera un pobre hombre sin mala intención. A la tercera pregunta cayó en lo fatal. Primero le pidieron el nombre: Jacob, recte *Jainkeff Mendel*. Profesión: corredor de libros. No tenía licencia de librería y sí solamente una papeleta de permiso como buhonero. La tercera pregunta fue catastrófica: lugar de nacimiento. Jacob Mendel dio el nombre de una aldea junto a Petrikau. El jefe arqueó las cejas. ¿No era Petrikau de la Polonia rusa, o fronterizo? ¡Sospechoso, muy sospechoso! Arreció las preguntas, inquiriendo desde cuándo estaba naturalizado en Austria. La mirada de Mendel tras sus anteojos era sombría y pasmada: no entendía bien. ¿Si tenía documentación y dónde…? ¡Al diablo! La papeleta de permiso y nada más. Las arrugas en la frente del jefe iban subiendo. Se veía precisado a aclarar lo de su situación referente a la nacionalidad. ¿Si su padre fue austríaco o ruso? Con el ánimo tranquilo, Jacob Mendel respondió:

—Huso, naturalmente.

¿Y él…? ¡Ah!, había pasado la frontera hacía treinta y tres años para librarse del servicio, y desde entonces vivía en Viena. El jefe se ponía cada vez más intranquilo. ¿Y había adquirido ciudadanía en Austria?

—¿Para qué? —preguntó Mendel.



No se había preocupado nunca de semejantes asuntos. Entonces, ¿era todavía ruso? Mendel, a quien empezaba a ser enojoso el árido interrogatorio, respondió con indiferencia:

—Efectivamente.

El jefe se echó atrás con gesto tan brusco que el sillón crujió. ¡Que existiera un caso tal! En Viena, en la capital de Austria, en plena guerra, al terminar el año 1915, después de Tamow y de la gran ofensiva, un ruso se pasea descaradamente, expide cartas a Francia e Inglaterra, y la Policía sin enterarse de nada. ¡Y luego, los necios admirándose en los periódicos de que Conrad von Hötzendorf no haya hecho el avance inmediato hacia Varsovia, y pasmándose en el Estado Mayor de que no se ejecute un movimiento de tropas que los espías no hayan comunicado a Rusia! También el teniente se había puesto en pie y estaba junto a la mesa. Las preguntas adquirían ya caracteres de severo interrogatorio. ¿Por qué no se había declarado a su tiempo como extranjero? Mendel, sin maliciar aún, respondió en su jerga judía, con el tonillo característico:

—¿Para qué declararme?

El jefe receló en esta pregunta un rodeo y una provocación, y preguntóle, amenazador, si no había leído las ordenanzas.

—¡No!

Y si no leía tampoco los periódicos.

—¡No!

Los dos funcionarios tenían puestos los ojos en Mendel, que sudaba de zozobra, como si la Luna hubiera caído en medio del despacho. Y luego las llamadas al teléfono, el cascar de las máquinas de escribir, las ordenanzas que circulaban, y Jacob Mendel, camino del calabozo cuartelero, para salir en el primer convoy hacia un campo de concentración. Cuando le indicaron que siguiera a los dos soldados, su mirada se pasmó de incertidumbre. No entendía lo que exigían de él, pero tampoco, en rigor, sentía ningún cuidado. Al fin, ¿qué mal podría quererle el hombre del cuello galoneado y la voz áspera? En su elevado mundo de los libros no existían la guerra ni la incomprensión; sólo el eterno saber y aspirar a saber más en cuestión de cifras y palabras, de títulos y nombres. Así, con ánimo bien dispuesto, iba escalera abajo al lado de los dos soldados. Hasta que en la Jefatura le quitaron todos los libros de los bolsillos del gabán y le exigieron la carpeta repleta de cien papeles importantes, fichas y direcciones de clientes no empezó a encolerizarse y a dar puñadas de ciego a su alrededor. Tuvieron que reducirle, y, entre estos azares, cayeron al suelo sus lentes, y el mágico telescopio que le transportaba al mundo del espíritu quedó roto en mil pedazos. Dos días más tarde, con el delgado paleto de entretiempo por todo abrigo, se lo llevaron en el convoy que salía para el campo de concentración de prisioneros civiles rusos, situado en Komom.

Los horrores espirituales que sufrió Mendel en aquellos dos años de campo de concentración, sin la compañía amable de los libros, sin dinero, entre compañeros indiferentes, groseros, en su mayoría analfabetos y escoria de la Humanidad; las penas que allí vivió, separado de su mundo único, el elevado mundo de los libros, como el águila arrebatada de su elemento etéreo, cortadas las alas, no son para descritos ni existen elementos materiales de prueba. Pero poco a poco, curado el mundo de su locura, podría reconocer que, de todas las crueldades y delictivos abusos de aquella guerra, ninguno

tan insensato y superfluo, y por tanto sin disculpa en lo moral, como el prender y amontonar detrás de unas alambradas a multitud de personas civiles, libres hacía mucho tiempo del servicio por sus años, ajenas a todo y que, habiendo hecho su hogar de una tierra extranjera, confiados en una hospitalidad que ni aun entre los tungueses y los araucanos es desmentida, se olvidaron de huir a tiempo. Delito insensato contra la civilización, que cometieron a la vez Francia, Alemania e Inglaterra, en cada terrón de nuestra Europa delirante. Jacob Mendel hubiera sucumbido tal vez, como tantos inocentes, a la locura, ya que no a la disentería o a la inanición, si no hubiese llegado de Austria una oportuna casualidad que le restituyó a su mundo. Desde que no se le vio más en Viena, habíanse amontonado varias cartas de buenos clientes: el conde Schönberg, el ex gobernador de Steiermark, fanático coleccionista de obras sobre heráldica; el antiguo decano de la Facultad de Teología de Siegenfeld, que estaba trabajando en un comentario de San Agustín; él octogenario almirante Edler von Pisek, pensionado y que vivía de recuerdos. Todos ellos, clientes adictos, escribieron repetidamente a Jacob Mendel en el Café Gluck, y algunas de esas cartas fueron transmitidas al ausente en el campo de concentración. Cayeron en manos del capitán, hombre de buen sentido por feliz casualidad, el cual quedó muy asombrado de las distinguidas relaciones de aquel judío pequeño y sucio, medio ciego desde que se le rompieron los anteojos —no tenía dinero para otros—, que estaba acurrucado en un rincón como un topo, gris, sin luz en los ojos, mudo. Algo debía de valer quien tales favorecedores tenía. Así, pues, el capitán dio permiso a Mendel para corresponder a las cartas y pedir la intercesión de sus favorecedores. Y no fue en vano. Con la apasionada solidaridad de todos los coleccionistas, Su Excelencia, así como el decano, pusieron en juego sus relaciones con mucho empeño, y gracias a su unión pudo Buchmendel en 1917, después de un confinamiento de más de dos años, volver a Viena, con la condición de presentarse diariamente a la policía. El hecho era que volvía al mundo de la libertad, a su antiguo cuchitril, a sus libros y a su Café Gluck.

Esta reaparición de Mendel regresando de un infernal mundo subterráneo pudo describírmela la señora Sporschil en calidad de testimonio:

— Un día, ¡Jesús, María y José!, no podía creer a mis ojos, se abre la puerta, ya sabe usted cómo, a su modo, sólo un poco, como siempre había

entrado, y nos vemos delante, dando traspiés, al señor Mendel. Iba cubierto, el pobre, de un sucio capote militar, lleno de remiendos, y no sé qué en la cabeza, tal vez un sombrero que alguien había ya desechado. Sin cuello, semejante a un difunto, grises la cara y él pelo, y tan delgado que movía a lástima. Pero él entró como si nada hubiera sucedido, sin hacer ninguna pregunta, sin decir palabra; se acercó a esta mesa y se quitó el capote, pero no resuelto y ligero como antes, sino torpe, resollando. Y no llevaba sus libros, como en otro tiempo. Se sentó sin decir nada, fijos los ojos, con una mirada vacía, fuera del mundo. Poco a poco, a medida que le pusimos delante el montón de escritos que habían llegado para él de Alemania, empezó de nuevo a leer. Pero ya no era el mismo.

No, no era el mismo. Ya no era el *Miraculum mundi*, el registro mágico de todos los libros. Los que le vieron en esa época me han dicho, todos con la misma angustia, que parecía haber algo irremisiblemente estropeado en su mirada antes tranquila, que leía como quien duerme. Algo había sufrido destrucción, El hórrido cometa sangriento, en su carrera furiosa, había embestido también el mundo aparte, el pacífico reducto alciónico de sus libros. Sus ojos, acostumbrados durante décadas a las letras de los libros, delicadas, silenciosas, como patas de insectos, algo terrible debían de haber visto en aquel montón humano encerrado entre garfios de alambre para que las pupilas un día tan prontas, fulgurantes de ironía, aparecieran entonces gravemente sombreadas bajo los lacios párpados, tras los anteojos cuidadosamente rejuntados con unos cordeles muy finos. Y, cosa más terrible todavía, en el fantástico edificio de su memoria alguna columna debía de haberse derrumbado, desordenando todo el conjunto; porque tan delicado es nuestro cerebro, formado de la más sutil substancia, instrumento de precisión de nuestro conocimiento, de una mecánica finísima, que basta la obstrucción de una ínfima vena, un nervio conmovido, una célula cansada, para que quede reducida al silencio la esférica armonía del espíritu con toda su magnífica extensión. En la memoria de Mendel, en el teclado de su saber, no respondían las teclas. Cuando alguien se acercaba a pedirle un informe, fijaba en él los ojos, extenuado, y no comprendía bien, se distraía, olvidaba lo que le decían. Mendel ya no era Mendel, como el mundo no era tampoco el mismo. Ehra un fardo de ropa y de barbas que respiraba con dificultad,

sentado con su flaco juicio detrás de la mesa típica de otro tiempo. No era ya la gloria del Café Gluck, sino un bochorno, un borrón, cuya visión repugnaba, que olía mal; un parásito incómodo y estéril.

Así le vio también el nuevo propietario, Florián Gurtner, oriundo de Retz, quien, enriquecido en el año del hambre de 1919 a base de especulaciones con la harina y la mantequilla, compró el café al leal Standhartner por ochenta mil coronas papel Habíase agarrado al negocio con sus manos recias de campesino y se apresuró a intentar embellecer el acreditado café: compró por unos miserables billetes unos divanes nuevos, erigió una puerta de mármol y estaba en tratos con el establecimiento vecino para instalar un local con música. Es claro que para tan apremiante embellecimiento le era un estorbo aquel holgazán galitziano que se pasaba todas las horas del día solo detrás de su mesa, sin consumir más que un par de tazas de café y cinco panecillos. Esperaba un pretexto para echar fuera de su local modernizado aquel último resto enojoso de cursi provincianismo. La ocasión no se hizo esperar. A Jacob Mendel le iba mal: sus últimos ahorros en billetes se pulverizaron en el molino de la inflación, y sus dientes habían desaparecido. El hombre derrengado no tenía ya las fuerzas necesarias para volver a trotar escaleras como corredor de libros. Le iba mal; se notaba en una serie de detalles. Era una rareza que se hiciera subir algo de la fonda, y contraía deudas aun en los pequeños gastos, como el del café y los panecillos, hasta que llegó a deber tres semanas. Ya entonces intentó el mayordomo ponerle en la calle, pero la buena señora Sporschil, la señora de los lavabos, se compadeció de él y salió fiadora.

La desgracia sucedió en el mes siguiente. El nuevo camarero mayor había observado más de una Vez que no le salían las cuentas de la panadería. Acrecentó la vigilancia, y al cabo de dos días sorprendió a Jacob Mendel escondido tras la mampara de la estufa, donde pretendía devorar dos panecillos sacados precipitadamente de la cesta que había en el cuarto inmediato; al pagar el gasto, pretendía no haber comido ninguno, y el camarero no necesitó investigar más. Dio cuenta del hecho inmediatamente al señor Gurtner, y éste, satisfecho de tener en la mano el tan perseguido pretexto, escandalizó a Mendel ante los clientes, acusándole de hurto y haciendo hincapié en que no daba aviso a la policía, pero sí le ordenaba irse

al diablo inmediatamente y para siempre. Jacob Mendel no hizo más que temblar y, sin decir nada, levantarse y salir dando traspiés.

— ¡Fue una miseria! —Así describía su salida la señora Sporschil—. No olvidaré nunca cómo se levantó, con los anteojos sobre la frente y blanco como un pañuelo. Ni siquiera cogió el abrigo, en enero como estábamos, y recuerde usted que fue el año del frío. Con el susto, se dejó el libro sobre la mesa; quise alcanzarle para dárselo, pero ya estaba en la puerta y no me atreví a salir a la calle, porque el señor Gurtner, de pie en el umbral, daba unas voces que llamaban la atención de la gente. Sí, fue una ignominia y yo misma me avergoncé hasta el fondo del alma. Un hecho así, echarle a uno por un par de panecillos, no hubiera sucedido en tiempos del señor Standhartner; él le hubiera dejado comer toda su vida. Pero la gente de hoy no tiene corazón. Le echan a uno de donde ha comido, un día tras otro, durante treinta años; fue mi verdad una miseria, y no quisiera ser yo la responsable de esa acción ante Dios, ¡oh, no!

Alterada, con la apasionada locuacidad de los ancianos, la buena señora repetía una y otra vez lo de la miseria y protestaba que el señor Standhartner no hubiera hecho tal cosa. Hube de preguntarle qué había sido, al fin, de nuestro Mendel, si acaso le había vuelto a ver. Se exaltó aún más:

— Cada vez que pasaba yo por delante de su mesa, puede usted creerme, me daba una sacudida el pensar: «¿Dónde estará ahora el pobre señor Mendel?» Al ver que pasaba tiempo y nada más oía de él, me hice el cargo de que todo debía de haber concluido y no le vería más. Ya había determinado encargar que se rezara una misa en su memoria, porque era un buen hombre y hacía más de veinticinco años que nos conocíamos. Pero un día, a las siete y media de la mañana (era en febrero), estaba yo fregando los latones de las ventanas y, de pronto (fue como un rayo), la puerta se abre y aparece Mendel. Ya sabe usted cómo solía entrar, tan cortado y confuso, pero aquella vez había algo más. Lo comprendí en seguida en su ir de un lado a otro, con los ojos relucientes. Y, ¡Dios mío, qué presencia! Los puros huesos y las barbas. Me dio el corazón que aquel hombre no se daba cuenta de sus pasos, que andaba en pleno día como un sonámbulo, que lo había olvidado todo, lo de los panecillos, lo del señor Gurtner al echarle fuera tan ignominiosamente, y que se había olvidado de sí mismo. Gracias a Dios, el señor Gurtner no había

entrado todavía y el camarero mayor estaba tomando café. Me apresuré a hacerle comprender que no debía permanecer aquí, que no se expusiera otra vez a que le echara a la calle ese tipo ordinario. —Inmediatamente miró, intimidada, en tomo y Se corrigió—: He querido decir el señor Gurtner. «¡Eh, señor Mendel!», le grité. Él levantó los ojos y en aquel momento (¡qué terrible, Dios mío!) debió de acordarse de todo, porque se puso a temblar todo él, y se dirigió, tropezando, a la puerta y allí cayó. Llamamos en seguida a la Sociedad de Auxilio, y murió aquella misma noche. Congestión pulmonar en último grado, dijo el doctor; y también dijo que cuando vino aquí ya no sabía lo que hacía. Le empujaba un instinto. ¡Claro!, cuando uno se ha sentado treinta y seis años en el mismo sitio y a una misma mesa, ya es para él algo como su casa.

Hablamos largo rato de él. Éramos los dos últimos que conocimos al hombre singular; yo, a quien siendo un jovencito, a pesar de su recóndita existencia de microbio, había infundido la primera noción de una vida enteramente concentrada, y ella, la pobre desastrada señora de los lavabos, que no había leído jamás un libro y cuya única relación con él, en su mundo subterráneo, consistió, durante veinticinco años, en cepillarle el gabán y coserle los botones. No obstante, nos entendíamos muy bien los dos, a la vista de la vieja mesa abandonada, en comunidad con la sombra que habíamos conjurado; porque el recuerdo une siempre, y más si va acompañado de afecto. De pronto, en medio de su charla, exclamó:

— ¡Jesús, qué olvidadiza soy! ¡Si tengo ahí el libro, el que entonces dejó sobre la mesa! ¿A quién confiarlo? Cuando vi que pasaba tiempo y nadie venía por él, pensé que podía guardarlo como un recuerdo. ¿Verdad que no hay mal en ello?

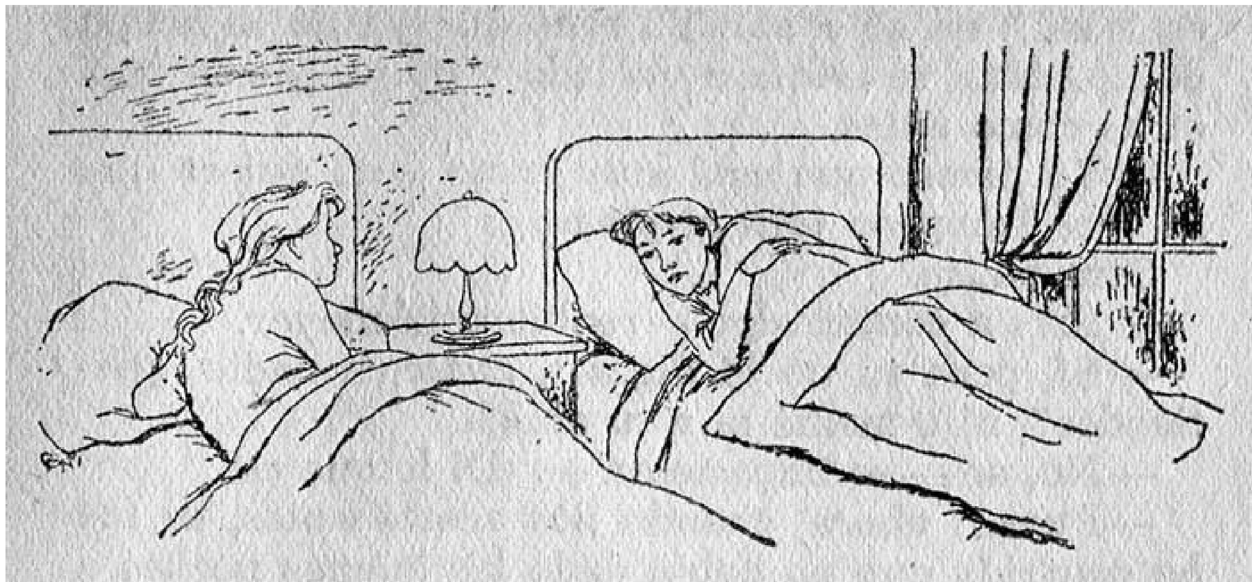
Fue a su reducto y volvió con el libro. Me costó reprimir la sonrisa, porque el Destino, retozón y a veces irónico, gusta de mezclar lo impresionante con lo cómico: era el tomo segundo de la *Bibliotheca Germanorum erotica et curiosa*, el compendio de literatura galante que conocen todos los coleccionistas. Fue precisamente esta escabrosa muestra —*habent sua fata libelli*— el legado que el mago desaparecido dejaba en las manos rojizas, Maltrechas, despellejadas; en las manos ignorantes que seguramente, fuera de aquél, no conocían más libro que el devocionario. Me

costó retener en mis labios la sonrisa instintiva que me subía del alma, y esta retención desconcertó a la buena señora, que no entendía si quería significar que el libro era de mucho valor o insinuarle que no había inconveniente en que se lo quedara.

Le estreché la mano cordialmente.

—Puede usted quedárselo sin escrúpulo, pues nuestro viejo amigo Mendel se gozaría de ver que al menos uno entre los millares que le han de agradecer un libro guarda todavía su recuerdo.

Y salí. Me sentía avergonzado ante aquella buena vieja que, en forma tan sencilla y a la vez tan humana, era fiel al desaparecido. Ella, la iletrada, había conservado un libro para acordarse mejor de él, mientras que yo había pasado años sin recordar a Buchmendel; yo, que debiera saber que si se producen libros es precisamente para comunicamos con los humanos más allá de nuestra vida y desquitamos así de la inexorable contrapartida de toda existencia: la inestabilidad y el olvido.



LA INSTITUTRIZ

LAS dos niñas han quedado solas en su cuarto. Todo está en la oscuridad, y únicamente de las camas irradia un leve resplandor blanco. Ambas respiran tranquilas, como dormidas.

—¡Tú! —salta una voz. Es la de doce años, que de un modo tenue, casi miedoso, pregunta en la oscuridad.

—¿Qué hay? —responde desde la otra cama la hermana, que tiene un año más.

—¿Aún estás despierta? Muy bien. Quisiera… quisiera contarte algo…

La otra no contesta, pero se rebulle en la cama. Se ha incorporado y, en la expectación, fija sus ojos, que se ven brillar, hacia aquel sitio.

—¿Sabes…? Quería decirte… Pero, dime tú antes: ¿no has notado algo estos últimos días en nuestra señorita?

La otra hace una pausa reflexiva.

—Sí, desde luego, pero no sabría decir lo que es. No tiene el rigor de antes. Me he pasado dos días sin hacer los «deberes» y no me ha dicho nada. Y luego, está así… no sé cómo. Yo creo que ya no se ocupa de nosotras; se sienta a un lado y no juega con nosotras como antes.

—Yo pienso que está muy triste y no quiere que se vea. Tampoco toca el piano.

Otra pausa.

—Ibas a contar algo —requiere la mayor.

—Sí, pero tú no lo digas a nadie, a nadie, ¿entiendes?, ni a mamá ni a tu amiga.

—No, no —se impacienta—. ¡Di lo que es!

—Pues… ahora, cuando nos acostábamos, se me ha ocurrido que no había dado las buenas noches a la señorita. Ya me había quitado los zapatos, pero he subido a su cuarto sin hacer ruido, ¿sabes?, para sorprenderla. Abro la puerta con mucho cuidado; primero he creído que no estaba en el cuarto. La lámpara estaba ardiendo. Y a ella no la veía. De pronto, ¡qué susto me he llevado!, oigo a una persona que llora y me doy cuenta de que está echada en la cama con el vestido puesto, escondiendo la cara mi la almohada. Sollozaba de un modo que se me ha puesto carne de gallina. Ni siquiera me ha visto, y he vuelto a cerrar la puerta con mucho tiento. Era tanto lo que temblaba, que me he quedado un rato parada. Y todavía, detrás de la puerta, he oído aquel sollozo, y he bajado corriendo.

Callan las dos.

Y luego vuelve la voz tenue:

—¡Pobre señorita! —La palabra vibra en el cuarto como una música errante, y otra vez el silencio.

—Quisiera saber por qué lloraba —empieza la menor—. No ha reñido con nadie estos últimos días; mamá la ha dejado por fin en paz con sus eternas quisicosas, y nosotras, estoy segura, no la hemos molestado en nada. ¿Por qué lloraría?

—Yo me lo figuro —dice la mayor.

—¿Por qué, dímelo, por qué?

La hermana titubea. Y dice al fin:

—Creo que está enamorada.

—¿Enamorada? —La menor se sobresalta—. ¿Enamorada de quién?

—¿No has notado algo?

—¡No será de Otto!

—¿No? ¿Ni él de ella? ¿Por qué, entonces, en tres años que ha vivido y estudiado en casa, no nos acompañaba, y ahora, de un par de meses acá, nos acompaña todos los días? ¿Estuvo obsequioso contigo o conmigo antes de que llegara la señorita? Ahora todo el día nos rodea. Siempre da la casualidad de que nos topamos con él en el *Volksgarten*, en el parqué o en el Prater, donde sea que la señorita esté con nosotras. ¿No te ha chocado nunca?

La pequeña balbucea, intimidada:

—Sí…, naturalmente, lo he notado. Pero creía que era…

Se le corta la voz. No dice nada más.

—También lo creía yo al principio; somos tan bobas las niñas… Pero ya me he dado cuenta de que nos toma como pretexto.

Ahora callan las dos. Parece terminado el diálogo.

Ambas reflexionan, o tal vez sueñan ya. Pero la menor insiste, muy desolada, desde la oscuridad:

—No puedo comprender por qué llora. Él la quiere. Yo siempre he creído que ha de ser muy hermoso estar *enamorado*.

—No sé —dice la mayor, distraída—. También yo creo que ha de ser muy hermoso.

Una vez más, con la voz plañidera, tenue como un hálito, sale de los labios, ya balbucientes de sueño:

—¡Pobre señorita!

Y luego se hace el silencio en el cuarto.

* * *

A la mañana siguiente no vuelven a hablar del caso; así y todo, la una barrunta en la otra unos pensamientos que dan vueltas a lo mismo. Andan cerca, se evitan, pero sus miradas se encuentran instintivamente cuando escudriñan el Semblante de la institutriz. En la mesa se fijan en Otto, el primo que vive en la casa hace años, como si fuera un extraño; no hablan con él, pero bajo los párpados caídos guiñan continuamente para observar si se comunica con su señorita. Hay intranquilidad en las dos. Hoy no se entregan a los juegos, aunque, en medio de su nerviosismo, con la idea fija del secreto, pasan el tiempo en cosas inútiles e indiferentes. Por ja noche, la una se limita a preguntar fríamente a la otra, como si no le importara mucho:

—¿Has notado algo?

—No —dice la hermana, volviéndole la espalda.

Ambas tienen un cierto temor de comunicarse.

Y este mudo observar y rodear de las dos niñas, desazonadas ante la proximidad de un secreto candente, persiste.

Al fin, pocos días después, en la mesa, una de ellas observa que la institutriz hace una señal casi imperceptible con la mirada a Otto, y cómo él cabecea, asintiendo. La niña palpita de interés. Toca ligeramente la mano de la hermana mayor por debajo de la mesa, y al volver la cabeza ve que ella le corresponde con los ojos chispeantes. Comprende en el acto y se pone inquieta. Apenas levantadas de la mesa, la institutriz dice a las niñas:

—Id a vuestra habitación y distraeos un rato. Tengo jaqueca y me conviene un descanso de media hora.

Las niñas bajan los ojos. Disimuladamente se tocan para llamarse mutuamente la atención. Y, una vez fuera la institutriz, la pequeña se dirige precipitadamente a la otra:

—Verás como ahora Otto irá a su cuarto.

—Claro, por eso nos manda allí.

—¡Hemos de escuchar en la puerta!

—Pero ¿y si viene alguien…?

—¿Quién va a venir?

—Mamá.

La pequeña se estremece:

—Ah, entonces…

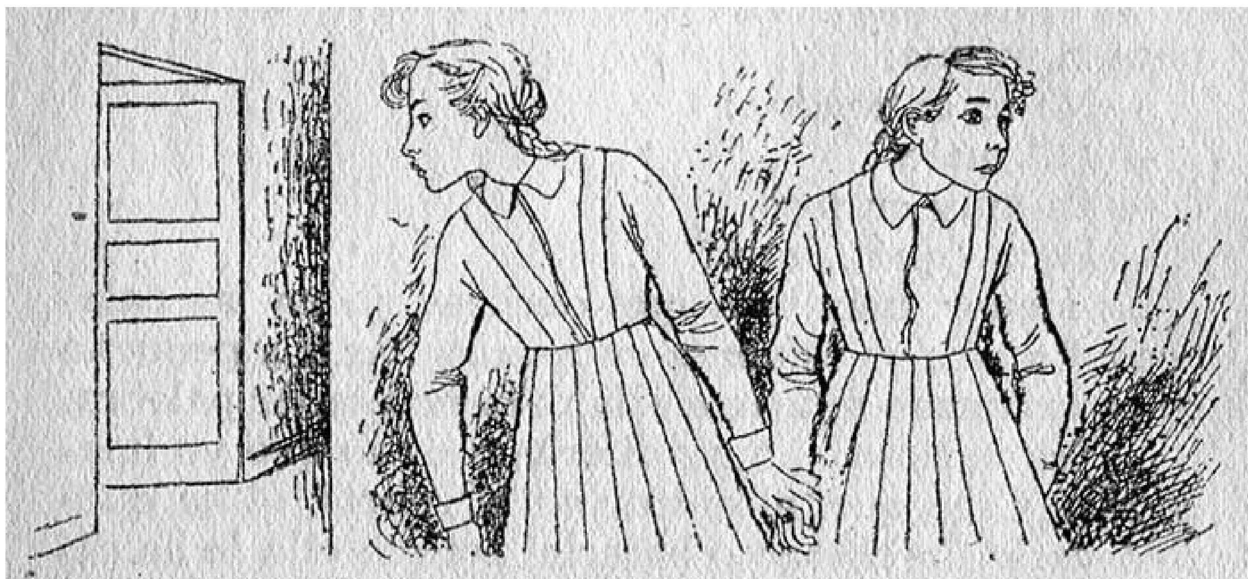
—¿Sabes? Yo escucho en la puerta y tú estás en el pasillo y me haces seña si alguien se acerca. Así estamos seguras.

La menor pone la cara malhumorada.

—Pero ¿me lo contarás luego?

—¡Todo!

—¿Todo… todo?



— Sí, palabra. Y tú toses si oyes que se acerca alguien.

Esperan en el pasillo, temblando, excitadas. Furiosamente late la sangre en sus venas. ¿Qué sucederá? Están las dos muy juntas.

Unos pasos… Se separan en la oscuridad. Lo que pensaban: es Otto. La puerta se abre y se cierra detrás de él. La mayor corre como una flecha y se pone pegada a la puerta para escuchar, conteniendo la respiración. En los ojos de la pequeña se trasluce el anhelo. La curiosidad la abrasa, la saca del sitio prefijado. Se escurre hacia su hermana, pero ésta la rechaza con enojo. Entonces espera, en el recodo del pasillo dos, tres minutos, que le parecen una eternidad. Experimenta una inquietud febril y, como si anduviera sobre brasas, va de un lado a otro, tan excitada que, a poco más, lloraría de cólera al pensar que su hermana oye algo y ella no. Arriba, en la tercera habitación, se cierra una puerta. Tose. Ambas se precipitan a su cuarto y allí están un rato sin aliento, con el corazón latiéndoles reciamente.

Y la pequeña insta a la mayor:

—Ea…, cuéntame.

La mayor pone cara reflexiva. Y al fin dice, como para sí misma:

—No lo entiendo…

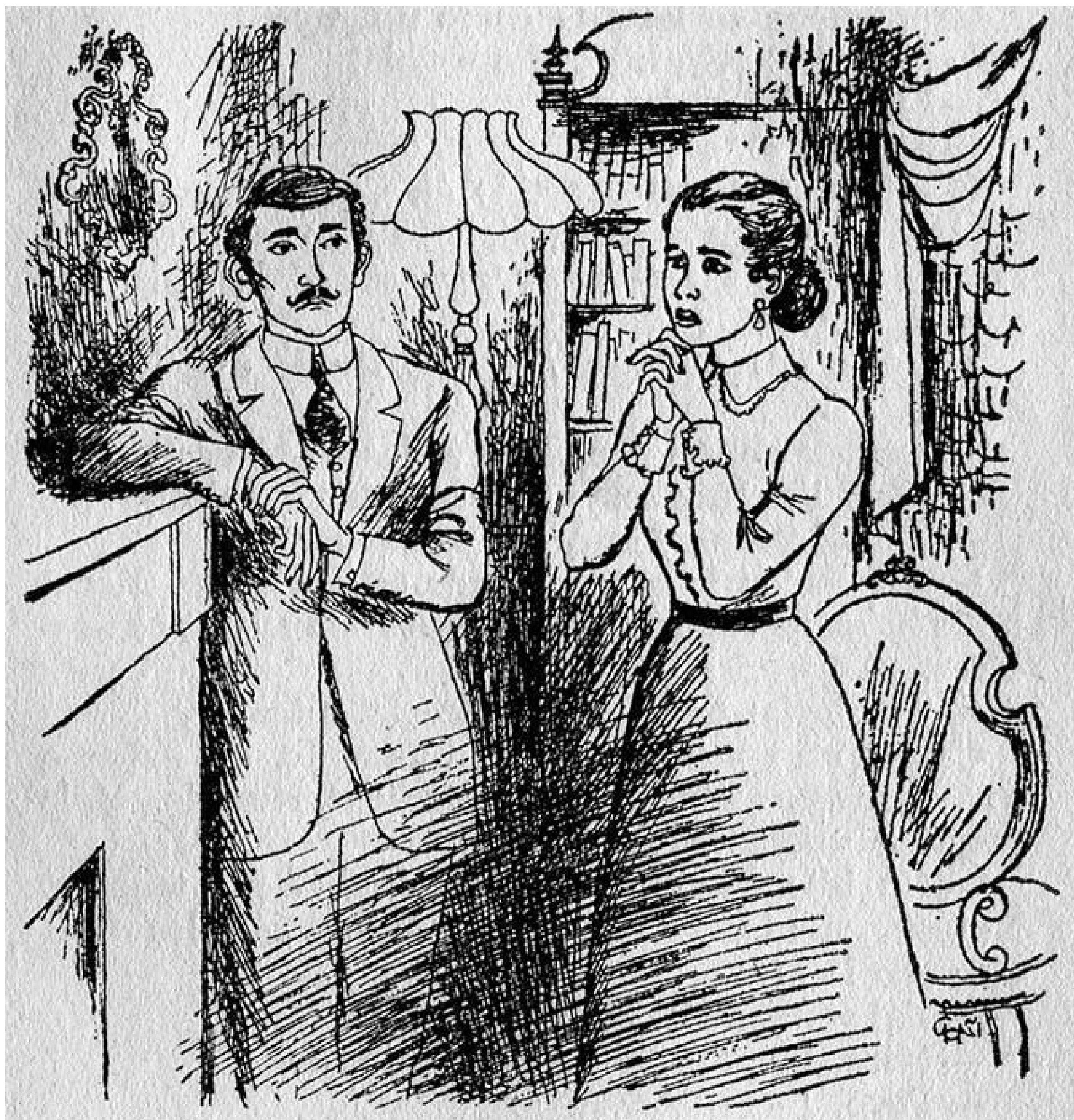
—¿El qué?

—Es muy curioso.

—Pero ¿qué… qué?

La menor, más bien que decirlas, jadea las palabras. La otra se esfuerza en recapacitar. La pequeña se ha arrimado mucho a ella para no perder palabra.

—Era curioso…, muy diferente de lo que yo imaginaba. Creo que, al entrar en el cuarto, él ha querido darle un abrazo o besarla, porque ella le ha dicho: «Quita, tengo que hablar seriamente contigo». Como ver, no he visto nada: la llave estaba por dentro; pero oír, sí, muy bien. «¿Qué sucede?», ha dicho Otto, pero de un modo como yo no le había oído nunca. Tú sabes que suele hablar resuelto, en voz alta; pues lo ha dicho tan cortado que en seguida le he conocido el temor. Y también ella debe de haber visto que mentía, porque no ha respondido más que esto: «Ya lo sabes». «No, no sé nada». «Entonces —ha dicho ella, triste, muy triste—, ¿por qué te apartas de mí? No me has dicho una palabra en ocho días, huyes de mí, ya no vas con las niñas, no te acercas al parque. ¡De la noche a la mañana, ningún caso haces de mí! Bien sabes tú por qué te dejas». Él callaba; luego ha dicho: «Se acerca el examen; he de trabajar mucho y no me queda tiempo para nada». Entonces ella rompe a llorar, y luego le ha dicho entre lágrimas, pero con cariño y bondad: «Otto, ¿por qué mientes? Di la verdad, qué no merezco ser tratada así. No exijo nada, pero es preciso que hablemos los dos. Tú ya sabes lo que debo decirte, lo veo en tus ojos». «Dime, ¿qué?», ha tartamudeado él con voz débil, muy débil. Y entonces ella…



De pronto la niña empieza a temblar y la excitación le impide decir nada. La pequeña se arrima a ella:

—¿Qué…? Luego ¿qué?

—Ha dicho: «¡Tengo un hijo de ti!»

La pequeña se levanta como un rayo.

—¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Imposible!

—Ella lo ha dicho.

—No has oído bien.

—¡Sí, sí! Y lo ha repetido él. Como ahora tú, se levantó y exclamó: «¡Un hijo!» Ella se calló un buen rato, y luego dijo: «¿Qué haremos?» Y después…

—Y después, ¿qué?

—Después tú has tosido y he tenido que irme a escape.

La menor tiene los ojos clavados en el vacío.

—¡Un hijo! ¡Imposible! ¿Dónde tendrá el hijo?

—No sé. Eso es lo que no entiendo.

—Tal vez en la casa… donde estaba antes. Mamá no le habrá permitido traerlo, naturalmente, por nosotras. ¡Así está ella de triste!

—¡Tontería! Otto no la conocía entonces.

Callan otra vez, perplejas, buscando, sin saber a qué atenerse, con el pensamiento torturado. Y la pequeña vuelve al caso:

—Un hijo; ¡es imposible! ¿Cómo puede tenerlo? No está casada, y los niños los tienen sólo los casados; eso lo sé.

—Tal vez estaba casada.

—Mira, no seas tonta. Con Otto, no.

—Pero ¿entonces…?

Se miran perplejas.

—¡Pobre señorita! —dice una de ellas, compungida.

Y la frase vuelve y vuelve, mezclada con un suspiro de compasión. Y con ella se enciende la llama de la curiosidad.

—¿Será un niño o una niña?

—¡Quién sabe!

—¿Qué te parece… si yo se lo preguntara… con mucho, mucho cuidado?

—¡Estás loca!

—¿Por qué…? Es muy buena con nosotras.

—¡Qué ocurrencia! A nosotras no se nos dicen esas cosas. Nos lo callan todo. Cuando nosotras entramos, siempre interrumpen la conversación y se ponen a hablar de tonterías con las dos, como si fuéramos pequeñas, y yo tengo ya trece años. ¿Para qué ibas a preguntarle, si a nosotras sólo nos cuentan mentiras?

—¡Me gustaría tanto saberlo!



—¿Y crees que a mí no?

—¿Sabes…? Lo que menos entiendo es que Otto no se hubiera enterado antes. Cuando se tiene un hijo se sabe, como sabemos que tenemos padres.

—Es que ha fingido, el bribón. Finge siempre.

—Pero en cosas así, no. Solamente… solamente cuando nos quiere dar la tostada a nosotras.

En esto entra la señorita. Han callado instantáneamente y, al parecer, están ocupadas en sus «deberes». Pero miran de soslayo. Los ojos de la institutriz parecen enrojecidos y tiene la voz un poco más profunda y vibrante que de costumbre. Las niñas están muy quietas y levantan de pronto la mirada hada ella con tímido respeto: «Tiene un hijo», piensan, y vuelven a pensar: «De ahí su tristeza». Y, poco a poco, ellas mismas se ponen tristes.

* * *

Al día siguiente, durante la comida, les espera una noticia. Otto se va. Ha explicado a su tío como la proximidad de los exámenes le exigía un trabajo intenso, para lo cual no tenía allí la tranquilidad indispensable. Durante un mes o dos, hasta después de los exámenes, alquilaría un cuarto.

Al oír esto, las dos niñas se ponen muy nerviosas. Sospechan que tiene relación con el diálogo del día antes, y con su aguzado instinto adivinan la cobardía y la huida. Cuando Otto va a decirles adiós se conducen bruscamente, le vuelven la espalda. Miran con disimulo el encuentro de Otto

y la institutriz. Él anhela besarla en la cara, pero ella, serena, le tiende la mano sin decir palabra.

Ha habido una mudanza, en aquellos dos días, en las niñas. Han abandonado los juegos, no ríen; sus ojos han perdido el brillo animoso y despreocupado. Un desasosiego, una incertidumbre, se han despertado en ellas, y una tremenda desconfianza en los que las rodean. Ya no creen lo que se les dice: recelan la mentira y la segunda intención en cada frase. Todo el día están mirando, escudriñando; acechan cada gesto y cazan cada sobresalto, cada acento de la voz. Vagan detrás de todo como una sombra, escuchan en las puertas para atrapar algo; las domina un apasionado afán de sacudirse la negra red de misterios que las oprime, o de ver, al menos, a través de sus mallas algo del mundo verídico. La credulidad infantil —esa ceguera serena y despreocupada— las ha abandonado. Presintiendo en la atmósfera bochornosa de los acontecimientos una nueva descarga, temen que les pueda pasar por alto. Desde que han visto rondar la mentira se han endurecido y vuelto recelosas, y aun astutas y embusteras. Ante sus padres, descienden al nivel de una niñez ahora ya afectada, y por detrás se desahogan en una desaforada movilidad. Todo su ser se descompone en nerviosa inquietud; sus ojos, que antes mantenían despreocupadamente el brillo superficial, ahora echan llamas y son más profundos. Su continuo inquirir y acechar es ahora tan desesperado que, por reacción, el mutuo cariño se ha acrecentado y, a momentos, se abrazan impetuosamente por mi sentimiento de su propia ignorancia, cediendo sólo a la necesidad de ternura que inunda su alma. Y, otras veces, rompen a llorar. Sin motivo aparente, su vida se ha convertido en crisis. Hay una pena, entre las muchas a que se ha abierto su sentido, que supera a todas. Quietamente, sin palabras, se han impuesto el deber de procurar mucha felicidad a la señorita, que está tan triste. Hacen los «deberes» con la mayor aplicación y pulcritud, se ayudan entrambas, no alborotan, no se quejan, se adelantan a sus deseos. Pero la señorita no lo advierte, y esto les da pena. Ha cambiado mucho la señorita. A veces, cuando una de ellas le dirige la palabra, se sobresalta como si la sacaran de un ensueño. Su mirada parece que vuelve de muy lejos, y le cuesta situarse. Otras veces se pasa las horas sentada en su sitio, mirando al vacío, como si durmiera con los ojos abiertos. Las niñas andan de puntillas para no

estorbarla, y, sorda y misteriosamente, la adivinan pensando en su hijo, que está lejos, quién sabe dónde. Cada vez más, de las profundidades de la conciencia de mujer que ha despertado en ellas, crece su afecto por la señorita, que tan tierna se ha vuelto, cuyo andar resuelto y arrogante es ahora más cauto, y los movimientos, más precavidos. Ellas adivinan en todo esto un gran fondo de tristeza. Verdad es que no la han visto llorar, pero a menudo tiene los ojos enrojecidos. Ven que la señorita quiere esconderles su aflicción y se desesperan por no poderla aliviar.

Una vez que se puso de cara a una ventana y se acercó el pañuelo a los ojos, la pequeña cobró ánimos y, cogiéndole suavemente la mano, le dijo:

— Señorita, está usted muy triste de un tiempo acá. ¿Verdad que no tenemos la culpa nosotras?

La señorita la miró conmovida y le acarició la blanda mata de pelo:

— No, hijita, no. Vosotras, de ningún modo.

Y la besó con ternura en la frente.

* * *

Escudriñando, observando, no perdiendo ocasión de atender a todo lo que cae bajo sus ojos durante aquellos días, una de las dos, al entrar de pronto en el cuarto, ha cazado unas palabras: una sola frase, pues los padres han interrumpido inmediatamente el diálogo. Pero ahora una sola palabra enciende en ellas mil presunciones. «A mí también me ha chocado lo mismo —decía la madre—. Luego la llamaré a cuentas». De momento, la niña lo refiere a si misma y corre angustiada a aconsejarse de su hermana, a pedir su apoyo. Pero al mediodía notan que sus padres escrutan el semblante soñador y ausente de la señorita y luego se miran entre sí.

Al levantarse de la mesa, la madre dice en tono indiferente a la institutriz:

—Vaya luego a mi cuarto, ¿quiere usted? He de hablarle.

La señorita inclina un poco la cabeza. Las dos niñas están temblorosas, adivinando que va a pasar algo.

Así que la señorita entra en la habitación de la madre, se precipitan a la puerta. Este pegar el oído a las puertas, atisbar desde un rincón; este continuo acechar, es ahora para ellas lo más natural. Ya no ven en ello lo feo ni lo

atrevido, pues su único pensamiento es apoderarse de todos los secretos bajo los cuales se había pretendido que vivieran en la ceguedad.

Escuchan, pero sólo les llega como un silbar de palabras en voz discreta. Sus cuerpos tiemblan nerviosamente; temen no enterarse. Ahora se oye una voz más alta. Es la de su madre. Enojada y pendenciera en el tono:

— ¿Ha creído usted que toda la gente está ciega, que una cosa así no se nota? Ya supongo cómo habrá cumplido usted su obligación, con esas ideas y esa moral. ¡Y a una persona así confiaba yo la educación de mis bijas, de mis propias hijas, que usted ha desatendido Dios sabe por qué caminos…!



La señorita parece replicar algo, aunque demasiado bajo para que las niñas lo entiendan.

— ¡Excusas, excusas! Todas las casquivanas tienen preparada su excusa. Se dan al primero que les cuadra, sin más reflexión, y luego Dios dirá. Y personas así se precian de educar, de formar a las niñas. ¡Qué descaro! ¿No pretenderá usted que la tenga más tiempo a mi servicio en ese estado?

Las niñas, oído alerta, sienten un escalofrío. No lo entienden, pero les parece terrible: la voz iracunda de su madre y, por única respuesta, el frío sollozar contenido de la señorita y el llanto en sus ojos.

La madré parece más irritada al verla así.

—Es lo único que sabe usted hacer, llorar ahora. No me conmueve. Con semejantes personas no tengo compasión. Lo que va a ser de usted, poco me

importa. Ya sabrá a quién debe recurrir, yo no se lo pregunto; únicamente sé que una persona que tan bajamente ha abandonado sus deberes no puede estar un día más en mi casa.

Y los sollozos por única contestación, aquellos espontáneos sollozos desesperados, animales, que sacuden como en un delirio el alma de las dos niñas que acechan tras la puerta. No han oído llorar nunca de aquel modo. Y sienten instintivamente que quien así llora ha de tener razón. Esta vez, la madre calla y espera. Y luego añade ásperamente:

—Es cuanto tenía que decirle. Ordene sus cosas hoy mismo y venga usted mañana, a primera hora, por su salario. ¡Adiós!

Las niñas se precipitan para refugiarse en su cuarto. ¿Qué ha ocurrido? Como a la luz de un rayo, han entrevisto la realidad verdadera. Están pálidas, tiemblan. Y por primera vez se entregan a un impulso que se parece a la rebeldía contra sus padres.

—Ha sido una ordinariez por parte de mamá tratarla así —dice la mayor, contrayendo los labios.

La menor tiene miedo de las palabras.

—No sabemos todavía lo que ha hecho —murmura atropelladamente y en tono plañidero.

—Estoy segura que nada malo. La señorita no puede haber hecho nada malo. Mamá no la conoce.

—¡Y cómo lloraba! ¡Me ha dado miedo!

—Sí, ha sido terrible. Pero ¡cómo le gritaba mamá! Una ordinariez, te lo aseguro, una cosa mal hecha.

Da una patada en el suelo. Las lágrimas le empañan los ojos.

Entra la señorita. Su aspecto es de fatiga.

—Niñas, esta tarde tengo que hacer. Os quedáis solas. Puedo confiar en vosotras, ¿verdad? Por la noche nos veremos.

Y sale sin notar la excitación de las niñas.

—¿Has visto qué ojos de haber llorado? No comprendo cómo mamá la ha tratado de ese modo.

—¡Pobre señorita!

Una vez más, aquel tono compasivo con un fondo de lágrimas. Luego entra la madre y les pregunta si quieren salir de paseo en coche con ella. Las

niñas rehúsan. Temen a mamá. Y les choca, además, que no se les diga nada del despido de la señorita. Prefieren estar solas. Como dos golondrinas en jaula estrecha, van de un lado a otro, oprimidas por aquella atmósfera de mentira y de disimulo. Consultan entre ellas si será conveniente que se acerquen a la señorita, le pregunten y hablen claro de todo y de cómo mamá está en un error. Pero temen mortificarla. Y luego les da vergüenza: todo lo que saben lo han escuchado y escudriñado a hurtadillas. Tendrán que fingirse tontas como eran dos, tres semanas atrás. Pasan solas toda la tarde interminable, cavilando y llorando, sin poder apartar de su sentido aquellas voces terribles: la furia maliciosa y despiadada de su madre y el desesperado sollozar de la señorita.

Ésta hace una entrada fugaz en su cuarto para darles las buenas noches. Al verla salir, tiemblan, deseosas de decirle algo más. Es la misma señorita quien, al llegar a la puerta, como al reclamo de aquel deseo mudo, se vuelve; algo brilla en sus ojos húmedos y velados, y abraza a las dos niñas, que empiezan a sollozar; las besa una vez más y sale precipitadamente.

Las niñas se quedan llorando. Comprenden que ha sido la despedida.

—No la veremos más —llora una.

—Verás como mañana, al volver nosotras de la escuela, ya no estará aquí.

—Tal vez podremos hacerle una visita más adelante. Estoy segura de que nos enseñará el niño.

—Sí, ¡es tan buena!

—¡Pobre señorita!

Otro suspiro que lamenta su propia suerte:

—¿Cómo lo pasaremos ahora sin ella?

—Yo no soportaría otra señorita.

—Tampoco yo.

—Buena con nosotras como ella, ninguna. Y además…

No se atreve a decirlo. Un instintivo sentimiento de la maternidad hace que la veneren desde que saben que tiene un hijo. Ambas piensan en lo mismo, no ya por curiosidad infantil, sino hondamente impresionadas y rebosantes de compasión.

—Tú —dice una—. ¡Oye!

—¿Qué?

—Me gustaría, ¿sabes?, complacer una vez más a la señorita antes de que se vaya. Para que sepa que la queremos bien y no somos como mamá. ¿Quieres?

—¡Y me lo preguntas!

—Me he acordado de que le gustaban mucho las rosas blancas, y he pensado que mañana tempranito, antes de ir a la escuela, podríamos comprar unas pocas y luego se las dejamos en su cuarto.

—Pero ¿cuándo?

—Al mediodía.

—Seguramente ya no estará aquí. Mejor será que yo me llegue a comprarlas muy de mañana, sin que nadie lo vea. Y se las llevamos al cuarto.

—Sí, madrugaremos.

Toman sus alcancías, sacan todo el dinero. Ahora son más felices sabiendo que todavía pueden dar a la señorita una prueba de que la quieren calladamente con toda el alma.

* * *

Se levantan temprano. Al llamar a la puerta de la señorita con las bellas rosas abultadas en la mano, que tiembla un poco, no les responde nadie. Suponen que la señorita está dormida y entran silenciosamente en el cuarto. Pero no hay nadie, y en la cama no hay señales de que haya dormido. Todo está revuelto, y sobre el tapete oscuro de la mesa se destacan en blanco dos cartas.

Las dos niñas se asustan. ¿Qué ha sucedido?

—Voy a decírselo a mamá —discurre la mayor.

Y diligente, con el ceño sombrío, sin pizca de miedo se cuadra ante su madre y pregunta:

—¿Dónde está nuestra señorita?

—En su cuarto debe de estar —dice la madre, muy sorprendida.

—Su cuarto está vacío, y la cama, sin deshacer. Debió de irse ayer noche. ¿Por qué no nos han dicho nada?

La madre no se fija en el tono irritado y provocativo. Ha empalidecido y entra donde está el padre, que desaparece, diligente, en el cuarto de la señorita.

Pasa un rato. La niña observa a su madre, que parece muy excitada y no se atreve a sostener la mirada firme, llena de enojo, de la hija.

Vuelve el padre, sin color en la cara, llevando una carta. Entra en el cuarto y habla bajo con la esposa. Las niñas esperan afuera y de pronto ya no se atreven a escuchar como solían. Temen la cólera del padre, cuyo semblante les parece desconocido.

Su madre, al salir del cuarto, tiene los ojos de haber llorado, y sus miradas no encuentran reposo. Las niñas, como envueltas en su miedo, se acercan a ella para interrogarla. Pero la madre habla con dureza:

—Id a la escuela, que es tarde.

Han de obedecer.

Como en sueños, sentadas al lado de las demás durante las cuatro, las cinco horas, no oyen ninguna palabra. Al regresar a casa andan muy aprisa.

Allí todo está igual, a no ser que parece ocupar a todos un pensamiento terrible. No habla nadie, pero todos, hasta los criados, ¡miran de un modo tan particular…! La madre sale al encuentro de las niñas, como si se preparara a decirles algo. Empieza:

—Niñas, vuestra señorita no volverá más; está…

No se atreve a terminar la frase. Tan chispeantes y amenazadoras, tan peligrosas son las miradas de las dos niñas fijas en las de su madre, que ella no se atreve a mentir. Les vuelve la espalda y se refugia en su cuarto.

Por la tarde comparece Otto. Le han llamado porque una de las cariases para él. También está pálido, turbado. No le habla nadie. Le evitan. Al ver a las dos niñas acurrucadas en un rincón, va a acariciarlas.

—¡No me toques! —dice una, estremeciéndose de asco.

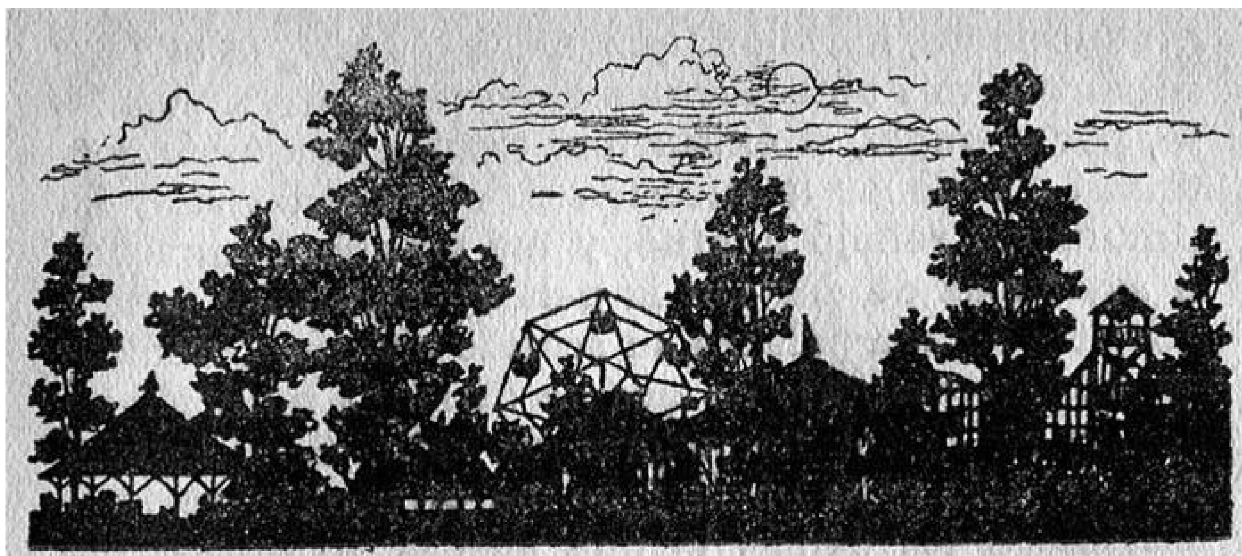
Y la otra escupe a sus pies. Todavía divaga un rato, turbado, y luego desaparece.

Nadie habla con las niñas. Ni ellas mismas se comunican, Pálidas, turbadas, sin sosiego, como los animales en la jaula, van de un lado a otro del cuarto, topándose a cada paso; se miran a los ojos, llorosos, y nada se dicen. Lo saben todo. Saben que han sido engañadas, que todos los hombres pueden ser malos, ruines. Ya no aman a sus padres, no tienen fe en ellos. Saben que no deben tener confianza en nadie y que desde ahora la carga inmensa de la vida pesará sobre sus débiles hombros. Desde el borde de la infancia serena

han caído en un abismo. No pueden abarcar la cosa terrible que ha sucedido a su alrededor, pero su pensamiento se nutre de ello hasta ahogarse. Arden sus mejillas y lucen sus ojos, nubosos y excitados. Como sintiendo el frío de su soledad, divagan ahora por la casa, y nadie, ni sus mismos padres, se atreve a dirigirles la palabra; tan hostilmente miran a todos. Su vagar continuo refleja la excitación de sus ánimos. Y sin que hablen existe entre ellas una siniestra comunidad de afectos. El silencio, el impenetrable silencio sin una pregunta siquiera, la angustia cerrada y maliciosa sin un grito ni una lágrima, las hace hostiles a los demás; no se les acerca nadie: el acceso a sus almas está interrumpido tal vez por años. Todos los familiares se dan cuenta de que son enemigos, y de los que nunca pueden perdonar. Porque desde ayer han traspasado la infancia.

Han envejecido muchos años en una sola tarde. Y sólo después, en la oscuridad de su cuarto, vuelve a retoñar en ellas el miedo infantil, miedo de la soledad, de las figuras de los muertos, y también un miedo de cosas indeterminadas. Con la excitación del día han olvidado calentar su cuarto. Tiritando, se acurrucan las dos en una misma cama, se enlazan fuertemente con los endebles brazos infantiles, apretados uno contra otro los cuerpos aún no formados, como buscando un refugio al miedo. Por fin, la pequeña rompe a llorar y la mayor la acompaña con desbordados sollozos. Lloran abrazadas, bañándose los rostros en las cálidas lágrimas, lentas al principio y luego cayendo en hilo continuo, comunicándose, pecho contra pecho, la sacudida que acompaña al sollozo. Son una sola angustia las dos, un solo cuerpo que llora en la oscuridad. Ya no lloran por la señorita, ni por los padres, que consideran perdidos; el horror que las sacude se extiende a todo: a lo que sucederá en este mundo desconocido que hoy han visto por primera vez, asombradas. Es un miedo ante la vida que emprenden, que se levanta enigmática y amenazadora como una selva sombría que les es preciso atravesar. Su embrollada sensación de miedo se hace cada vez más crepuscular, casi un sueño, y son cada vez más débiles sus sollozos. Se confunde la respiración de las dos, ahora apaciguada, como se confundían antes sus lágrimas. Y duermen por fin.





NOCHE FANTÁSTICA

LAS Memorias que van a continuación se encontraron, bajo envoltura lacrada, en la mesa escritorio del barón Federico Miguel de R., algún tiempo después de (siendo teniente coronel austríaco de la reserva) caer en la batalla de Rawaruska, al frente de un regimiento de dragones, en el otoño de 1914. Como la familia, después de leer el título y dar una ojeada al manuscrito, no supo ver en él más que un trabajo literario, sometió a mi criterio el manuscrito y su posible publicación. Yo no creo que estas hojas sean fantasía, antes bien el relato de unos hechos vividos por el que murió. Suprimido el nombre, doy su confesión sin modificar ni añadir nada: «Esta mañana se me ha ocurrido de pronto la conveniencia de escribir para mi solo lo que viví en aquella noche fantástica, con el solo fin de abarcar todo lo sucedido puesto en orden lógico. Ya no me abandona el anhelo inexplicable de ver figurada en palabras aquella aventura, lo particular de los incidentes. No poseo el llamado talento artístico, ni práctica ninguna en asuntos literarios, y quitadas unas producciones, más bien tomadas a chanza, en el Theresianum, mis antecedentes de escritor son nulos. Ni sé, por ejemplo, si existe una técnica asequible destinada a ordenar la sucesión de cosas externas y su simultáneo reflejo interno, y me pregunto asimismo si soy capaz de dar con la palabra para cada cosa e infundir a cada palabra su sentido preciso,

obteniendo así ese equilibrio de que he tenido la intuición en la lectura de los narradores de raza. Pero escribo para mí solo estas líneas y no me propongo hacer inteligible a los demás lo que apenas yo mismo me explico; mi único propósito es ver si por fin me quito de encima el asunto que me ocupa de continuo, que fermenta angustiosamente en mi interior, y consigo fijarlo, verlo ante mí y abarcarlo en todos sus aspectos.

»Nada he confiado del suceso a ningún amigo, por el mismo temor de no poderles hacer comprensible lo que constituye su esencia, y, además, por una cierta vergüenza de que asunto tan casual llegara a causarme una conmoción y un trastorno tales. Porque el acontecimiento en si es poca cosa. Pero al escribir estas dos últimas palabras empiezo a darme cuenta de lo difícil que es para el lego ponderar el valor de cada una al usarla y él riesgo de ambigüedad, de torcida interpretación, que entraña el más sencillo vocablo. Cuando califico de “poca cosa” el suceso que viví, lo hago, naturalmente, en un sentido relativo, para oponerlo a esos grandiosos acontecimientos dramáticos de los cuales depende la suerte de los pueblos y de los destinos humanos, y también refiriéndome al tiempo, ya que todo el suceso se desarrolló en el espacio de pocas horas. Lo cual no quita para que, pequeño, insignificante en un sentido general, este acontecimiento fuera para mí tan significativo que aun hoy, cuatro meses después de la noche fantástica, me siento poseído de él y me es preciso concentrar todas las fuerzas espirituales para contenerlo en mi corazón. Cada día, cada hora, revuelvo sus incidentes, y se ha convertido, podría decir, en el eje de mi existencia toda; mis actos y palabras reciben de él su determinación, mis pensamientos sólo se ocupan en reproducírmelo y afirmarme en su posesión. Y ahora mismo se me ocurre algo de que no tenía conciencia diez minutos antes, al coger la pluma, y es que si ahora escribo este acontecimiento lo hago únicamente para tenerlo fijo ante mí, para volver a gozar de él y abarcarlo en espíritu. Lo que he dicho antes de que escribía el asunto para liquidarlo de una vez es falso, insincero; al contrario: quiero tener más a lo vivo lo que viví demasiado aprisa, ponerlo ante mí con el calor y el aliento vitales para poder poseerlo a todas horas. ¡Ah, no temo olvidar, ni por un segundo, aquella tarde bochornosa, aquella noche fantástica, ni necesito señal o piedra miliaria para recorrer de nuevo, paso a paso, la ruta de aquellas horas! Como un sonámbulo, día y noche me

sitúo en su esfera y veo cada detalle con la minuciosidad que sólo logra el corazón, no la endeble memoria. Dibujaría en este papel los contornos de cada hoja del verde paisaje primaveral; en medio del otoño como estamos, percibo el aura cargada del polvillo oloroso de los castaños en flor. Si describo, pues, una vez más aquellas horas no es por el temor de perderlas, sino más bien por la alegría de volver a encontrarlas. Con esfuerzo ordenador presento ahora los cuadros de aquella noche en su debida sucesión, pues cada vez que pienso en sus particularidades surge un éxtasis de mi sensibilidad, me domina una especie de embriaguez y tengo que detener las imágenes de la memoria para que no se atropellen en un torbellino abigarrado. Vuelvo a vivir con apasionado ardor lo que viví aquel día, aquel 8 de junio de 1913, en que tomé un coche de punto a primeras horas de la tarde.

»Me doy cuenta otra vez de que he de detenerme para no recaer en ambigüedad y que puedan darse interpretaciones diversas a una determinada palabra. Ahora que voy a coordinar los hechos veo lo difícil que es encerrar en una forma la vida que fluye. Acabo de escribir “yo” al decir que tomé un coche de punto por la tarde del día 8 de junio de 1913. Y la palabra en si endetta una imprecisión, ya que aquel “yo” de entonces, del 8 de jimio, no es el mismo de hoy, aunque sólo han transcurrido cuatro meses y tiene la misma habitación de aquel “yo” y escribe con su pluma y con su propia mano. Estoy ahora desprendido del hombre de entonces, precisamente a causa de aquel suceso; le veo desde fuera con toda frialdad y desapego, y le describiría como a un compañero, un camarada, un amigo de quien conozco muchas cosas, y esenciales, pero que ya no soy yo mismo. Podría hablar de él, censurarle o juzgarle, pero sin tener la sensación de que un día me perteneció.

»El ser que yo era entonces, bien poco se distinguía, exterior o interiormente, de la mayoría de los de su clase, que nosotros los vieneses apellidamos sin orgullo con el consabido vocablo: buena sociedad. Entraba en los treinta y seis años, mis padres habían muerto siendo yo muy joven, dejándome, antes de la mayor edad, una herencia suficiente para desechar en lo sucesivo cualquier idea de lucro o de carrera. Así me quitaron involuntariamente de delante lo que entonces tanto me preocupaba. Precisamente mis estudios universitarios habían terminado y me encontraba ante la elección de destino (que, dadas las circunstancias de familia y mis

cómodas inclinaciones, hubiera caldo, probablemente, del lado de servicio del Estado), cuando se me vino encima aquella herencia, asegurándome, como a único heredero, una existencia sin fatigas, capaz de satisfacer los más exigentes deseos de comodidad y de lujo.

»No me había dominado nunca la ambición; decidí esperar un par de años y ver entonces la esfera de actividad que más me atraía. Pero no pasé de esta actitud expectativa, y, poco exigente, me contenté con lo que, en una esfera restringida, me brindaba la muelle y voluptuosa ciudad de Viena, que como ninguna otra invita al paseo, a la ociosa contemplación y a la elegancia convertida en arte y finalidad, y ella me hizo olvidar por completo cualquier anhelo de determinada ocupación. Tenía lo que puede apetecer un joven elegante, noble, rico, de buena presencia y todavía no ambicioso. Tenía ocasiones de diversión en el juego, la caza, el placer tonificante de viajes y excursiones periódicos, y pronto empecé a elaborar, cada vez con más conciencia y arte, aquella existencia contemplativa. Coleccionaba vidrios raros, menos por verdadera pasión que por el placer de especializarme y adquirir conocimiento en una ocupación sin gran esfuerzo; adorné mi casa con unas mesas de particular corte barroco italiano, y con paisajes al estilo del Canaletto, la busca de los cuales, en las tiendas de los prenderos o en las subastas, constituía una diversión parecida a la caza, y exenta de sus peligros; tenía inclinaciones, tenía buen gusto, raras veces me pasaba por alto un concierto o la visita oportuna al taller de nuestros pintores. No me faltaba tampoco el éxito entre las damas, y con el mismo secreto impulso del coleccionista que suele denotar vaciedad de espíritu, invertí muchas horas preciosas y memorables y fui elevándome gradualmente, en la materia del placer, al verdadero conocimiento. En resumen: había vivido mucho, llenaba mi jornada agradablemente, y esto me fingía una existencia opulenta. Empecé a encariñarme cada vez más con esa atmósfera tibia y condescendiente, con aquella mi juventud a la vez animada y sin conmociones, y acabé sin tener casi más deseos, ya que las cosas pequeñas se convertían en goces dentro de la calma de mis días. Una corbata bien escogida llegaba casi a hacerme feliz; un buen libro, una excursión en auto o una hora en compañía de una mujer me colmaban de dicha. En este mi modo de vivir complacíame mucho que mi conducta —como un traje de corte inglés perfecto— no chocara lo más

mínimo a la sociedad. Creo que me veían como una figura simpática, me agasajaban, y la mayoría de mis conocidos me tenían por un hombre feliz.

»Yo no sabría decir si aquel hombre de entonces, que me afano en representarme, se sentía a sí mismo feliz. Ahora que, a causa de aquel acontecimiento, exijo sensaciones más completas y llenas de sentido, las valoraciones del pasado se me antojan casi absurdas. Me atrevo a decir, no obstante, que en aquel tiempo no me sentía desdichado, ya que mis deseos no quedaban casi nunca insatisfechos ni mis peticiones a la vida sin respuesta. Fue precisamente esa costumbre de ver colmado por él destino todo lo que le exigía, y de no pedirle nada más desde un cierto momento, lo que fomentó en mí, día tras día, una cierta carencia de tensión, una disminución de vitalidad en la vida misma. Lo que entonces se movía en mí con cierto anhelo, más que deseos, era el deseo de desear, la nostalgia de un apetito más vigoroso, más impulsivo y codicioso de vivir más, y quizá también de padecer. Había descartado de mi existencia, con una táctica demasiado racional, todos los obstáculos, y en esta carencia de obstáculos se entorpeció mi energía vital. Observé que mi apetencia era cada vez más débil, que mi sentimiento sufría una especie de petrificación, que me aquejaba —tal vez sea la mejor expresión— una impotencia anímica, una ineptitud para tomar posesión de la vida con verdadero entusiasmo. Al principio conocí este defecto por pequeños síntomas. Me chocó al comprobar que se repetían mis ausencias en ciertos acontecimientos sensacionales, ya fuera el teatro o bien en los salones; que compraba libros y los dejaba semanas enteras sobre mi escritorio, sin cortarlos siquiera; que proseguía en mis antiguas aficiones sólo maquinalmente, comprando vidrios y otras antigüedades sin apetencia para ordenarlos ni experimentar la natural alegría del que adquiere una pieza rara después de perseguirla mucho tiempo.

»Una circunstancia que puedo precisar muy bien vino a darme la medida de esta disminución de la fuerza expansiva de mi ánimo. Me había quedado en Viena durante el verano, llevado por la misma indolencia que no se sentía atraída por nada nuevo, cuando recibí la carta de una mujer, fechada en un balneario. Hacía tres años que nos había unido una íntima relación, y creí amarla de veras. Su carta llenaba catorce carillas escritas nerviosamente, diciéndome que durante aquellas semanas había conocido allí un hombre que

significaba mucho para ella, que ya lo era todo para su vida y que se casaría en otoño, de modo que nuestra relación no podía continuar. Pensaba sin remordimiento, con gozo, en el tiempo que había vivido junto a mí, y en su próxima unión la acompañaría mi pensamiento como lo más querido de su vida anterior, y esperaba que le perdonaría una resolución tan rápida. Después de esta noticia, la carta se desbordaba en agitadas súplicas verdaderamente impresionantes: que no me encolerizase, que no sufriera con exceso por aquella renuncia inesperada, que no intentara ninguna violencia para impedirla ni cometiera ninguna locura contra mí mismo. Corría la pluma por aquellas líneas cada vez más acalorada: que yo encontraría consuelo en otra mejor que ella, y que escribiera inmediatamente, pues la atemorizaba imaginar qué efecto haría en mí la noticia. Y como posdata, con lápiz y escrito de prisa: “No hagas ninguna insensatez, compréndeme, perdóname”. Leí la carta, sorprendido al principio de la noticia, y luego, a medida que iba recorriendo hasta el fin, sorprendido de nuevo; pero con una mezcla de vergüenza que fue haciéndose más consciente y llegó, en rápido progreso, a llenarme de espanto. Porque ninguno de los sentimientos misteriosos, y tan naturales por otra parte, que mi amada daba por descontados se había movido dentro de mí en lo más leve. No había sentido pena ninguna al leer la carta, ni me había encolerizado, y menos todavía había pensado ni un instante usar de violencia contra ella ni contra mí mismo. Una frialdad del sentimiento demasiado singular para no asustarme de mí mismo. Se apartaba de mí una mujer que me había acompañado unos años de vida, cuyo cálido cuerpo estuvo pegado elásticamente al mío, cuyo aliento se había confundido con el mío durante largas noches, y nada se conmovía en mí, ni se rebelaba, ni pugnaba por recobrarla; ninguna de las emociones que por el sano instinto de aquella mujer daba por descontadas en un hombre de carne y hueso hallaba eco en mí. Entonces tuve el pleno convencimiento de los progresos que en mí había hecho la insensibilidad. Iba por la vida como sobre el agua que corre, sin estabilidad, sin echar raíces, y veía muy bien que mi frialdad era la de la muerte, no ya el aliento de la corrupción, sino la misma rigidez irremediable, la insensibilidad terriblemente helada, el minuto que precede a la verdadera muerte corporal visible.

»Desde aquel episodio empecé a observarme atentamente, a perseguir aquel curioso endurecimiento de la sensibilidad, como un enfermo a su enfermedad. Cuando poco después murió uno de mis amigos, siguiendo detrás del féretro escudriñaba si se movería en mi interior algo de condolencia, el sentimiento de haber perdido para siempre a aquel hombre que tuve tan cerca de mí desde los días de la infancia. Pero no había emoción. Yo era como el objeto de cristal que refleja las cosas en su interior sin que nunca estén realmente dentro de él, y por mucho que me esforzase en esta ocasión y en otras parecidas para experimentar algo, y hasta estimulara mi sensibilidad con motivos de la razón, mi torpeza interior no respondía. Los hombres dejaban mi amistad, las mujeres iban y venían y yo no experimentaba más que la vaga sensación de quien está en un interior y ve la lluvia en los cristales; había entre yo y lo inmediato una pared de cristal que mi fuerza de Voluntad era insuficiente para romper.

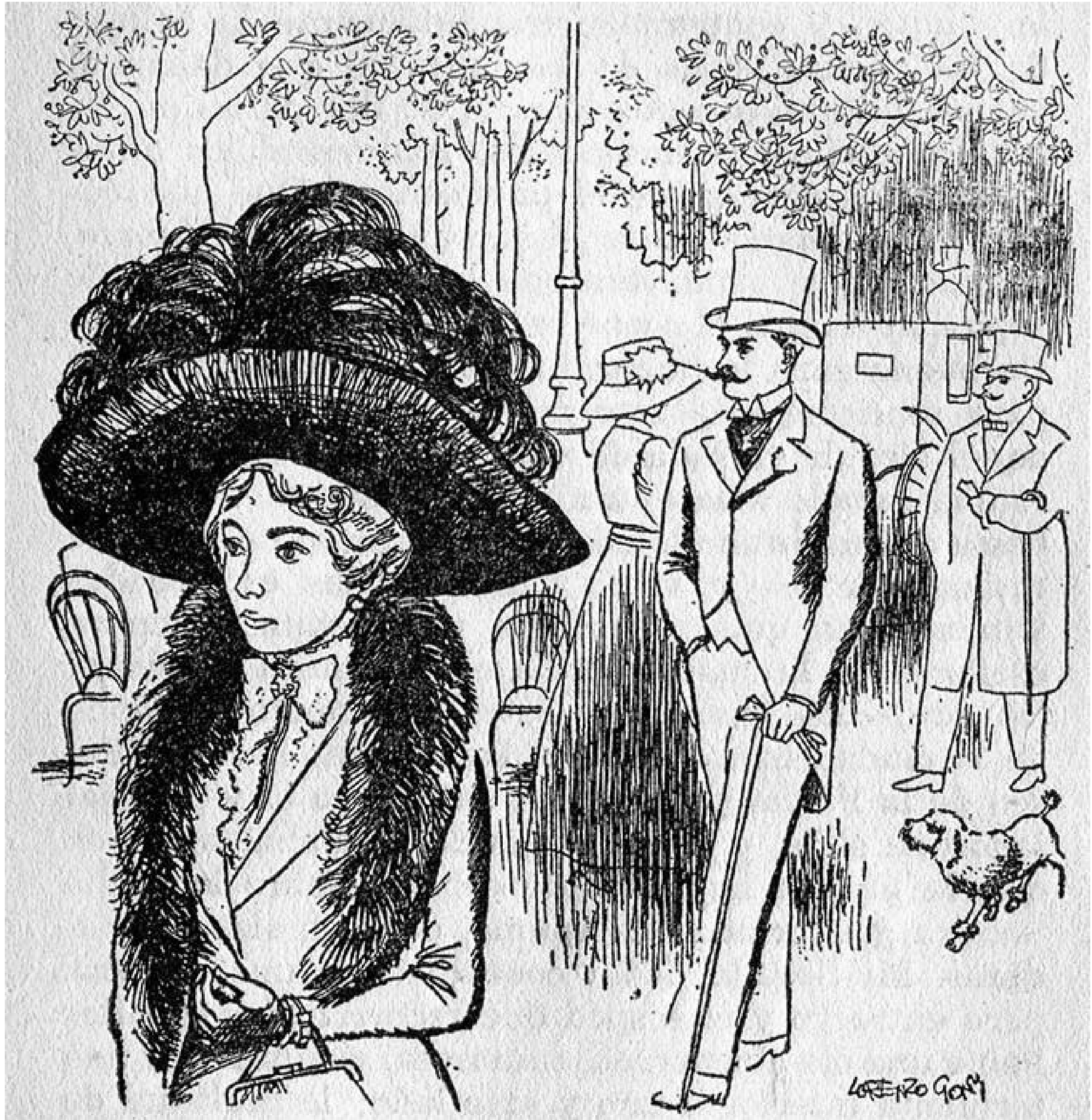
»Con todo y darme cuenta de mi caso, no experimentaba una inquietud real, pues ya dije que recibía con indiferencia aun lo que se refería a mí mismo. No tenía la suficiente sensibilidad. Pero me bastaba que esta incapacidad anímica reflejase ligeramente al exterior, comparable a la impotencia física de un hombre, que sólo se manifiesta en el instante íntimo, y por eso fingía a menudo en sociedad un apasionamiento en la admiración y daba muestras de estar sinceramente impresionado, con lo cual ocultaba el desapego, la indiferencia de muerte que sabía en mí Superficialmente, mi vida era la de siempre, cómoda, a mi capricho, sin cambio en su trayectoria; deslizábanse sin violencia las semanas, los meses, y llegaban a formar años poco a poco. Una mañana vi un mechón gris sobre mi sien, al espejo, y me di cuenta de que la juventud se disponía a pasar a otro mundo. De todos modos, lo que algunos llaman juventud hacía tiempo que había prescrito para mí. La despedida no me dolió mucho, porque tampoco amaba lo bastante mi propia juventud. Mi pobre sensibilidad no se preocupaba ni de mí mismo.

»Bajo esta íntima inconmovilidad, mis días iban siendo cada vez más monótonos, a pesar de la diversidad de ocupaciones y acontecimientos; alineábanse sin distinción uno detrás de otro, crecían y se marchitaban como las hojas de un árbol. Y, como de ordinario, sin particularidad alguna, sin íntimo presagio, empezó también aquel día señalado que tengo empeño en

describirme a mí mismo. Aquel 8 de junio de 1913 me había levantado más tarde, poseído del inconsciente eco del domingo, una sensación que se remontaba a la infancia, a los años de colegio. Después de tomar el baño, leer los diarios y hojear algunos libros, atraído por el magnífico día de verano que invadía familiarmente mi habitación, salí como de costumbre y di una vuelta por el Paseo de las Murallas, entre saludos de conocidos y gente amiga, conversando de paso con alguno; y luego comí en casa de unos amigos. Para la tarde había evitado cualquier cita, pues los domingos, especialmente, me gustaba tener un par de horas para mí solo, que empleaba a merced de mi capricho, de mi comodidad o de cualquier decisión espontánea. Cuando, al salir de casa de mis amigos, atravesaba la Ringstrasse me sentí gratamente impresionado por la belleza de la ciudad bajo el sol, satisfecho de las galas que le prestaba la entrada del verano. La gente parecía feliz y como enamorada de la atmósfera dominical de la calle, rica en matices, y yo, entre otros detalles que me solicitaban, me deleitaba principalmente en la anchura de las copas de los árboles, levantándose sobre el asfalto con su color verde reciente. Casi todos los días pasaba por allí, pero el sitio se me aparecía de pronto prodigioso, con su gentío dominguero, y me infundía un anhelo de ver alamedas y praderas, luz, color. Con cierta curiosidad me acordé del Prater, ahora, cuando la primavera acaba y empieza el verano, con sus árboles macizos como gigantescos lacayos verdes a ambos lados del paseo central, inmóviles, sosteniendo sus flores blancas al paso de los coches que circulaban llenos de gente ataviada y elegante. Acostumbrado a ceder al más fugaz de mis deseos, hice seña al primer coche de alquiler que me salió al paso, y, respondiendo a la pregunta del cochero, le indiqué el Prater.

»—¿A las carreras, señor barón, verdad? —respondió con atenta naturalidad.

»Caí en que era tarde de carreras, de las de más tono, anticipación del Derby, en la cual se daba cita toda la alta sociedad vienesa. «¡Cosa rara! —pensé, subiendo al coche—. Un par de años atrás, ¿habría concebido que se me hubiera olvidado, ni tan sólo pasado por alto, un acontecimiento así? Y como a quien le duele una herida al hacer un movimiento, sentí en este olvido toda la rigidez de la indiferencia en que había caído.



»Cuando llegamos, el paseo central estaba casi desierto; las carreras debían de haber empezado hacía rato, pues no se veía la tradicional pompa de la hilera de coches; sólo un par de simones, hostigados para ganar tiempo, hacían sonar las herraduras baldías. Volvióse el cochero en el pescante para preguntarme si ponía los caballos a un trote más ligero; le respondí que los dejara tranquilos, porque a mí no me importaba llegar antes. No me importaba porque bastantes carreras llevaba vistas, y conocía su público, y mejor se avenía a mi indolencia abandonarme a la blanda oscilación del

coche mientras se deslizaba el aire azul, como el mar en torno de un buque, y contemplar tranquilamente la belleza de las anchas copas de los castaños que daban al viento tibio unos copos blancos de flor para que jugara con ellos; levantándolos, removiéndolos antes de dejarlos caer sobre el pavimento. ¿Qué más cómodo que dejarse mecer, dejarse llevar sin esfuerzo, imaginando la primavera con los ojos cerrados? Me supo mal cuando el coche se detuvo en la Freudenau. De buena gana le hubiera mandado dar vuelta atrás para sentirme más rato mecido en la blandura de aquel aire de entrada de verano. Era tarde; el coche estaba parado a la entrada del hipódromo. Llegaba hasta allí un bramido confuso. Era como un mar que resonaba ronco y vacío detrás de las escalonadas tribunas, sin que yo pudiera ver la muchedumbre oscilante de la cual procedía el murmullo henchido; sin propósito, pensé en Ostende, cuando viniendo de la ciudad baja trepamos las callejas hada el Paseo de la Playa, y ya nos da en la cara el viento salado que silba, y oímos un sordo retumbar antes de que la mirada haya podido echarse sobre la ancha llanura gris orlada de espuma, con sus olas atronadoras. Mi llegada debía coincidir con una carrera, pero entre yo y el césped que recorrían los caballos había una ola abigarrada, rumorosa, sacudida por una tormenta interior a uno y otro lado: la multitud de espectadores y jugadores. No podía ver el recorrido, pero por el reflejo de la excitación ascendente conocía cada fase deportiva. Debían de haber partido los jinetes hada rato, el ovillo debía de haberse deshecho y dos de los concursantes se disputaban muy de cerca quién llegaría primero, pues los que vivían los misteriosos incidentes de la carrera que yo no podía ver se desbordaban en gritos y excitadas aclamaciones. Adiviné, por la dirección de sus perfiles, la vuelta de jinetes y caballos, llegados al alargado óvalo del césped. Cada vez más unánime, más concentrada la atención, el caos humano se dirigía como un solo cuello en tensión hacia un punto invisible para mí, y de aquel cuello tendido salía, triturada en mil acentos, una sola explosión que aumentaba su alarido cada vez más. Y esa explosión subía y se hinchaba y ya llenaba todo el espacio hasta el azul indiferente del cielo. Me fijé en un par de fisonomías: desencajadas como por una crispación interior, fijos y brillantes los ojos, contraídos los labios, el mentón avanzado codiciosamente, hinchadas las aletas de la nariz como el belfo de un caballo. Ajeno a todo, me resultaba divertida y repelente a la vez la visión de aquellos

borrachos sin dominio de sí mismos. Cerca de mí, subido a una silla, un hombre vestido con elegancia, y de buena presencia a pesar de todo, poseído ahora de un diablo invisible, azotaba el vado con su bastón, como fustigando algo para que corriera, y todo su cuerpo —inefablemente ridículo a los ojos de un espectador— hacia un movimiento de equitación con verdadera furia. Como sobre estribos, movía incesantemente los tacones arriba y abajo contra la silla, la mano derecha agitaba el bastón a manera de fusta en el vacío y con la izquierda crispada estrujaba un papel. Otros papeles blancos como aquél, más numerosos a cada momento, se agitaban en tomo como borbotones de espuma sobre la marea gris que se hinchaba rumorosa. Debían de llegar a la curva algunos caballos, a muy poca distancia entre sí, porque el tumulto de voces se concentraba en dos, tres, cuatro nombres, que los grupos aislados iban voceando repetidamente como divisa de combate, siendo tales gritos el desahogo de su locura de poseídos.

»Yo permanecía en medio de aquel frenesí, impasible como una roca en un mar agitado, y puedo precisar mis impresiones. Ante todo observaba el ridículo de todas aquellas actitudes caricaturescas y experimentaba un desprecio irónico por lo plebeyo del arrebato, pero también algo más que me costaba confesar: una cierta envidia de aquella excitación, del ardor pasional, de la vida, en fin, que vibraba en aquel fanatismo. “¿Qué acontecimiento sería preciso —pensaba— para alterarme de ese modo, para que mi cuerpo ardiera en semejante fiebre y la voz rompiera en mi boca por encima de mi voluntad?” No podía imaginar una cantidad cuya posesión llegara a inflamarme de tal modo, ninguna mujer capaz de fascinarme hasta tal extremo; ¡nada existía tan poderoso que pudiera sacarme de la inercia de mi sensibilidad y atizar en mí semejante fuego! Al disparo súbito de una pistola, un minuto antes del pasmo, no latiría mi corazón con la furia del de aquellos mil, diez mil hombres, por un triste puñado de dinero. Pero un caballo debía de estar muy cerca de la meta, porque un nombre determinado retumbaba ahora en un solo grito de millares de voces, cada vez más agudo, como la vibración de una cuerda muy tendida. Empezó la música, y de pronto la multitud se desparramó. Una ronda había terminado, estaba decidida una suerte, y la tensión se resolvía en un afán de circular, con movimientos al principio algo flojos. La masa, que era un momento antes un hato ardiente de

pasión, se disgregaba en un sinfín de individuos que corrían, reían, hablaban, y los rostros apacibles asomaban tras la máscara báquica de la excitación; del caos del juego que durante unos minutos había fundido miles de seres en un solo racimo incandescente volvían a formarse capas aparte, grupos que se asociaban y se dispersaban de nuevo. Veía a los conocidos que me saludaban, y a los desconocidos cruzando las miradas con fría corrección. Las mujeres, con sus nuevos trajes de temporada, se examinaban mutuamente; echaban los hombres miradas codiciosas, y la curiosidad mundana, ocupación propia de indiferentes, empezaba a desplegarse. Buscábanse, y se contaban, y se controlaban únicamente a base de la presencia y la elegancia. Toda aquella gente, sustraída a la embriaguez, no sabía si era aquel intermedio de paseo o propiamente el fuego lo que allí la reunía.

»Yo, en medio del concurso, saludaba, correspondía y respiraba complacido lo que era, al fin y al cabo, la atmósfera de mi existencia, el aroma de elegancia que aquel calidoscópico ir y venir agitaba; y, con mayor placer todavía, la brisa que, bajando de las laderas verdes del Prater, del bosque qué el verano empezaba a calentar, ondeaba a ratos entre el concurso, retozando con la blanca muselina de los trajes femeninos. Algunos conocidos hicieron ademán de venir a hablarme; Diana, la hermosa actriz, inclinó la cabeza con expresión invitadora desde su palco; pero a nadie me acerqué. Aquella tarde no me apetecía hablar con ninguna de esas personas mundanas, y me fastidiaba el verme a mí mismo en ellos como en un espejo; sólo me interesaba el espectáculo, la excitación de los sentidos que ejercía aquella hora ascendente. Porque la excitación de los otros es, precisamente, el espectáculo más grato a la indiferencia. Pasaron un par de mujeres bonitas a mi lado, y osado, pero sin ninguna codicia interior, fijé las miradas en sus pechos, que temblaban a cada paso bajo la gasa sutil, y sonreí para mí mismo de su confusión, entre angustiosa y halagada, al sentirse tan sensualmente tasadas y descaradamente despojadas. En realidad, ninguna de las dos me atraía, pero me causaba satisfacción que ellas creyeran lo contrario; me gozaba en jugar con el pensamiento, con sus pensamientos; en verlas físicamente agitadas, con un palpitar magnético en las pupilas; porque, como todo hombre frío en su intimidad, mi goce erótico más característico consistía en provocar el ardor y la desazón en los demás, en vez de enardecerme yo

mismo. Ese poco de rescoldo que la presencia de una mujer aviva en la sensualidad era lo único que apetecía, no un verdadero ardor. Incitación, no excitación. Con este ánimo paseaba entonces, acogiendo miradas, devolviéndolas ligeramente como elásticas pelotas, gozando sin empeño, rozando a las mujeres sin emocionarme, sin exigir más que la tibia voluptuosidad del juego.

»Pero aun de esto me hastié pronto. Pasaban y volvían a pasar las mismas personas, conocía de memoria sus fisonomías, sus gestos. Vi cerca un asiento: me acomodé. Iniciábase en los grupos que me rodeaban un nuevo movimiento, un torbellino; se agitaban, se topaban, intranquilos: era evidente que iba a empezar otra carrera. ¿Qué me importaba a mí? Estaba cómodamente sentado, como hundido bajo los rizos del humo blanco del cigarrillo, que se elevaba, cada vez más claro, hacia el cielo, hasta disiparse como una nubecilla en el azul primaveral En este punto se inició el suceso que todavía hoy imprime un rumbo a mi vida. Puedo fijar con exactitud el instante porque, casualmente, acababa de consultar mi reloj: eran las tres y tres minutos de aquella tarde del 8 de junio de 1913. Con el cigarrillo entre los dedos estaba absorto en la contemplación ridícula e infantil de las cifras, cuando a mi espalda oí a una mujer que reía con la franqueza aguda y excitada que me gusta en las mujeres, esa risa que salta cálida y alborotada del matorral de la sensualidad. No pude resistirme a echar la cabeza un poco atrás para ver a la mujer cuya explícita sensualidad sacudía tan sin cuidado mi ensueño, tal una piedra blanca fulgurante contra un pantano oscuro; pero me vencí. Me detuvo una complacencia singular en el juego del espíritu, en la pequeña especulación psicológica, como en mí es frecuente. Me propuse de pronto no mirar a la que reía; dejaría que mi fantasía se la representara, forjándome una cara, unos labios, una garganta, el pecho; poniendo alrededor de aquella risa una figura entera, viva, con aliento.

»Seguramente estaba en pie detrás de mí. De la risa había pasado a la conversación. Escuché atento. Tenía un ligero acento húngaro, hablaba con soltura y matiz, dilatando las vocales como si cantara. Me divertía inventar una figura para aquella palabra y dar a la fantasía la mayor realidad posible. La veía con el pelo oscuro, así como los ojos; ancho y sensual el arco de la boca, con los dientes blancos y fuertes; la nariz delgada, pero con las aletas

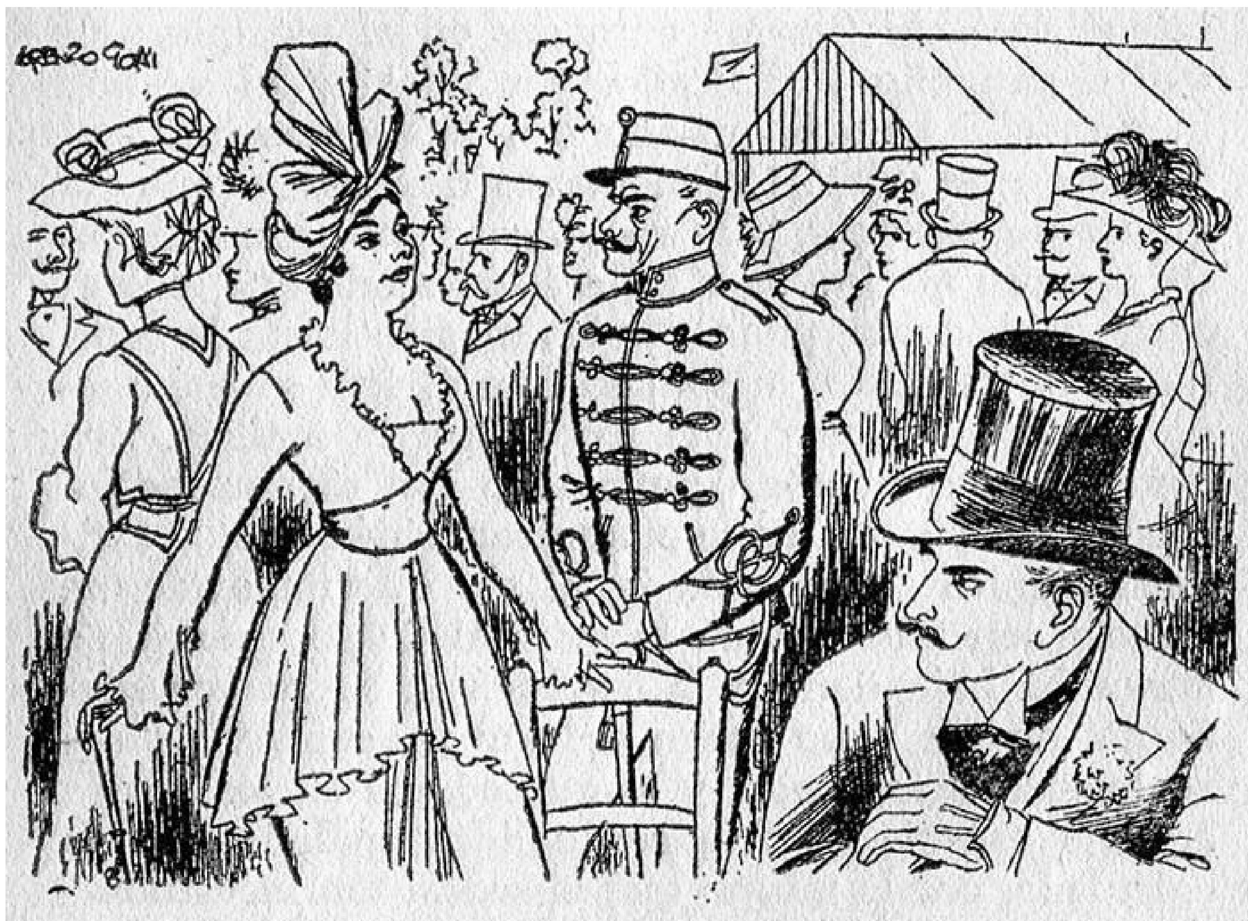
abultadas y palpitantes. Situaba en su mejilla izquierda un limar gracioso y veía en su mano un látigo de equitación con el cual se golpeaba ligeramente el muslo mientras reía. No cesaba de hablar, y cada una de sus palabras añadía algo a la figura que yo había improvisado: los senos pequeños y ceñidos, el vestido de un verde oscuro con un broche de brillantes puesto un poco torcido, un sombrero claro con el toque blanco de una garza real… La figura se precisaba cada vez más y, como en una placa sensible, retenía en mi pupila a la mujer desconocida que estaba de pie, no vista, detrás de mí. Me resistía a volver la cabeza, para apurar mejor el juego de la fantasía; algún hilo de voluptuosidad se enredaba con mi temerario ensueño, y cerré los ojos, seguro de que, al abrirlos y volver la cabeza, la imagen exterior coincidiría exactamente con la interior.

»En aquel momento, ella dio un paso adelante. Abrí los ojos instintivamente y me disgustó ver que todo había sido en vano, puesto que la realidad se oponía malignamente a la creación de mi fantasía. Nada de vestido verde; era blanco. Nada de enjutez; era más bien metida en carnes y tenía anchas caderas. El limar que yo imaginara no ponía su toque de gracia en la mejilla llena; los cabellos, lejos de ser oscuros, brillaban con un rubio rojizo bajo el sombrero en forma de casco. No coincidía en ninguna de las facciones que yo le había prestado. Pero era una mujer hermosa, provocativamente hermosa, por más que yo, herido en mi necia vanidad psicológica, me resistiera a rendirme a su hermosura. Levanté los ojos hacia ella casi hostilmente. En medio de mi resistencia tuve que reconocer la fuerte atracción sexual que ejercía con su robusta y a la vez delicada plenitud. Volvió a reír francamente, descubriendo sus dientes blancos y fuertes, y tuve que reconocer que la cálida risa sensual estaba en armonía perfecta con la plenitud del cuerpo, tan poderoso y atractivo era todo en ella: el seno abultado, la barbilla que se adelantaba al reír, la mirada expresiva, la nariz palpitante, la mano que apoyaba la sombrilla en el suelo con firmeza. Realizábase en ella el elemento femenino, la fuerza de origen, la atracción consciente, la voluptuosidad hecha carne. Un elegante oficial, un poco envejecido, estaba en pie a su lado y hablaba con ella empeñadamente. Ella le escuchaba, sonreía, reía, replicaba, pero todo superficialmente, pues, al mismo tiempo, sus ojos divagaban y vibraban las aletas de su nariz, como si

se comunicara con todos y estuviera en todas partes. Ella absorbía la atención, las sonrisas, las miradas de los que pasaban, de todos los hombres que había a su alrededor. Su mirada vagaba sin interrupción, ya recorriendo las tribunas, ya gozándose en devolver el saludo a los conocidos, mirando a derecha e izquierda, sin que dejara de atender al militar con su sonrisa superficial. Sólo en mí, a quien el cuerpo de su acompañante impedía ver, no había puesto la mirada. Esto me incomodó. Me levanté. No me hizo caso. Me acerqué más. Levantaba entonces los ojos hacia las tribunas. Dirigíme a ella resuelto, dediqué un leve saludo a su acompañante, y le ofrecí mi Silla. Me miró algo perpleja, una sonrisa iluminó sus ojos y se movieran sus labios en una expresión de halago. Pero me dio las gracias lacónicamente y tomó la silla, aunque no se sentó. No hizo más que apoyar blandamente el brazo carnoso, desnudo hasta el codo, en el respaldo, y la ligera inclinación del cuerpo fue pretexto para mejor lucir sus formas.

»Hacía rato que había olvidado el disgusto de mi psicología fracasada; no pensaba más que en el discreteo con ella. Retrocedí hasta la parte baja de las tribunas, desde donde podía fijarme en ella con más libertad y sin ser chocante; me apoyé en mi bastón y requerí sus miradas. Lo notó, volvióse un poco hacia mi sitio de observación, pero de modo que pareciera casual, y, sin evitar la mirada, me correspondió oportunamente, pero sin empeño. Sus ojos circulaban incesantemente, lo rozaban todo, en nada permanecían. ¿Era a mí solo a quien dedicaba una negra sonrisa de luz, o la otorgaba a todos? No era fácil averiguarlo, y aquella misma incertidumbre me irritaba. En las pausas, cuando su mirada irradiaba sobre mí el resplandor, parecía llena de promesas; pero con la misma pupila de acero bruñido acogía cualquier otra mirada, sólo por el placer de la coquetería, sin descuidar por esto ni un segundo, aparentemente interesada, la conversación de su acompañante. Había una cierta audacia deslumbradora en este dar y recibir, virtuosismo de la coquetería o desbordamiento de la sensualidad. Sin proponérmelo, había yo adelantado un paso: su fría audacia se me contagiaba. Ya no la miré a los ojos, sino de arriba abajo, como experto, arrebatándole los vestidos, desnudándola. Recogió la mirada sin parecer ofendida, sonrió con los ángulos de la boca a la charla del oficial, y me di cuenta de que aquella sabia sonrisa daba fin a mis intenciones. Al fijarme entonces en el pie que asomaba,

pequeño y delicado, por debajo del vestido blanco, ella bajó la mirada con indolencia hasta el borde de su falda. Un momento después levantó el pie, como por azar, y lo apoyó sobre el primer listón del asiento que yo le ofreciera, de modo que, por el corte de la falda, pude ver las medias hasta la rodilla, y, entre tanto, la sonrisa que dirigía al acompañante pareció pasar a la ironía o a la malicia. Era evidente que jugaba conmigo no con menor indiferencia que yo, y tuve que admirar, odiándola, la refinada técnica de su audacia, al ver que mientras me ofrecía con falso olvido lo sensual de su cuerpo, se arrimaba halagüeña a la confidencia de su acompañante, en un vano juego de dar y aceptar. Estaba realmente exasperado, y es que odiaba en los demás aquella especie de fría sensualidad maliciosamente calculada, por lo mismo que la sentía tan incestuosamente hermanada con mi propia insensibilidad calculadora. No dejaba de estar excitado, no tanto por codicia como por odio. Me eché a fondo con audacia y la rapté brutalmente con las miradas: “Te quiero, hermoso animal”, le decía mi actitud, y debieron moverse involuntariamente mis labios, pues sonrió, desdeñosa, apartando de mí la mirada, y se cubrió el pie con el borde de la falda. Pero un momento después la negra pupila centelleaba una vez más de un lado a otro. Claramente se veía que su frialdad no tenía que envidiar a la mía y que ambos jugábamos estoicamente con el calor ajeno, que, a su vez, no era sino un remedo de calor, mas, así y todo, agradable al sentido, alegre pasatiempo para un día de indolencia.



»De pronto se apagó la vitalidad de su rostro; el brillo de sus ojos cedió, un pliegue de disgusto selló la boca que sonreía. Seguí la trayectoria de su mirada: un señor bajito y obeso, con el traje lleno de marcadas bolsas, se dirigía hacia ella, húmeda de agitación la frente, que se secaba con el pañuelo. El sombrero, calado hacia delante con las prisas, dejaba ver la calva —se me ocurrió que al quitarse el sombrero se descubrirían en ella gruesas gotas de sudor, y el hombre se me hizo repulsivo—. Llevaba en la mano ensortijada un hato de billetes de apuesta, y, jadeante de excitación, sin acordarse de que existiera su mujer, hablaba animadamente en húngaro con el oficial. Reconocí en seguida al fanático del deporte hípico, tal vez negociante de caballos acomodado, para el cual sólo existía la pasión del juego. Sin duda, su mujer le había hecho una advertencia —se la veía incomodada de que estuviera allí, perturbada en su seguridad elemental—. El hombre se colocó bien el sombrero, advertido por ella, al parecer; se echó a reír, y luego dio unos golpecitos en la espalda a su mujer, jovialmente, con bondadosa

ternura. Ella arqueó las cejas, incomodada por la familiaridad del marido ante el oficial, y más tal vez ante mí. El hombre se excusaba, según las trazas, y después de decir unas palabras en húngaro al oficial, a las que éste correspondió con una sonrisa amable, enlazó el brazo, con cariño y sumisión, al de su mujer. Noté que ella se avergonzaba de su familiaridad ante nosotros, y me complacía en su humillación con un sentimiento mezclado de burla y asco. Pero la esposa se había repuesto, y mientras andaba apoyada blandamente en el marido, llegó hasta mí su mirada irónica, como diciendo: "¿Lo ves? Me tiene, y tú no". Furioso y asqueado a la vez, me venían deseos de volver la espalda y dejar aquel sitio, como prueba de que la mujer de un vulgar barrigón no me interesaba lo más mínimo. Pero la atracción era demasiado fuerte. Y me quedé.

»Oyóse la señal estridente de la salida de los caballos, y de pronto fue como si toda aquella multitud locuaz y turbia hubiera recibido una sacudida que, sacándola de su estancamiento, la desparramase en diversos sentidos hasta apiñarla detrás de las barreras. Tuve que emplear una cierta violencia para no ser arrestado, porque me propuse estar en medio del tumulto y cerca de ella; así podía presentarse la ocasión de una ojeada decisiva, un asalto audaz, ignorado aún. Entre la gente apresurada fui, pues, a apostarme en su proximidad. En aquel momento, el marido obeso subía a la tribuna, seguramente para hacerse con un buen sitio, y ambos, empujados por muy distintos motivos, chocamos con tal violencia que su sombrero rodó por el suelo y los billetes describieron un arco y empezaron a volar a ras de tierra como mariposas rojas, azules, amarillas y blancas. Fijó en mí su mirada un momento. Mecánicamente iba a excusarme, pero no sé qué malevolencia me selló los labios y, lejos de hacerlo, me quedé mirándole estoicamente, con semblante ligeramente descarado y ofensivo, desafiándole. Centellearon sus ojos un instante y se puso encarnado de cólera, dispuesto a erguirse; pero mi actitud le acobardó. Con semblante de angustia inolvidable, casi conmovedor, me miró un segundo a los ojos; luego retrocedió, pareció acordarse de los billetes y se agachó para recogerlos, así como el sombrero. Sofocada, con enojo mal disimulado, la esposa, que se había desprendido de su brazo, me miraba echando rayos. Comprendí, con una especie de voluptuosidad, que me hubiera azotado de buena gana. Yo, en pie, glacial, indiferente, no hacía más

que sonreír, sin el menor ademán de ayudar al marido obeso que se arrastraba jadeante a mis pies, detrás de sus billetes. Con el esfuerzo de agacharse se le había ensanchado el cuello de la camisa, como las plumas de una gallina enfurecida; una ancha arruga mantecosa se acentuaba en lo alto del pescuezo congestionado, y resoplaba como un asmático cada vez que se agachaba. Al verle repetidamente en aquellas ansias, me vino una idea indecorosa, ingrata; me lo figuré solo con su mujer, en la intimidad del hogar, y, envalentonado con esta representación, sonreí en la cara de la mujer, que a duras penas podía contener su enojo. De pie, pálida ahora, desazonada, no tenía el dominio de si misma. Por fin había conseguido hacer brotar en ella un afecto de veras: ¡el odio, la cólera! Me gozaba en ver prolongada la escena indefinidamente. Con fría voluptuosidad veía a aquel hombre torturándose para recoger cada amo de sus billetes. No sé qué diablo zumbón subía a mi garganta, que sentía el incesante cosquilleo de la risa, y mi mayor gusto hubiera sido soltar la carcajada o hacer cosquillas con la punta del bastón a la blanda mole de carne que se rebullía en el suelo. No tenía recuerdo de haberme sentido presa de la maldad como entonces, en el triunfo de ver rebajada a aquella mujer que coqueteaba descaradamente. Pero el desventurado había recogido sus billetes; uno solo, azul, había volado un poco más lejos y estaba precisamente junto a mis pies. El hombre se volvió, sin aliento; miró a todos lados y buscó con sus ojos cortos de vista —se le habían escomido los lentes al extremo de la nariz, empapada de sudor—. Mi pícara maldad aprovechó este momento para hacer durar su ridículo ahínco: obedeciendo a un capricho de arrogancia estudiantil, adelanté el pie rápidamente y puse la planta sobre el billete, de modo que ni con la mejor voluntad pudiera hallarlo mientras me diera la gana de hacerle desesperar. ¡Y cómo buscó! ¡Y cómo contaba y volvía a contar los cartoncitos de color, procurando recobrar el aliento! No le cabía duda de que faltaba amo —¡el mío!—, y se disponía a emprender de nuevo su busca entre el tumulto bramador, cuando su mujer (la cual, violentándose, de soslayo evitaba mi mirada provocativa), no pudiendo contener su enojada impaciencia, le llamó de pronto, imperativamente:

»—¡Lajos!

»El hombre obedeció como el caballo que oye la corneta, mas no sin mirar una vez más al suelo —me pareció que el billete oculto me

cosquilleaba la planta del pie, y pude apenas disimular la risa—, y en seguida se fue sumiso a su mujer, que se lo llevó con una cierta prisa ostensible en dirección a la multitud, cada vez más animada.

»Me quedé en mi sitio; no pretendí seguirles, ya que el episodio concluía para mí en aquel punto. La sensación erótica del principio se había resuelto en un sereno bienestar, la excitación se había desprendido de mí, quedando únicamente la sana saciedad de la maldad desahogada, una satisfacción de mí mismo ante el éxito de la burla, que rayaba en orgullo. Delante de mí, el público se apiñaba más todavía; empezaron a hacerse visibles las fluctuaciones de la excitación y a ser más rudos los apretones contra la barrera, en una ola única de tono negro sucio. Pero yo no miraba ya hacia aquel lado; llegaba a aburrirme. Y pensé subir al Krieau o marcharme a casa. Apenas había movido el pie, me di cuenta del billete azul olvidado en el suelo. Lo recogí y estuve un rato jugando con él entre los dedos, no sabiendo qué hacer. Me rozó el pensamiento de restituirlo a Lajos, ocasión que ni pintada para hacerme más conocido de su mujer; pero me di cuenta de que ya no me interesaba, de que el ardor pasajero con que me había rozado la aventura se enfriaba en mi vieja indiferencia. No exigía más de la señora de Lajos que aquel ir y venir de las miradas; ya había experimentado el cosquilleo de los nervios, y ahora me quedaba la indolente curiosidad, la distensión bienhechora.

»El sillón estaba allí, vacío y solo. Me arrellané en él y encendí un pitillo. La pasión volvía a romper cerca de mí; ni oír quise: no me interesaban los gritos insistentes. Miré elevarse el humo pálido y pensé en la Gilfpromenade de Meran, donde hacía un par de meses estuve sentado contemplando la cascada que se pulveriza. Como aquí, un potente zumbar hinchado que no daba calor ni frío, un resonar inaudito en medio de un paisaje azul silencioso. La pasión del juego llegaba al *crescendo*; la espuma de sombrillas, sombreros, clamores, pañuelos, se mecía sobre la rompiente negra de los cuerpos, mezclábanse las voces, y un grito palpitaba —ahora de un tono diferente— en la garganta colosal de la masa. Oí un nombre multiplicado por mil, por diez mil, que era un alarido, éxtasis y desesperación: “*¡Cressy! ¡Cressy! ¡Cressy!*”, cuerda tensa, un grito monótono, como lo es hasta la pasión en la insistencia. Rompió a tocar la banda, la multitud se dispersó.

Subieron las tablas con los números de los vencedores. Miré instintivamente. En primer lugar lucía un siete. Miré mecánicamente el billete azul que tenía olvidado entre los dedos. También el número siete.

»No pude contener la risa. El billete había salido; el buen Lajos había apostado con tino. Resultado de mi malicia, ponía a contribución hasta el dinero del obeso marido: volvió a poseerme aquel humor arrogante, y ya me perecía por saber cuánto le estafaba mi celosa intervención. Me fijé más detalladamente en el cartoncito azul; era de los que valen veinte coronas, y Lajos había apostado a “ganador”. La cantidad que se podía ganar valía la pena. Sin más reflexión, siguiendo el impulso de la curiosidad, me dejé llevar por la multitud impaciente hacia las cajas; me dejé empujar hasta una de ellas, cualquiera, exhibí mi billete, y no pude ver la cara detrás de la ventanilla, pero sí unas manos húmedas y listas que ponían sobre el mármol nueve billetes de veinte coronas.

»En este instante de recibir el dinero, dinero efectivo, unos billetes azules, se me heló la risa en la garganta, me asaltó un sentimiento desagradable. Intuitivamente encogí las manos para no tocar el dinero ajeno. De buena gana hubiera dejado sobre el mármol los billetes de Banco, pero la gente que esperaba detrás de mí, codiciosa de su ganancia, me empujaba y, penosamente impresionado, no me quedó más remedio que cogerlo, por más que las puntas de mis dedos se resistieran al acto. Me quemaban la mano como llamas azules, que instintivamente quería apartar de mí, como si la mano que los cogió no fuera tampoco la mía. Abarqué al instante lo fatal de la situación. Sin yo premeditarlo, la burla se había convertido en algo que desmerecía de una persona decente, de un *gentleman*, y ni para mí mismo me atrevía a calificar el acto con su verdadero nombre. Porque ya no se trataba de un dinero ocultado, sino sacado con astucia, robado.

»El rumor y el gorjeo de las voces de los que se agolpaban y empujaban hacia las cajas me rodeaba, y estaba pasmado, con los billetes en la mano rígida. ¿Qué iba a hacer? Me pareció lo más natural ir al encuentro del que en realidad había ganado el dinero y excusarme y dárselo. Pero esto no convenía, y menos en presencia de aquel oficial. Yo era teniente de la reserva y semejante confesión podía costarme el cargo, porque, aun pasando por lo de haber encontrado el billete, era una acción fea el solo hecho de cobrarlo.

También me incliné a ceder al instinto que movía mis dedos a estrujar los billetes de Banco y tirarlos luego, pero esto, en medio de toda la gente, era sospechoso y expuesto a investigaciones. No me avenía tampoco a llevar encima el dinero para favorecer a otro con él en la primera ocasión. El sentimiento de la pulcritud, que tenía arraigado desde la infancia, junto con la sensación de la ropa limpia, repugnaba hasta el más leve contacto con aquellos billetes. “¡Lejos de mí, lejos este dinero! —clamaba todo mi ser, febricitante—. ¡Lejos de mí, donde sea!” Mientras miraba a mi alrededor un sitio donde hacerlo desaparecer me salió al paso una probabilidad impremeditada. El público empezaba a apiñarse hada las cajas, esta vez con monedas y billetes en las manos. Y hallé el desahogo en esta idea: devolver el dinero al azar malicioso que me lo había dado, echarlo en la boca que ahora se tragaba las nuevas apuestas en plata y billetes con la misma voracidad. Sí, era lo más adecuado, el verdadero modo de deshacerse del remordimiento.

»Me adelanté con impetuosidad y me puse como una cuña entre la gente. Sólo tenía dos personas delante de mí, la primera junto al totalizador, cuando se me ocurrió que no tenía la menor idea del nombre de un caballo sobre el cual apostar. Me puse a escuchar ansioso lo que decían mis vecinos:

»—¿Apuesta usted por *Ravachol?* —preguntó uno.

»—Naturalmente, *Ravachol* —respondió el que estaba a su lado.

»—¿No cree usted que *Teddy* tiene probabilidades?

»—¿*Teddy?* Ninguna. Fracasó por completo en la carrera de Maiden. Fue un *bluff*.

»Me bebía las palabras como un sediento. *Teddy*, pues, era malo; era seguro que no ganaría. Me decidí a apostar por él. Empujé el dinero, dije el nombre de *Teddy*, apostando a caballo ganador, y una mano me echó los cartoncitos. Ahora eran siete cartones de color rojo-blanco, en vez de uno, los que tenía entre los dedos. La impresión penosa no desaparecía así como así; pero, de todos modos, aquellos cartones no me quemaban ni me rebajaban tanto como el maldito dinero. Sentía un alivio, casi despreocupación: ya me había deshecho del dinero, de lo desagradable de la aventura, y el asunto volvía a lo jocoso, como había empezado. Me eché atrás sobre el sillón con indolencia, encendí un pitillo y me quedé distraído mirando el humo que arrojaba lentamente. Pero poco rato aguanté. Me levantaba, andaba unos

pasos, volvía a sentarme. Es particular: el ensueño agradable había cesado. No sé qué nerviosidad roía mis miembros. Pensé si sería el malestar ante la posibilidad de encontrarme a Lajos y su esposa entre los muchos que circulaban; pero ¿cómo podían ellos sospechar que aquellos billetes flamantes eran suyos? Tampoco consistía en el malestar ante la multitud lo que me ponía nervioso; al contrario, observaba con toda serenidad para ver si no volvía a iniciarse el movimiento de avance. Y descubrí que me había levantado varias veces para vigilar la bandera que izaban al empezar la carrera. Era esto: impaciencia, la íntima fiebre de la expectación al pensar que iban a dar la salida que concluiría para siempre con el enojoso asunto.

»Vino corriendo un muchacho con el diario de las carreras. Detúvose, compré el programa y empecé a buscar entre los tecnicismos y las palabras escritas en una jerga forastera, hasta que descubrí el nombre de *Teddy*, y al lado el del *jockey* y el del propietario de la cuadra, y los colores rojo y blanco. Pero ¿por qué tal interés? Malhumorado, estrujé el papel y lo tiré; me levanté de nuevo y me volví a sentar. De pronto, acalorado, tuve que secarme la frente con el pañuelo; el cuello de la camisa me apretaba. No daban la salida.

»Sonó por fin la campana, precipitóse la gente y, en aquel instante, me di cuenta, horrorizado, de que aquella campana obraba en mí como un despertador que me sacara de un sueño. Me puse en pie de un salto, con tal vehemencia que derribé el sillón, y no dejé de correr, anhelante, apretando en la mano los cartoncitos, mezclado con la turbamulta y devorado por el miedo cerval de llegar tarde, de pasar por alto algo muy importante. Apartando brutalmente la gente a ambos lados, alcancé la barrera próxima, después de arrebatar sin contemplaciones un sillón en el momento en que una señora iba a cogerlo. En su mirada de asombro leí en seguida mi arrebato y mi completa falta de tacto. Era una conocida, la condesa de R., que me miraba con el ceño airado; pero la vergüenza y la temeridad hicieron que le devolviera una mirada fría y saltase inmediatamente sobre el sillón para dominar la pista.

»Allá en un extremo, en el punto de salida, esperaba sobre el césped un hato de caballos impacientes, con dificultad mantenidos a raya por los *jockeys*, que aparecían diminutos como abigarrados polichinelas. Me esforcé en encontrar el mío, pero, no muy ejercitados mis ojos, sólo veía un centellear raro, sin poder precisar entre las manchas de color el rojo-blanco.

Tañía la campana por segunda vez, y como siete flechas abigarradas de un solo arco volaban los caballos sobre el verde pasillo. ¡Qué cosa admirable debía ser la contemplación plácida, puramente estética, de los finos caballos perneando en su galope, casi sin rozar el suelo, volando sobre el césped! Pero yo no veía nada de esto, en el esfuerzo desesperado para’ reconocer mi caballo, mi jinete, y me maldecía por no haber llevado unos gemelos. Por más que me estiraba y me encogía, llegaba a ver cuatro, cinco insectos abigarrados, como en un solo borrón, un solo ovillo alado; sólo podía ver la forma del conjunto en sus variaciones: la manada nebulosa que, al llegar a la vuelta, se aguzaba como una cuña, avanzando la punta, mientras por detrás el grupo empezaba a desmenuzarse. Reñida era la carrera: tres o cuatro caballos que en el galope se habían separado, parecidos a tiras de papel de color pegadas la una a la otra, empezaron a hacer un esfuerzo de empuje, ahora éste, ahora el otro. Estiraba yo involuntariamente el cuerpo, como si con aquel movimiento imitativo, apasionadamente tenso, hubiera podido impulsar y aumentar su velocidad.

»La excitación aumentaba a mi alrededor. Algunos, más ejercitados, debían de haber reconocido los colores en la curva, y salían ahora de la turbia multitud los nombres proyectados como cohetes. Había un hombre a mi lado con las manos frenéticamente tendidas, y cuando uno de los caballos adelantó una cabeza, gritó dando una patada, con la voz aguda y chocante:

»— *¡Ravachol! ¡Ravachol!*

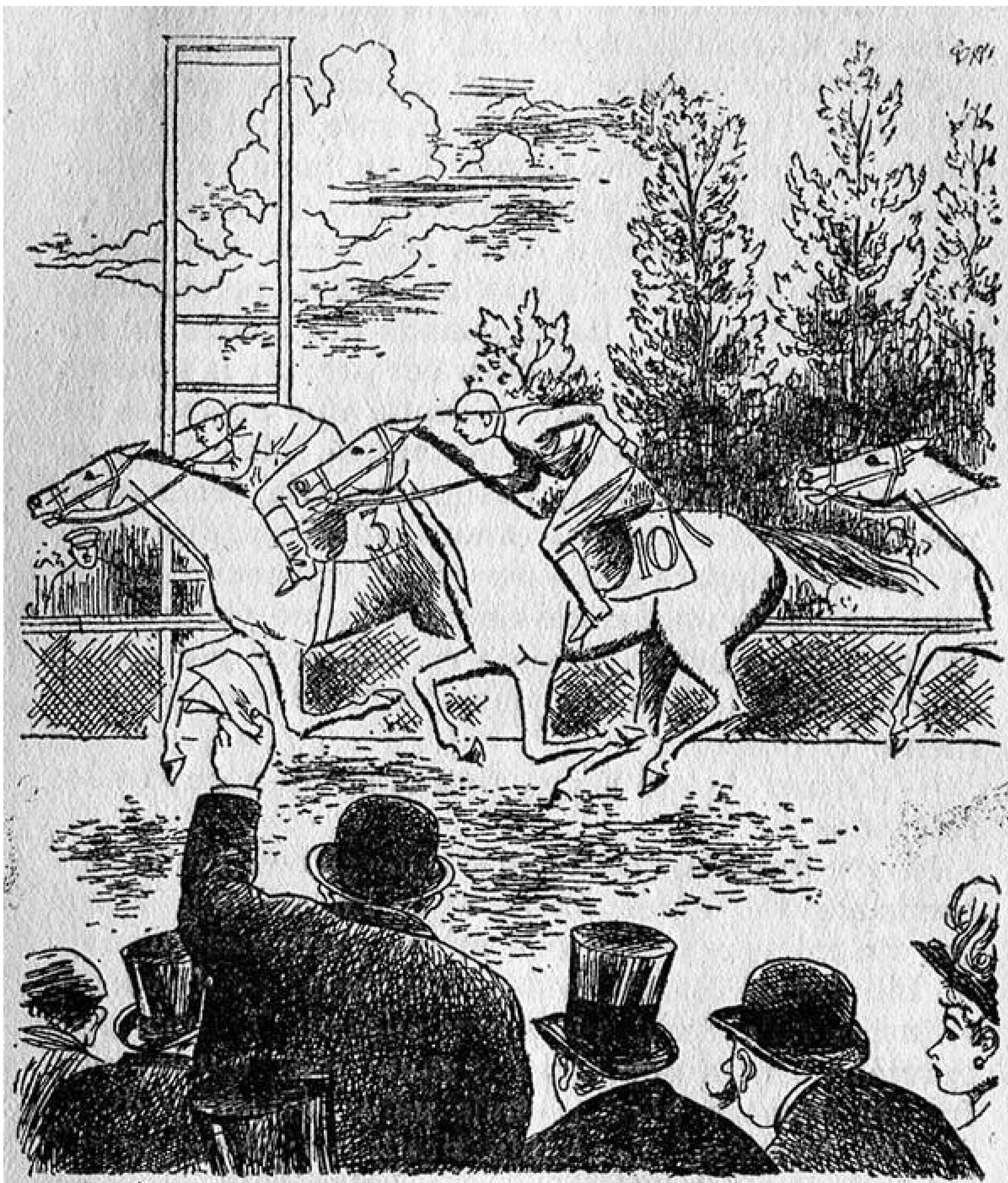
»Efectivamente, vi fulgurar el color del *jockey* de aquel caballo y me dio rabia que el vencedor no fuera el mío. Se me hacía más insoportable cada vez el vocear siniestro de mi vecino:

»—*¡Ravachol! ¡Ravachol!*

»Se agitaba en mí una cólera fría; de buena gana le hubiera dado un puñetazo en el agujero negro de su escandalosa boca. Palpitaba de ira; era un delirio. Me sentí capaz de cometer cualquier insensatez de un momento a otro. Pero entonces un caballo corría casi pegado al primero. Tal vez era *Teddy*. ¿Por qué no *Teddy*? Y esta esperanza me inflamó de nuevo. Me pareció que el brazo que se levantaba ahora de la silla y hacía un movimiento con la fusta sobre la grupa del caballo lucía un color rojo: podía ser él; ¡sí, sí, él sería! Pero ¿por qué no le empujaba más, el majadero? ¡Otra vez la fusta!

¡Otra vez! ¡Ahora, ahora iba a alcanzarle! Un palmo más. ¿Por qué *Ravachol? ¿Ravachol?* ¡No, *Ravachol* no! ¡*Ravachol* no! *¡Teddy! ¡Teddy!* ¡Adelante, *Teddy! ¡Teddy!*

»De pronto volví la cabeza. ¿Quién era? ¿Quién había dado el grito? ¿Quién alborotaba "¡*Teddy! ¡Teddy!*"? Y yo mismo estaba gritando. En medio de mi acaloramiento, tuve miedo de mí mismo. Quise aguantarme, dominarme, porque una súbita vergüenza me atormentaba en medio del delirio. Pero no podía apartar los ojos: allí estaban los dos caballos pegados el uno al obro, y, efectivamente, debía de ser *Teddy* el que compartía con Ravachol, el maldito, el odiado con toda mi alma. Alrededor, otras voces se unían al agrio tiple: "¡*Teddy! ¡Teddy…!*" Y el grito me volvía a la pasión que me había dejado libre por un instante. Debía ganar, era preciso, y efectivamente: ahora, ahora se adelantaba al otro, una cabeza solamente, un palmo, y ahora dos, ya se veía el pescuezo. Sonó estridente la campana y estalló un solo clamor de júbilo, de desesperación, de cólera. Por unos instantes, el nombre anhelado llenó el cielo azul hasta la misma cúpula. Luego se hundió y empezó a oírse un murmullo de música.



»Acalorado, sudoroso, con el corazón alterado, bajé del sillón. Tuve que sentarme un rato, a tal punto me había llevado mi entusiasmo. Invadíame un éxtasis como nunca lo había experimentado, un placer inefable parque la suerte había obedecido tan servilmente a mi provocación; en vano intenté persuadirme de que si el caballo había ganado era contra mi voluntad, puesto

que yo deseaba ver perdida la apuesta. No me creía a mí mismo, y sentía una atracción feroz que mágicamente me empujaba, bien sabía de dónde: necesitaba ver la victoria, tocarla; tener entre mis dedos dinero, mucho dinero, billetes azules, cuyo crujido me llegara a los nervios. Un placer raro, insano, se había apoderado de mí y ya no venía en mi ayuda la vergüenza. Apenas en pie, eché a andar, a correr, hasta la taquilla, impaciente de ver materialmente el dinero.

»— ¡Grosero! —oí gruñir detrás de mí a uno de los relegados.

»No me preocupé de darle satisfacciones, tan incomprensible, tan enfermiza era mi impaciencia. Llegó por fin mi vez, y cogí con manos codiciosas un fajo de billetes de Banco azules. Los conté tembloroso y entusiasmado. Eran seiscientas cuarenta coronas. Las apretaba contra mí. Jugar y ganar más, mucho más, fue mi primera idea. ¿Dónde había dejado el diario de las carreras? Lo había tirado en plena excitación, es verdad. Miré a todos lados para comprar otro. Vi con sobresalto que todo el mundo se dispersaba hacia la salida, que las cajas se cerraban y que arriaban la bandera. Había terminado el concurso. Era la última carrera. Me quedé inmóvil un segundo; luego se despertó en mí la cólera, como si me hubieran hecho una injusticia. No me avenía a la idea de que cuando todos mis nervios estaban en tensión vibrante y circulaba la sangre en mí con un calor que no conocía desde hacía años, hubiera concluido todo. De nada me valió alimentar la esperanza con el deseo, queriéndome persuadir de que me equivocaba, pues la abigarrada muchedumbre iba desparramándose hacia la salida, y el césped hollado de la pista destacaba su verdor brillante entre los rezagados. Me fui dando cuenta de lo ridículo de mi insistencia y, sin más espera, cogí el sombrero —el bastón lo había olvidado seguramente en el torniquete, excitado como estaba—. Me acerqué a la salida. Vino a mí, oficiosamente, un criado, quitándose atento la gorra; le di el número del coche, él lo voceó alrededor de la plaza, haciendo tornavoz con las manos, y pronto sonaron las herraduras. Indiqué al cochero que bajara despacio por la Avenida Central. Porque ahora que la excitación empezaba a calmarse, me sentía inclinado a la voluptuosidad de reconstruir toda la escena en mi pensamiento.

»Un coche pasó al lado del mío; al mirar casualmente hacia él, para luego mirar a otra parte con todo propósito, vi a aquella señora con su recio marido.

No se fijaron en mí, pero yo experimenté una súbita opresión, como si fueran a echarme la mano encima, y de buena gana hubiera ordenado al cochero que pusiera los caballos a galope.

»El simón resbalaba blandamente sobre sus llantas de goma, entre los otros muchos que se mecían como botes llenos de flores, con su coloreada carga de mujeres a lo largo de las verdes orillas de la avenida plantada de castaños. La atmósfera era blanda y suave, y el viento del cercano crepúsculo mezclaba, con el polvillo que flotaba en el aire, un delicado aroma. De todos modos, aquel estado de ensueño que sentía antes no volvía a mí: el encuentro con él estafado me había sorprendido angustiosamente. Algo así como una corriente de aire frío por una rendija había entrado en mi sensibilidad exaltada. Una vez repuesto, repasé toda la escena, y me desconocí a mí mismo: yo, un caballero, un miembro de la mejor sociedad, oficial de la reserva, que tanta consideración merecía, sin que ninguna necesidad me moviese a ello, me había apropiado de una cantidad sin esfuerzo, me la había guardado en la cartera, y con un placer codicioso, con una satisfacción que no tenían disculpa. Yo, que una hora antes era todavía un hombre correcto, sin tacha, había robado. Era un ladrón. Para intimidarme a mí mismo, iba achacándome a media voz el delito, siguiendo maquinalmente el ritmo de la herradura: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!" Pero sucedió entonces una cosa rara que no sé cómo describir, por lo inexplicable, por lo excepcional; la recuerdo, sin embargo, tal como fue, sin engaño en la memoria. Cada segundo de mi emoción, cada oscilación de mi pensamiento en aquella circunstancia se me presentan con sobrenatural claridad, como ningún otro caso vivido en mis treinta y seis años, y, no obstante, casi no me atrevo a dar conocimiento de lo que experimenté ni sé si habría poeta o psicólogo capaces de describirlo lógicamente. He de limitarme a poner fielmente por orden los acontecimientos, hasta llegar a su insospechada culminación. Acusábame, pues, a mí mismo: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!" Luego sucedió un momento muy de notar, un vacío en el cual nada ocurrió, en el cual —¡qué difícil es expresarlo!— no hacía más que escuchar, escuchar dentro de mí. Me había llamado, me había acusado a mí mismo, y el acusado tenía que responder al juez. Escuché, pues, y sucedió… Nada sucedió. El latigazo de esta palabra, "¡Ladrón!", de la cual había esperado un efecto de terror, primero, y, luego,

de hundimiento en una vergüenza desesperada no despertó en mí ninguna de estas cosas; nada. Esperé unos minutos, me incliné más, en cierto modo, sobre mí mismo —porque no desconocía que algo se agitaba bajo el silencio ceñudo— y escuché con febril ansiedad el eco prolongado, el grito del asco, de la desilusión, de la desesperación qué debía seguir forzosamente a la acusación que me hacía. Una vez más, no sucedió nada. Sin respuesta. “¡Ladrón! ¡Ladrón!”, repetí en voz más alta, para despertar a la conciencia dura de oído, paralizada. Tampoco obtuve respuesta. Y de pronto, a la luz de un rayo de la conciencia, como cuando encendemos una cerilla en la oscuridad y la mantenemos sobre ella, reconocí que sólo quería avergonzarme, pero no me avergonzaba, que en mi secreta intimidad estaba orgulloso, hasta dichoso, de la desatentada acción.

»¿Cómo era posible? Sí: por más que, asustado de mí mismo, me defendiera de esta convicción, el sentimiento se presentaba hinchado, impetuoso: no era vergüenza, ni sublevación, ni asco de mí mismo lo que tan cálidamente bullía en mi sangre; era un placer, una embriaguez que se agitaba en mí, que echaba llamas claras y afiladas de soberbia, al darme cuenta de que en aquellos minutos volvía a vivir en realidad, al cabo de años y años: de que mi sensibilidad sólo estaba paralizada, pero no muerta, y de que, bajo la capa arenosa de mi indiferencia, corrían secretamente aquellos cálidos manantiales de la pasión que, agitados entonces por la varita mágica de la casualidad, subían a la altura de mi corazón. También en mí, pedazo del universo que respira, ardía la misteriosa substancia volcánica de todo lo terrenal que irrumpe en los torbellinos del deseo; yo vivía también, era un hombre cabal, capaz de sentir la cálida concupiscencia del mal. El vendaval de la pasión había abierto una puerta, había descubierto en mí un abismo interior, y yo, con un vértigo gozoso, me asomaba a aquel mi mundo desconocido que me llenaba a la vez de terror y de dicha. Y, despacio, mientras el perezoso coche llevaba mi cuerpo, arrobado de ensueños, en medio del mundo burgués y encopetado, iba bajando yo, grada tras grada, hasta la profundidad de lo humano que llevaba dentro de mí, indeciblemente solo en el callado descenso, iluminado únicamente por la elevada antorcha de mi conciencia, súbitamente luminosa. Mientras mil hombres se mecían a mi alrededor riendo y charlando, yo, el hombre descarriado, me buscaba en mí

mismo, a tientas en el pasado de los años, por el pasillo misterioso de los recuerdos. Cosas enteramente sumergidas salían a flor de los espejos polvorientos y cegados de mi vida; me acordé de que ya en mis tiempos de colegial había robado el cortaplumas a un compañero y que también entonces experimenté un placer diabólico al verle buscar con afán por todas partes y preguntar a todos; comprendí de pronto lo misteriosamente borrascoso de muchos momentos sexuales, comprendí que mi pasión solamente había sido torcida, sofocada bajo lo ilusorio de la vida de sociedad, bajo el altivo ideal de los caballeros, pero que, muy adentro de mí, en los manantiales, en los caños ocultos, corrían, como en los demás, las ondas calientes de la vida. Había vivido, si así puede llamarse el vivir sin audacia, cohibido, oculto; pero ahora la fuerza oprimida se desbordaba, la vida rica y poderosa, sin medida, me había superado. Aún le pertenecía; con la venturosa sorpresa de La mujer que siente moverse el hijo dentro de sí, sentía germinar en mí lo verdadero —¿qué otro nombre darle?—, lo no fingido, lo real de la vida; sentía —casi me avergüenzo de escribirlo— cómo yo, el hombre extinguido, retoñaba de pronto, cómo la sangre roja y turbulenta circulaba por mis venas, y la sensibilidad se reponía, y crecía todo yo para dar el fruto desconocido, dulce o amargo. El milagro de Tannhäuser se había cumplido sobre mí en medio de la clara luz de un campo de carreras, entre las voces de millares de hombres ociosos: sentía cómo retoñaba el verdor en el palo seco, cómo se hinchaban sus yemas.

»De un coche que pasó a mi lado, un señor me saludó y me llamó por mi nombre; seguramente no me había dado cuenta de su primer saludo. Tuve un sobresalto y me revolví con aspereza, porque me sacaban de aquel estado de mansa fluencia en que me derramaba dentro de mí mismo en el sueño más intenso que nunca tuviera. Pero me sacó de la abstracción el ver quién era el que me saludaba: era mi amigo Alfonso, un camarada de mis tiempos escolares, actualmente abogado del Estado. ¡Qué sacudida! “Este hombre —pensé— que te saluda fraternalmente tiene poder sobre ti por primera vez, hoy precisamente; bastaría que conociera tu delito para que decayeras de su concepto: al conocerte de veras, al saber tu acción, se vería obligado a sacarte del coche, apartarte de la confortable existencia burguesa y, para ejemplo de la justicia, relegarte por tres o cinco años al mundo oscuro, tras unas rejas,

con los otros ladrones a quienes sólo el aguijón de la necesidad pudo instigar al robo que les llevó a sus celdas infectas”. Pero sólo un instante el miedo me heló la articulación de la mano temblorosa y alteró los latidos de mi corazón. De súbito, aquella idea se transformó asimismo en confortable sensación, en un orgullo fantásticamente audaz que, con suficiencia, casi provocativamente, pasaba revista a los otros. “¡Cómo se helaría en vuestros labios —reflexioné— la amable sonrisa de camaradería a vuestro igual si le vierais tal como es! Evitaríais mi saludo con mano despectiva y airada, como una salpicadura de barro. Pero antes de que vosotros me echarais os he echado yo de mí. Este mediodía me he precipitado de vuestro mundo frío y descarnado, en medio del cual no era yo más que mía rueda moviéndose sin ruido en la máquina inmensa que da vueltas fríamente en sus émbolos, con vana monotonía. He caído en una hondonada que no conozco, pero he vivido más hoy en una hora que en todos los años indiferentes que he pasado en vuestra esfera. Ya no os pertenezco: estoy en no sé qué otra cima o abismo, mas para siempre lejos de la playa monótona de vuestro bienestar burgués. Por primera vez he tenido la emoción de todo lo que hay de goce humano en lo bueno y en lo malo; pero vosotros nunca podréis conocer tales regiones. ¡Hombres!, ¿qué sabéis vosotros de mi secreto?”

»¿Cómo podría expresar lo que experimentaba en aquellos momentos, *gentleman* elegantemente vestido, impasible el semblante, saludando o correspondiendo entre las hileras de coches? Mientras mi máscara, el hombre exterior, el de antes, correspondía con su cara antigua a las caras conocidas, en mis adentros zumbaba una música tan embriagadora que tenía que violentarme para no romper en un grito. La plenitud de mi sensibilidad llegaba a un punto de tortura física, y, como quien va a ahogarse, me fue preciso apretar la mano sobre el pecho, bajo el cual se agitaba dolorosamente el corazón. Pero, dolor, gozo, miedo, terror o piedad, nada distinguía ni detallaba, porque todo se resolvía en la sensación única: vivir, respirar, sentir. Y esto tan sencillo, una emoción tan primitiva, la cual no había experimentado hacía años, me embriagaba. Durante mis treinta y seis años de vida, nunca, ni un solo segundo, me había sentido vivir como en la suspensión extática de aquella hora.

»El coche se había parado con un ligero tirón, y el cochero, reteniendo los caballos, se volvió desde su pescante y preguntó si seguía hasta mi casa. Salí del ensimismamiento como tambaleándome y levanté los ojos por encima de la avenida. Me percaté, pasmado, de lo largo de mi ensueño y de cuán dilatadamente se había difundido la embriaguez a través de las horas. Había oscurecido. Una blandura fluctuaba en las copas de los castaños, que empezaban a exhalar su aroma nocturno a través del aire fresco. Plateaba detrás de sus cimas el velado fulgor de la luna. ¡Basta ya! ¡Pero nada de volver a casa, al mundo rutinario! Pagué al cochero. Al sacar la cartera y coger los billetes, sentí, desde la articulación de la muñeca hasta las puntas de los dedos, como una sacudida eléctrica: algo debía de quedar en mí del hombre de antes que se avergonzaba. La conciencia agonizante del *gentleman* palpitaba aún, pero la mano volvió con toda serenidad a hojear el dinero robado, y la alegría me hizo generoso. El cochero se mostró tan inmensamente agradecido que no pude menos de sonreír. “¡Si supieras!”. Los caballos volvieron a su trote y el coche se alejó. Le seguía con los ojos, como solemos mirar por última vez desde el buque la playa en que hemos sido felices.

»Estuve un rato, soñador, sin decidirme a nada, plantado en medio de la turba que susurraba, reía, se mecía en la música. Serían las siete y, siguiendo una rutina, doblé a la altura del Sachergarten, donde, después de mis paseos en coche por el Prater, acostumbraba cenar en sociedad. No al azar se había parado el cochero cerca de aquel sitio. Pero, no bien había empujado la verja del selecto restaurante, algo me coaccionó. ¡Bah, no volvería a mi mundo, no disiparía en la conversación indolente la prodigiosa fermentación mística que me colmaba, no me desprendería de la centelleante magia de la aventura a que hacía unas horas me sentía vinculado! Hasta mí llegaba confuso rumor de música, y hacia él me dejé llevar, porque aquel día me iba fácilmente tras las solicitaciones, sentía la delicia de ceder a lo imprevisto, y aquel dejarme llevar en la blanda ondulación de la multitud humana tenía un fantástico atractivo. Mi sangre fermentaba en el denso elemento de cálida y fluente humanidad. Experimentaba de pronto una distensión y un estímulo, elevado el ánimo, vigilantes los sentidos por obra de aquel vaho cáustico y espeso de respiración humana, polvo, sudor y tabaco. Porque era todo aquello (que

todavía ayer me repugnaba por ordinario y plebeyo y que el cultivado *gentleman* que había en mí evitó, arrogante, toda la vida) lo que entonces fascinaba mi nuevo instinto, como si me revelara el parentesco que tenía yo mismo con lo animal, lo impulsivo, lo común. Me encontraba tan a gusto en aquel sector de ciudad frecuentado por soldados, sirvientas y golfos, que no podía creerlo; aspiraba con fruición lo cáustico de la atmósfera, me eran gratos los empujones y apreturas en el ovillo de la turbamulta, y con sensual curiosidad, dejándome llevar, esperaba saber dónde me apearía la casualidad del momento. Llegaban cada vez más cercanos, del Wurstelprater, voces agudas, sones de música metálica; los orquestriones machacaban las rudas polcas y los valses bullangueros, en medio de sordos estallidos que partían de las barracas, risas chillonas y gritos de borracho. Y ya veía los caballitos de mi infancia, que rodaban con sus luces locas entre los árboles. De pie en la plaza, dejé que todo el tumulto viniera a estrellarse en mí. Las cascadas de ruido, lo infernal de aquella mescolanza que me inundaba todo por los ojos y oídos, me hacía bien; había algo en aquel torbellino que aturdía mi alma, ya colmada. Me detuve a mirar las muchachas que, con las ropas henchidas, se dejaban lanzar al espacio en las cestas, con gritos de gozoso vértigo nacidos del sexo; los aprendices que descargaban, riendo, los pesados martillos contra la máquina para medir la fuerza; los voceros con la garganta ronca y los gestos simiescos, ofuscando a gritos el estrépito de los orquestriones, y todo aquello fluyendo y mezclándose con la multitud de mil voces en movimiento continuo, borracha del aguardiente de la música metálica, del vértigo de las luces y del aire caldeado de sus mismos cuerpos en comunidad. Desde que había vuelto de mi sueño, me daba cuenta de la vida de los demás, del bramido de la gran ciudad que durante aquellas horas domingueras se desparramaba acalorada, deshelándose, excitándose al placer vago, animal, pero sano, al impulso de su plenitud. A merced de los empellones, del contacto con los cuerpos en que ardía la pasión del movimiento, se me comunicaba su celo; tendíanse mis nervios estimulados por él olor áspero, mis sentidos jugaban vacilantes con él estrépito y experimentaban ese estupor que suele ir unido a todo placer violento. Por primera vez al cabo de años, tal vez en toda mi existencia, me identificaba con la masa, veía los hombres como una potencia en la cual mi ser individual, disgregado, se deleitaba; un

dique se había roto y mis venas se abrían al mundo, le comunicaban sus ondas rítmicas. Me asaltó un deseo más, el de que se derritiera la última capa entre ellos y yo y pudiera unirme con aquella humanidad cálida y ansiosa que entonces conocía. Con apetito varonil anhelaba entrar en el cálido cuerpo gigante; con apetito femenino me ofrecía al contacto, a la primera solicitación, a la seducción, al abrazo, y sabía, como sólo en mis días crepusculares de muchacho pude adivinar, que había amor en mí y deseo de amor. ¡Ah, penetrar en lo vivo, unirse de alguna manera a la pasión que palpita, ríe y respira en los demás, verterse, inundar sus venas! ¡Hacerse pequeño, innominado en el tumulto, no ser más que un infusorio en el cieno del mundo, un ser que vibra de gozo, que brilla entre miríadas, mas para penetrar en la plenitud de la vida; bajar y rodar como el trompo, sentirme disparado como una saeta por la propia tensión hacia lo desconocido, y llegar a no sé qué cielo de la comunidad!



»Ahora lo sé: estaba borracho. Todo en mi sangre hacía un solo rumor: el tañido de las campanas, él tiovivo, la delicada risa de placer de las mujeres que brotaba bajo la garra de los hombres, el caos de la música, los vestidos que crujían. Cada uno de aquellos sonidos llegaba a mí mordaz, parpadeaba una última vez, rojo y palpitante alrededor de mis sienes; me daba cuenta de cada contacto y cada mirada con una fantástica sobreexcitación de los

nervios, como en el vértigo; pero, al mismo tiempo, todo andaba unido y revuelto. No es posible explicar mi complicada situación de ánimo con palabras; sólo una comparación lo lograría tal vez, diciendo que estaba repleto de rumor, de estrépito, de sensibilidad, recalentado como la máquina que corre vertiginosa con todas las ruedas para huir de la formidable presión que momentos después ha de hacer saltar la caldera. La sangre agitada vibraba en las puntas de los dedos, golpeaba las sienes, agarrotaba la garganta, como si de pronto, al cabo de años de tibieza, mi sensualidad cayeran en una fiebre que me devoraba. Conocí que era el momento de manifestarme, de comunicarme con una mirada, de derramarme, de salir de mí mismo y sacrificarme, hacerme como todos, redimirme. Era preciso que me desprendiera de algún modo de la dura corteza de silencio que me aislaba del cálido elemento de vida que circulaba a mi alrededor. Con nadie había hablado hacía horas, ni estrechado una mano, ni cruzado la mirada con otra que me interrogase o participara de mis ansias, y entonces, al impulso de los acontecimientos, ¡aquella animosidad contra el silencio! Nunca, nunca había sentido tan imperiosamente la necesidad de comunicación con otro ser humano como entonces, que fluctuaba entre miles y miles de ellos, envuelto en calor y en palabras, y, no obstante, fuera de la circulación de la sangre de aquel todo. Era como el que padece sed en medio del mar. Y, para más tormento, veía a derecha e izquierda, y en todo instante, desconocidos que se juntaban a otros, que corrían unos hacia otros, como las bolitas de mercurio, en una especie de juego. Me daban envidia los muchachos que hablaban al pasar con muchachas que no conocían y, después de las primeras palabras, ya caminaban enlazados, y cómo todo se encontraba, se reunía; bastaba un saludo en el tiovivo, una mirada al rozarse, para que los desconocidos se fundieran en la conversación, tal vez para separarse al cabo de dos minutos; el enlace, la reunión, la comunicación, existían, y esto era lo que prestaba calor a todos mis nervios. Acostumbrado a la conversación en sociedad, *causeur* muy apreciado, experto en las fórmulas, no podía sustraerme a la vergüenza de dirigir la palabra a una de aquellas sirvientas de anchas caderas, temiendo que se riera de mí, y llegaba al extremo de bajar los ojos si alguien me dirigía casualmente la palabra, con todo y sentir en mis adentros un anhelo de hablarle. Ni yo mismo veía claro lo que quería de los otros, y lo

cierto es que no podía soportar ya mi aislamiento, consumiéndome el ardor de mi fiebre. Pero todos me miraban de paso y sus miradas me dejaban a un lado: nadie quería saber de mí. Se me acercó un muchacho de unos diez años, harapiento: él reflejo de las luces brillaba violentamente en sus ojos: tal era di anhelo con que miraba el oscilante tiovivo. Su delgada boca se abría como si tuviera sed: se veía que le faltaba el dinero para subir al artilugio, y bebía el placer en los gritos y risas de los demás. Acerquéme a él impulsivamente y le pregunté —pero ¿por qué temblaba mi voz y resultaba agria?— si no le gustaría dar una vuelta. Levantó los ojos y se estremeció —¿por qué?, ¿por qué?—. Y echó a correr, sofocado, sin decir una palabra más. Ni un niño con los pies desnudos aceptaba un placer que de mí viniera: algo debía de haber terriblemente extraño en mí —bien lo comprendía— que me impedía mezclarme con los otros, aislado en la masa espesa como una gota de aceite sobre el agua movediza.

»Pero no cedí. No podía estar solo. Ardían mis pies en los zapatos de charol llenos de polvo; la atmósfera cargada me había resecado la garganta. Miré a ambos lados y, entre los grupos de gente que circulaban, vi levantarse islitas de vegetación que cobijaban pequeños mesones, con sus manteles encamados, sus bancos de madera lisos donde sentábanse modestos menestrales ante un vaso de cerveza y fumando un Virginia dominguero. Era una atracción; forasteros que el azar reunía se comunicaban sus impresiones. Era un poco de calma en medio de la fiebre estéril. Entré, pasé revista a las mesas hasta encontrar una a la que sentábase una familia menestral: el artesano grueso, cuadrado, su esposa, dos chicas animadas y un muchacho. Movían la cabeza a compás, bromeaban; sus miradas satisfechas, sin preocupaciones, me inspiraron confianza. Saludé atentamente, puse la mano sobre una silla y pregunté si había inconveniente en que me sentara. Cesó en el acto la risa y callaron un momento, como si cada uno de ellos esperase que el consentimiento partiera del otro, y la señora dijo, no sin cierta confusión:

»—¡No faltaba más!

»Me senté y tuve inmediatamente la impresión de que, poniéndome en medio de ellos, acababa de aplastar su humor despreocupado, pues se propagó alrededor de la mesa un silencio incómodo. Sin atreverme a levantar los ojos del mantel a cuadros encamados, sobre el cual se veían esparcidos sal

y pimienta, no dejé de adivinar que me miraban todos ellos con sorpresa, y conocí en seguida —demasiado tarde— que eran en exceso elegantes para aquel mesón de personal doméstico mi traje Derby, el sombrero de copa parisiense y la perla de mi corbata gris tórtola, y que aquella elegancia, el perfume del lujo, crearía a mi alrededor una capa de hostilidad y confusión. El silencio de las cinco personas me acogotaba cada vez más a la mesa, cuyos cuadros encarnados volvía a contar con desesperación crispada, dándome vergüenza abandonar la mesa, por una parte, y, por otra, demasiado cobarde para levantar los ojos. Salí del apuro al comparecer el mozo y dejar ante mí el pesado vaso de cerveza; porque, al menos, podía mover una mano y mirar disimuladamente por encima del borde en el acto de beber; los cinco me observaban, no diré con odio, pero sí con mucha sorpresa. Veían en mí al intruso en su mundo cerrado; sentían, con el ingenuo instinto de su clase, que yo iba a aquel sitio, que no pertenecía a mi esfera, en busca de algo que no era amor ni inclinación, ni el goce sencillo de los valses; que no era el descanso del domingo ni la cerveza, sino algún antojo que no comprendían y del cual sospechaban, del mismo modo que el chico del tiovivo había recelado de mi obsequio, y que los millares de innominados que quedaban un poco más lejos, instintivamente hostiles, dejaban aislada mi elegancia y mi mundanidad. Así y todo, mi ánimo era éste: si ahora pudiera dar con una palabra sin malicia, sencilla, del corazón, una palabra verdaderamente humana, para dirigirme a ellos, este padre y esta madre me responderían, la hija me sonreiría halagada, podría ir con el muchacho y disparar unos tiros en el Pim-pam-pum y mezclarme a sus ocurrencias de chico.

»En el espacio de cinco, de diez minutos, me habría librado de mí mismo, envuelto en la inofensiva atmósfera de la conversación de los artesanos, a la cual nos confiamos porque es tan sincera como halagüeña. Era yo quien no daba con las primeras palabras, porque una vergüenza falsa, necia, pero invencible, me agarrotaba el cuello; y, así, permanecía sentado, con la mirada abatida como la de un reo sobre la mesa de aquella gente sencilla, arrepentido de haberle amargado las postrimerías del domingo con mi presencia cohibida. Con aquella impertinente presencia expiaba todos los años de indiferencia orgullosa que había pasado al lado de millares de mesas como aquélla, de millones y millones de seres, sin hacer caso de ellos, únicamente preocupado

de mi favor o mi éxito en la mezquina esfera de la elegancia, y comprendí que el camino recto, el lenguaje ingenuo que llegara a ellos, entonces que lo necesitaba, en la hora de mi destierro, estaba emparedado por dentro.

»Hombre libre hasta entonces, estaba en tal ocasión angustiosamente abatido, contando una vez más los cuadros encamados del mantel, hasta que pasó el mozo. Le llamé, pagué el vaso de cerveza a medio beber y dejé la mesa con un saludo atento. La familia me correspondió, amable y aturdida. Sin volverme sabía que, apenas les diera la espalda, volvería a renacer en ellos la alegría de vivir y que volvería a unirlos el cálido círculo de la conversación una vez ausente yo, el cuerpo extraño.

»Con redoblado deseo, más ardiente y desesperado, volví al humano torbellino. Bajo los árboles que flotaban, negros, en el cielo, había más claros; no se apiñaba la gente ni circulaba tan espesa en el cerco luminoso del tiovivo, y, como de unas sombras, se oía un murmullo en el borde exterior de la plaza. También aquel barullo de la multitud, ronco, profundo, respirando distensión, se quebraba en multitud de voces más débiles, sofocadas a cada nuevo ataque de la estrepitosa banda de música, que parecía como si quisiera retener a los que desfilaban. Salía a flote otra serie de fisonomías: los niños, con sus balones, sus juguetes de papel, ya iban hacia sus casas, y las familias domingueras que se exhibían bajo las alamedas se habían retirado igualmente. Oíanse las peroraciones del borracho y asomaban de entre la espesura los muchachos con trazas de bribón y de holgazán, pero, al mismo tiempo, como si buscaran afanosamente algo. El personal de aquel raro mundo había surgido durante la hora que permanecí clavado a la mesa extraña. A mí, aquélla atmósfera fosforescente de audacia y riesgo me gustaba más que la de antes, mediocre y dominguera. Mi instinto tenso, excitado, la olfateaba con ansiedad, y en el andar ocioso de las figuras equívocas, de aquellos expulsados de la sociedad, me veía a mí mismo. Iban, con expectación, detrás de una aventura palpitante, de una emoción violenta. Me despertaron la envidia, aquellos golfos harapientos, por lo declarado de su vagancia. Permanecía en pie, anhelante, pegado a uno de los postes de un tiovivo, urgiéndome el deshacerme de la opresión del silencio, de la tortura de mi soledad, e incapaz de moverme, de hacer una llamada, de pronunciar un vocablo. En pie, atónitos los ojos, más allá de la plaza que palpitaba al

reflejo del círculo de luces, mirando desde mi isla de luz a la oscuridad, esperaba neciamente, viendo a todos los que pasaban, envueltos un momento en resplandor. Mirábanme de paso, pero sin interés. Nadie quería saber nada de mí; ninguno me salvaba.

»Conozco el desatino de pretender describir o aclarar a alguien como yo, un hombre de sociedad, cultivado y elegante; un hombre rico e independiente, relacionado con lo mejor de una ciudad de un millón de habitantes, estuve aquella noche una hora entera pegado al poste de un tiovivo del Frater, que rodaba incesantemente con un berrear desafinado, oyendo veinte, cuarenta veces, cien, la misma polca con tropezones y el mismo vals arrastrado, acompañados de las mismas idiotas cabezas de caballo de madera pintada que rodaban y rodaban, sin moverme del mismo sitio por una recóndita terquedad, por una idea descabellada de someter el destino a mi arbitrio. Ya sé que esto no tiene sentido, pero precisamente en aquella insensatez había una tensión y un espasmo muscular, como tal vez los hombres no experimentan sino ante el abismo de la muerte. Toda mi inútil vida anterior hacía un brusco retroceso y la sentía subirme a la garganta. Y cuanto más torturado por el insensato capricho de no moverme hasta que una mirada o una palabra humana me sacaran de él, más gozaba de la misma tortura. Pegado a aquel poste expiaba algo: no tanto el robo cometido como lo torpe, lo insulso, lo vacío de mi vida de antes, y me había jurado que de allí no saldría hasta que me llegara un signo de que el destino me ponía en libertad.

»Iba avanzando la noche. Apagábanse las luces una tras otra en las barracas, y la oscuridad subía como una marea alta, se tragaba la mancha luminosa en el césped; la clara isla donde yo permanecía en pie estaba cada vez más desierta, y ya miraba el reloj con ansiedad. Dentro de un cuarto de hora, los pintados caballitos de madera estarían inmóviles, las diademas rojas y verdes de las lámparas incandescentes se extinguirían, el hinchado orquestrión dejaría de machacar. Y yo quedaría solo en la oscuridad, en la noche susurrante, confinado, abandonado. Cada vez más intranquilo, miré a la plaza, que atravesaba alguna rara pareja de vuelta a casa o unos muchachos bebidos que iban dando traspiés. Pero arriba, en las sombras, no dejaba de palpitar la vida oculta, inquieta y tentadora. Al paso de dos hombres se oía un

leve silbido o un chasquido. Y al penetrar en la oscuridad, unas voces de mujer se disimulaban en aquella espesura y el viento traía a momentos desgarrones de risas nerviosas. Tales solicitaciones en el límite entre la oscuridad y el cono de luz de la plaza iban haciéndose más descaradas. Pero no bien relumbraba el casco de un guardia a la luz de un farol, las figuras se sumían de nuevo en la negrura de la arboleda. Bastaba que el guardia prosiguiera su ronda más lejos, para que las sombras espectrales reaparecieran, tan cerca entonces de la zona de luz, que se distinguía muy bien la silueta. Entre aquella hez del mundo noctámbulo, aquel limo que quedaba una vez desaparecida la corriente humana de antes, había un par de rameras de las más pobres y desechadas, que no tienen cama propia, duermen de día sobre un jergón y por la noche rondan sin descanso, ofreciendo a cualquiera, en un rincón oscuro, por una monedita de plata, su cuerpo gastado, vilipendiado, raquítico, perseguidas por la policía, acosadas por el hambre o por cualquier tunante, siempre a oscuras, persiguiendo y perseguidas. Como perros hambrientos se asomaban con recelo hasta el sitio Iluminado, en busca de algo masculino, de un rezagado a quien complacer por una o dos coronas, para luego pagar el vaso de vino caliente en un café popular, e ir así sosteniendo la llamita turbia de su vida torpe que había de extinguirse en un hospital o en una cárcel. Eran la espuma, la última agua de la desbordante sensualidad de la masa dominguera. Con un terror sin límites veía yo, como almas en pena contra el fondo oscuro, aquellas figuras del hombre. Pero en el mismo terror se encerraba un placer misterioso, pues, sucio y todo el espejo, reconocía en él lo olvidado o lo sentido vagamente en otras épocas: era un mundo subterráneo, cenagoso, que, recorrido hacía años, brillaba entonces a mis sentidos con nuevo fulgor. ¡Cosa rara, lo que aquella noche fantástica renacía en mí, cómo me ponía delante, en toda su claridad, lo más turbio de mi pasado y lo más secreto de mis impulsos! La emoción prescrita de los años infantiles resurgía, y me imaginaba, con la mirada confusa, atraído por la curiosidad y, al mismo tiempo, cobardemente turbado, detrás de sombras como aquéllas, y cuando por primera vez fui detrás de una, y subí una escalera gemebunda y húmeda. De pronto, como a la luz de un rayo que rasga un cielo nocturno, vi detallada cada particularidad de aquella hora olvidada, la oleografía a la cabecera de la cama, el amuleto que la mujer

llevaba colgado al cuello; el pasado, hasta en su última fibra, revivía en mí: sentía el indeciso bochorno, el asco y el primer orgullo de muchacho. Todo esto se removió en mí de pronto. Una perspicacia sin medida me invadía y —¿cómo decir lo infinito?— comprendí de un trazo todo lo que me unía con tan ardiente compasión a aquellas figuras, precisamente por ser ellas la última espuma de la vida; mi instinto, agudizado por el delito, veía de dentro afuera aquel hambriento vagar, tan parecido al mío, en la noche fantástica; aquella delictiva publicidad de todo contacto, de todo placer casual. Era una atracción magnética. De pronto se me antojó que la cartera con el dinero robado ardía contra mi pecho, al llegar allá arriba y darme cuenta de unos seres, unos hombres, de algo blando que respiraba, que hablaba, que quería algo de sus semejantes, tal vez también de mí, que era todo expectación para entregarme, que ardía en su furiosa apetencia de otros seres humanos. Y de improviso comprendí lo que empuja a los hombres a esa cópula; comprendí que raras veces es únicamente el prurito, el ardor de la sangre; las más veces es el miedo de la soledad, del espantoso extrañamiento que se pone entre nosotros, y que mi sensibilidad excitada experimentaba entonces por primera vez. Me acordé de los albores imprecisos de aquella emoción: fue en Inglaterra, en Manchester, una de esas ciudades de acero que, en un cielo sin fulgor, braman de ruido como un tren subterráneo y que tienen, en medio de eso, una helada soledad que se filtra por los poros hasta la sangre. Tres semanas viví en Manchester en casa de unos parientes, vagando de noche por bares y clubs y dando al fin invariablemente en el *music-hall*, aunque no fuera más que para sentir algo de calor humano. Y una noche encontré una de esas personas cuyo inglés de callejón apenas entendía; pero en seguida estuvimos en una habitación, bebiendo la risa de una boca forastera; un cuerpo cálido estaba allí, a proximidad terrenal, blando. La ciudad fría, negra, aquel ámbito ruidoso de soledad, se había desvanecido de una vez. Un ser que no conocíamos, que únicamente estaba allí esperando a cualquiera que se acercara, nos desataba, derretía todo el hielo; respirábamos con más libertad, la vida nos parecía más clara en medio de la acerada cárcel. ¡Qué maravilloso era aquello para los que se sentían solos, los ensimismados: saber que su angustia puede hallar a todas horas un apoyo para cogerse a él, por muy manoseado que sea, castigado por los años y comido de la herrumbre

venenosa! Esto es precisamente lo que había olvidado en aquella hora de la más baja soledad, desde la cual subí en la noche con paso vacilante: había olvidado que en algún sitio apartado esperan siempre esos últimos seres, dispuestos a acoger cualquier dádiva, a calmar con su aliento todo abandono, a refrigerar toda ardencia por una monedita de plata, que siempre es inferior a lo mucho que dan, con su condescendencia eterna, con el regalo inestimable de su presencia humanitaria.



»El orquestrión del tiovivo machacaba mía vez más. Era la última pieza, la última ronda de luces en la dilatada oscuridad, antes que el domingo se desvaneciera en el gris de la semana. Pero no acudía un alma; nadie montaba los caballitos que rodaban en su carrera loca. Ya la mujer hacía el recuento de las entradas, cayéndose de cansancio, y el aprendiz venía con el garfio para bajar las ventallas correderas alrededor de la instalación, después de aquella última vuelta. Yo solo permanecía impertérrito, apoyado en el poste, mirando más allá de la plaza vacía, donde las figuras iban y venían en un revolotear de

murciélagos, buscando como yo, esperando como yo, por más que nos separase un espacio impenetrable de extrañamiento. Una de ellas debía de haber notado mi presencia, porque fue acercándose poco a poco, y llegué a verla muy de cerca, al soslayo. Era un ser pequeño, estropeado, raquítico, sin sombrero, can un vestidito ridículamente adornado, bajo el cual asomaban unos zapatos $le baile en mal uso, comprado todo, seguramente una pieza hoy, otra mañana, a las revendedoras callejeras, a un buhonero, y desde entonces restregado, maltrecho a causa de las lluvias o de una aventura inmunda sobre la hierba. Fuese acercando con halago, se detuvo a poca distancia, proyectándome una mirada aguda como un anzuelo, con una sonrisa invitadora que descubría los dientes malos. Se me cortó el aliento. No podía moverme ni mirarla, pero tampoco sustraerme a la hipnosis: me daba cuenta de que un ser humano pasaba cerca de mí, movido de un apetito; de que alguien me solicitaba y de que bastaría una palabra, un gesto, para sacudirme por fin aquella soledad espantosa, aquél martirio del aislamiento. Pero, rígido como la madera en que me apoyaba, no conseguí moverme. En una especie de desvanecimiento gozoso, no dejé de experimentar, mientras la melodía del tiovivo ya empezaba a desfallecer, la presencia cercana, la voluntad que me solicitaba, y cerré los ojos un momento para bañarme en la atracción magnética de algo humano que llegaba de aquel mundo abismado en la soledad.

»Cesó de rodar el tiovivo y la melodía se ahogó con una última nota como un gemido. Abrí los ojos y pude ver como la figura se alejaba de mí. Sin duda le resultaba aburrido esperar cerca de un hombre de palo. Me estremecí. Me entró frío. ¿Cómo había dejado escapar la única criatura de la noche fantástica que venía a mi encuentro, que se me ofrecía? Apagábanse detrás de mí las luces, y las ventallas correderas bajaban con estrépito. Era el final.

»Y de pronto —¿cómo describirme a mí mismo el arranque?—, cálido y rojo, como si hubiera reventado una vena en mi pecho, rompió dentro de mí, el orgulloso, el arrogante, el hombre confinado en una fría mundanidad, algo como una plegaria muda, como un pasmo, un clamor, el deseo infantil y a la vez monstruoso de que aquella ramera sucia y raquítica volviera la cabeza y que yo pudiera hablar con ella. Parque, para seguirla, era yo no demasiado

orgulloso —pues el orgullo había sido aplastado, machacado, arrollado, al paso de sentimientos nuevos—, pero sí demasiado débil y sin consejo. Tembloroso, aturdido, atado a la columna del martirio de la oscuridad, esperando como no lo había hecho desde niño, una noche en que, al pie de una ventana, vi una mujer desconocida que empezaba a desnudarse y, siempre despacio, con pausas, no acababa de desnudarse nunca. Entonces, de pie en aquel sitio, pedía a Dios, con una voz que me desconocía, el milagro de que aquel ser estropeado, aquel desecho de la Humanidad, volviera la mirada una vez más y me llamase hacia sí.

»Y así fue. Una sola vez, mecánicamente, miró hacia atrás. Tan violenta debió de ser la sacudida, el salto de emoción que reflejaron mis ojos, que se quedó inmóvil, observando. Movióse luego unos pasos, me miró a través de la oscuridad, sonrió y me hizo una seña con la cabeza, hacia arriba, hacia el lado más oscuro de la plaza. Por fin sentía deshacerse en mí el terrible anatema de la rigidez. Recobré el movimiento y respondí con ademán afirmativo a su seña.

»El pacto invisible quedaba cerrado. Traspasó la penumbra de la plaza, volviendo la cabeza de trecho en trecho para ver si la seguía. Y así lo hice. El plomo había caído de mis rodillas, y los pies recobraban la agilidad. Era un impulso magnético lo que me hacía andar; no la conciencia, sino un secreto poder me llevaba detrás de ella. En la oscuridad del pasillo formado por las dos hileras de barracas moderó el paso. Estaba cerca de ella. Me examinó, recelosa, unos segundos, como si algo la moviera a dudar. Seguramente le eran sospechosas mi actitud reservada y mi elegancia en contraste con el sitio. Volvióse en redondo varias veces y vaciló. Luego, indicando el sitio donde el pasillo se prolongaba en una oscuridad negra como un pozo de mina, dijo:

»—¡Vamos más arriba! Detrás del circo está completamente a oscuras.

»No acerté a responder. Me aturdía la enojosa ordinariez del encuentro. De buena gana hubiera salido del paso dándole una moneda, habría comprado mi libertad con una excusa; pero ya no tenía el dominio de mí mismo. Era como, al deslizamos con celeridad en la carretilla por la vertiente nevada, la sensación de miedo de la muerte en el viraje, que se combina con el ruido vibrante de la velocidad: en lugar de frenar, nos entregamos con una flojedad

embriagada y, a la par, consciente. No. podía volver atrás y tal vez no quería; cuando ella se arrimó a mí en actitud confidencial, cogí su brazo sin voluntad. Era un brazo flaco, no de mujer, sino semejante al de un niño escrofuloso. Apenas sentí su contacto bajo la delgada tela; me invadió en medio de la tensión una blanda piedad hacia aquel lastimoso desecho de la vida que la noche escupía a mi lado. Y, espontáneamente, mis dedos acariciaron aquellas articulaciones enfermas con tal respeto y pureza como no he tocado nunca a otra mujer.

»Atravesamos una carretera mezquinamente alumbrada y entramos en un bosquecillo cuyos árboles de pesadas copas daban al sitio una oscuridad en la que flotaba un olor mohoso. En aquel momento, con todo y no distinguirse las siluetas, noté que volvía la cabeza con precaución, y unos pasos más adelante, otra vez. Cosa rara: mientras resbalaba a ciegas hacia la turbia aventura, mis sentidos velaban, terriblemente lúcidos. Con una perspicacia a la cual nada escapaba, que registraba cada movimiento, vi a nuestras espaldas, al borde del sendero que habíamos atravesado, deslizarse una sombra, y creí oír un paso precavido. De repente, como a la luz del relámpago que cubre de blanco un paisaje, lo comprendí, lo supe todo: me habían hecho caer en un lazo; los rufianes de la ramera espiaban a nuestras espaldas, y ella me atraía al sitio oscuro, fijado de antemano, en el cual sería su presa. Con la claridad sobrenatural que sólo tenemos en los apretados segundos entre la vida y la muerte, lo vi todo, premedité todas las posibilidades. Me quedaba tiempo de escapar; la carretera debía de estar cerca: se oía el ludir del tranvía sobre los rieles. Hubiera bastado un grito o un silbido para que acudiera la gente; todas estas posibilidades de salvación, de huida, se me presentaban destacadas, corpóreas.

»Pero, cosa rara, lejos de enfriarme, la alarmante convicción aumentaba el calor. Hoy, despierto, bajo la luz diáfana de un día de otoño, no me explico todavía del todo lo absurdo de mi conducta: sabía muy bien, lo sabía con todas las fibras de mi ser, que me metía estérilmente en la boca del lobo, pero esta anticipación recorría mis nervios como una locura benigna. Algo enojoso presentía, tal vez mortal; me estremecía de asco al sentirme arrastrado al delito de tina suda y ordinaria aventura, pero la misma muerte despertaba en mí una siniestra curiosidad, poseído, aturdido como me encontraba bajo una

borrachera de vida no sospechada hasta entonces. Algo, no sé si vergüenza de demostrar el miedo o la debilidad, me incitaba a bajar a la más honda cloaca de la vida y disipar en un día todo mi pasado. Una temeraria voluptuosidad del espíritu se combinaba con lo vulgar de la aventura. Sentía en todos mis nervios aquel peligro, lo veía claro con mis sentidos, con mi razón y, aun así, me internaba en el bosquecillo del brazo de la sucia ramera del Prater, cuyo cuerpo más me repugnaba que me atraía y sabiendo que me llevaba consigo para que cayera en manos de sus cómplices. Pero no podía volver atrás. La fuerza de gravedad de lo delictivo, que por la tarde se me había pegado en la aventura de las carreras, me empujaba más y más bajo. Y sólo sentía la emoción del pasmo, el torbellino del vértigo de la caída en nuevas profundidades, y tal vez en la última: la muerte.

»Dio dos pasos y se detuvo. Echó una mirada insegura alrededor y luego me miró en expectativa.

»—Bueno, ¿cuánto me das?

»Claro. Lo había olvidado. Pero la pregunta más bien me complació. ¡Tales deseos tenía de dar, de desprendimiento! Metí mano al bolsillo y vacié en su mano abierta toda la plata y un par de billetes estrujados. Sucedió entonces algo tan prodigioso que, al recordarlo, todavía se me calienta la sangre: o aquella criatura se sorprendió de la cantidad, acostumbrada a contentarse con unas insignificantes monedas como paga de su bajo menester, o bien descubrió en la manera alegre, pronta, feliz, de darle aquel dinero, algo desacostumbrado, algo nuevo; retrocedió un poco y pude ver, entre la espesa oscuridad que olía a moho, cómo me buscaban sus ojos maravillados. Por fin experimentaba lo que con tanto anhelo perseguí: alguien quería saber de mí, me buscaba; por primera vez vivía para alguien de este mundo. Y el hecho de que fuera precisamente el ser más despreciado, que paseaba su pobre cuerpo agotado a través de la oscuridad como una mercancía, sin mirar siquiera al comprador, el que entonces ponía sus ojos en los míos e interrogaba en mí a la Humanidad, hizo subir de punto mi rara embriaguez, a un tiempo perspicaz y vacilante, lúcida y mágicamente difusa. Aquella criatura desconocida se apretaba más a mi cuerpo, pero no como en cumplimiento de un deber pagado, sino con todas las señales de la espontánea gratitud, con una voluntad femenina de aproximación. Cogí suavemente su

brazo, el delgado brazo raquítico de niño; percibí su cuerpecito lisiado, y de pronto, por encima de esto, toda su vida: la mugrienta cama prestada en un patio de casa de suburbio, en la cual se echaba desde la mañana al mediodía para dormir, entre un gusanero de chicos ajenos; el rufián que la maltrataba, los borrachos que en la penumbra se echaban sobre ella, cierto departamento del hospital donde la llevaban, el anfiteatro en el cual exponían su mísero cuerpo desnudo y enfermo, como objeto de estudio, a unos alumnos desvergonzados; y luego, el final en un asilo cualquiera, donde la habían arrinconado para morir como una bestia. Me invadió una compasión infinita hacia ella, hacia todos: algo cálido que era ternura y no sensualidad. Volví a acariciar su pobre brazo disecado. Y luego me incliné y le di un beso, que recibió como pasmada.

»En aquel momento oí ruido detrás de mí. Crujió una rama. Di un salto atrás. Una voz ordinaria de hombre rompió en una ancha carcajada:

»—¡Ya le tenemos!

»Sabía quiénes eran antes de verlos. En medio de mi aturdimiento no había olvidado ni un segundo que me estaban acechando, y mi curiosidad, misteriosamente despierta, los esperaba. Se adelantó una forma de la espesura, y luego otra: muchachos de traza abandonada, descaradamente plantados. Y otra vez la risa vulgar:

»—¡Parece mentira! ¡Venir aquí a esas porquerías! ¡Vaya con los señores! Pero no se escapará de venir con nosotros.

»Yo estaba petrificado. La sangre afluía a mis sienes. No sentía miedo. Esperaba lo que iba a suceder. Había llegado al fondo, al abismo de lo vulgar. Por fuerza vendría la explosión, el desenlace al cual me sentí empujado semiinconsciente.

»La muchacha se había apartado de mí, pero sin reunirse con ellos. Estaba en medio; al parecer, aquel suceso, aunque fuese premeditado, no le resultaba muy agradable. Los muchachos se enojaron al ver que no se movía. Se miraban, esperando sin duda una vacilación, una súplica, un síntoma de miedo.

»—¡Ah, no dice nada! —exclamó, por fin, uno de ellos, provocándome.

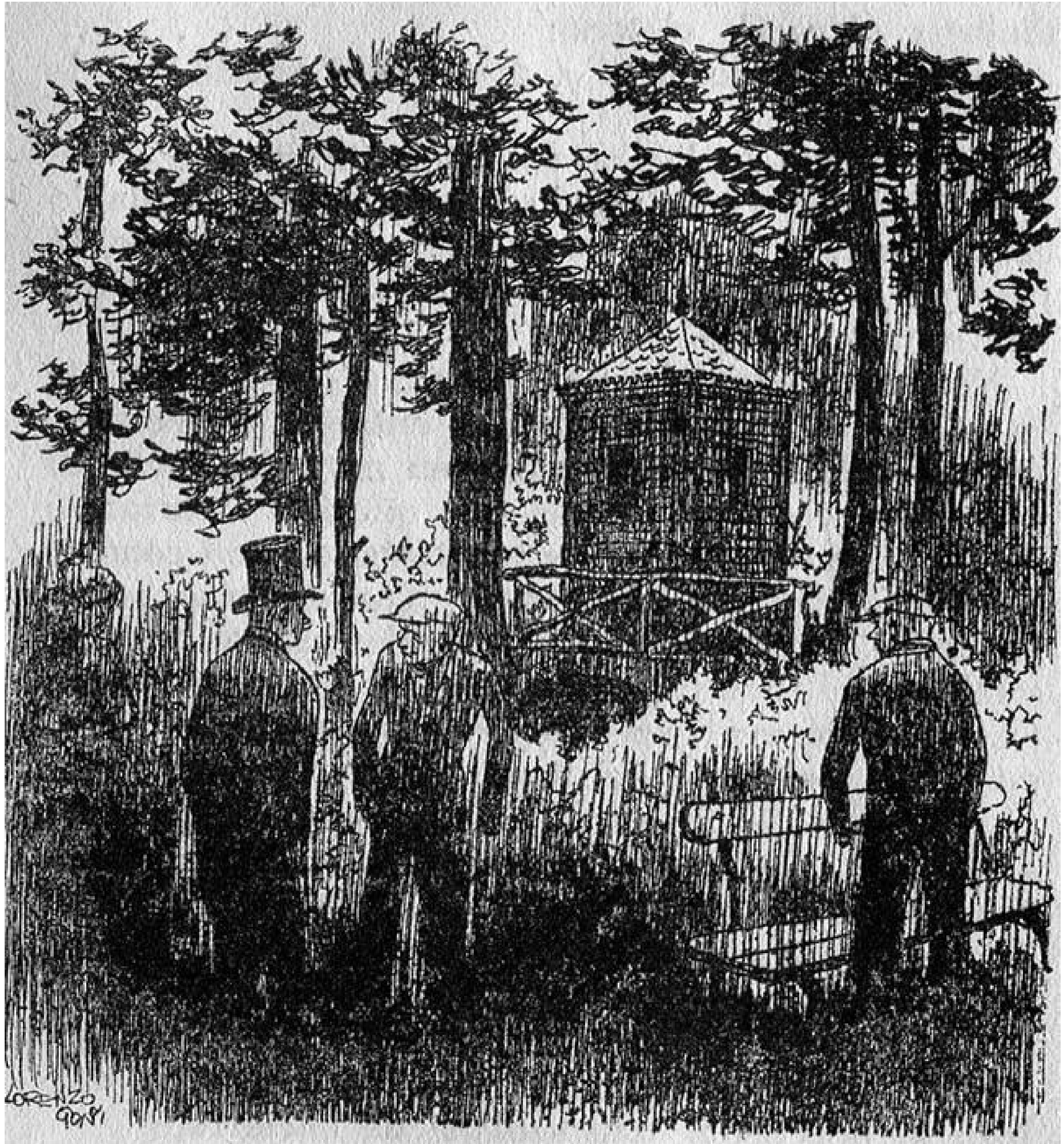
»Otro se me acercó y dijo en tono de mando:

»—Tiene usted que venir con nosotros a la comisaría.

»Tampoco respondí. Entonces, uno de los muchachos me echó la mano al hombro y me sacudió un poco.

»—¡Andando!

»Me puse en marcha. No me resistí porque no me interesaba hacerlo. Lo inaudito, lo vulgar, lo peligroso de la situación me aturdían, pero mi raciocinio era tan lúcido como antes. Sabía que los dos golfos tenían más motivos que yo para temer a la policía y que podía comprar mi libertad con unas coronas. Pero quería apurar el terror hasta el fondo, y, en una especie de ensueño consciente, disfrutaba en el rebajamiento. Sin prisa, como un autómata, seguí la dirección en que me habían empujado.



»Precisamente el hecho de verme andar con tal resignación hacia el sitio iluminado pareció que desconcertaba a los muchachos. Se hablaban en voz confidencial. Después, con toda intención, se pusieron a dialogar elevando el tono:

»—¡Déjale! —decía uno, pequeñito, picado de viruelas.

»Pero el otro replicaba con aparente energía:

»—¡Nada de eso! Cuando lo hace un pobre diablo como nosotros, que no tiene donde caerse muerto, le ponen a la sombra. ¡Ah, los señores finos…! ¿No habrá nunca justicia?

»No se me escapaba una sílaba, y por lo bajo oía la invitación mal formulada a entablar negociaciones; el delincuente que había en mí comprendió al que había en ellos. Conocí que querían torturarme por el miedo y que yo les torturaba con mi condescendencia. Era una lucha sorda. ¡Qué generosa aquella noche! En medio del peligro de muerte bajo las sombras del Prater oliendo a moho, entre dos tunantes y una ramera, experimentaba por segunda vez en doce horas el furor del juego que me seducía; pero la apuesta de ahora era la más arriesgada: me iba en ella toda mi existencia cívica, mi vida tal vez. Y me abandoné a ese juego inaudito de la chispeante magia de la casualidad con toda la tensión de mis nervios, que vibraban como si fueran a romperse.

»—¡El guardia asoma por aquel lado! —exclamó una de las voces a mi espalda—. No le sentaría muy bien al fino señor una semana de encierro.

»El tono debía de ser malicioso, provocativo, pero yo oía entre palabras la inseguridad que le subía a la garganta. Me acerqué sin prisa al sitio iluminado, en donde realmente lucía el casco de un guardia. Sólo veinte pasos. Detrás de mí, el diálogo de los muchachos había cesado; noté que acortaban el paso, y sabía que dentro de poco se retirarían a la oscuridad, a su mundo, acobardados, amoscados por el fracaso del golpe, y que tal vez descargarían su cólera sobre aquella desdichada. Terminaba la partida. Una vez más en aquel día había ganado, había estafado en justo castigo a otro desconocido. Ya daba sobre nuestros cuerpos la luz de los faroles y, al volver la cabeza, pude ver en los ojos vacilantes de los dos muchachos la contrariedad y la vergüenza. Estaban en pie, inmóviles, como oprimidos y desilusionados, a punto de volver grupas y huir hacia la oscuridad. Su poder había prescrito: entonces me temían.

»Como si el hervor de mi pecho hiciera saltar los vínculos y entrase en mi sangre la cálida emoción, me asaltó en aquel momento una infinita y fraternal piedad hacia aquellos seres. ¿Qué requerían de mí aquellos dos pobres muchachos famélicos, rotos? ¡De mí, el saciado, el parásito! Unas coronas, unas miserables coronas. Hubieran podido, allá en las tinieblas,

estrangularme, matarme, robarme, y no lo hicieron. Limitáronse a intentar torpemente, sin experiencia, intimidándome, sacarme las monedas de plata que llevaba en el bolsillo. ¿Cómo me atrevía yo, ladrón por capricho, por majadería, por el buen placer de mis nervios, a alimentar las cuitas de aquellos pobres diablos? Y a mi infinita piedad se mezclaba una infinita vergüenza de haber retozado con su miedo y su impaciencia, sólo por darme aquel gusto. Me concentré. Entonces, precisamente entonces que me sentía seguro, que me favorecía la iluminación de la calle inmediata, era el momento de complacerles, de sustraer a la desilusión aquellas desoladas y hambrientas miradas.

»Dando una vuelta súbita, me dirigí a uno:

»—¿Por qué quieren ustedes denunciarme? —le dije, procurando poner en la voz una opresión angustiosa—. ¿Qué motivos tienen? Me encerrarán o no. Pero a ustedes no les reportará ningún beneficio. ¿Por qué echarme a perder la vida?

»Se miraban, confusos. Para todo estaban preparados: un escándalo, una amenaza, ante los cuales se hubieran alejado gruñendo como perros; pero no podían esperar la indulgencia. Uno de ellos dijo al fin, pero no amenazando, sino más bien disculpándose:

»—Ha de haber justicia. Cumplimos sólo con nuestro deber.

»Debía de ser la muletilla para tales casos. Ninguno de los dos se atrevía a mirarme. Esperaban. Lo que esperaban, bien lo sabía yo: que les pidiera clemencia y les ofreciera dinero.

»Tengo presente en el ánimo todo lo de aquellos momentos: cada nervio que en mí actuaba, cada pensamiento que se agitaba bajo mi cráneo, y lo que mi mala intención se proponía: hacerles esperar, atormentarles aún más. Pero pronto cambié de actitud y supliqué, porque sabía que, al fin, tenía que salvarles de su congoja. Empecé a representar la comedia del miedo; solicité su piedad para que se callaran, para que no causaran mi infelicidad. Me di cuenta —¡pobres aficionados del robo!— de lo desconcertados que estaban y cómo el silencio se iba ablandando entre ellos y yo.

»Y al fin dije lo que anhelaban hacía mucho rato:

»—Les doy… cien coronas.

»Los tres se sobresaltaron y se consultaron con la mirada. No esperaban tanto, cuando todo les parecía ya fracasado. Por fin, el de las viruelas y los ojos saltones se revistió de valor. Lo intentó dos veces; no le salía de la garganta. Por fin —y adiviné cómo le abochornaba— dijo:

»—Doscientas coronas.

»—¡Vamos, anda! —intervino de pronto la muchacha—. Contentos podéis estar si consiente en daros algo. Nada ha hecho; apenas tocarme. ¡Esto es demasiado!

»Gritaba con sincero enojo. Y mi corazón se alegraba. Alguien se compadecía de mí, daba la cara por mí; de lo vulgar brotaba la bondad, y de un robo frustrado, algo como un anhelo de justicia, que me llenaba el espíritu y respondía a la plenitud que en mí había. No, basta ya de jugar con la gente, de complacerme en su miedo, en su confusión. ¡Basta! ¡Basta!

»—Bien, doscientas coronas.

»Se callaron los tres. Saqué la cartera; la abrí despacio, y la tuve así sobre la mano. Hubieran podido arrebatármela de un zarpazo y huir en la oscuridad. Evitaban mi mirada. Pero entre ellos y yo había una secreta alianza; la lucha y el juego habían cedido el lugar a un estado de derecho y de confianza, a una relación humana. Separé los dos billetes del fajo de los robados y los di a uno de los muchachos.

»—Muchas gracias —dijo instintivamente, y se dispuso a marcharse.

»Sin duda acababa de darse cuenta de lo ridículo que era dar las gracias por un dinero exigido a la fuerza. Se avergonzó, y aquella vergüenza —¡oh, no se me perdía actitud ni detalle!— me dejó oprimido. No quise que un ser humano se abochornara ante mí, que era su igual, ladrón como él, cobarde y sin voluntad como él. Su humillación me mortificaba y quise librarle de ella. Evadí su gratitud.

»—Las gracias se las doy yo a ustedes —dije, y me asombré de mí mismo por la sincera cordialidad que rebosaba en mi voz—. Si me hubieran denunciado, estaba perdido para siempre. No tenía más salida que el suicidio, y ustedes nada habrían sacado. Vale más esto. Yo voy hacia la derecha, y ustedes, probablemente, hacia el otro lado. Buenas noches.

»Callaron otro momento. Y luego dijo uno:

»—Buenas noches.

»Y después el otro, y por fin la ramera, que había permanecido en lo más oscuro. Las voces eran cálidas, salidas del corazón, como un verdadero deseo. En ellas conocí que, en la recóndita oscuridad de su ser, me querían bien y que no olvidarían nunca aquellos momentos singulares. ¿Quién sabe si algún día, en la cárcel o en el hospital, se les renovaría la idea de que algo mío sobrevivía en ellos, de que les había dado algo? Y este goce de la dádiva me llenaba como nunca sentimiento alguno.

»Solo en la noche, fui hasta la salida del Prater. Me sentía libre de opresión, desbordante de una plenitud nunca conocida, yo, el indiferente. Era como si todo viviera para mí solo, unido a la corriente común. Los árboles me rodeaban y su murmullo era para mí y los amaba. Brillaban en lo alto las estrellas, y yo aspiraba su blanca salutación. No sé de qué lado venían unas voces que cantaban, y era como si cantaran para mí. Poseía el mundo desde que había caído la corteza de mi pecho y el goce de mi prodigalidad me comunicaba con todo. "¡Ah!, qué sencillo es —me decía una voz— satisfacer a los otros y hallar en ello la propia satisfacción: basta entregarse y circula de hombre a hombre la corriente vital, se precipita de lo alto a lo profundo, borbotea desde el abismo para remontarse de nuevo a lo infinito".

»Al salir del Prater, cerca de una parada de coches vi una vendedora ambulante, cansada, inclinada sobre su tenderete. Vendía unos pasteles blanqueados de polvo y algunas frutas; debía de estar allí desde la mañana, inclinada sobre el escaso producto, quebrada de fatiga. "¿Por qué no te has de alegrar tú también —pensé— si yo me alegro?" Cogí un pedacito de pan de miel y pagué con un billete. Quiso devolverme el cambio, diligente, pero yo me iba ya, no sin atisbar cómo se estremecía de gozo, cómo el cuerpo abandonado se erguía y, con la boca petrificada de asombro, me enviaba mil plácemes. Con el dulce entre los dedos, me acerqué al caballo, rendido, colgando de las lanzas, pero el animal movió la cabeza y dio un resoplido amable que iba dirigido a mí. También en su mirada húmeda había gratitud por haberle acariciado el rosado belfo al tenderle el pan de miel. A medida que daba, deseaba dar más, comunicar a otros alguna felicidad, ver como con unas piezas de plata, con unos billetes, se puede, extinguir la angustia, matar los cuidados, encender la alegría. ¿Dónde había unos mendigos? ¿Dónde había unos niños que quisieran unos globos de los que vendía aquel hombre

cojo de pelo blanco, malhumorado? Ya se los llevaba en espeso hato con sus innumerables hilos, desengañado del mal negocio de aquel largo día de verano. Me acerqué a él.

»—¡Déme usted los globos!

»—Diez *hellers* la pieza —dijo, desconfiado.

»¿Qué iba a hacer el vagabundo elegante con los globos de color a las doce de la noche?

»—¡Démelos todos! —insistí, y le tendí un billete de diez coronas.

»Con un raro brinco, me miró como deslumbrado, y luego me dio, tembloroso, el cordón que aseguraba toda la mercancía. Sentía yo la tensión en los dedos: querían marcharse, ser libres, llegar al cénit.

»—¡Id, pues, volad adonde os apetezca, sed libres!

»Solté el cordón y se remontaron como una infinidad de lunas de colores. Acudió gente de todos lados, y se reían, y las parejas salían de la sombra, y los cocheros hacían chasquear el látigo, llamándose y señalando con el dedo los globos que, ya más allá de los árboles, traspasaban la altura de las casas. Y todos se miraban gozando de la diversión que les procuraba mi inocente locura.

»¿Cómo había ignorado hasta entonces lo fácil que es y el bienestar que procura el dar alegría? De pronto, los billetes de Banco me quemaban el pecho, y una vez los tuve en las manos, como antes el cordón de los globos, querían salir de ellas, también, para volar a lo desconocido. Y así los robados a Lajos como los míos —pues ya no distinguía diferencia ni culpa— me dispuse a repartirlos a todo el que quisiera uno. Me acerqué a un barrendero que limpiaba perezosamente la desierta Praterstrasse. Creyó que iba a preguntarle el nombre de una calle y me miró malhumorado; le dirigí una sonrisa y le tendí un billete de veinte coronas. Se quedó pasmado, sin comprender; luego tomó el billete y esperó lo que le pediría. Pero me eché a reír y le dije:

»—Cómprate algo bueno.

»Y seguí adelante. No dejaba de mirar a todas partes en busca de alguien que necesitara de mí, y como nadie pedía, ofrecí. A una ramera que se me dirigió, le regalé uno; dos, a un encendedor de faroles; eché uno en el tragaluces abierto de un horno de cocer pan instalado en un sótano; y así, sin

detenerme, iba dejando a mi paso una larga estela de asombro, gratitud y alegría. Acabé echándolos uno a uno en el vacío, sobre el pavimento, en las gradas de una iglesia, gozándome en imaginar la mujercita que al ir a su devoción matutina encontrase las cien coronas y bendijera a Dios; o el pobre estudiante, la sirvienta, el jornalero que, asombrados y felices, descubrieran aquel dinero, como yo me descubrí a mí mismo aquella noche.

»No podría decir en todo su detalle cómo y dónde desparramé hasta el último billete y, detrás de ellos, las monedas de plata. Era un desvarío, un desbordarse como en una mujer. Aligerado de los últimos billetes, sentí una agilidad del cuerpo como si fuera a volar, una libertad que nunca había conocido. La calle, el cielo, las casas, todo flotaba mezclado, penetrándome de una emoción enteramente nueva de poseerlo todo, de participar en todo. Ni en los momentos más cálidos de mi existencia había sentido con tanta fuerza cómo todas las cosas estaban presentes en realidad, que vivían y que yo vivía, y que ambas vidas eran lo mismo: aquélla, grande, poderosa, cuyo goce nunca será bastante ponderado, que sólo el amor comprende y que sólo abarca quien es generoso de sí mismo.

»Vino todavía un momento oscuro, que fue cuando, al cabo de mi ruta venturosa, metí la llave en la cerradura de la puerta y se abrió, oscuro, el paso a mis habitaciones. Asaltóme la aprensión de que iba a volver a mi vieja existencia pasada por el hecho de pisar la habitación de aquel que yo había sido hasta entonces, y echarme en su cama, y reanudar el contacto con todo lo que aquella noche tan venturosamente había arrancado de mí. No, nunca más volvería a ser el hombre que fui, aquel *gentleman* de ayer, sin entrañas, despegado del mundo; prefería caer en las profundidades del delito y del horror, pero estar en contacto con la verdadera vida. Me sentía cansado sin ponderación y, así y todo, temía el sueño, que podía llevarse con su negro limo todo lo cálido, lo vivo que aquella noche había puesto en mí, y reducirlo a una fantasía pasajera y sin consistencia.

»Pero a la mañana siguiente me levanté satisfecho y sin que nada hubiera desaparecido de la emoción rebosante de generosidad. Han transcurrido cuatro meses, y no ha vuelto la rigidez de antes. Soy como la planta que da sus flores al calor del día. La mística borrachera que sentí al perder de pronto el contacto del antiguo mundo y caer en lo desconocido, percibiendo en esta

caída el vértigo de la celeridad mezclado con la profundidad de la vida, no la siento ya, pero sí el calor de mi sangre cada vez que respiro y el goce de vivir que no había experimentado antes. Sé que soy un hombre nuevo, con otros sentidos, otras solicitaciones y una conciencia de mí mismo más robusta.

»Claro que no pretendo ser un hombre mejor: sé que soy más feliz porque mi vida, antes insubstancial, ha cobrado ahora un sentido al que no sabría qué nombre dar, como no fuera el mismo nombre de Vida.

»Desde aquel día no me pongo prohibiciones, porque reconozco convencionales las normas y las formas de mi sociedad; no me avergüenzo ante los otros ni ante mí mismo. Palabras como “honor”, “delito”, “vicio”, han adquirido de pronto un sonido insignificante y falso, y no puedo pronunciadlas sin temor.

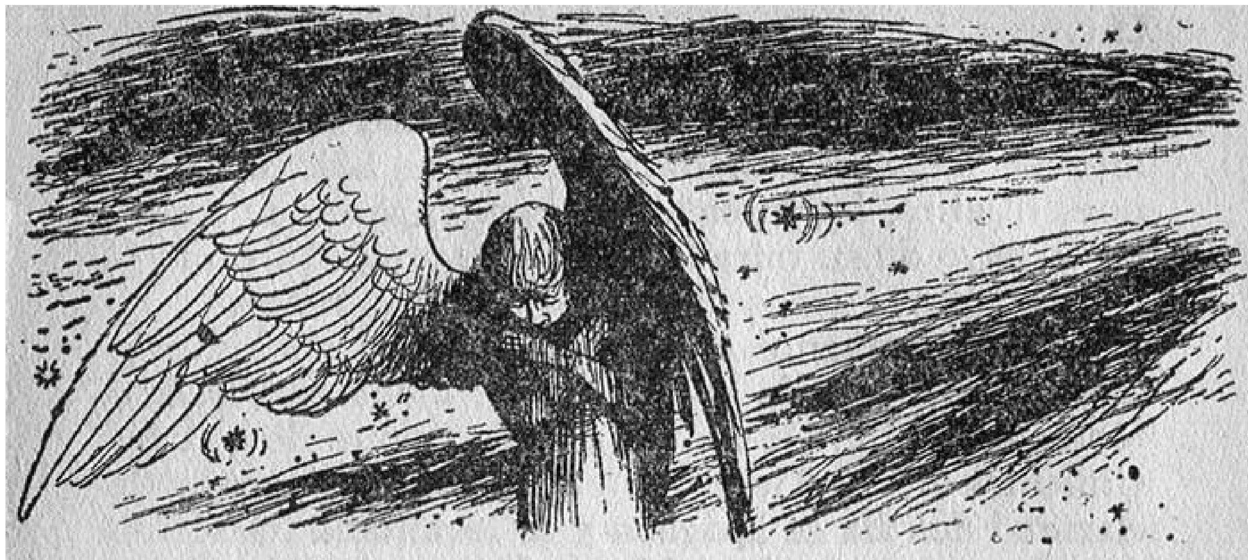
»Vivo en cuanto me entrego al azar de la potencia que tan maravillosamente percibí entonces por primera vez. No pregunto adonde me lleva: podría ser que a otro precipicio, a lo que otros llaman vicio, o a lo sublime. No lo sé ni pretendo averiguarlo. Porque creo que sólo vive de veras quien vive su destino como un secreto.

»Pero sé de cierto una cosa: que nunca había amado tan intensamente la vida, y también que comete un delito —y no existe otro— el hombre que es indiferente a cualquiera de sus formas y aspectos. Desde que empecé a comprenderme a mí mismo, entiendo también infinitas cosas fuera de mí: la mirada de un hombre ansioso a la vista de un escaparate es capaz, de conmoverme, la cabriola de un perro puede entusiasmarme. Doy importancia a todo, nada me es indiferente. Leo en el periódico —que antes solamente hojeaba para saber las diversiones y las subastas— cien cosas que me atraen. Comprendo los libros que me aburrían. Y lo más notable es que puedo hablar con otros hombres al margen de lo que suelen llamar conversación. Me interesa mi criado, que está en casa desde hace siete años y ante el cual solía pasar antes como si fuera un poste animado; hablo a menudo con él y hace poco que me contó la muerte de su hijita, y me impresionó más que las tragedias de Shakespeare. Esta transformación —por más que, en lo externo, para no delatarme, ciño mi vida a los términos del aburrimiento de buen tono — me parece cobrar más transparencia cada día. Muchas personas me tratan con mayor cordialidad, y esta semana, por tercera vez, me han seguido en la

calle perros que andaban perdidos. Los amigos me dicen, como a uno que acaba de vencer una enfermedad, que me encuentran rejuvenecido.

»¿Rejuvenecido? A mí me consta que empiezo a vivir ahora. Es muy general la preocupación de que todo lo pasado fue error y aprendizaje, y comprendo muy bien cuán suntuoso resulta coger la pluma fría con la mano cálida y palpitante y derramarse sobre un árido papel para probar que se vive de veras. Pero pasemos por la presunción. Es, en todo caso, la primera que me ha colmado de dicha, la primera que me ha calentado la sangre y desembotado los sentidos. Y si consigno aquí el prodigio de mi despertar, lo hago para mí solo, que he ahondado más en esto de lo que puedan expresar mis palabras. No se lo he contado a ningún amigo; así como no sospecharon nunca en qué grado de inercia me encontraba, tampoco sabrán cómo he retoñado. Y si acaso, en medio de esta mi vida verdadera, llegara la muerte y el escrito cayera en manos ajenas, no me cohíbe tal posibilidad. Quien no conozca la magia de una hora semejante, lo mismo que yo en otro tiempo, no comprenderá tampoco cómo un par de episodios de un día, sin aparente relación, pueden reanimar tan prodigiosamente un destino ya extinguido.

»Ante ése no me avergüenzo, porque no me comprende. Y quien es capaz de comprender no juzga ni es orgulloso, y tampoco delante de éste me avergüenzo, porque me comprende. Nada del mundo puede perder quien se ha encontrado a sí mismo. Y quien una vez ha comprendido lo humano en sí mismo, comprende a todos los hombres.



RAQUEL HABLA CON DIOS

(Leyenda)

UNA vez más, el obstinado y veleidoso pueblo de Jerusalén había olvidado el juramento de alianza; una vez más había ofrecido el don sangriento a los ídolos de bronce de Tiro y Ammon. Y, no satisfechos con este delito que hacía humear las cumbres y los altares de piedra, en la propia mansión de Dios que un día edificara Salomón, su siervo, pusieron imágenes de Baal, y llevaron su carnicería hasta el punto de llenar de los vapores del humo y de la sangre los lugares santos.

Cuando Dios vio que hacían befa de él en el seno de su santuario, se encendió en ira. Extendió la diestra y su voz llenó los ámbitos del cielo: se agotaba, por fin, su longanimidad; quería exterminar la ciudad pecadora y aventar su gente como el polvillo de las eras sobre la haz de la Tierra. La voz de un trueno, resonando de un cabo a otro de la inmensidad, proclamó este mensaje.

Estremeciéronse los fundamentos de la Tierra y las alturas del cielo al oír la voz del divino rencor. Huyeron las corrientes y se humillaron los mares, vacilaron los montes como ebrios y postráronse las peñas. Caían muertos los

pájaros del aire, y los mismos ángeles escondían la cabeza bajo las alas, pues ni ellos, los insensibles, eran capaces de soportar el rayo de su mirada de cólera, y sonaba como el bronce en sus oídos el grito del divino rencor.

Sólo los humanos en el abismo de su ciudad condenada, sordos a la voz del cielo, ignoraban la sentencia de su fin. No más se dieron cuenta de que los cimientos de la Tierra se conmovían de pronto, la claridad del día se apagaba y se levantaba un viento de tormenta bajo el cual los cedros se rompían como cañas y los matorrales se abajaban a ras de tierra como alimañas. En la grupa del viento vinieron las nubes y cubrieron el cielo de oscuridad: sobre sus cabezas campeaba la corrupción y bajo sus pies oscilaba la Tierra como si fuera agua. Corría la gente, aterrorizada, para que no se le viniera encima el techo, y al levantar los ojos se renovaba su terror, porque el nublado estaba suspendido sobre ellos, más duro que la roca, y los hilos de azufre inflamaban el aire sibilante. Era en vano que, como alocados, rasgaran sus ropas y cubrieran de tierra sus cabellos; en vano que enterraran el rostro en el suelo y clamaran perdón al Señor por su temeridad; el nublado se hacía más denso y se dilataba hasta apagar la viva luz sobre aquella tierra.

Tan amenazador era el enojo en la voz de Dios, que no solamente los vivos oyeron su mensaje, sino también los muertos, que se despertaron en sus tumbas, y las almas de los muertos, atemorizadas, salieron de su sueño esquelético. Porque así está marcado y destinado: no podrán los muertos mirar la faz de Dios —sólo los ángeles resisten el colmo de su luz inflamada —, pero si oír las trompetas del Juicio y entender la voz del Señor. Erguidos sobre sus tumbas, los muertos se remontaban en él aire. Aleteando como pájaros contra un viento recio, las almas de los antepasados se agrupaban en legiones para unir sus ruegos al Todopoderoso y apartar la venganza de sus hijos y de las almenas de la ciudad santa. Isaac, Jacob y Abraham, los patriarcas, les precedían clamando su petición. Pero el trueno ofuscó su clamor, y sobre su balbuceo cayó otra vez la palabra del Señor; colmada la medida de la ingratitud desde hacía mucho tiempo, había llegado la hora de la destrucción del templo, para que le reconocieran en su cólera los que habían huido de su amor. Y, sumidos los patriarcas en la impotencia de las palabras, avanzáronse los profetas Moisés, Samuel, Elías y Eliseo, quienes tenían en la boca el verbo del mismo Dios; los hombres de la lengua de fuego, cuyo

corazón les subía a los labios. Pero el Señor no hizo caso de sus razones y su viento rebatió contra las barbas de los viejos las palabras. Y ya se afilaban los rayos para caer con su fuego devorador sobre la torre y el templo.

Así quedaron sin ánimo los santos varones; temblaban, como la hierba pisoteada, sus almas vacías ante el Señor, a cuya cólera no se atrevían a oponer ni el hálito de una palabra. Y cuando callaban, intimidadas, todas las voces terrenales, salió sola Raquel, la madre de Israel, de la selva de sus angustias. También ella había oído en su tumba de Ramah la voz airada de Dios, y corrían sus lágrimas porque se acordaba de los hijos de sus hijos. Recogió toda su fuerza en el corazón y se postró ante el Invisible. De rodillas, levantadas las manos, decía al Señor:

—El corazón palpita en mi cuerpo al hablar contigo, Todopoderoso, pero ¿quién formó en mi pecho este corazón que late de miedo ante Ti y los labios que derraman su angustia en la oración? Rodeada de tu temor, confío en tu amor, y para sacar a mis hijos de pena levanto mi voz débil en medio de tu eternidad. No me diste ni la prudencia ni la astucia y no hallo nada para apaciguar tu cólera, si no es hablar de mí misma cuando logre dominar la mía. Bien sé que conoces lo que voy a decir antes de que pronuncie una palabra, puesto que está figurada en Ti toda palabra antes de que salga de labios humanos, y cada acto, antes de que lo ejecute nuestra mano terrenal. Así y todo, te suplico que me oigas paciente, por el amor de los pecadores.

Dicho esto, Raquel humilló su rostro. Pero Dios vio a la que se postraba ante él, y sus lágrimas. Y dio un momento de tregua a su cólera para oír a la afligida.

Cuando Dios escucha, el ámbito de los cielos queda vacío y el tiempo muere. Ningún viento se atrevía a soplar, escondióse el trueno, los animales que se arrastran se detuvieron, dejaron de volar las aves y se cortó el aliento en todas las bocas. Detuviéronse las horas, y los querubines, inmóviles, parecían de bronce. Porque cuando Dios escucha, todo lo que vive contiene el aliento y cesa el murmullo de los cielos; el mismo Sol y la Luna se detuvieron, y todas las corrientes enmudecieron ante la expectación del Señor.

Pero allá, en lo hondo de la Tierra, los humanos se agazapaban sin sospechar nada de la súplica de Raquel ni del oído atento de Dios. Porque

ellos ignoran en todo tiempo lo divino y no pueden adivinar lo que sucede en los cielos. Sólo vieron que de pronto la tormenta se detenía sobre sus cabezas sin estallar. Y cuando levantaban los ojos llenos de esperanza, vieron la misma nube negra como la tapa de un ataúd y la tiniebla que amenazaba sin un aliento de aire. Se llenaron de espanto una vez más, y la quietud les rodeaba, fría como el sudario sobre el cuerpo exánime de los muertos.

Pero Raquel, que sentía como Dios escuchaba, levantó el rostro olvidando las lágrimas y, vuelta hacia él, dijo con el valor que da la pena:

— Fui pastora, hija de Labán, bien lo sabes, en la tierra de Harán que mira a Oriente, donde guardaba las ovejas de mi padre, según su mandato. Pero al llevarlas a abrevar una mañana, las mozas no sabían cómo remover la piedra de la fuente, y saltó un joven dispuesto a ayudarlas, un forastero de buena presencia, que nos dejó admiradas ante el vigor de su cuerpo. Era Jacob, tu enviado, el hijo de la hermana de mi padre, y, apenas hubo dicho su nombre, le llevé a la casa de mi padre. Una hora después de vemos ya ardían nuestras miradas, y nuestros corazones anhelaban el uno por el otro. Y a la noche yacía despierta deseándole; pero, mira, Señor, no me avergonzaba de mi sangre, porque ¿quién si no Tú has hecho que el corazón se abrase de pronto como la zarza ardiente del amor? Eres Tú mismo, Señor, quien quieres que la doncella se ofrezca al hombre y se confundan mirada y mirada, cuerpo y cuerpo en un mismo ímpetu. Por eso, lejos de sofocar nuestro fuego, nos dimos palabra de alianza aquel primer día que Jacob se fijó en mí, en Raquel.

»Pero mi padre, Labán, bien lo sabes, Señor, era un hombre duro como la tierra que removía con la azada, duro como el cuerno de sus toros que ponía bajo el yugo. Y cuando Jacob expresó el deseo de llevarme a su hogar, él quiso antes ponerle a prueba para ver si era según su voluntad: resistente en sus servicios y constante en la paciencia. Y pidió al pretendiente, Tú lo sabes, Señor, que le sirviera siete años por amor mío. Al oír esto, mi alma se estremeció, y en las mejillas de Jacob se disipó el color sanguíneo, tan infinitamente largo parecía el término a nuestra impaciencia. Para Ti, Señor, bien lo sé, siete años son como una gota que cae, menos que un abrir y cerrar de ojos para tu eternidad, pues el tiempo corre como humo a través del cielo de tu existencia sin comienzo ni fin. Pero siete años, Señor, dígnate reflexionarlo, para nosotros los humanos son una decena de la vida, ya que,

apenas abiertos los ojos de la tiniebla a tu luz santa, nos los cierra la noche de la muerte. Como torrente en la primavera, corre rápida nuestra vida y no vuelve atrás ni una sola onda. Siete años nos parecieran, pues, una eternidad a nosotros, impacientes; siete años de apartamiento, pero cerca uno de otro nuestros cuerpos, y los labios, sedientos del beso de quien más querían. Así y todo, Señor, Jacob se doblegó al mandato de mi padre, y yo hice lo mismo. Tomamos nuestro corazón en las manos para adiestrarlo a la sumisión y a la gran paciencia.



»¡Cuán difícil esta paciencia, Señor, a los seres en quienes has puesto un corazón cálido en el cuerpo vivo y sembrado en lo más hondo un miedo consciente de lo breve de nuestra vida terrenal! Sabemos, Señor, que el otoño está muy cerca de nuestra primavera y que el verano de nuestra vida no dura mucho; por eso bulle en la sangre la impaciencia y nuestra mano codiciosa

está tan pronta a asir lo que ama y pone con tanto afán su gozo en lo pasajero. ¿Cómo aprenderíamos a esperar los que tenemos por destino el envejecer, y cómo a ser pacientes si desaparecemos de un día a otro? ¿Cómo no arderíamos si a nosotros mismos nos devora el tiempo con sus llamas, y cómo no nos daríamos prisa si nos sigue las huellas la muerte? Así y todo, Señor, así y todo, supimos vencemos y ser superiores a nuestro primer deseo. Cada día eran mil días para nuestro anhelo, tanto nos amábamos. Pero al ver que habían transcurrido ya los siete años de espera, no nos parecieron más que Un día. Así, Señor, esperé a Jacob, y así me amaba Jacob.

»Al caer los siete años me presenté alegre a Labán mi padre, y le pedí la tienda nupcial. Pero Labán mi padre miraba más allá de mi alegría y era una nube su entrecejo, y un sello infrangible su boca. Y me mandó que llamara a mi hermana Lía.

»Lía, mi hermana, Señor, bien lo sabes, era la primogénita, salida dos años antes que yo del seno de mi madre. No habías puesto belleza en su semblante y los hombres no se fijaban en ella, y sentía mucha aflicción de que ninguno la deseara. Por esa su pena y por su dulzura la quería yo. Pero cuando mi padre me dijo que viniera con ella, y me mandó luego salir de la tienda, entendí pronto que urdía un engaño con mi hermana. Me escondí cerca para escuchar sus palabras, y oí que decía:

»—Oye, Lía, el hijo de mi hermana, Jacob, vino aquí y ha estado siete años a mi servicio para casarse con Raquel. Pero, por ti, no lo he de consentir. ¿Cómo dejaría que la más joven saliera del hogar antes que la mayor, y la primogénita quedara sin marido para ludibrio de las doncellas? Sería un acto contra la voluntad de Dios, una ignominia, y una necedad. Al empezar el mundo, en el amanecer de la Tierra, el Señor nos puso como ley que llenáramos su universo de seres humanos y que llegasen a ser miríadas los que un día bendijeran su nombre. No quiere que su tierra quede yerma y sin fruto lo que él engendró. No pernocta en mi cuadra un camero padre ni una novilla sin que aumenten su generación, ¿y soportaría que mi propia hija permaneciera cerrada en la vergüenza y el ludibrio? Prepárate, pues, Lía; toma tu velo nupcial y cubre tu rostro para que pueda llevarte a Jacob en lugar de Raquel.

»Así habló mi padre a Lía, que se quedó temblorosa y callada en medio de su temor.

»Apenas acabé de oír aquel engaño, mi corazón se encendió en cólera contra mi padre Labán y contra Lía mi hermana. Perdóname, Señor, y detén tu pensamiento. Siete años había servido Jacob, sólo por mi amor; siete años amándonos en la congoja, ¿y mi hermana abrazaría al que era más de mi alma que de su propio cuerpo? Todo mi ser se oponía a ello, y me indigné contra mi padre, Señor, me indigné contra mi padre, lo mismo que mis hijos se indignaron contra Ti, su padre eterno, porque también has puesto en nosotros, Señor, el erguimos de ira cuando recibimos una injusticia. Por eso me acerqué secretamente a Jacob y le previne para que estuviera alerta para que al día siguiente mi padre no le pusiera a otra en mi lugar. Con el fin de que pudiese rechazar cualquier engaño, le propuse una seña: besarle tres veces en la frente antes de entrar en la tienda nupcial. Jacob me entendió y se quedó presente la seña.

»Por la noche, Labán hizo preparar los velos nupciales para Lía. Cubrió con dos vueltas su rostro para que Jacob no la reconociera antes de tiempo. Y a mí me confinó en el granero para que ninguno de los criados me viera y fuese con la noticia al engañado. Yo estaba sentada en la oscuridad, como un mochuelo, y a medida que se acercaba la noche crecía de tal modo el rencor en mi corazón, que creía que me iba a romper el pecho; porque, bien lo sabes, Señor, no cedía a mi hermana la compañía de Jacob. Y clavé mis dientes en los puños cuando oí abajo el júbilo de los címbalos, y el Dolor y la Envidia, como dos fieras, despedazaban mi alma.

»Así estuve confinada, olvidada, devorando la ira, y oscurecía ya bajo el techo como en mi interior cuando oí que la puerta se abría con cuidado. Y vi a Lía, mi hermana. Era ella, que, antes de su camino nupcial, se acercaba a mí de escondidas. La conocí en el paso, pero le volví la espalda hostilmente como si no la conociera, porque mi corazón permanecía rígido contra ella. Lía se me acercó, me acarició el pelo y, al poner la mirada en ella, vi que una nube de angustia empañaba la luz de sus ojos. Mira, Señor— sí, a Ti lo confieso—, en aquel momento la maldad se alegraba en mi interior. Su ansia, su aflicción, me complacían, y era como una venganza ver que el día de mi boda se convertía para ella en día de amargura. Pero ella, desventurada, no

sospechaba nada de mi gozo malvado, pues habíamos compartido como buenas hermanas la leche de nuestra madre y nos habíamos amado sin interrupción desde la infancia. Confiadamente enlazó mis hombros. Pero tenía una palidez y un temblor de miedo en los labios cuando me confió su queja:

»—¿Qué va a suceder, Raquel, hermana mía? ¡Qué dolor lo que ha hecho mi padre! Te ha quitado al que amabas para dármelo a mí, y a mí me repugna engañar a quien es tan confiado. ¿Cómo podría ir con la cabeza levantada para unirme a quien te desea a ti? Siento que mis pasos se niegan a llevarme, y se niega también mi corazón; tengo miedo, Raquel, tengo miedo, porque ¿cómo puede ser que él no vea quién soy a la primera mirada? ¿Y no caerá siete veces más fuerte sobre mí la infamia si me echa de su tienda? Hasta la tercera generación se burlarán de mí: "Ésa es Lía, la que corrió al marido para que la conociera, y él la echó como a un perro sarnoso". ¿Qué haré, Raquel? Ayúdame, querida hermana. ¿He de arriesgarme o poner oposición a mi padre, cuya mano pesa sobre nosotras? ¿Qué haré, Raquel, para que Jacob no me conozca y no caiga la ignominia sobre mí, inocente como soy? ¡Ayúdame, hermana Raquel, ayúdame, te lo imploro por amor del que es todo misericordia!

»Señor, la ira estaba todavía levantada en mi interior, y, a pesar del cariño a mi hermana, la maldad alardeaba en mí y me recreaba en su angustia como en un manjar exquisito. Pero cuando pronuncio tu santo nombre, Señor, tu santísimo nombre, el del Todomisericordioso, un rayo inflamado entró en mí, removió mi corazón; y sentí cómo penetraban en la oscuridad de mi alma, Señor, el poder de tu bondad y la fuerza de tu misericordia. Porque éste es uno de tus eternos prodigios, Señor, que el muro de nuestro propio cuerpo se viene abajo en cuanto reconocemos las aflicciones del prójimo y penetramos voluntariamente en su dolorido corazón. De pronto sentí como propia la angustia de mi hermana, y ya no me acordé más de mí, sino solamente de su pena clamorosa. Identificándome con ella, tuve piedad de mi hermana, yo, tu necia esclava —escucha mi palabra, Señor—, y fue mi piedad porque estaba llorando junto a mí, como yo ahora en tu presencia. Tuve piedad de ella porque llamó a mi piedad, como ahora llamo yo a la tuya, la cual imploro con la boca abrasada. Y, contra mí misma, la instruí de la seña con que engañar a

Jacob. Le dije cómo había de besar tres veces su frente antes de entrar en la tienda conyugal, y así, Señor, venciendo mis celos, hice traición a Jacob y a mi propio amor por amor tuyo.

»Hecho esto, y habiendo comprendido Lía mi ánimo, tuvo que echarse a mis pies y besar mis manos y el borde de mi vestido, porque también eso pusiste en los hombres, que donde adivinan un signo de tu sacrosanta bondad, la humildad les sobrecoge y les mueve al agradecimiento. Y nos echamos los brazos al cuello, nos besamos y mojamos las mejillas con la sal de nuestras lágrimas. Lía, ya consolada, quería levantarse de su postración y bajar al pabellón nupcial. Pero, ya en pie, el cuidado oscurecía otra vez sus ojos y temblaban sus pálidos labios:

»—Gracias, hermana; ¡qué bondadosa eres! —me dijo—. Gracias; haré lo que tú quieras. Pero ¿y si esa señal no le convenciera…? Aconséjame una vez más, hermana; dime lo que he de hacer si se me dirige llamándome por tu nombre. Tendré que callarme si me habla como el esposo a la esposa, porque ¿cómo podría responderle con mi propia voz, si conocería en seguida el engaño? ¿Cómo podría responder con tu voz a sus preguntas? ¡Ayúdame, Raquel, ayúdame, tú que eres juiciosa; ayúdame, caritativa, por amor del que es todo misericordia!

»Y otra vez, Señor, porque me lo pedía bajo la más santa de tus advocaciones, aquel rayo de fuego recorrió mis entrañas y de tal modo rompió la dureza de mi alma, que se hizo la luz en ella y se halló libre de sus penas. Y una vez más acallé mi corazón afligido, que daba voces, y lo pisoteé, y al recogerlo, la compasión lo había hecho blando y dispuesto a cualquier sacrificio. Y le hablé así:

»—Consuélate, Lía mi hermana, y no tengas temor. Porque por amor del que es todo misericordia tomo sobre mí el cuidado de que Jacob no te reconozca hasta que haya conocido tu cuerpo. Y lo haré así: mientras el padre te entrega a él, envuelta en los velos, yo me deslizaré en la cámara de Jacob, y allí, en la oscuridad, me agazaparé junto a vuestro tálamo. Y cuando te hable, yo le responderé con mi voz en tu lugar. Con esto se ablandará y te abrazará y bendecirá tu cuerpo con su simiente. Y lo haré, Lía, por el amor que nos tenemos desde la infancia y por el que es todo misericordia, a quien

has invocado, a fin de que tenga también compasión de mis hijos siempre que le invoquen con su nombre más santo.

»Y Lía, Señor, me abrazó, me besó los labios y se levantó del suelo donde estaba de rodillas, como si fuera otra. Sin cuidado bajó a ofrecerse a Jacob tras el espeso velo, y yo hice lo que tanto me amargaba: me deslicé secretamente en la tienda de Jacob y me amparé en la oscuridad, cerca de su tálamo. Pronto sonaron los címbalos jubilosos acompañando a los novios, y ya llegaban a la sombra del vestíbulo. Pero antes de que Jacob diera a la esposa la bendición de la entrada, vaciló un poco en espera de la seña que yo le había dado. Besóle Lía, como le encarecí, tres veces en la frente, y Jacob, satisfecho de la seña, tomó a Lía hacia sí con amor y, creyendo que era yo, acompañóla hasta el tálamo, tan cerca de mis labios convulsos, que hubiera percibido su aliento. Pero antes de abrazarla preguntó una vez más: “¿Eres tú, en verdad, Raquel, la que siento?” Y entonces, Señor —Tú, omnisciente, sabes cuán penoso me fue—, arranquéme la voz como un clavo hincado en el cuerpo y murmuré muy cerca: “Yo soy, Jacob, esposo mío”. Esto le satisfizo y penetró en ella con el ímpetu de su amor. Pero yo —Señor, Tú lo sabes, porque como la guadaña corta la hierba, así tu mirada las tinieblas— estaba acurrucada a un dedo de distancia de ellos, y era como si mi cuerpo vivo estuviera echado sobre ascuas cuando él abrazaba a Lía con todo el ardor de su sangre, creyendo tomarme a mí. Señor, acuérdate de aquella noche: ¡siete horas, con dolor en mis rodillas, con dolor en el alma, acurrucada junto a ellos, teniendo que oír lo que iba dirigido a mí y me estaba vedado sentir! ¡Siete horas, siete eternidades, encogida, conteniendo el aliento, luchando con el grito que subía a mi garganta, como Jacob luchó una vez con tu ángel; horas que me parecieron mucho más largas que los siete años de espera! No hubiera podido resistir aquella noche sin implorar continuamente tu santo nombre y cobrado fortaleza en la idea de tu paciencia infinita.

»Así me porté, Señor —lo único de que me alabo en la tierra—, porque me hice semejante a Ti en longanimidad y piedad, y puesto que mi alma sufrió una prueba como no sé si nunca la has infligido a otra mujer en la tierra. Así y todo, Señor, soporté aquella noche de todas las noches, y cuando los gallos cantaron me levanté con el cuerpo extenuado mientras los dos descansaban de su fatiga. Corrí a refugiarme en la casa de mi padre, porque

nuestro engaño no podía tardar en ser descubierto, y temblaban mis mandíbulas presintiendo la cólera de Jacob. Y, ¡ay!, que así cumplióse. Apenas me había entregado al descanso en la casa de mi padre, mugió la voz del engañado como la de un toro embravecido, y se precipitó en busca de mi padre con un hacha en las manos. Cuando mi padre Labán, el anciano, oyó su furia, el terror le ató las manos. Cayó al suelo temblando e invocó tu santo nombre. Y una vez más, Señor, al oír tu nombre santísimo, me sentí revestida de aquella fuerza de ánimo que viene de Ti, y me precipité hacia Jacob para que su rabia se desahogara en mí y dejara a mi padre. Pero en los ojos de Jacob ardía la sangre de la ira, y apenas me vio a mí, la que había ayudado al engaño, me dio de puñadas en la cara y caí al suelo. Pero yo, Señor, lo soporté sin quejarme, pues sabía que en su ira se escondía un gran amor. Y si entonces me hubiera matado —ya tenía el hacha levantada—, Señor, no hubiese venido con quejas ante tu trono eterno, porque le había engañado a costa de un gran sufrimiento y sabía que su cólera era efecto de un gran amor.

»Pero cuando el airado me vio sangrando a sus pies, con la mirada extraviada —atiende, Señor—, también penetró en él la piedad. Cayó el hacha de sus manos paralizadas, se abajó hasta mí y besó la sangre que manaba de mis labios. Y no solamente de mí tuvo compasión, sino que perdonó igualmente a mi padre Labán por amor mío, y no echó a Lía de su pabellón. Mi padre me dio a él, al cabo de siete días, como segunda esposa, y él hizo nacer hijos de mis entrañas, que nutrí con la leche de mis senos y la voz de tus mandatos, hijos que acostumbré a acudir a Ti, confiados, en las tribulaciones, e implorarte en el secreto de tu nombre. Y con está invocación, Dios todo misericordia, te llamo hoy en mi pena extrema: ¡haz como hizo él, deja caer al suelo el hacha de tu rencor y disipa la nube de tu ira! ¡Por la piedad que tuvo Raquel, apiádate, Señor, una vez más; ten paciencia por mi paciencia y vela por la ciudad santa! ¡Perdona, Señor, a mis hijos y nietos, perdona y salva a Jerusalén!

Raquel había levantado la voz como si hubiera de traspasar cien Empíreos, y desfalleció su espíritu después de aquella súplica clamorosa. Dobláronse sus rodillas; la cabeza, conmovida, se inclinó hasta la tierra y, como corrientes de agua negra, las madejas de su cabellera se deslizaban

sobre su cuerpo estremecido. Y así arrodillada, conmovida, esperaba Raquel la respuesta de Dios.

Pero Dios callaba. Y no hay nada tan terrible en la tierra y en los cielos y en los mundos que flotan entre ambos como el silencio de Dios. Cuando Dios calla se suspende el tiempo, se extingue la luz, y no hay diferencia entre día y noche, y en todos los mundos reina el vacío del principio. Lo que tiene movimiento cesa en él, lo que fluye se estanca en su lecho, no florece lo que tiene por ley florecer, y el mar no palpita, cuando les falta su palabra. No hay oído terrenal que pueda soportar el retumbar de este silencio, ni el corazón resiste la presión de este vacío, cuando Dios, la vida de toda vida, está callado.

Tampoco Raquel, la más paciente, podía soportar aquel infinito silencio de Dios sobre su pena clamorosa. Levantó una vez más los ojos hada el Invisible, una vez más retorció sus manos maternales, y el pedernal de la cólera hizo saltar chispas de fuego de sus palabras:

— ¿No me has oído, Tú que estás en todo? ¿No me has comprendido, Tú que todo lo sabes? ¿O es que he de aclararte mis razones, yo, tu sierva ignorante? Entiéndame, pues, tu dureza de oído: también yo estaba poseída de los celos porque Jacob se efundió en mi hermana, como celoso estás Tú ahora porque mis hijos incensaron a otros dioses. Pero yo, débil mujer, dominé mi rencor, tuve piedad por amor tuyo, en cuya misericordia creía, y me apiadé de Lía, como luego Jacob se apiadó de mí. Adviértelo, Señor: siendo míseros mortales, todos nosotros vencimos lo malo de la envidia, y Tú, Todopoderoso, que lo has creado todo y todo los has apurado; Tú, principio y plenitud de todos los seres; Tú, que contienes el océano del cual nosotros sólo tenemos unas gotas, ¿te negarás a la piedad? Bien sé que la generación de mis hijos es obstinada y que se revuelve contra tu yugo, pero Tú, Señor, que lo eres de toda plenitud, ¿no superarás su soberbia con tu longanimidad y sus faltas con tu misericordia? Porque esto no puede ser, Señor; no puede ser que un hombre pueda avergonzarte ante tus ángeles y que ellos te hablaran así: «Hubo una mujer en la tierra, una débil mujer mortal, llamada Raquel, que venció su rencor, y el que es Dios y Señor de todo y de todos se hizo siervo de su cólera». No, Dios, esto no puede ser, porque si tu misericordia no es infinita, entonces Tú tampoco eres infinito…

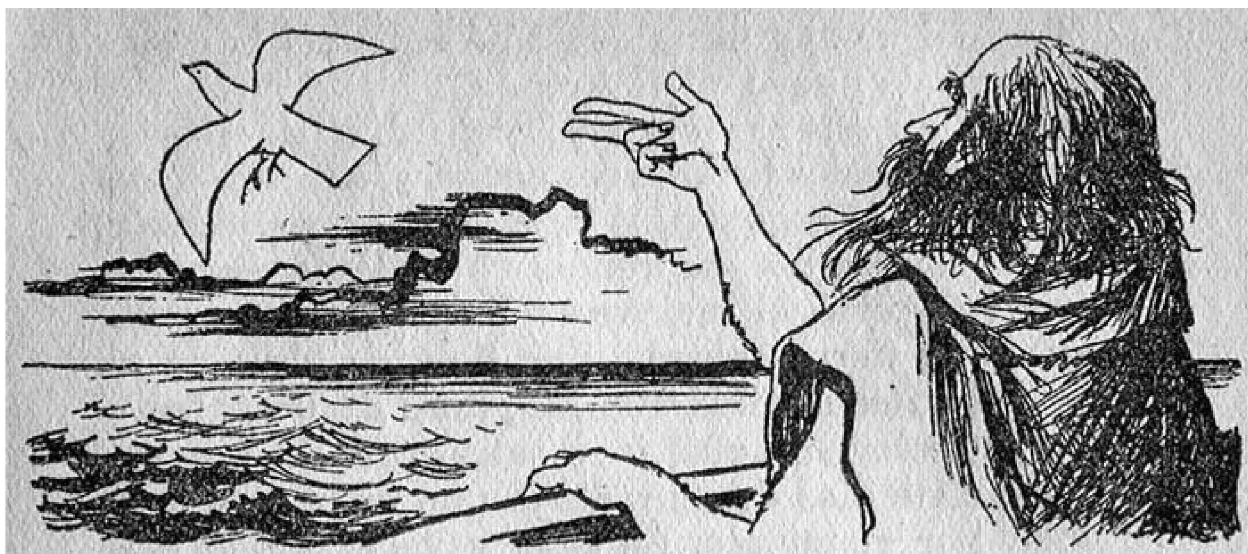
y, por tanto…, no eres el Dios que yo lloré con mis lágrimas y cuya voz me llamó en el grito de angustia de mi hermana, sino un Dios extraño, un Dios de la cólera, del castigo y de la venganza, y yo, Raquel; yo, que sólo amé al que ama y serví al que tiene misericordia; yo, Raquel…, ¡te repruebo en presencia de tus ángeles! Que ellos y tus escogidos y tus profetas se inclinen; mírame; yo, Raquel…, la madre, no me inclino, permanezco erguida y te hago frente, me pongo entre ti y tu palabra. Porque quiero dialogar contigo antes de que tú lo hagas con mis hijos, y así te acuso: tu palabra, Dios, se contradice con tu esencia, y tu boca airada niega tu corazón. ¡Escoge, pues, entre Ti y tu palabra! Si eres en realidad el airado que anuncias, échame a las tinieblas con mis hijos, porque no quiero mirar tu semblante como el de un Dios de la cólera y me repugna el furor de tus celos. Pero si eres el Misericordioso a quien amaba desde el principio y cuya enseñanza puse en mi vida, entonces haz que te reconozca en este día, mírame a la cara con la luz de tu clemencia y perdona a mis hijos y a la ciudad santa.

Una vez Raquel hubo blandido hacia el cielo la espada de su palabra, perdió la fuerza, cayó sobre las rodillas, echada atrás la cabeza, esperando la palabra de arriba, cerrados sus párpados como los de un muerto. Temerosos los patriarcas y profetas, se apartaron de Raquel porque temían que un rayo cayera sobre la culpable que pretendía llamar a cuentas al Señor. Sus ojos, llenos de recelo, estaban fijos en el Empíreo. Pero ninguna señal pudieron ver.

Únicamente los ángeles, que escondían la cabeza bajo las alas al ver la mirada sombría de Dios y soslayaban, miedosos, a la temeraria mujer que menospreciaba su omnipotencia, vieron de pronto que emanaba una luz del semblante de Raquel, cuya frente resplandecía. Como desde dentro, la piel de su cuerpo empezó a fulgurar y las lágrimas maternales de sus mejillas a centellear como el rocío al albor de la madrugada. Comprendieron los ángeles que Dios amaba más a la que negó su palabra, gracias a lo inmenso de su fe y a su inquietud, que a los guardadores de su palabra por su docilidad. La angustia de los ángeles desapareció, y he aquí que al levantar los ojos, ya apaciguados, la claridad y la magnificencia rodeaban de nuevo a Dios, y el azul benéfico de su sonrisa colmaba infinitamente los espacios. Sonaban, al elevarse, las alas de los querubines, y entre ellas se deslizaba el viento con

pies de plata, formando con sus tonos fluentes unos coros que se extendían a través del blanco pabellón del cielo. Pero la luz del rostro de Dios crecía en infinito resplandor, hasta que el firmamento no pudo soportar tanta plenitud y la empezó a desbordar en ondas vibrantes. Y en la sagrada armonía concertaban con ella las voces de los ángeles, las de los muertos y las de quienes Dios no ha llamado todavía a la tierra, hasta que todo fue un solo respirar venturoso y un himno gigante.

Pero los humanos, en lo hondo de la tierra y siempre ajenos a las determinaciones del cielo, no sospechaban aún lo que sucedía por encima de ellos. Envueltos en vestiduras fúnebres, bajaban la frente hasta la tierra oscurecida. De pronto, algunos empezaron a oír pasar sobre sus cabezas un murmullo suave como de una brisa de mayo. Levantaron los ojos, vacilantes, y quedaron embelesados. Porque de la rota muralla del nublado se levantaba, magnífico, el arco iris, llevando en sus siete colores de luz las lágrimas maternales de Raquel.



LA LEYENDA DE LA TERCERA PALOMA

EN el libro del principio de los tiempos se cuenta la historia de la primera y de la segunda palomas que el patriarca Noé echó a volar del Arca, a modo de mensajeras, cuando las compuertas del cielo se cerraron y se secaron las aguas de las hondonadas. ¿Pero quién ha divulgado la ruta y el destino de la tercera paloma? En la cima del monte Ararat había encallado el Arca salvadora que contenía en su seno todos los vivientes que el Diluvio respetó, y cuando la mirada de Noé distinguió desde el mástil la ondulación sin fin del agua, echó a volar una paloma, la primera, para que volviera con el mensaje de si se veía tierra en alguna parte, bajo el cielo sin nubes.

La primera paloma —así se cuenta en el libro— remontó el vuelo. Voló hacia Oriente y luego hacia Occidente, pero el agua lo llenaba todo. No halló dónde posarse, y poco a poco sus alas flaquearon. Volvió, pues, a lo único firme que había en el mundo, el arca, y revoloteó alrededor del barco parado sobre la cima del monte, hasta que Noé extendió la mano y la metió de nuevo en el Arca.

Siete días esperó entonces, siete días sin lluvia, durante los cuales bajaron las aguas, y otra vez tomó una paloma, la segunda, y la dejó volar, para tener

noticias. La paloma emprendió el vuelo de mañana, y cuando volvió al anochecer llevaba, como única señal de la tierra salvada, una hoja de olivo en el pico. Así entendió Noé que las cimas de los árboles ya salían sobre el agua, y se satisfizo de la prueba.

Otros siete días después envió una tercera paloma a volar por el mundo. La echó a volar por la mañana, pero al cerrar la noche no había vuelto, como las otras dos. Noé aguardó un día tras otro, pero no volvía. Entonces comprendió que la tierra había salido a flote y bajado el agua. De esta tercera paloma nunca supo nada, ni la Humanidad tampoco, porque su leyenda no se ha divulgado hasta nuestros días.

He aquí el viaje y el destino de la tercera paloma:

De mañanita, cuando en la oscuridad las bestias gruñían de impaciencia entre empellones y había una confusión de cascos y pezuñas y un desconcierto de bramidos, chillidos y silbidos, la paloma levantó el vuelo desde la húmeda angostura del Arca a la anchura infinita, de la oscuridad a la luz. Lo mismo fue cortar con el ala la altura del aire claro, al que la lluvia había comunicado un olor estimulante, que sentir ondear de pronto a su alrededor la libertad y el prodigio de lo ilimitado. En lo hondo cabrilleaba el agua y lucía el verdor de los bosques como un musgo húmedo; de las praderas impregnadas del olor de las plantas subía el vaho blanco de la hora temprana. Del cielo metálico caían los reflejos del Sol, que se remontaba rompiéndose en infinitos arreboles contra las cumbres, y, abajo, el mar lucía también Un vapor como de sangre caliente. Era una visión divina aquel despertar, y la paloma se mecía beatíficamente en el vuelo planeado sobre el mundo purpúreo, cruzaba tierras y aguas, como si fuera ella misma un sueño con alas, engolfada en el hechizo. Parecida al mismo Dios, era la primera criatura que veía por fin la tierra libre, y no se saciaban sus ojos. Se había olvidado de Noé, el anciano del Arca, y de su encargo. Porque ahora hallaba su patria en el mundo, y en el cielo su propia morada.



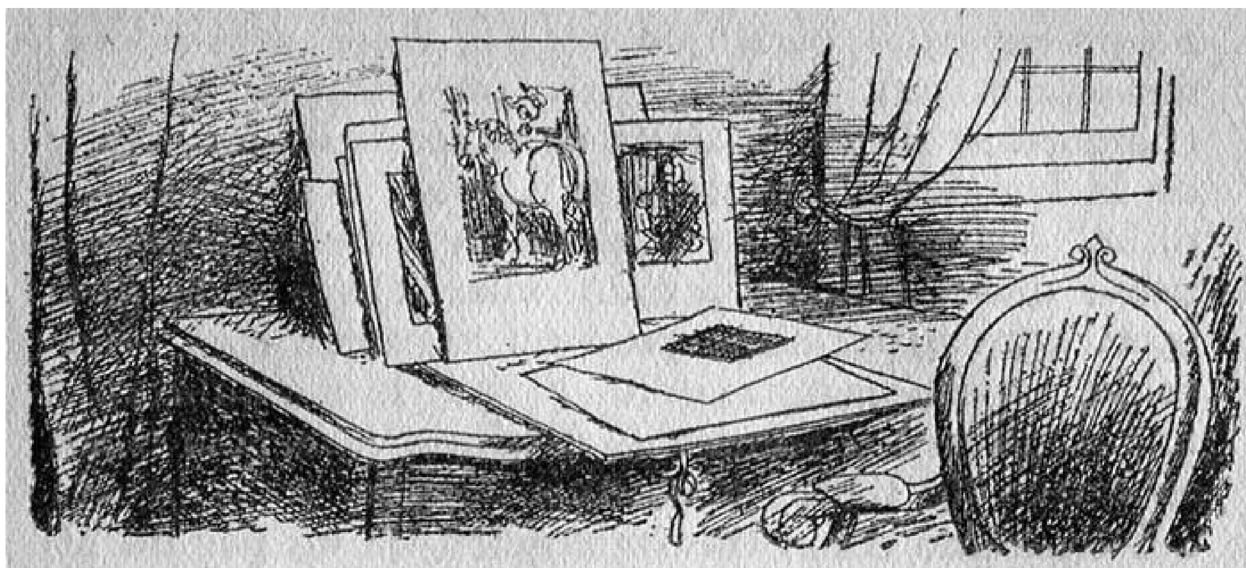
Así voló la tercera paloma, infiel mensajera del padre Noé, sobre el mundo vacío, cada vez más lejos, al impulso de la ráfaga de su dicha y de su feliz inquietud, hasta que sintió pesarle las alas como plomo. La tierra la llamaba hacia sí con atracción irresistible, y sus alas cansadas volaban cada vez más bajo, hasta rozar las copas húmedas de los árboles. Por fin, al anochecer del segundo día se dejó caer en lo hondo de un bosque, el cual todavía no tenía nombre, como nada lo tenía en aquel principio de los tiempos, y se guareció en la espesura del ramaje. Éste la cubría y el viento arrullaba su sueño, fresco de día y esparciendo de noche un grato calor en el hogar del bosque. Pronto olvidó el cielo azotado por el vendaval, y el reclamo de los horizontes lejanos, y el tiempo pasaba inadvertido para ella bajo las verdes bóvedas.

Era un bosque de nuestra tierra el que había elegido por morada la paloma errante, pero los hombres no se habían establecido todavía en sus ámbitos, y en aquella soledad iba viviendo, cada vez más como un sueño de sí misma. En la sombra, en el verde nocturno, anidaba el ave, y los años se deslizaban por encima de ella, olvidada de la muerte, pues todos los animales, uno de cada especie, procedentes del mundo antediluviano, no pueden morir, ni cazador alguno tiene poder sobre ellos. Anidan disimulados en los repliegues menos explorados del manto de la tierra, como la tercera paloma en la espesura del bosque. Cierto que a veces le llegaban indicios de la existencia de los hombres: un estallido que retumbaba centuplicado a través de las verdes mamparas, unos leñadores que asestaban contra un tronco sus golpes, que el eco de la noche vegetal repetía, o la risa leve de una enlazada pareja de enamorados, como un arrullo perdiéndose en el secreto de las ramas, o la canción débil y lejana de unos niños que cogían fresas. La paloma, engolfada en las ramas, dormitando, oía a veces estas voces del mundo, pero no la atemorizaban, y nada era capaz de moverla de su sombreado retiro.

Pero un día todo el bosque empezó a retumbar, a retronar, como si la tierra fuera a partirse. Negras masas metálicas atravesaban silbando el aire y donde caían la tierra saltaba a pedazos y los árboles se quebraban como espigas. Unos hombres de abigarrados trajes proyectaban la muerte unos contra otros y las máquinas terribles arrojaban el fuego y propagaban las llamas. Iban relámpagos de la tierra a las nubes, acompañados del estampido

del trueno; era como si la tierra quisiera saltar hasta el cielo, o caer éste sobre la tierra. La paloma salió de su ensueño. Sobre ella se cernían la muerte y la destrucción; como un día el agua, ahora el fuego inundaba el mundo. Alzó rápidamente el vuelo, y el rumor se perdió en el espacio, para hallar la paz por encima de nuestro mundo. Pero en todas partes veía fulgurar los mismos rayos y oía aquel retumbar que los hombres fulminaban; en todas partes la guerra. Un mar de fuego y de sangre inundaba la tierra, un nuevo diluvio. Volaba rápida la paloma para hallar un oasis de paz y, una vez hallado, correr al padre Noé para llevarle la hoja de olivo de la promisión; pero ésta no se hallaba en aquellos días; la ola de la destrucción se extendía cada vez más sobre la Humanidad y se propagaba el incendio devorador en nuestro mundo. Todavía no ha hallado su oasis de paz, ni la Humanidad tampoco, y hasta que esto se cumpla no podrá volver a su hogar ni tener descanso.

Nadie habrá visto la mítica paloma errante en busca de la paz entre nosotros, pero ella vuela sobre nuestras cabezas, angustiosa, las alas cansadas. A veces, de noche únicamente, cuando nos despertamos con zozobra, oímos zumbar arriba, por el aire oscuro, un vuelo desesperado. Sobre aquellas alas flotan todas nuestras ideas sombrías, ondean todos nuestros anhelos angustiados, y la que flota temblorosa, entre cielo y tierra, la paloma errante, algún tiempo olvidadiza, anuncia ahora nuestro propio destino al padre de la Humanidad, y, como miles de años atrás, hay un mundo en espera de que alguien le tienda la mano reconociendo que la prueba ha durado bastante.



LA COLECCIÓN INVISIBLE

(UN EPISODIO DE LA INFLACIÓN ALEMANA)

DOS estaciones después de Dresde subió un señor a nuestro cupé, saludó cortésmente y se dirigió a mí en particular, con semblante expresivo, como a un conocido. De momento no caí en quién era; pero así que hubo dicho su nombre, acompañado de una leve sonrisa, me acordé en seguida: era uno de los coleccionistas de arte más considerados de Berlín, en cuyas galerías, durante los años de paz, había hojeado y comprado con frecuencia libros antiguos y autógrafos. Platicamos primero de cosas indiferentes. Luego, como de repente, me dijo:

—He de contarle de dónde vengo. El episodio más extraordinario de toda mi vida de mercader de arte, con mis treinta y siete años de actividad. Probablemente conoce usted tan bien como yo el sesgo que ha tomado el negocio de arte desde que el valor del dinero se volatiliza: de pronto, los nuevos ricos sienten una debilidad por las Madonas góticas y los incunables, pop los grabados y los cuadros antiguos; ya no sabemos de dónde sacar más objetos, y hemos de precavernos para que no nos dejen arrasado el almacén y aun la habitación, pues son capaces de enamorarse de los botones de nuestra

bocamanga y de la lámpara de sobremesa. Cada día se hace más difícil abastecerlos de nuevas mercancías. Perdone usted que llame de pronto «mercancía» a lo que, tanto para usted como para mí, significa algo venerable. Es esa casta maldita la que le acostumbra a uno a mirar una admirable estampa veneciana como cobertera de tantos o cuantos dólares, y un boceto del Guercino como transmigración de un par de billetes de cien francos. No hay resistencia posible contra la invasión de ese improvisado furor de los compradores. Así me hallaba yo, de la noche a la mañana, hastiado de verme en medio de una basura que en otro tiempo no hubiera cargado en su carretilla ningún prendero nórdico. Todo lo hubiese echado a rodar.

En medio de mi turbación se me ocurrió repasar nuestros antiguos libros de negocios, por si podía desemboscar a algunos viejos clientes a quienes sacar tal vez un par de doblones. Una lista semejante resulta una especie de cementerio, y más en la actualidad, de modo que no me aprovechó gran cosa. Los más de nuestros antiguos compradores hacía tiempo que habían tenido que ceder sus bienes en subasta o habían muerto. De pronto di con un fajo de cartas del más antiguo, quizá, de nuestros clientes. Nada de extraño tiene que se me hubiera borrado de la memoria, pues desde que estalló la guerra en 1914 no nos había hecho un solo encargo ni una sola consulta. La correspondencia abarcaba, sin exageración, unos sesenta años; ya había hecho compras a mi padre y a mi abuelo, y, con todo, no podía acordarme de haberle visto en nuestro almacén durante los treinta y siete años de mi actuación. Todo hacía suponer que era un hombre singular, de rancias costumbres y de pocos amigos, uno de esos alemanes huraños, estilo Menzel o Spitzweg, de los que hay todavía rarísimos ejemplares en pequeñas ciudades de provincia. Sus misivas eran piezas de caligrafía, pulcras, con los importes subrayados con tiralíneas y tinta encamada, poniendo dos veces la cantidad para evitar cualquier error; estos detalles y el empleo exclusivo de volantes y sobres de baratillo denotaban la minuciosidad y el fanático furor ahorrativo de un provinciano impenitente. Aquellos singulares documentos llevaban invariablemente al pie, además del nombre, el circunstanciado título: «Consejero de Montes y de Economía a D.», «Teniente a D.», «Poseedor de la Cruz de Hierro de primera clase». Supuesto que viviera, como veterano de

la guerra del setenta, debía de llevar a cuestas sus buenos ochenta años. Pero, aunque casero y ridículamente económico, demostraba el mejor gusto como coleccionista de grabados antiguos, y del examen lento del conjunto de sus pedidos (que se extendían a casi sesenta años, los primeros pagados aún en antigua moneda de *groschen* de plata) deduje que se trataba de un provincianito que, sin alborotar, debía de haber allegado un conjunto de piezas, pudiendo optar a un lugar preferente junto a las más sonadas de los nuevos ricos. Es verdad que no me había hecho ni un encargo desde 1914, pero, estando yo lo bastante familiarizado con todos los acontecimientos en el terreno artístico para que se me pasara por alto la subasta o la venta privada de la colección, concluí que aquel hombre singular vivía para ella o la había dejado en manos de sus herederos.

Me interesaba el asunto y salí al día siguiente, ayer tarde, derecho hacia el lugar, una de las más inverosímiles ciudades de provincia que existen en Sajonia. Al preguntar en Correos si era vecino de la ciudad el Consejero de Montes y de Economía de tal nombre, me enteré con sorpresa de que el anciano vivía aún, y fui hacia su casa sin esperar la tarde, confieso que con el corazón palpitante.

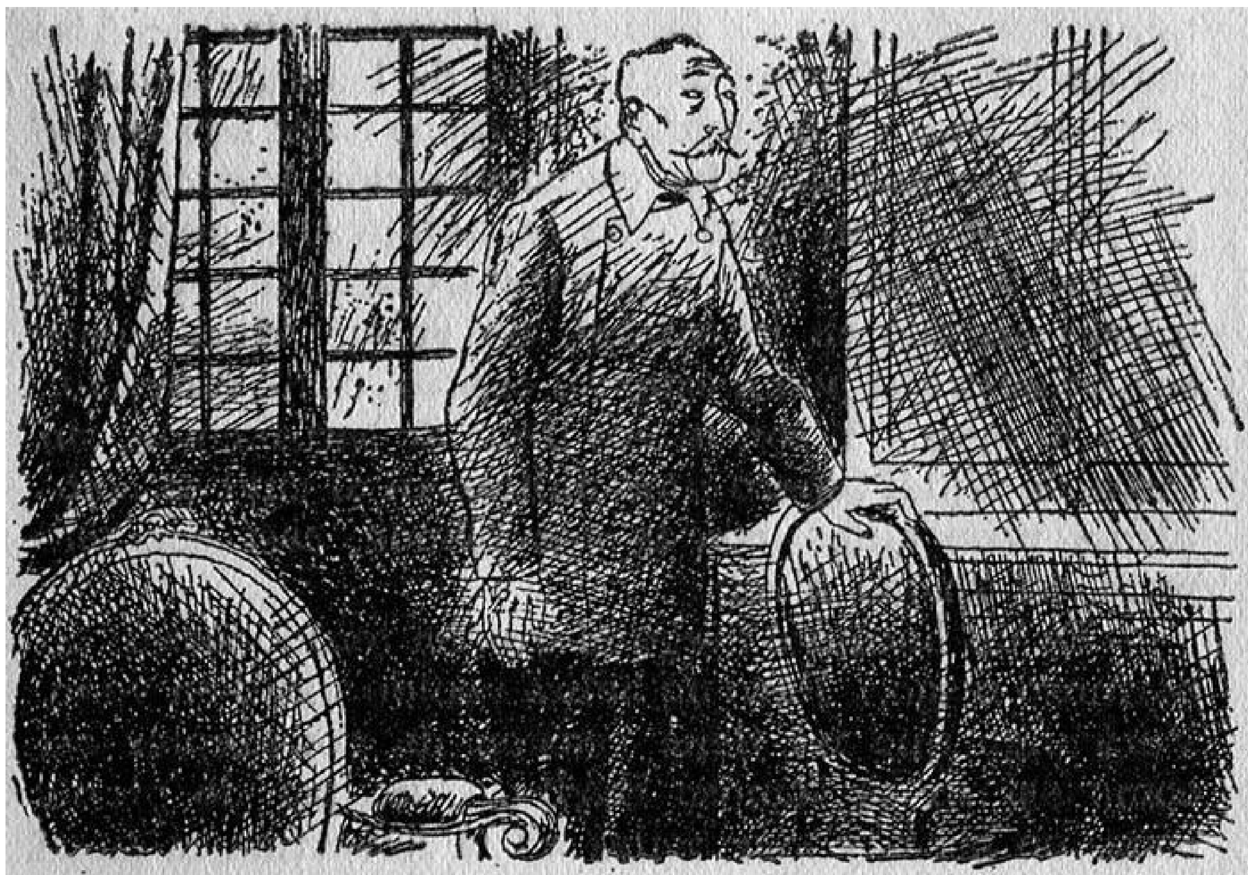
No me costó hallar su domicilio. Estaba en el segundo piso de una de esas casas de vecindad provincianas que, allá por el año sesenta, debió de construir premiosamente cualquier contratista especulativo. Ocupaba el primer piso un honrado sastre; en el piso segundo izquierda lucía el escudo de un Administrador de Correos, y por fin, a la derecha, había una placa pequeña, de porcelana, con el nombre del Consejero de Montes y de Economía. A mi llamada tímida abrió, sin espera, una señora anciana con todo el pelo cano, tocada con una pulcra cofia negra. Dándole mi tarjeta, pregunté si podría ver al señor Consejero de Montes. Sorprendida, un poco recelosa, me miró y luego leyó la tarjeta: en aquella casa de rancias costumbres, la visita de un forastero parecía ser un acontecimiento. Con todo, me rogó, llena de amabilidad, que esperara, y con la tarjeta en la mano entró en una habitación; la oí hablar bajo y, a continuación, una voz masculina, alta, alborotada:

— ¡Ah, el señor R…, de Berlín, de la Gran Galería…! ¡Que pase…, que pase…, me alegro mucho!

Con su andar hacendoso, la viejecita volvía hacia mí y me invitaba a entrar en la habitación. Me apresuré a hacerlo. Había en medio de la habitación un anciano erguido, enérgico todavía, con el bigote espeso, ceñido en una cazadora de corte militar, que me tendía afectuosamente las manos. Pero no se avenía aquel gesto abierto, señal inequívoca de una gozosa y espontánea acogida, con la chocante rigidez del cuerpo. No dio ni un solo paso a mi encuentro, y me fue preciso, un poco extrañado, llegar hasta él para estrecharle la mano. Al ir a cogerla, en la actitud horizontal, inmóvil, de aquellas manos conocí que no buscaban las mías y sólo esperaban. Comprendí al instante: aquel hombre era ciego.

Desde niño me ha causado aprensión la proximidad de un ciego y he notado confusión ante un hombre del cual yo tengo la evidencia de que vive sin que él la tenga, a su vez, respecto a mí, Y también ahora tenía que vencer esta primera aprensión. Pero el ciego no me dio lugar a la sorpresa, pues apenas mi mano estrechó la suya, sacudióla enérgicamente y renovó la bienvenida en tono tempestuoso, alborotado, dentro de los términos de la afabilidad.

— ¡Inesperada visita! —dijo, con una dilatada sonrisa—. Es prodigioso que un gran señor de Berlín venga a caer en nuestro nido. Conviene tener cautela cuando uno de estos señores marchantes se pone en camino… En nuestro país suelen decir: «Cierra puertas y bolsillos cuando lleguen los gitanos»… Es de suponer lo que le trae a usted… Los negocios van mal, no hay compradores, y estos señores se acuerdan, de pronto, de sus viejos clientes; procuran reunir a sus corderitos… Pero presiento que conmigo no tendré usted suerte; los viejos que vivimos de una pensión nos vemos imposibilitados de concurrir; con los precios locos que ponen ustedes ahora… quedamos descartados para siempre.



Me apresuré a rectificar, diciéndole que era una mala interpretación, pues yo no iba a venderle nada, sino que, estando de paso en las cercanías, no quise dejar perder la ocasión de hacer una visita al antiguo cliente de nuestra casa y conocer, al mismo tiempo, a uno de los más famosos coleccionistas de Alemania. No bien hube dicho «uno de los más famosos coleccionistas de Alemania» se operó en el semblante del anciano una singular transformación. Permanecía de pie, rígido en medio de la habitación, pero iluminado su rostro por una súbita claridad y con un íntimo orgullo en la actitud. Se volvió hacia donde sospechaba que podía estar su esposa, como diciendo: «¡Ya lo oyes!» Y con la voz llena de satisfacción, sin pizca de aquel áspero tono militar en el cual se complacía poco antes, con la voz blanda, casi con ternura, se dirigió a mí:

— Es un hermoso rasgo el que ha tenido usted, un hermoso rasgo… Pero no habrá venido usted en vano. Verá algo que no tiene ocasión de contemplar así como así en su famoso Berlín…, un par de piezas como no las hay más bellas en la Albertina ni en el maldito París… ¡Caramba!, cuando se pasan

sesenta años coleccionando, se presentan cosas que no se encuentran en el arroyo… Luisa, ¿quieres darme la llave del armario?

Pero en este punto sucedió lo inesperado. La viejecita, que estaba junto a él y, con una sonrisa amable y cierta curiosidad, se había interesado en nuestra conversación, levantó de pronto las manos hada mí, como suplicando, y hacía al mismo tiempo un enérgico gesto negativo con la cabeza que no entendí en el primer momento. Luego se acercó a su marido y le puso las manos en los hombros:

—Pero, Herwarth —le reconvino—, no has preguntado al señor si tiene tiempo ahora de ver la colección; son las doce, y después de comer tienes que descansar todavía una hora: el médico lo exige. ¿No será mejor que enseñes tus grabados al señor por la tarde, y tomaremos el café juntos? Ana María estará también aquí, y como ella entiende más de todo, podrá ayudarte.

Y repitió el ademán suplicante dirigido a mí. Comprendí entonces que me invitaba a rehusar él ver la colección inmediatamente. Pretexté, pues, un convite, pero acentuando que después de la comida sería un gusto y un honor para mí el poder admirar su colección; mas de ningún modo antes de las tres.

Con el enojo de un niño a quien han quitado el juguete preferido, el anciano volvió la cabeza en tomo.

—Naturalmente —gruñó—, los señores berlineses no tienen tiempo para nada. Pero esta vez tendrá usted que procurárselo, pues no se trata de tres o cinco piezas, sino de veintisiete cartapacios, cada uno dedicado a un maestro, y ninguno de ellos está a medio llenar. Quedamos en que a las tres; pero hay que ser puntual, o no acabaremos.

La viejecita me acompañó al umbral. Todo aquel rato le había yo notado una desazón, una expresión de angustia. Y en el momento de mi salida balbució con la voz opresa:

—¿No podría…, no podría ir por usted mi hija Ana María y venir los dos…? Es mejor…, es mejor por varias razones… ¿Come usted en el hotel?

—Sin duda; tendré mucho gusto —respondí.

Y, efectivamente, una hora más tarde, cuando acababa de comer en la salita de la Plaza del Mercado, entró una muchacha, ya no joven, vestida sencillamente, buscando con los ojos. Me adelanté, hice mi presentación y le dije que podíamos salir cuando gustara. Con un rubor súbito, con las mismas

muestras de confusión que su madre, me pidió que le permitiera antes decirme unas palabras. Vi en seguida que le era costoso; a cada intento de embestir la frase, aquel rubor inquieto, aleteante, le subía hasta la frente. Por fin, lenta y con la misma confusión, empezó:

—Mi madre me ha enviado a usted… Me lo ha contado todo y… hemos de pedirle muy encarecidamente… Quisiéramos advertirle antes de que se acerque usted a mi padre… Mi padre, naturalmente, querrá mostrarle a usted su colección… y la colección no está completa…, faltan una serie de piezas…, ya muchas, desgraciadamente…

Tuvo que cobrar aliento. En seguida fijó en mí de repente la mirada y me dijo:

—He de hablar sinceramente con usted… Conoce usted los tiempos y lo comprenderá… Mi padre, después de estallar la guerra, quedó ciego. Ya antes había sufrido perturbaciones en la vista, y al fin la mucha agitación le privó de la luz por completo; el hecho de que el ejército no avanzara como en 1870 le produjo una excitación terrible, y la energía de sus ojos llegó a agotarse rápidamente. En lo demás, conserva todo su vigor;' no hace mucho que andaba todavía horas enteras, y no dejaba del todo la caza, su diversión favorita. Pero, acabados sus paseos, no le queda más que un placer, el de su colección, que quiere ver todos los días. No la ve, es claro, porque está ciego, pero él saca sus cartapacios cada tarde para, al menos, tocar una después de otra cada pieza, siempre en el mismo orden, que hace tantos años conoce de memoria… Su único interés es que le lea todas las subastas, y cuanto más elevados los precios, más feliz se siente…, porque, esto es lo más terrible…, mi padre no sabe nada de los tiempos que pasamos…, no sabe que lo hemos perdido todo y que el importe de su pensión no nos bastaría para vivir más allá de dos días cada mes. Al principio procuramos reducir gastos, pero no llegábamos a cubrirlos. Fue cuando empezamos a vender, sin tocar su querida colección, naturalmente. Vendimos las pocas joyas que poseíamos, pero eso ¿qué significaba, Dios mío? Mi padre se había gastado en sus hojas todo el sobrante. Llegó un día en que nos encontramos sin dinero…, no sabíamos de qué echar mano…, y entonces… entonces mi madre y yo vendimos una pieza. Mi padre no lo hubiera permitido nunca; no sabe lo mal que anda todo,

ni sabe que hemos perdido la guerra y que Alsacia y Lorena han sido cedidas; no le leemos esas noticias para evitar su agitación.

»La que vendimos primero era una pieza de gran valor, un aguafuerte de Rembrandt. El traficante nos ofreció muchos miles de marcos, con los que confiábamos vivir algunos años. Pero ya sabe usted cómo se derrite el dinero… Depositamos el sobrante en un Banco; al cabo de dos meses lo habíamos gastado. Nos vimos precisados a vender otra pieza, y luego otra, y cada vez el negociante tardaba tanto en mandamos el dinero, que ya había perdido parte de su valor. Entonces probamos en las subastas, pero, a pesar de los precios por millones, también allí nos engañaban… Cuando llegaban a nosotros, los millones se habían convertido en papel sin valor. Así desapareció lo mejor de su colección; quedan sólo un par de piezas, y mi padre no está enterado de nada.

»Ahí tiene usted por qué mi madre se sobresaltó al ir usted a casa…, porque si llega a abrir las carteras, todo se hubiera descubierto… En las antiguas cartulinas, cada una de las cuales conoce por el tacto, le hemos puesto otras reproducciones u hojas parecidas, en sustitución de las antiguas, para que no advierta nada. Sólo con poder tocar los grabados y contarlos, recordando como recuerda el orden en que estaban, goza lo mismo que cuando sus ojos podían verlos. No hay nadie en esta pequeña ciudad a quien mi padre crea merecedor de ver su tesoro, y es usted el primero en estos años, desde que murió el director del Gabinete de láminas de Dresde, a quien estima digno de ver sus carpetas. Por tanto, le rogamos a usted… —levantó las manos y brillaron sus ojos humedecidos—, le rogamos que no le quite la dicha… ni a él ni a nosotros…, que no le destruya la última ilusión y nos ayude a hacerle creer que todas las hojas que le describirá todavía están allí. Hasta hoy se lo hemos dejado todo a su placer; es feliz tres horas cada tarde hojeando sus carpetas, hablando con cada pieza como si fuera un ser humano. Y hoy… hoy tal vez sea su día más feliz, el que espera desde hace tantos años, en que podrá mostrar sus favoritos a un inteligente. ¡Se lo ruego…, le ruego con las manos en cruz que no destruya usted su dicha!

Lo decía en tono tan conmovedor que es indescriptible. En mi calidad de negociante de arte, ¡cuántos hombres he visto vilmente expoliados, engañados miserablemente por la inflación! Sus bienes más preciados, esos

que suelen pasar de una a otra generación, les han sido sustraídos por un panecillo. Pero entonces el destino me ofrecía un caso que me impresionaba por lo excepcional. Claro es que prometí callar y poner todo mi empeña en lo que me pedían.

Fuimos juntos hacia la casa, y apenas se abrió la puerta oímos la voz del viejo alborotada de puro júbilo:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Con el oído finísimo de los ciegos, debía de haber oído nuestros pasos al subir la escalera.

—Herwarth no ha podido dormir la siesta, con la impaciencia de mostrarle a usted sus tesoros —dijo sonriendo la viejecita.

Una sola mirada de su hija indicando que ya me había puesto en antecedentes bastó para tranquilizarla. Nos esperaban, desplegadas sobre la mesa, las carpetas henchidas, y apenas el ciego hubo sentido el contacto de mi mano, sin más saludo, me cogió del brazo y me hizo tomar asiento.

—Ea, vamos a empezar; hay mucho que ver, y estos señores de Berlín nunca tienen tiempo. En esta primera carpeta tenemos al maestro Durero, y bastante completo, como verá usted; no se sabe qué ejemplar es mejor. Juzgue usted por sí mismo. ¡Vea! —Abrió la primera hoja de la carpeta—: ¡El gran caballo!

Con precaución llena de ternura, sacó cautelosamente de la carpeta, con las puntas de los dedos, una cartulina que encuadraba una hoja de papel amarillento completamente en blanco, y tuvo ante sí, entusiasmado, el insignificante papel. Durante unos minutos lo miró, sin ver nada en realidad, pero él, extático, mantenía a la altura de los ojos la hoja vacía y toda su cara expresaba mágicamente la tensión de quien está viendo. En sus ojos fijos, en las pupilas muertas, se encendió de pronto una claridad, una luz consciente, que no se comprendía si era el reflejo del papel o el de un resplandor interno.

—¿Qué me dice usted? —exclama con orgullo—. ¿Vio usted nunca una reproducción más feliz? ¡Qué acentuado, qué claro resulta cada detalle! Lo he cotejado con el ejemplar de Dresde, y desmerecía; era flojo al lado de éste. ¡Y fíjese en la genealogía! —Volvió la hoja y me enseñaba en el reverso, con la uña, minuciosamente, varios sitios, con tal convicción que no pude menos de mirar si las apuntaciones estaban allí realmente—. Ahí tiene usted el timbre

de la Colección Nagler, aquí el de Remy y Esdaile. ¡Cómo iban a presumir esos ilustres predecesores que su ejemplar llegaría con el tiempo a este cuartito!

Sentí escalofríos en la espalda mientras elogiaba con tal entusiasmo una hoja enteramente en blanco, y no supe qué responder; pero al levantar, confuso, los ojos hacia las otras dos personas, me encontré de nuevo con las manos levantadas, implorándome, de la vieja, que temblaba de agitación. Me concentré y empecé a representar mi papel.

—¡Estupendo! —balbucí al fin—. ¡Qué maravilla de ejemplar!

Se puso radiante de orgullo.

—¡Pues eso no es nada! —dijo triunfante—. Va usted a ver la Melancolía, o la Pasión, de la cual hay aquí un ejemplar iluminado como no se encuentran dos de calidad igual. ¡Mire! —y sus dedos resbalaban, una vez más, con ternura sobre una representación imaginaria—. Observe usted el frescor, el tono granuloso, caliente. Ante esto, ¡boca abajo Berlín con todos sus señores marchantes y doctores de museo!

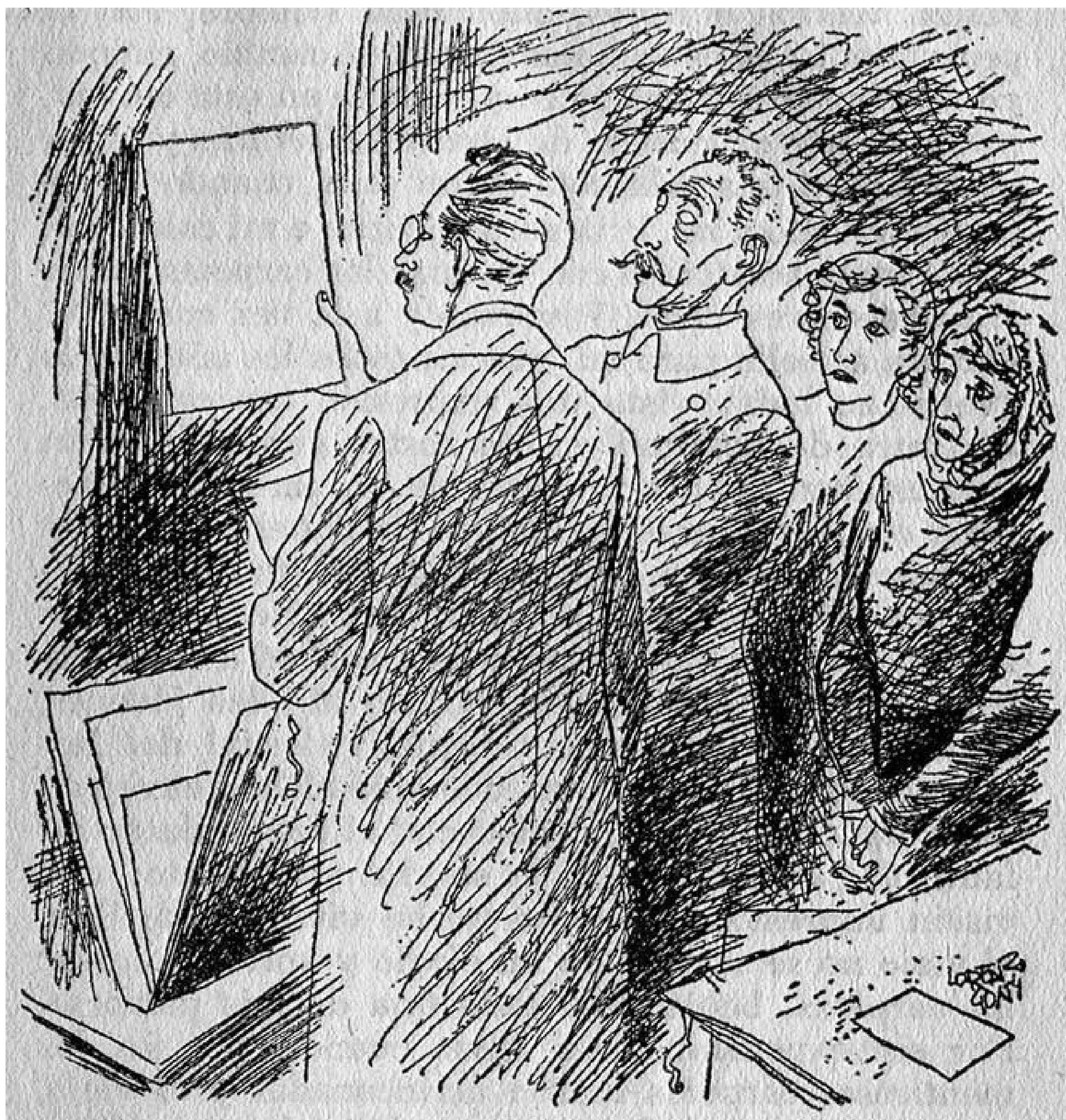
Dos horas largas duró la embriaguez elocuente del triunfo. No, no podría describir lo espectral de aquel diálogo con él, mirando yo las cien o doscientas hojas vacías, o las ramplonas reproducciones, pero que en el recuerdo del trágico iluso vivían con tal realidad, que, con orden infalible, sin un error, iba describiendo y elogiando cada ejemplar. La colección invisible esparcida hacía tiempo a todos los vientos, para aquel ciego, para aquel hombre engañado de un modo conmovedor, estaba todavía allí, y tan poderosa era su pasión que yo mismo empezaba a creer en ella. Una sola vez la pavorosa vislumbre del desengaño interceptó la sonámbula firmeza de su entusiasmo de vidente. Al llegar a la Antíope, de Rembrandt —un ejemplar de prueba que realmente debió de tener un valor incalculable—, al tiempo que su dedo nervioso, como si viera, recorría amorosamente la línea de la impresión y empezaba a ponderar la precisión de la tirada, se dio cuenta de la ausencia de relieves y depresiones en la hoja. Una sombra subió a su frente y se le destempló la voz:

—¿Pero es ésta… la Antíope…? —murmuró, un poco turbado.

Me apresuré a recoger de sus manos la hoja encuadrada y empecé a describir el aguafuerte, que tenía muy presente, en todo su posible detalle.

Hubo una distensión en el demudado semblante del ciego. Y cuanto más extremaba yo el elogio, más cundía la cordialidad jovial en el hombre rugoso, fácil al entusiasmo.

—¡Por primera vez en la vida alterno con un verdadero experto! —exclamó en tono triunfante, vuelto hacia los suyos—. Una persona, en fin, de quien oís también vosotras el valor que tienen mis hojas. Siempre me habéis hecho cargos porque gastaba en la colección todos mis ahorros: efectivamente, en sesenta años, ni cerveza, ni vino, ni tabaco, y nada de viajes, teatros o libros, ahorrando siempre, con el pensamiento en estas hojas. Pero, en cambio, cuando yo muera seréis ricas, más que nadie en esta ciudad, ¡como el mayor ricacho de Dresde! Mientras yo viva no saldrá ni una sola hoja de mi casa; cuando se me hayan llevado a mí, le llegará el turno a mi colección.



Su mano acariciaba con ternura las carpetas, como si fueran seres vivos. Pavoroso y a la vez conmovedor era aquello para mí, que en todos los años de la guerra no había visto una expresión tan completa, tan pura de beatitud en un rostro germano. A su lado estaban las dos mujeres, de un parecido misterioso con las figuras femeninas de aquel aguafuerte del maestro alemán, las cuales, de pie junto a la piedra removida del sepulcro vacío de su Redentor, que habían ido a visitar, guardan una actitud a la vez de temor y de

gozoso éxtasis. Como allí las jóvenes, iluminadas por el presentimiento celestial del Redentor, aquí, las dos humildes ciudadanas envejecidas y apocadas resplandecían con el beato placer infantil del anciano, entre la sonrisa y el llanto: una visión impresionante como no he vivido otra. Pero el viejo no se saciaba de mi elogio y volvía a hojear las carpetas, bebiéndose cada una de mis palabras. Por eso experimenté un alivio cuando, por fin, las mentirosas carpetas fueron arrinconadas y el viejo, no sin contrariedad, tuvo que dejar la mesa libre para servir el café. Pero ¡qué significaba este mi alivio al lado de la hinchada y turbulenta alegría, de la arrogancia de aquel hombre rejuvenecido treinta años! Todavía contó un sinfín de anécdotas de sus adquisiciones, se levantó varias veces y, sin solicitar auxilio de nadie, andaba a tientas para volver a sacar tal o cual grabado. Tenía como una embriaguez. Cuando le dije que había llegado la hora de despedirme, se sobresaltó, exteriorizó su mal humor como un chiquillo y dio una patada en el suelo, alegando que faltaba al compromiso, pues había visto apenas la mitad de la colección. En el momento de despedirme, su voz se hizo más blanda. Me cogió las manos, y sus dedos, con toda la expresividad de un ciego, subieron hasta mis muñecas.

— Me ha dado usted una gran alegría con su visita —empezó, con una conmoción de toda su alma que nunca olvidaré—. No sabe usted el beneficio que me ha hecho: ¡poder, al fin, repasar mis queridas hojas al lado de un inteligente! Pero verá usted como no ha venido en vano a casa de este hombre ciego y viejo. Le prometo, y sea testimonio mi mujer, que añadiré a mis últimas disposiciones una cláusula cediendo la subasta de mi colección a su antigua y acreditada casa. Para usted el honor —y diciendo esto puso cariñosamente la mano sobre las vanas carpetas— de administrar este tesoro desconocido, que aquel día se esparcirá por el mundo. Prométame, al menos, que me hará un buen catálogo: será mi lápida mortuoria; no deseo otra mejor.

Miré a su esposa y a su hija, que estaban muy juntas, comunicándose un estremecimiento, como si fueran un solo cuerpo palpitando por el mismo motivo. Y yo, al oír que aquel hombre ajeno a la realidad me confiaba como un tesoro la administración de su colección inexistente, experimentaba un movimiento de veneración conmovida. Prometíle, impresionado, lo que nunca podría cumplir; otra vez se iluminaron sus pupilas muertas y me di

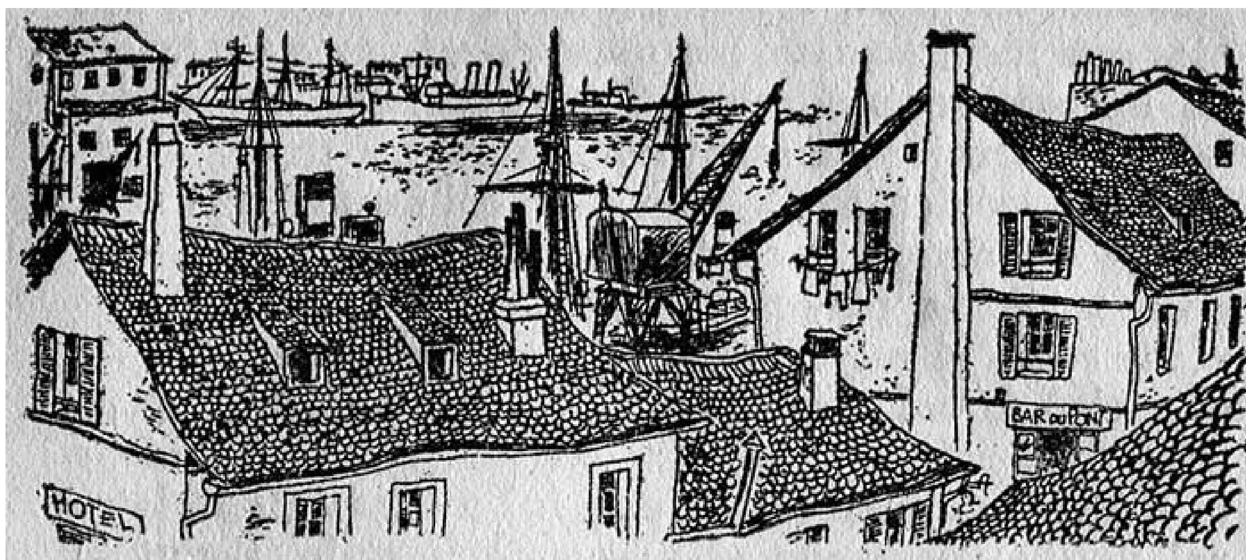
cuenta del esfuerzo que hacía anhelando formarse idea de mi figura corporal; lo sentí en la ternura, en la presión afectuosa de sus dedos.

Las señoras me acompañaron a la puerta. No se atrevían a hablar, pues no hubieran escapado las palabras al oído finísimo del anciano, pero ¡con qué calor de lágrimas, cuán henchidas de agradecimiento brillaban sus miradas! Bajé la escalera a tientas, aturdido, y también avergonzado. Como el ángel del cuento, había entrado en la habitación humilde, había hecho que un ciego recobrara la vista durante una hora, contribuyendo a un piadoso engaño; pero, por otra parte, había mentido lamentablemente, pues en realidad mi primera intención fue la del mezquino mercader que va a sacar un par de piezas valiosas a alguien con astucia. Más que esto era lo que me llevaba: en medio de aquella jornada de pesadumbre vi ante mí lo que es el puro entusiasmo; el éxtasis del espíritu iluminado que se concentra en el arte, lo que nuestros hombres han olvidado de un tiempo acá. Y en medio de mi vergüenza indeterminada, me inclinaba a la veneración, que no otro nombre puedo darle.

Ya en la calle, oí rechinar una ventana y que me llamaban por mi nombre. El anciano no había querido perder la ocasión de despedirme, dirigiendo sus ciegos ojos por donde suponía que iba yo. De tal manera se abalanzaba, que las dos señoras tuvieron que aguantarle, mientras él, agitando el pañuelo, con la voz serena y clara de un niño, gritaba:

— ¡Buen viaje!

La visión será inolvidable; aquella cara radiante del viejo canoso, asomado a la ventana por encima de todos los hombres de la calle, que andaban atareados, acosados, con el semblante hostil. Y él, como ajeno a nuestro mundo real, blandamente erguido sobre la nube blanca de una ilusión. No pude menos de recordar la acertada frase goethiana, si no me equivoco: «Los coleccionistas son hombres felices».



LA CALLE DEL CLARO DE LUNA

EL buque, retardado por la tormenta, había podido anclar, ya entrada la noche, en el puerto de la pequeña ciudad francesa. Había salido el tren para Alemania y nos quedaba el intervalo de un día no calculado, una noche en la ciudad forastera sin otro atractivo que el de una musiquilla melancólica en algún local de placer de los suburbios o una conversación monótona con los casuales compañeros de viaje. Me cargaba el aire del comedorcito del hotel, oliendo a aceite, empañado de humó, y experimentaba más su turbia suciedad porque el aliento puro del mar, el gusto de sal fresca, todavía permanecía en mis labios. Salí, pues, a la buena de Dios, en dirección a una plaza que había subiendo la ancha calle iluminada, en la cual tocaba una banda de música de los Guardias cívicos, y luego, más allá, a merced de la corriente ociosa de los paseantes. Al principio me gustaba aquel andar sin rumbo, al impulso del público provinciano, ataviado e indiferente; pero pronto me cansé de soportar los empellones, las risas agrias de unos desconocidos; sus ojos que me atacaban, sorprendidos, fisgones, y aquella luz que se quebraba en mil pequeños manantiales, y el crujido incesante de pasos. La travesía había sido accidentada y hervía en mi sangre una sensación de mareo y de ligera embriaguez; bajo mis pies, la tierra parecía aún resbalar y oscilar, moverse como si respirase, y la calle, remontarse hasta el cielo.

Aquel caos llegó a darme vértigo y, buscando un refugio, me metí en una calle, sin mirar el nombre siquiera, y de ella fui a otra calleja lateral donde agonizaba el insensato barullo. Seguí el laberinto de aquellas travesías desparramadas como venas, cada vez más oscuras a medida que me apartaba de la plaza central. Los arcos voltaicos, esas lunas de los anchos bulevares, no eran ya de aquella isla, cuya iluminación escasa permitía ver las estrellas y un cielo negro sobre la calle.

Debía de estar cerca del puerto, en el barrio de los marineros, pues olía a pescado, a ese olor dulzón de alga y podredumbre, el mismo de las plantas marinas que la rompiente arroja a la playa: una atmósfera característica de descomposición y de habitaciones mal ventiladas que se cierne sobre aquél rincón hasta que una fuerte tormenta les deja respirar un poco. La incierta oscuridad y la soledad inesperada me satisfacían, y andaba con paso entretenido, inspeccionando una calleja tras otra, cada una diferente de la vecina: ésta, pacífica; la otra, dudosa, pero todas ellas oscuras y con un velado rumor de voces y de música, fluyendo tan misteriosamente invisible en el seno de sus bóvedas, que era muy difícil localizar el subterráneo manantial de donde salía. Porque todas las casas estaban cerradas y sólo parpadeaba en ellas un poco de luz roja o amarilla.

Me gustan esas calles de las ciudades forasteras, mercado turbio de todas las pasiones, cúmulo de toda seducción para los marineros que, al cabo de tantas noches solitarias en mares extraños y peligrosos, entran en ellas para pasar una sola noche y ver colmados en una hora sus sueños sensuales.

Tienen que ocultarse esas callejuelas en cualquiera de los barrios bajos, porque dicen de modo descarado y apremiante lo que las casas esplendorosas, con los cristales brillantes y los habitantes distinguidos, esconden bajo cien máscaras. Una música seductora sale de un cuchitril, los cinematógrafos prometen con anuncios vocingleros insospechadas magnificencias, las lucecitas que los portales cobijan son confidenciales e invitan a entrar, y por una puerta entreabierta se ve el fulgor de una piel desnuda bajo oropeles de fantasía. Salen de los cafés voces de borrachos o el escándalo del jugador bravucón. Al cruzarse por esas calles los marineros, se miran de soslayo; sus torpes miradas se iluminan por lo mucho que se prometen, porque allí lo encuentran todo: mujeres y juego, bebida y espectáculo, y la aventura, desde

la más baja a la más recia. Todo esto, a la vez vergonzante e insinuante, atrae con la seducción de lo asequible que se disimula, atenuado detrás de las contraventanas echadas. Ya sea en Hamburgo, en Colombo o en La Habana, estas calles son todas parecidas, como lo son igualmente las grandes avenidas del lujo, pues lo alto y lo bajo de la vida tienen formas típicas. Últimos restos fabulosos de un mundo sensualmente desordenado, en el cual los impulsos aún descargan brutales y sin freno; selva intrincada de pasiones y de maleza, llena de una fauna acometedora, esas calles inciviles, como soñadas, son excitantes por lo que dejan vislumbrar y seductoras por lo que esconden.

Así era la que me tenía prisionero. Andaba al azar, a algunos pasos de unos coraceros cuyos largos sables retiñían contra el irregular adoquinado. De un bar salían voces de mujer llamándoles y ellos respondían con risas y alusiones groseras; uno de ellos dio unos golpes a la ventana, y se oyó una voz echando pestes, y los coraceros se alejaron hasta que la risa se perdió y pronto no los oí más. Otra vez la calle muda; un par de ventanas centelleaban confusamente en un resplandor de niebla limar. Me quedé plantado aspirando el silencio, que me pereda raro porque, tras de él, algo susurraba de secreto, de voluptuosidad y de peligro. Bien veía yo que aquel silencio era un embuste y que el turbio vaho de la calleja escondía la fosforescencia de la podredumbre del mundo. Pero escuchaba en el vado sin moverme. Ya poco me importaba la dudad y la calle, ni su nombre ni el mío; sólo sabía que era un forastero desprendido de todo, sin propósito ni misión ninguna, y que, por encima de todo, sentía intensamente la vida oscura que me rodeaba, como la sangre bajo mi piel. La única emoción era estar que no me iba nada en lo que sucedía y, sin embargo, me pertenecía todo; esta emoción venturosa que hace más profunda y verdadera la cosa vivida, precisamente por no participar en ella, constituye una de las fuentes vivas de mi íntimo ser, y la encuentro invariablemente, cual un deleite, en lo desconocido. De pronto, mientras así escuchaba en la calle solitaria, como esperando algún suceso, algo que me llevara más allá de la emoción de escuchar sin objeto, como quien corre detrás de la Lima, oí, atenuada por la distancia o por una pared, una canción alemana, aquella sencilla ronda del Freischütz: *Schöner, grüner Jungfemkranz*. Una voz de mujer la cantaba, muy mal, por cierto; pero no dejaba de ser una melodía alemana, más particularmente sentida tal vez por

oírla en aquel rincón del mundo. No se sabía de dónde llegaba el canto, que me pareció de bienvenida por ser, desde hacía semanas, el primer acento del hogar. «¿Quién habla aquí mi lengua? —me pregunté—. En medio de esta calleja siniestra y oculta, ¿a quién arrancan estas sencillas notas del corazón algún íntimo recuerdo?» Por la voz busqué a tientas casa tras casa de las que allí dormían detrás de sus persianas, pero sin disimular un rastro de luz y, en alguna que otra, una mano haciendo una seña. Al exterior se veían inscripciones llamativas, carteles impresionantes, uno de los cuales prometía ale, *whisky* y cerveza; un bar retirado, con las puertas cerradas, a la vez recóndito e invitador. Se oían unos pasos lejanos y la misma voz, que cantaba el estribillo con más claridad, cada vez más cerca. Pude precisar la casa, Vacilé un momento y, luego, me dirigí a la puerta, recatada con espesas cortinas blancas. Al hacer el movimiento decidido de abrirla, se movió algo vivo en la sombra del atrio, una forma que debía de estar al acecho, pegada a la vidriera, y se estremeció, sorprendida. Pude ver una cara, superficialmente bañada por el reflejo encarnado del farol que colgaba del techo, pero pálida de espanto. Era un hombre, que me miró con los ojos encandilados, murmuró algo como una excusa y desapareció en la luz dudosa de la calleja. ¡Qué rara salutación! Le seguí con la mirada. Algo de él parecía flotar todavía en la penumbra de la calle. En el interior no cesaba la voz, que me pareció más clara. Me atraía. Abrí la puerta y me colé, decidido.

Como cortada por un cuchillo cayó la última palabra de la canción. Y me chocó el vacío que se hacía ante mis pasos: una hostilidad del silencio, como si yo, al entrar, hubiera roto algo. Cuando pude ver claro en el local, que estaba casi vacío, precisé el mostrador de las bebidas y una mesa, todo lo cual parecía antesala de otros espacios interiores que delataban a ojos vistas su destino en las puertas entreabiertas, en la luz discreta, con pantalla, y en las dispuestas camas. Junto a la mesa, con un codo encima, apoyada la cabeza en la palma de la mano, una muchacha, avivada con colorete la cara, con trazas de fatiga; detrás del mostrador, la patrona; corpulenta, de un gris sucio el pelaje, y, a su lado, otra muchacha que no dejaba de ser bonita. Mi saludo cayó rudamente en el local y tardó en ser correspondido con un eco cargado de aburrimiento. Me resultaban incómodos aquel vacío, aquella tirantez del silencio, y hubiera retrocedido de buena gana. En mi confusión, no di con el

pretexto y me senté, resignado, a la mesa. La joven, acordándose entonces de su deber, me preguntó qué deseaba tomar, y en su francés áspero reconocí en seguida a la alemana. Pedí cerveza; ella salió y volvió a entrar con su paso flojo, más delatador todavía de su indiferencia que el turbio rescoldo de sus ojos a través de unos párpados lacios. Siguiendo la costumbre de esos locales, puso maquinalmente un segundo vaso para ella, cerca del mío. La mirada vacía se clavaba en mí al beber a mi salud, y pude verla en detalle: era una cara todavía hermosa, de regulares facciones, pero convertida en una máscara ordinaria debido a la fatiga interior, con los músculos relajados, pesados los párpados, descuidado el pelo, y las mejillas, embadurnadas de colorete, empezando a ceder en ancha caída, marcando una arruga en la boca. El vestido, no menos deprimido, caía como sobre una percha; la voz era cascada, ronca de humo y de cerveza. Se veía en todo al ser derrengado, que continúa viviendo sólo por rutina, como insensible. Confuso y atemorizado, aventuré una pregunta. Me respondió sin mirarme siquiera, indiferente y entorpecida, moviendo apenas los labios. En mala hora había entrado. Bostezaba la patrona en el mostrador y la otra joven sentada en un rincón, arrimada a la pared, me miraba, como esperando mi llamamiento. De buena gana me hubiera acercado a ella, pero todo en mí era pesado, esclavo de aquella atmósfera saturada, densa, como un marinero más, presa de curiosidad y de temor ante aquella indiferencia que tenía un no sé qué de irritante.

De pronto me erguí al oír una carcajada agria, que causaba miedo. Y al mismo tiempo vaciló la llama. Por la corriente de aire conocí que alguien acababa de abrir la puerta a mi espalda.

— ¿Ya estás de vuelta? —dijo en alemán, agria y provocativa, la voz de la que estaba cerca de mí—. ¿Ya te arrastras otra vez, rondando la casa, roñoso? ¡Vamos, acércate, que no te haré nada!



Di unos pasos por el local, primero hacia la que tan ásperamente había formulado este saludo, como si le saliera envuelto en llamas, y luego hacia la puerta, no del todo abierta todavía, en la cual se me presentó aquel pelele de mirada humilde que antes encontré pegado a la misma puerta. Tímido, semejante a un mendigo, tenía el sombrero entre los dedos y temblaba bajo el áspero saludo y la risa espasmódica que le acompañó, coreados por las murmuraciones de la patrona.

—¡Vamos, siéntate cerca de Françoise! —ordenó al desgraciado, mientras él se acercaba con paso hurtado, cobarde—. Ya lo ves, tengo un señor:

Lo voceaba en alemán, y la patrona y la otra muchacha, por más que no podían entenderlo, reían, porque al parecer conocían al huésped.

—¡Dale champaña, Françoise, del más caro, una botella! —ordenó gritando, y después a él, con escarnio—: Si te parece caro te quedas afuera, ¡roñoso! Bien te gustaría contemplarme, pero no sacarías nada.

Bajo la risa malvada fue como si la alta figura del hombre se desmoronase: hundióse la cabeza en los hombros, la espalda se arqueó y la cara pareció querer esconderse como la de un perro. Le temblaba la mano cuando cogió la botella y, al escanciar, derramó el vino. Su mirada, anhelando continuamente el rostro de ella, no podía apartarse del suelo, como si fuera contando los azulejos alrededor de la pieza. A la luz de la lámpara podía distinguirse entonces su rostro amargado, deshecho y descolorido, el pelo húmedo y escaso sobre el cráneo huesudo, las articulaciones desmadejadas, como rotas: una ruindad sin fuerza. Todo él era encogimiento y soslayo, y cruzada por un fulgor maligno su mirada, que reprimía asustado, apenas levantada.

—No se preocupe de él —me ordenó la joven en francés, y me cogió rudamente el brazo, como si quisiera llevárseme—. Es asunto viejo entre los dos; no empieza hoy. —Y en seguida, enseñando los dientes bruñidos, como a punto de morder, dirigióse a él gritando—: ¡Eh, viejo lince! ¿Te gustaría saber lo que estoy diciendo? Pues que más pronto me tendrá el mar que tú; eso es lo que decía.

La patrona y la otra joven volvieron a la risa relajada y estúpida. Al parecer, aquellas bromas eran ya su pan de cada día. Pero a mí me incomodaba ver cómo la otra se le arrimaba de pronto con fingida ternura, cómo le atraía con halagos, ante los cuales se estremecía él, sin vigor para rehusarlos, y yo, a mi vez, me estremecía al notar que la mirada errante del miserable se refugiaba en mí, angustiosamente perpleja y rastrera. Me horrorizaba aquella mujer sentada cerca de mí, la cual, despertando ahora de su decaimiento, ardía de tal modo en malicia que le temblaban las manos.

Eché el dinero sobre la mesa y me dispuse a salir. Pero ella no recogió el dinero.

—Si te molesta, echaré a ese perro. ¡Que se aguante! Bebe otro vaso conmigo. ¡Ven!

Se acercó más a mí, con una fanática ternura improvisada, para hacer rabiar al otro. A cada movimiento, él le dirigía una mirada rápida, y me repugnaba el ver cómo a la menor demostración que la joven me dirigía recorría los miembros del hombre una desazón como si circulara por ellos un metal ardiente. Haciendo caso omiso de la mujer, en él concentré mi atención, y me llenó de temor el ver cómo, sin salir de su encogimiento, ascendía en él una ola compleja de ira, rabia, envidia y codicia que sólo exteriorizaba en la inclinación del perfil. Ella se apretó contra mí, y percibí temblar su cuerpo con el goce malvado de aquel juego, y tuve horror de su cara excitada, que olía a polvos de baja clase, y de la atmósfera de su manoseada carne. Para apartar su cara de la mía, saqué un cigarrillo; mientras yo recorría la mesa en busca de un fósforo, le ordenó:

—¡Trae fuego!

Me sublevó todavía más que a él tan soez pretensión, y me di prisa a procurármelo. Pero el hombre, obedeciendo al mandato como a un latigazo, se precipitó con sus pasos torpes y dejó el encendedor ante mí con una prisa como si pudiera quemarse al contacto de la mesa. Nuestras miradas se cruzaron un segundo: había en sus ojos vergüenza infinita y exasperación. Aquella mirada de hombre esclavizado encontró en mí al hombre, al hermano. Me sentí rebajado yo mismo por aquella mujer y me cubrí de vergüenza con él.

—Muchas gracias —le dije en alemán. Se sobresaltó—. No tenía por qué molestarse.

Y le tendí la mano. Vaciló un buen rato; pero luego sentí en mi mano sus dedos húmedos y huesudos, y de pronto un espasmódico apretón de gracias. Brillaron sus ojos un instante en los míos y en seguida volvieron a recatarse. A manera de desafío, quería invitarle, a que se sentara entre nosotros, pero el gesto invitador de la mano debió delatarme antes de que hablara, pues la mujer se dio prisa a ordenarle:

— Anda a sentarte y déjanos en paz.

No pude soportar el asco de su voz corrosiva ni su prurito de martirizar. ¿Qué tenía yo que ver con aquella cueva ahumada, aquella ramera asquerosa, aquel simple y la atmósfera de cerveza, humo y perfumes de mala calidad?

Estaba sediento de aire. Le eché delante el dinero, me puse en pie y me aparté enérgicamente cuando la mujer se acercaba a mí con halagos. Me asqueaba la complicidad en la humillación inferida a un hombre, y en lo resuelto de mi retraimiento le daba a entender la escasa atracción sensual que podía ejercer sobre mí. Se le removió la mala sangre y un pliegue vulgar se acentuó en su boca, pero no llegó a pronunciar la palabra, y, con una sacudida de no disimulado odio, se volvió contra él hombre, el cual, esperando lo peor, de prisa, metió mano al bolsillo y, con dedos temblorosos, sacó una bolsa. Tenía miedo de quedarse solo con ella, esto era evidente; con la prisa, no acertaba a deshacer los nudos de la bolsa —una de esas de malla, adornada de abalorios, que suelen llevar los campesinos y la gente modesta—. Era fácil ver que estaba poco acostumbrado a desprenderse del dinero sin vacilar, en oposición a los marineros, que con un revuelo de la mano lo sacan de los bolsillos tintineantes y lo echan sobre la mesa; más bien estaría acostumbrado a contarlo minuciosamente y a tener un rato en la mano las monedas.

—¡Cómo tiembla por sus centimitos! ¿No das con ellos? ¡Verás…! —dijo, befándole, y se le acercó un paso. El hombre se impresionó, y ella le dijo al notarlo, levantando los hombros y con un desdén indescriptible en la mirada—: No te quitaré nada; me cisco en tu dinero. Ya sé que tienes bien contados tus centimitos y que ninguno pasa de buena gana a otras manos. ¡Ten cuidado —y le golpeó el pecho—, no vayan a robarte los papelitos que llevas ahí cosidos!

Como el enfermo del corazón que en el espasmo se aprieta el pecho, su mano lívida y temblorosa ario un determinado pliegue de la americana; instintivamente palparon sus dedos el nido oculto; luego los apartó, más tranquilo.

—¡Avaro! —le escupió a la cara la mujer.

De pronto, el rostro del martirizado se arreboló, echó la bolsa a la otra joven, la cual lanzó un grito y luego soltó una carcajada sonora, y salió disparado a la calle, como quien huye de un incendio.

La mujer se quedó de pie, ardiendo en cólera. Después cayeron sus párpados, la fatiga distendió el cuerpo. En el espacio de un minuto parecía haber envejecido. Una cierta inseguridad y abandono velaban la mirada que se cruzó con la mía. Como una borracha que acaba de despertar, permanecía en pie, abochornada:

—Afuera se lamentará por su dinero; tal vez corra a la policía con la noticia de que le hemos robado, y mañana volverá a estar aquí. Pero no me conseguirá. Con cualquiera menos con él.

Acercóse al mostrador, soltó unas monedas y, con un vuelo de la mano, se echó al cuerpo un vaso de aguardiente. Volvió a sus ojos el brillo condenado, pero a través de un velo de lágrimas de despecho y vergüenza. El asco que me producía su presencia no dejaba paso a mi compasión.

—Buenas noches —dije; y salí.

—*Bon soir* —respondió la patrona.

Ella, sin volver la cara, se limitó a reír con acento agrio y despreciativo.

Al salir vi la calleja como una masa de noche y de cielo con un resplandor lejano y velado de luna. Bebía aquel aire tibio y tonificante con avidez, y se desvanecía el sentimiento de horror en la contemplación de la diversidad de los destinos. Una vez más me sentía presa de aquella idea capaz de colmarme de felicidad hasta las lágrimas, de que el destino está esperando continuamente detrás de cada ventana, que todas las puertas se abren para mostrarnos un pedazo de vida y en todas partes se pone de manifiesto la variedad del mundo, y aun el rincón más infecto pulula de formas de vida, como en la podredumbre el brillo ardiente de los escarabajos. Lo repulsivo del encuentro quedaba lejos y la emoción tensa se resolvía en una dulce fatiga que anhelaba transformar en el más bello sueño lo que acababa de vivir. Instintivamente di una ojeada para orientarme hacia mi albergue entre las callejas tortuosas. Se me acercó una sombra, cuyo paso debía de ser tan suave que no lo había oído.

—Usted perdone. —Reconocí inmediatamente la voz humilde—. Creo que se ve un poco perdido por estas calles. Si me permite… ¿Quiere que le acompañe…? ¿El domicilio del señor…?

Le di el nombre del hotel.

—Le acompaño a usted… Si me lo permite —añadió en seguida, con sumisión.

El pánico me dominaba otra vez. Aquel paso furtivo, espectral, que no se oía, a pesar de que el hombre quedaba a mi lado; la oscuridad de la calle de los Marineros y el recuerdo de lo vivido, se diluían poco a poco en una impresión de sueño por lo embrollada, por lo imperiosa. Sin verlos, percibía en sus ojos la humildad, y la convulsión de sus labios; sabía que deseaba hablar conmigo, pero, en mi vaguedad de ánimo, en la cual la curiosidad se mezclaba con una abstracción de lo corpóreo, nada hacía para invitarle a hablar ni para que se callara. Carraspeó algunas veces, lo cual juzgué como preludio cohibido de la palabra, pero una crueldad que misteriosamente me comunicó aquella mujer se complacía en aquel combate de la vergüenza con la angustia que anhelaba desahogarse. No le ayudé; dejé flotar entre ambos el negro y pesado silencio. Nuestros pasos sonaban muy destacados, leve e indeciso el suyo; el mío, intencionadamente fuerte y áspero, como para huir de aquel bajo mundo. Percibía cada vez más violenta la tirantez entre los dos: era un silencio agudo, cruzado de íntimos clamores, como una cuerda excesivamente tensa, hasta que se rompió en palabras, con fastidiosa timidez al principio:

—Ha visto usted…, ha visto usted…, señor…, allá dentro… escenas muy raras… Usted perdone…, pero le habrá parecido a usted raro… y yo muy ridículo… Aquella mujer es…

Se atragantó. Algo le apretaba la garganta. Luego su voz se hizo muy débil y murmuró con prisa:

—Aquella mujer… es mi esposa.



Seguramente el sobresalto debió de exteriorizarse en mí, porque el hombre, como si quisiera disculparse, prosiguió su relación con mucha prisa:

—Es decir…, fue mi esposa… hace cinco…, cuatro años…, allá en Geratzheim, en Hessen, que es donde nací… No quiero, mi señor, que la juzgue usted mal… Tal vez yo mismo tengo la culpa de que sea lo que es. No siempre fue así… Hice de ella una mártir… La quise a pesar de ser tan pobre que ni siquiera ropas tenía, nada enteramente…, y yo soy rico… Es decir, tanto como rico… No me falta nada…, o al menos nada me faltaba entonces… Y ¿sabe usted, mi señor…?, tal vez fui…, ella tiene razón, tacaño…, pero antes de la desgracia, y maldigo la hora… Pero mi padre fue igual, y mi madre, y todos ellos…, y mi trabajo para ganar el pan ha sido muy duro…, y ella era ligera, le gustaban las vanidades…, y era pobre, y yo la privaba de ellas… No debí hacerlo, ahora lo comprendo, mi señor, porque es orgullosa, muy orgullosa… No vaya usted a creer que es lo que parece…, eso es mentira… Lo hace con dolor de su alma…, sólo… sólo por hacerme sufrir,

por atormentarme… y… porque… porque se avergüenza… Tal vez se haya vuelto mala…, pero no lo creo…, porque, mi señor, era muy buena, muy buena…

Se secó los ojos y se detuvo, sin poder dominar su excitación. Le miré instintivamente, y en aquel momento no me pareció ridículo; el mismo sumiso tratamiento de «mi señor», que en Alemania sólo es propio de las capas más inferiores, no me chocaba ya. Se pintaba en su rostro el esfuerzo interior y había un pasmo en sus ojos cuando volvió a andar tambaleando, mirando los adoquines, como si deletreara en el rastro de luz vacilante lo que con tanto esfuerzo salía de su garganta.

—Sí, mi señor —dijo, respirando hondamente y con otra voz, oscura, como salida de un mundo más blando de su interior—. Era muy buena… aun para mí, y agradecía que la hubiera sacado de su miseria… Y bien lo sabía yo que era agradecida…, pero… quería oírlo… una y otra vez… a todas horas…, me hacía bien oír aquella gratitud… Mi señor, era tan infinitamente bueno el darse cuenta de que uno era mejor…, a pesar de saber que era peor…, que hubiera dado todo mi dinero para oírlo una y otra vez… Pero ella era muy orgullosa, y al ver que le exigía aquella gratitud… cedió cada vez menos… Por eso…, sólo por eso, mi señor, me gustaba que me rogara… Nunca le daba algo si no era así… Me agradaba que para cada vestido, para cada lazo, tuviera que rogarme… Tres años la atormenté así, cada vez más…, pero, mi señor, es que la quería…'Me complacía su orgullo y, a pesar de eso, quería esclavizarlo, ¡loco de mí!, y cuando ella deseaba algo me enfadaba…, pero era sin maldad, mi señor… Me gozaba en poderla humillar, porque… porque no sabía cómo la amaba…

Se interrumpió sin dejar de arrastrarse junto a mí, pero como si me hubiera olvidado; y, al volver a hablar, lo hizo maquinalmente, elevando cada vez más la voz, como cuando se despierta uno:

—No lo supe hasta que… un día maldito… le había negado dinero para su madre…, muy poco… Se lo tenía preparado y sólo quería que volviera… que me suplicara otra vez… ¿Qué decía…? ¡Ah, sí! Entonces volví en mí, cuando, al regresar a casa por la noche, ella no estaba y había un papel sobre la mesa… «Quédate con tu maldito dinero, no quiero nada más de ti». Sólo esto…, señor. Estuve tres días y tres noches como loco. Hice buscar en el río

y en el monte, repartí dinero y más dinero a la policía…, corrí a casa de los vecinos; pero todos se reían de mí. Nada, nada se encontraba… Por fin tuve noticia de que en la aldea vecina la habían visto… en el tren, con un soldado…, hacia Berlín… El mismo día salí en su busca…, dejando mi ganancia… Perdí miles…, me robaron los criados…, el procurador, todos, todos…, pero, se lo juro, mi señor, me tenía sin cuidado… Estuve en Berlín una semana, hasta que supe de ella en aquel mar de gente… y fui a su encuentro… —Respiraba penosamente—. Mi señor, se lo juro, no le dije una sola palabra dura…, lloré…, caí de rodillas…, le ofrecí dinero…, todos mis bienes, que los administrara ella, porque entonces ya sabía… que sin ella no puedo vivir. Siento amor por cada uno de sus cabellos…, su boca…, su cuerpo, todo, todo…, y soy yo quien la rechazó…, yo solo… Cuando entré se puso de pronto pálida como la muerte… Yo había sobornado a su patrona, una alcahueta, una mala mujer, ordinaria…, y ella estaba como la cal de la pared… Me escuchó, señor; creo que se sentía… casi feliz de verme…, pero cuando hablé de dinero…, y sólo lo hice, se lo juro a usted, para que viera que dejaba atrás el pasado, me escupió…, y luego…, porque aún no quería marcharme…, llamó a su amante, y los dos se burlaron de mí… Pero yo volví, mi señor, un día y otro. Los de la casa me lo contaron todo, y supe que el bribón la había abandonado y se hallaba en necesidad, y me acerqué una vez más…, una vez más, mi señor; pero ella se me echó encima y rasgó un billete que yo había dejado disimuladamente sobre la mesa, y al volver ya no pude verla… ¡Qué es lo que yo no hice, mi señor, para saber dónde estaba! Fue un año, se lo juro a usted, de no vivir, de seguir pistas, de tener a sueldo las agencias, hasta saber que estaba en la Argentina…, en… en una casa mala…

Se detuvo un momento. La última palabra fue como un estertor. Y su voz se oscureció:

— ¡Qué terrible golpe…! Pero al volver en mí veía que era yo solo quien la había empujado… y reflexioné sobre lo mucho que debía sufrir, la pobre…, porque, por encima de todo, tiene su orgullo. Fui a mi abogado, que escribió al cónsul, y mandé dinero…, sin que ella se enterara de dónde venía…, sólo para que volviera. Me telegrafiaron que todo había salido bien… Supe la llegada del barco… y en Amsterdam la esperé… Llegué con

tres días de anticipación, y ardía de impaciencia… Llegó el día, y sólo con ver el humo del vapor en el horizonte me sentía dichoso… Creí que no sabría esperar, tan poco a poco se acercaba; y luego, los pasajeros bajaron el puentecillo, y por fin, por fin ella… De momento no la conocí… Venía maquillada de otro modo…, tal como usted la ha visto…, y al convencerse de que la esperaba perdió el color de la sangre… Dos marineros tuvieron que sostenerla para que no se cayera en el puentecillo… Cuando llegó al muelle me puse a su lado… No dije nada…, no había palabras en mi garganta… Tampoco ella decía nada… ni me miraba… El mozo pasó delante llevando el equipaje, y andábamos… De pronto se detuvo y dijo… ¡Dios, cómo lo dijo…! ¡Y cómo me hizo sufrir, y que triste sonaba…!: «¿Me quieres, así y todo, por mujer?» Le cogí la mano… Temblaba, pero sin decir nada. Bien conocía yo que todo estaba arreglado… ¡Señor, qué dichoso era! Cuando la tuve en la habitación, bailé alrededor de ella como un niño, caí a sus pies…, y debí decir locuras…, porque sonreía entre las lágrimas y me acariciaba…, sin entusiasmo, naturalmente…, pero, señor…, ¡qué bien me hacía en él corazón! Brincaba por la escalera al ir al hotel para que preparasen Una comida, nuestra comida, nuestra comida de bodas… La ayudé a vestir… y bajamos a la calle; comimos, bebimos y éramos felices… Alegre como un niño, tan cariñosa y buena, hablaba del hogar…, de cómo nos ocuparíamos en rehacerlo… Pero… —su voz se puso áspera e hizo con la mano un ademán como si quisiera despedazar— allí había… un camarero…, un mal hombre, ordinario, que creyó que estaba borracho al verme bromear y bailar y torcerme de risa…, de feliz que era…, y cuando le pagué me devolvió veinte francos de menos… Me encaré con él y exigí lo que faltaba…, y él, desconcertado, sacó la moneda de oro… Y ella… se echó a reír escandalosamente… La miré, y su cara era otra…, desdeñosa, dura, malvada… «¡Hasta en un día como de bodas te paras en estas miserias!», dijo fría, punzante, con… lástima. Maldiciendo mi pena, vencí el sobresalto y me esforcé en volver a la risa…, pero su alegría había desaparecido…, como muerta… Exigió un cuarto para ella sola… ¿Qué no le hubiera concedido? Solo en mi cuarto, no pensaba más que en lo que le regalaría a la mañana siguiente… para demostrarle… que no era tacaño… ni lo sería más con ella. Y por la mañana temprano salí, le compré una pulsera, y cuando entré en su

cuarto… estaba… estaba vacío, como antes… Y sabía que sobre la mesa habría un papel… y rogué a Dios que no fuera verdad…, pero… pero… allí estaba…, con estas palabras…

Vaciló. Yo me había parado maquinalmente y le miraba. Bajó la cabeza y murmuró con voz ronca:

—Estas palabras decía el papel: «Déjame en paz. Me repugnas».

Habíamos llegado a la vista del puerto y en el silencio se oyó de pronto el aliento rencoroso del cercano rompiente. Con los ojos inmóviles, encendidos, como enormes animales negros, se veían los barcos inmediatos y los lejanos, y se oían canciones. Nada se distinguía bien, pero había una dilatada emoción: el monstruoso dormir y soñar de una reda dudad. Percibía junto a mí la sombra de aquel hombre que oscilaba espectralmente a mis pies, huyendo o arrastrándose a la luz errante de los turbios faroles. No me atrevía a decir nada, a darle consuelo, ni atinaba a interrogarle, pero sentía su silencio pegado a mí, pesado e impenetrable. De pronto, tembloroso, me cogió del brazo:

—Pero yo no saldré de aquí sin ella… He dado con ella al cabo de meses… Me martiriza, pero no desfalleceré… Le conjuro a usted, mi señor, para que hable con ella… He de tenerla, dígaselo usted…, a mí no me oye… No puedo vivir más así… No puedo resistir que otros hombres estén con ella…, mientras yo espero al pie de la casa hasta que salen…, riendo y borrachos… Toda la calle me conoce…, se ríen cuando me ven esperar…, me vuelvo loco…, y cada noche vuelvo al mismo sitio… Mi señor, le conjuro a usted… para que hable con ella… No le conozco, pero hágalo por la misericordia divina…, hable usted con ella…



Por instinto, quise apartar el brazo. Me horrorizaba. Cuando él se dio cuenta de que me apartaba de su desdicha, cayó de rodillas en medio de la calle y cogió mis pies:

—Le conjuro a usted, mi señor… Es preciso…, o sucederá algo terrible… He empleado todo mi dinero en buscarla, y no la dejo ahí, no la dejo con vida. Me he comprado un cuchillo… Tengo un cuchillo, mi señor… No la

dejo ahí con vida…, no puedo soportar más… Hable usted can ella, mi señor…

Revolcábase como un loco furioso a mis pies. En aquel momento venían del cabo de la calle dos policías. Le hice levantar con violencia. Me miró un momento como alucinado. Y luego dijo, con una voz rara, seca:

—Doble usted esa calle y se encontrará usted cerca de su hotel.

Todavía me miró un momento con unos ojos en los cuales las pupilas parecían diluidas en el blanco terrible de un vacío. Y desapareció.

Estaba tiritando. Me arropé en mi abrigo. Únicamente sentía un cansancio, una vaga embriaguez oscura, como si durmiera andando, en un sueño purpúreo.

Quise pensar algo, recapacitar, pero la ola negra del cansancio subía de nuevo y me arrebataba. Fui a tientas hasta el hotel. Me dejé caer sobre la cama y dormí pesadamente como una bestia.

A la mañana siguiente ya no distinguía lo que fue soñado de lo que fue vivido, y había algo en mí que se resistía a ponerlo en claro. Me había despertado tarde, forastero en una ciudad extraña, y fui a visitar una iglesia en la cual, debía de haber unos mosaicos de gran fama. Pero mis ojos los miraban sin ver, y, en cambio, el suceso de la noche anterior salía a flote cada vez con más precisión; busqué la calleja y la casa. Pero esas calles raras sólo viven por la noche; de día llevan unas máscaras grises, frías, bajo las cuales sólo el iniciado las reconoce. No conseguí dar con ella por más que la busqué. Cansado y decepcionado, volví a mi habitación, perseguido por las imágenes de la ilusión o del recuerdo.

El tren salía a las nueve de la noche. Me dolía dejar la dudad. Un mozo levantó mi equipaje y, precediéndome, lo llevaba a la estación. De repente, en un cruce, me asaltó la presencia de la travesía que llevaba a aquella casa; dije al mozo que esperase y me adelanté. El hombre, sorprendido primera, acabó riendo con descarada franqueza.

Oscura como el día antes a la luz pálida de la luna, vi lucir los cristales de la puerta de la casa. Quise acercarme más, cuando una forma surgió de la sombra. Reconocí con un escalofrío al que, acurrucado en el mismo umbral, me hada señas para que acudiera. Pero me acometió un terror que me

impulsaba a la huida por un miedo cobarde de complicarme en algo que me haría perder el tren.

Al doblar la calle, miré atrás. Cuando se cruzaron nuestras miradas, él pareció tomar impulso y dio un salto hada la puerta. Algo metálico brillaba en la mano que acababa de levantar: de lejos no pude distinguir si era dinero o él cuchillo que relucía entre sus dedos a la luz de la luna.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942). Fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto

íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] *Buch*, en alemán «libro». Asociación que el autor forma con el apellido del protagonista, como apodo que indica su afición a los libros. - *N. del T.* **<<**